

INÉDITO



El Ángel caído

Una novela de
EL GREMIO DE LOS CAZADORES

NALINI SINGH

DEBOLSILLO

La cazavampiros Elena Deveraux sabe que es la mejor en lo suyo. Lo que no sabe es si será suficientemente buena para llevar a cabo esta misión. La ha contratado el arcángel Rafael, un ser tan bello como peligroso, una criatura que aterrará a cualquier mortal. Elena también sabe que el fracaso no entra en sus esquemas, ni siquiera cuando la misión es imposible.

Porque esta vez no tiene que rastrear y capturar a un vampiro.

Esta vez tiene que atrapar a un arcángel rebelde.

Elena se verá inmersa en una matanza como ha visto pocas, que la pondrá al borde de la vida... y de la pasión. Incluso saliendo viva de esta, sucumbir a las caricias de Rafael puede significar la muerte.

Porque cuando los arcángeles juegan,
los mortales sufren.

Nalini Singh

El ángel caído

El gremio de los cazadores - 1

ePub r1.4

Fauvar 18.04.15

Título original: *Angels' Blood*

Nalini Singh, 2009

Traducción: Concepción Rodríguez González

Editor digital: Fauvar

ePub base r1.2



Para la verdadera Ashwini,
quien sin duda no está tan loca
(salvo cuando yo la provooco).
No puede haber mejores amigas... ni mejores hermanas

Cuando Elena contaba que era una cazavampiros, la primera reacción de la gente era, invariablemente, quedarse boquiabierta. Luego preguntaban: «¿Vas por ahí clavándoles estacas afiladas en sus malvados y corruptos corazones?».

Vale, tal vez esas no fueran las palabras textuales, pero el significado era el mismo. Y eso hacía que deseara encontrar al primer imbécil que se había inventado ese cuento, allá por el siglo XV, para exterminarlo a él. Aunque lo más probable era que los vampiros ya se hubieran encargado de ese asunto... después de que los primeros acabaran en lo que por aquel entonces fuera algo así como una sala de urgencias.

Elena no les clavaba estacas a los vampiros. Los rastreaba, los metía en una bolsa y se los devolvía a sus amos: los ángeles. Algunas personas la consideraban una cazarrecompensas, pero, de acuerdo con su tarjeta del Gremio, tenía «Licencia para Cazar Vampiros y Otros Varios», lo que la convertía en una cazadora de vampiros con los beneficios correspondientes, incluida una prima por peligrosidad. Esa prima era muy cuantiosa. Debía serlo para compensar el hecho de que algunas veces los cazadores acababan con la yugular desgarrada.

Aun así, Elena decidió que necesitaba un aumento de sueldo cuando el músculo de su pantorrilla empezó a protestar. Llevaba dos horas metida en el estrecho rincón de un callejón del Bronx; era una mujer demasiado alta, de pelo rubio casi blanco y ojos de un gris plateado. Lo del pelo era un incordio. Según Ransom, un amigo suyo (aunque no siempre), era como llevar un cartel que anunciaba su presencia. Puesto que los tintes no le duraban más que un par de minutos, Elena poseía una estupenda colección de gorritos de lana.

Sentía la tentación de taparse la nariz con el que llevaba puesto en ese momento, pero tenía el presentimiento de que eso solo intensificaría el hedor del «ambiente» de aquel húmedo y oscuro rincón de Nueva York. Lo que la llevó a pensar en las ventajas de los tapones nasales...

Algo se agitó detrás de ella.

Se dio la vuelta... y se encontró cara a cara con un gato al acecho cuyos ojos emitían un resplandor plateado en la oscuridad. Tras cerciorarse de que el animal era lo que parecía, volvió a concentrarse en la acera mientras se preguntaba si sus ojos tendrían un aspecto tan raro como los de aquel gato. Era una suerte que hubiera heredado la piel dorada de su abuela marroquí, ya que de lo contrario habría parecido un fantasma.

—¿Dónde demonios estás? —murmuró mientras estiraba la mano para frotarse la

pantorrilla. Aquel vampiro le había proporcionado una persecución animada... gracias a lo estúpido que era. El tipo no tenía ni idea de lo que hacía, por lo que resultaba un poco difícil anticiparse a sus movimientos.

Ransom le había preguntado una vez si le causaba remordimientos acorralar a vampiros indefensos y arrastrar sus penosos culos de vuelta a una vida de potencial esclavitud. Su amigo se reía como un histérico en el momento de hacer aquella pregunta. No, no tenía remordimientos. Como no los tenía Ransom. Los vampiros elegían aquella esclavitud (que tenía una duración de cien años) en el instante en que le pedían a un ángel que los convirtiera en seres casi inmortales. Si hubieran seguido siendo humanos, si se hubiesen ido a la tumba en paz, no estarían atados por un contrato firmado con sangre. Y aunque los ángeles se aprovechaban de su posición, un contrato era un contrato.

Un destello de luz en la calle.

¡Bingo!

Allí estaba el objetivo, con un puro en la boca y hablando por el móvil. Se jactaba de que ya había sido Convertido, y de que ningún ángel remilgado iba a decirle lo que debía hacer. A pesar de la distancia que los separaba, Elena pudo oler el sudor que se acumulaba bajo sus axilas. Su condición vampírica no había evolucionado lo suficiente para derretir la grasa que lo envolvía como una segunda piel... ¿De verdad aquel tipo creía que podía librarse del contrato con un ángel?

Menudo imbécil.

Elena salió de su escondite, se quitó el gorrito de lana y lo guardó en el bolsillo de atrás de los pantalones. El cabello cayó con suavidad sobre sus hombros, extraño y brillante. No suponía un riesgo. Aquella noche no. Tal vez fuera famosa entre los lugareños, pero aquel vampiro tenía un marcado acento australiano. Había llegado hacía poco de Sidney... y su amo lo quería de regreso allí de inmediato.

—¿Tienes fuego?

El vampiro dio un respingo y dejó caer el teléfono al suelo. Elena reprimió el impulso de poner los ojos en blanco. El tipo ni siquiera estaba transformado por completo: los colmillos que había enseñado al abrir la boca por la sorpresa apenas eran dientes de leche. No era de extrañar que su amo estuviese cabreado. Aquel idiota debía de haber huido después de tan solo un año de servicio.

—Lo siento —dijo ella con una sonrisa mientras el vampiro recogía el teléfono y la recorría con la mirada. Elena sabía lo que él veía: una mujer sola, con el cabello rubio platino típico de las tontitas, ataviada con pantalones de cuero negro y una camiseta de manga larga ceñida del mismo color, sin armas a la vista.

Puesto que era joven y estúpido, la imagen lo tranquilizó.

—No pasa nada, encanto. —Se metió la mano en el bolsillo para sacar el mechero.

Fue entonces cuando Elena se inclinó hacia delante y se llevó la mano a la espalda, bajo la camiseta.

—Mmm... El señor Ebose está muy decepcionado contigo.

Sacó el collarín y se lo colocó antes de que él pudiera procesar el significado de aquella reprimenda pronunciada con voz ronca. Se le pusieron los ojos rojos, pero en lugar de gritar, se quedó calladito donde estaba. El collarín de los cazadores conseguía congelar a aquellos tipos de algún modo. El vampiro tenía el miedo pintado en la cara.

Habría sentido lástima por él de no haber sabido que había desgarrado cuatro gargantas humanas mientras escapaba. Aquello era inaceptable. Los ángeles protegían a sus sirvientes, pero incluso ellos tenían sus límites: el señor Ebose le había dado autorización para utilizar cualquier método y la fuerza que fuera necesaria para atrapar a aquel renegado.

En aquel momento, Elena dejó que el vampiro se diera cuenta de aquello, que supiera que estaba dispuesta a hacerle daño. Su rostro perdió el poco color que había conseguido conservar. Ella esbozó una sonrisa.

—Sígueme.

El vampiro trotó tras ella como una mascota obediente. Cómo le gustaban los collarines... A su mejor amiga, Sara, le encantaba disparar a sus víctimas con flechas cuyas puntas contenían el mismo chip de control que hacía que los collarines fueran tan efectivos. En el instante en que tocaban la piel, el chip emitía una especie de campo electromagnético que provocaba un cortocircuito temporal en los procesos neuronales del vampiro, lo que convertía al objetivo en un sujeto fácil de sugestionar. Elena no sabía cómo funcionaba a nivel científico, pero conocía las limitaciones y las ventajas de su método de captura favorito.

Sí, debía acercarse más a sus presas que Sara, pero no tenía tantas probabilidades de fallar y darle a un transeúnte inocente. Algo que a Sara le había pasado una vez. Le había costado medio año de sueldo resolver el pleito. Los labios de Elena se curvaron en una sonrisa al recordar lo mucho que le había cabreado a su amiga fallar aquel disparo. Abrió la puerta del acompañante del coche que había aparcado cerca.

—Entra.

Al vampiro bebé le costó un verdadero esfuerzo meter su obeso cuerpo dentro del coche.

Tras cerciorarse de que se había abrochado el cinturón, Elena llamó al jefe de seguridad del señor Ebose.

—Lo tengo.

La voz al otro lado de la línea le dio instrucciones de dejar el paquete en una pista de aterrizaje privada.

Sin sorprenderse lo más mínimo por el lugar escogido, colgó el teléfono y empezó a conducir. En silencio. Habría sido una estupidez intentar entablar una conversación, ya que el vampiro había perdido su capacidad de hablar en cuanto le puso el collarín. La mudez era uno de los efectos colaterales del control neural creado por el instrumento. Antes de que se inventaran los aparatos con chip, la profesión de cazador de vampiros era bastante suicida, ya que incluso los vampiros novatos podían hacer trizas a un humano. Por supuesto, según las últimas investigaciones, los cazadores de vampiros no eran del todo humanos, pero aun así lo parecían bastante.

Cuando llegó al aeropuerto, atravesó la zona de seguridad y se dirigió a la pista de asfalto. El equipo encargado de escoltar al vampiro de vuelta a Sidney la esperaba junto a un lustroso jet privado. Elena les llevó el tipo que había capturado, pero ellos le indicaron con un gesto de la cabeza que lo metiera dentro. Debía depositar el paquete personalmente, ya que ellos no tenían licencia para manejarlo en aquel punto del viaje. Como era de esperar, el señor Ebose contaba con buenos abogados. No pensaba correr ningún riesgo que pudiera acarrearle acusaciones de la Sociedad Protectora de Vampiros.

Aunque en realidad la SPV jamás había conseguido llevar adelante ninguna de sus acusaciones de crueldad contra los vampiros. Lo único que los ángeles tenían que hacer era mostrar fotos de humanos con la garganta destrozada para que el jurado no solo estuviera dispuesto a absolverlos, sino también a darles una medalla.

Elena subió la escalerilla con el vampiro y lo guió hasta el enorme cajón de madera que había al fondo de la cabina de pasajeros.

—Adentro.

El tipo se metió en el cajón y después se volvió hacia ella. El terror que manaba de su cuerpo ya le había empapado la camisa de sudor.

—Lo siento, colega. Mataste a tres mujeres y a un anciano. Eso inclina la balanza de la compasión hacia el lado contrario. —Cerró la tapa con fuerza y le puso el candado. Llevaría puesto el collarín hasta Sidney, donde, de acuerdo con el protocolo establecido para los aparatos con chip, el artefacto sería devuelto directamente al Gremio—. Ya está listo, chicos.

El jefe de los guardas (los cuatro la habían acompañado al interior del avión) la recorrió de arriba abajo con unos peculiares ojos azul turquesa.

—Ninguna herida. Impresionante... —Le entregó un sobre—. Ya se ha hecho la

transferencia a su cuenta del Gremio, tal como se acordó.

Elena comprobó el formulario de confirmación y enarcó las cejas.

—El señor Ebose ha sido de lo más generoso.

—Es un extra por haber capturado al objetivo ileso antes de tiempo. El señor Ebose tiene algunos planes para él. El viejo Jerry era su secretario favorito.

Elena se estremeció. El problema de ser casi inmortal era que podían hacerte un montón de cosas sin que murieras. En una ocasión había visto a un vampiro al que le habían amputado todas las extremidades... sin anestesia. Cuando la unidad de rescate del Gremio lo liberó de las garras del grupo racista que lo había secuestrado, el tipo ya había perdido la razón y la cordura. Pero había un vídeo. Así fue como supieron que el hombre torturado había permanecido consciente todo el tiempo. Elena tenía la certeza de que los ángeles no se lo habían enseñado a los montones de solicitantes que querían Convertirse.

Aunque bien pensado, quizá sí que lo hicieran.

Los ángeles solo Convertían a unos mil vampiros al año. Y por lo que ella sabía, los aspirantes ascendían a centenares de miles. No entendía por qué. En su opinión, la inmortalidad tenía un precio demasiado alto. Era mejor vivir libre y convertirse en polvo cuando llegara la hora que acabar dentro de un cajón de madera a la espera de que tu amo decidiera tu destino.

Con un sabor amargo en la boca, se guardó el formulario de confirmación y el sobre en un bolsillo del pantalón.

—Por favor, agradézcale al señor Ebose su generosidad.

El guardaespaldas inclinó la cabeza, y Elena entrevió el borde de lo que supuso que sería un cuervo tatuado en su cráneo afeitado. El tipo era demasiado alto como para estar segura, pero los demás eran más bajos, y todos llevaban aquella misma marca.

—Supongo que no está comprometida. —El hombre echó un vistazo deliberado a los sencillos pendientes de aro que llevaba en las orejas.

Nada de oro de matrimonio. Nada de ámbar de compromiso. Sin embargo, no cometió el error de creer que él quería una cita. Los miembros de la Hermandad del Ala practicaban el celibato mientras estaban de servicio. Puesto que el castigo por la desobediencia era la pérdida de una parte corporal (Elena nunca había llegado a descubrir cuál), imaginó que ella no era tentación suficiente.

—No. Y también se han terminado mis compromisos laborales. —Prefería completar un trabajo antes de aceptar el siguiente. Siempre había vampiros a los que perseguir—. ¿Desea el señor Ebose que atrape a algún otro desertor?

—No. Es un amigo suyo quien requiere sus servicios. —El guarda le entregó un segundo sobre, esta vez sellado—. La cita es a las ocho en punto de mañana. Por favor, asegúrese de aparecer; el asunto ya ha sido arreglado con su Gremio y se ha hecho el depósito.

Si el Gremio lo había aprobado significaba que era una caza legítima.

—Claro. ¿Dónde será el encuentro?

—Manhattan.

Elena se quedó helada. Solo había un ángel para quien bastaba esa única palabra como dirección. Incluso los ángeles tenían una jerarquía, y ella sabía muy bien quién estaba en la cima. No obstante, el miedo desapareció tan rápido como había llegado. Era improbable que el señor Ebose, por poderoso que fuera, conociese a un arcángel, a un miembro del Grupo de los Diez que decidía quién era Convertido y quién efectuaba la Conversión.

—¿Hay algún problema?

Elena levantó la cabeza de inmediato al oír la pregunta del guarda.

—No, por supuesto que no. —Fingió consultar su reloj—. Será mejor que me vaya. Por favor, salude de mi parte al señor Ebose.

Y tras eso, abandonó los lujosos confines del jet y el hedor del miedo de su carga.

Jamás llegaría a comprender por qué Convertían a tantísimos imbéciles. Quizá, pensó, estuvieran bien al principio y solo se convirtiesen en capullos después de unos cuantos años bebiendo sangre. A saber lo que aquello le hacía al cerebro... Sin embargo, aquella teoría no explicaba lo de su última captura: el tipo tenía dos años como mucho.

Se encogió de hombros y se metió en el coche. Aunque se moría de ganas de abrir el sobre sellado, esperó a llegar a casa, a su bonito apartamento situado en el Lower Manhattan. Dado que se pasaban la mayoría del tiempo persiguiendo a escoria, muchos de los cazadores solían convertir sus hogares en refugios. Y Elena no era una excepción.

Al entrar, se quitó las botas de una sacudida y se dirigió a la fastuosa bañera con ducha. Por lo general, seguía el ritual de librarse de la mugre y aplicarse las cremas y los perfumes que coleccionaba. Ransom pensaba que esas manías femeninas suyas eran de lo más graciosas y no dejaba de tomarle el pelo, pero la última vez que abrió su boca, ella se la devolvió comentándole lo brillante y suave que se veía su largo cabello negro; ¿tal vez por el uso de acondicionador?

Sin embargo, aquella noche no tenía ni paciencia ni ganas para mimarse. Se desnudó, se frotó con rapidez para librarse del hedor a vampiro cagado de miedo, se

puso un pijama de algodón y se cepilló el pelo mientras preparaba café. En cuanto estuvo hecho, llevó la taza hasta la mesita de café, la depositó con cuidado sobre un posavasos... y cedió a las imperiosas exigencias de su curiosidad: rasgó el sobre en un segundo.

El papel era grueso; la filigrana, elegante... y el nombre que había al final de la página resultaba lo bastante aterrador para hacerle desear empaquetar todas sus cosas y salir de allí pitando. Hacia el agujero más diminuto y lejano que pudiera encontrar.

Sin poder creérselo, recorrió la página con la mirada una vez más. Las palabras no habían cambiado.

Sería un honor para mí que se reuniera conmigo para desayunar, a las ocho en punto de la mañana.

RAFAEL

No había ninguna dirección, pero no era necesaria. Alzó la vista para contemplar la columna iluminada de la Torre del Arcángel a través del gigantesco ventanal que había hecho que aquel apartamento fuera ridículamente caro... y atractivo. Uno de sus placeres secretos era sentarse allí y ver a los ángeles alzar el vuelo desde las terrazas más elevadas de la Torre.

Por la noche, parecían sombras suaves y oscuras. Durante el día, sin embargo, sus alas brillaban bajo el sol y sus movimientos resultaban increíblemente elegantes. Iban y venían a lo largo de toda la jornada, pero a veces los veía sentados en aquellos altísimos balcones, con las piernas colgando en el vacío. Suponía que éstos eran los ángeles más jóvenes, aunque «juventud» fuese un término relativo.

Aunque sabía que la mayoría de ellos eran muchas décadas mayores que ella, aquella imagen siempre le arrancaba una sonrisa. Era la única vez que los veía comportarse de una forma que podría considerarse normal. Por lo general, eran fríos y distantes, tan por encima de los insulsos humanos que no podían comprenderlos.

Al día siguiente ella también estaría allí arriba, en aquella torre de luces y cristal. Aunque no iba a reunirse con uno de aquellos ángeles jóvenes y accesibles. No, al día siguiente se sentaría frente al arcángel en persona.

«Rafael.»

Elena se inclinó hacia delante con el estómago revuelto.

Lo primero que hizo en cuanto se le pasaron las ganas de vomitar fue llamar al Gremio.

—Necesito hablar con Sara —le dijo a la recepcionista.

—Lo siento. La directora se ha marchado de la oficina.

Elena colgó el teléfono y marcó el número de casa de Sara.

Ésta cogió el aparato cuando apenas había sonado una sola vez.

—Bueno, ¿cómo iba a saber que tendría noticias tuyas hoy?

Elena aferró con fuerza el auricular del teléfono.

—Sara, por favor, dime que estoy teniendo una alucinación y que tú no me has asignado un trabajo para un arcángel.

—Esto... bueno... —Sara Haziz, directora del Gremio en todo Estados Unidos y una mujer de armas tomar, de pronto parecía más nerviosa que una adolescente—. Mierda, Ellie, no podía decir que no.

—¿Qué podría haberte hecho él? ¿Matarte?

—Lo más probable —murmuró Sara—. Su lacayo vampiro me dejó muy claro que él te quería a ti. Y ese tipo no está acostumbrado a que le digan que no.

—¿Intentaste al menos decirle que no?

—Soy tu mejor amiga. Concédeme algo de crédito.

Tras hundirse en los cojines del sofá, Elena clavó la mirada en la Torre.

—¿En qué consiste el trabajo?

—No lo sé. —Sara empezó a canturrear por lo bajo—. No te preocupes: no pienso desperdiciar mi aliento intentando tranquilizarte. El bebé se ha despertado. ¿Verdad que sí, chiquitina? —Los ruidos de besos llenaron el aire.

Elena aún no podía creerse que Sara se hubiera casado. Y mucho menos que hubiera tenido un bebé.

—¿Cómo está la pequeña Mini-Yo? —Sara había llamado a su hija Zoe Elena. Y Elena había llorado como una idiota al enterarse—. Espero que te esté haciendo pasar un infierno.

—Mi niña adora a su mami. —Más ruidos de besos—. Y me pidió que te dijera que se convertirá en tu Mini-Yo en cuanto crezca un poco más. Slayer y ella forman un equipo magnífico.

Elena se echó a reír ante la mención del gigantesco perro cuya misión en la vida era llenar de babas a la gente desprevenida.

—¿Dónde está tu amado? Pensé que a Deacon le gustaba encargarse de las cosas

del bebé.

—Y así es. —La sonrisa de Sara fue evidente incluso a través de la línea telefónica, e hizo que algo en el interior de Elena se tensara de una forma desagradable. No se trataba de que envidiara la felicidad de Sara, ni de que quisiera a Deacon para ella. No, era algo más profundo, una sensación de que el tiempo se le escurría entre los dedos.

Durante el último año se había hecho cada vez más evidente que sus amigos habían avanzado hacia las siguientes etapas de la vida y que ella se había quedado en el limbo: una cazadora de vampiros de veintiocho años sin ataduras, sin compromisos. Sara había dejado su arco y sus flechas (salvo cuando había una caza de emergencia), y había ocupado el despacho más importante en el Gremio. Su marido, uno de los rastreadores más letales, se dedicaba ahora al negocio de la fabricación de armas para cazadores (y también a cambiar pañales), y mostraba siempre una sonrisa que traslucía lo feliz que era. Joder, incluso Ransom llevaba los dos últimos meses con la misma compañera de cama.

—Oye, Ellie, ¿piensas dormir algo? —preguntó Sara, que alzó la voz para hacerse oír por encima de los alegres chillidos del bebé—. ¿No quieres soñar con tu arcángel?

—Seguro que tendría pesadillas —murmuró. Entrecerró los párpados cuando vio que un ángel estaba a punto de aterrizar en el tejado de la Torre. Sintió un vuelco en el corazón cuando extendió las alas para aminorar la velocidad del descenso—. No me has contado qué le ha pasado a Deacon. ¿Por qué no está al cargo de la niña?

—Ha ido al supermercado con Slayer, para comprar helado de dos chocolates y frutas del bosque. Le dije que los antojos continuaban algún tiempo después del parto.

El hecho de que a Sara le encantara tomarle el pelo a su marido debería haberle hecho gracia, pero Elena era demasiado consciente del miedo que le recorría la espalda.

—Sara, ¿el vampiro te dio alguna pista de por qué ese arcángel me quería a mí?

—Claro. Dijo que Rafael solo quería lo mejor.

—Soy la mejor —murmuró Elena a la mañana siguiente, cuando salió del taxi frente al magnífico edificio de la Torre del Arcángel—. Soy la mejor.

—Oiga, señorita, ¿piensa pagarme o se va a quedar ahí hablando entre dientes todo el día?

—¿Qué? ¡Ah! —Sacó un billete de veinte dólares, se inclinó hacia delante y lo aplastó contra la mano del taxista—. Quédese el cambio.

El ceño fruncido del tipo se transformó en una sonrisa.

—¡Gracias! ¿Qué, hoy tiene una buena caza por delante?

Elena no le preguntó cómo había sabido que era una cazadora.

—No, pero tengo altas probabilidades de enfrentarme a una muerte horrible en las próximas horas. Tengo que hacer algo bueno para intentar acabar en el paraíso.

El taxista lo encontró muy gracioso, y aún no había dejado de reírse cuando se alejó con el coche y la dejó sola frente al amplio camino que conducía a la entrada de la Torre. La brillante luz de la mañana hacía resplandecer las piedras blancas del suelo del camino hasta un punto casi cegador. Cogió las gafas de sol del lugar donde se las había colgado (en el escote de la camisa) y se las puso con rapidez delante de los ojos, agotados y privados de sueño. Ahora que ya no corría el riesgo de quedarse ciega, se fijó en las sombras que había pasado por alto poco antes. Aunque, por supuesto, sabía muy bien que estaban allí: por lo general, no era la vista el sentido que utilizaba para localizar a los vampiros.

Varios de ellos permanecían junto a las paredes laterales de la Torre, pero había al menos otros diez escondidos o paseando entre la zona de arbustos bien cuidados de los alrededores. Todos llevaban trajes negros con camisas blancas y el pelo cortado de esa forma práctica que pusieron de moda los agentes del FBI. Las gafas de sol oscuras y los discretos audífonos no hacían sino intensificar la impresión de que eran agentes secretos.

Pero Elena sabía que, dejando a un lado las características básicas, aquellos vampiros no se parecían en nada al que había capturado la noche anterior. Aquellos tipos llevaban en el mundo muchísimo tiempo. Si se sumaba su intenso aroma (siniestro, aunque no desagradable) al hecho de que estaban protegiendo la Torre del Arcángel, quedaba claro que eran inteligentes y extremadamente peligrosos. Mientras los observaba, dos de ellos se alejaron de los arbustos y se situaron en el camino, a plena luz.

Ninguno estalló en llamas.

Una reacción tan violenta a la luz del sol (otro mito que parecía encantarles a las productoras cinematográficas) habría hecho que su trabajo fuera mucho más fácil. De ser cierto, lo único que tendría que hacer sería esperar a que salieran de casa. Pero no, la mayoría de los vampiros podían salir al exterior las veinticuatro horas del día. Los pocos que padecían hipersensibilidad a la luz solar no «morían» cuando salía el sol. Solo buscaban una sombra.

—Y tú estás andándote por las ramas... —murmuró entre dientes—. Eres una profesional. Eres la mejor. Puedes con esto.

Respiró hondo, intentó no pensar en los ángeles que volaban en lo alto y empezó a caminar hacia la entrada. Nadie le prestó demasiada atención, pero cuando por fin llegó a la puerta, el vampiro de guardia la abrió para ella con una inclinación de cabeza.

—Vaya todo recto, hacia el mostrador de recepción.

Elena parpadeó con incredulidad y luego se quitó las gafas de sol.

—¿No quiere comprobar mi identificación?

—La esperábamos.

La insidiosa y seductora esencia del vampiro de la puerta (un rasgo inusual que era en realidad una evolución adaptativa contra las habilidades de rastreo de los cazadores), la envolvió como una siniestra caricia mientras le daba las gracias y atravesaba la entrada.

El vestíbulo con aire acondicionado parecía una estancia interminable dominada por el mármol gris oscuro con pequeñas vetas doradas. Como ejemplo de riqueza, buen gusto y sutil intimidación, se llevaba el primer premio. De pronto, Elena se alegró mucho de haber sustituido sus acostumbrados pantalones vaqueros y su camiseta por unos pantalones negros de vestir y una camisa blanca. Incluso se había recogido su rebelde cabello en un moño francés y se había puesto zapatos de tacón alto.

Dichos zapatos repiquetearon con fuerza sobre el suelo de mármol mientras atravesaba el vestíbulo. De camino al mostrador, se fijó en todo lo que la rodeaba: desde el número de guardias vampiro y los exquisitos (aunque algo extraños) arreglos florales, hasta el hecho de que el recepcionista era una vampira muy, muy, muy antigua... con el rostro y el cuerpo de una mujer de treinta años en plena forma.

—Señora Deveraux, soy Suhani. —La mujer se puso en pie con una sonrisa y abandonó su puesto tras el mostrador curvo. Este también era de piedra, pero estaba tan bien pulido que lo reflejaba todo como si fuera un espejo—. Es todo un placer conocerla.

Elena estrechó la mano de la mujer y percibió el flujo de sangre fresca, el latido fuerte de su corazón. Estuvo a punto de preguntarle a Suhani a quién se había desayunado (ya que su sangre era más potente de lo habitual), pero contuvo el impulso para no meterse en problemas.

—Gracias.

Suhani sonrió y, en opinión de Elena, su sonrisa estaba cargada de sabiduría antigua, de siglos de experiencia.

—Debe de haberse dado mucha prisa. —Consultó su reloj—. Solo son las ocho

menos cuarto.

—Había poco tráfico. —Y no había querido empezar aquella reunión con mal pie—. ¿Llego demasiado pronto?

—No. Él la está esperando. —La sonrisa se desvaneció y fue sustituida por una expresión de sutil decepción—. Pensé que tendría un aspecto más... amenazador.

—¿No me diga que usted también ve La Presa del Cazador? —El desagradable comentario salió de sus labios sin que pudiera evitarlo.

Suhani le dirigió una sonrisa desconcertantemente humana.

—De eso soy culpable, me temo. La serie es de lo más entretenida. Y S.R. Stoker, el productor, es un antiguo cazador de vampiros.

Sí, y Elena era el Ratoncito Pérez.

—Déjeme adivinar: esperaba que llevara una enorme espada y que tuviera los ojos rojos, ¿no? —Elena sacudió la cabeza—. Usted es una vampira. Sabe muy bien que esas cosas no son ciertas.

La expresión de Suhani dejó paso a un gesto mucho más siniestro.

—Parece usted muy segura de mi condición de vampiro. La mayoría de la gente nunca se da cuenta.

Elena decidió que aquel no era el momento apropiado para darle una lección sobre la biología de los cazadores.

—Tengo mucha experiencia. —Encogió los hombros, como si careciera de importancia—. ¿Subimos ya?

En ese momento, Suhani se ruborizó, y su rubor pareció genuino.

—Ay, lo siento. La he entretenido. Por favor, sígame.

—No se preocupe. Solo ha sido un momento. —Y se sentía agradecida, ya que eso le había dado la oportunidad de tranquilizarse. Si aquella vampira delicada y elegante era capaz de enfrentarse a Rafael, ella también lo sería—. ¿Qué aspecto tiene?

Los pasos de Suhani vacilaron un instante antes de recuperar el ritmo.

—Es... un arcángel. —El asombro de su voz estaba mezclado a partes iguales con el miedo.

La confianza de Elena cayó en picado.

—¿Lo ve muy a menudo?

—No, ¿por qué iba a hacerlo? —La recepcionista compuso una sonrisa intrigada—. Él no necesita pasar por el vestíbulo. Puede volar.

Elena se habría dado de bofetadas.

—Claro. —Se detuvo frente a las puertas del ascensor—. Gracias.

—De nada. —Suhani empezó a teclear el código de seguridad en una pantalla

táctil situada en un pequeño hueco que había junto a las puertas del ascensor—. Este elevador la llevará hasta la azotea.

Elena frenó en seco.

—¿La azotea?

—La reunión tendrá lugar allí.

Aunque estaba sorprendida, sabía que demorarse no le serviría de nada, así que entró en el enorme ascensor cubierto de espejos y se dio la vuelta para mirar a Suhani. Cuando las puertas se cerraron, recordó con cierta incomodidad al vampiro al que había encerrado en una caja unas doce horas antes. Ahora ya sabía lo que se sentía al estar al otro lado. Si no hubiera estado tan segura de que la tenían vigilada, podría haber cedido al impulso de abandonar su fachada profesional y empezar a pasearse de un lado a otro como una histérica.

O como una rata atrapada en un laberinto.

El ascensor comenzó a subir con una delicadeza de lujo. Los números que brillaban en el panel LCD cambiaban a un ritmo sobrecogedor. Decidió dejar de observarlos cuando marcaron la planta setenta y cinco. En lugar de eso, se miró en los espejos y alisó la solapa arrugada de su bolso de mano... aunque en realidad no hacía más que asegurarse de que sus armas seguían bien escondidas.

Nadie le había pedido que fuera allí desarmada.

El ascensor se detuvo con suavidad. Las puertas se abrieron. Sin darse un momento para titubear, salió y se dirigió hacia un pequeño recinto acristalado. Resultó evidente de inmediato que aquella jaula de cristal no era más que la estructura que albergaba el ascensor. La azotea estaba más allá... y no había barandillas que pudieran impedir una caída accidental.

Estaba claro que el arcángel no creía necesario que sus invitados estuvieran cómodos.

Sin embargo, Elena no podía considerarlo un mal anfitrión: había una mesa con cruasanes, café y zumo de naranja situada en la esplendorosa zona central del espacio abierto. Le bastó otra mirada para descubrir que el suelo de la azotea no era solo de cemento. Lo habían pavimentado con baldosas gris oscuro que brillaban como si fueran de plata bajo los rayos del sol. Las baldosas eran preciosas y, sin duda, muy caras. Un gasto extravagante, pensó, aunque luego comprendió que para una criatura alada, el tejado no era un espacio inútil.

No vio a Rafael por ningún sitio.

Elena colocó la mano sobre el picaporte y abrió la puerta de cristal para salir al exterior. Para su alivio, las baldosas demostraron ser una superficie rugosa: en aquel

momento el viento era suave, pero sabía que a aquella altura podría volverse violento sin previo aviso, y los tacones no eran precisamente muy estables. Se preguntó si el mantel estaría clavado a la mesa. De lo contrario, lo más probable era que volara y arrojara la comida al suelo tarde o temprano.

No obstante, aquello podría ser una ventaja. Los nervios no eran buenos para la digestión.

Dejó el bolso sobre la mesa, se acercó con cuidado al borde más cercano... y miró hacia abajo. La increíble imagen de los ángeles que volaban desde y hacia la Torre la llenó de euforia. Estaban tan cerca que parecía que podía tocarlos, y sus poderosas alas resultaban tan tentadoras como el canto de una sirena.

—Cuidado. —La palabra fue pronunciada con suavidad, aunque el tono parecía divertido.

Elena no se sobresaltó, ya que había percibido el viento originado por los movimientos de las alas durante su silencioso aterrizaje.

—¿Me cogerían si me cayera? —preguntó sin mirarlo.

—Solo si estuvieran de humor. —Cuando se situó a su lado, las alas entraron dentro del campo de visión periférica de Elena—. Está claro que no tiene vértigo.

—Nunca lo he tenido —admitió. La aterraba tanto el poder que desprendía aquel ser que decidió parecer tranquila. Era eso o empezar a gritar—. Aunque nunca había estado a tanta altura.

—¿Qué le parece?

Respiró hondo y dio un paso atrás antes de volverse hacia él. La imagen la impactó tanto como un golpe físico. Era...

—Hermoso. —Ojos de un azul tan puro que parecía que un artista celestial hubiera aplastado zafiros para fabricar la pintura y luego hubiera coloreado los iris con las más delicadas pinceladas.

Aún no se había recuperado del impacto de verlo cuando una súbita ráfaga de viento recorrió el tejado y agitó los mechones de su cabello negro. Aunque «negro» era una palabra demasiado simple para describirlo. Era tan puro que tenía vestigios de la noche, vívida y apasionada. Estaba cortado en descuidadas capas que terminaban en la nuca y resaltaban los abruptos ángulos de su rostro. Elena sintió tantas ganas de tocarlo que se le encogieron los dedos de los pies.

Sí, era una criatura hermosa, pero su belleza era la de un guerrero conquistador. Aquel ser tenía el poder pintado en cada centímetro de su rostro, en cada parte de su piel. Y eso que aún no se había fijado en la exquisita perfección de sus alas. Las plumas eran suaves y blancas, y parecían salpicadas de oro. No obstante, cuando se

concentró pudo apreciar la verdad: todos los filamentos de cada pluma tenían la punta dorada.

—Sí, desde aquí arriba todo es muy hermoso —dijo él, rompiendo el hechizo.

Elena parpadeó y se ruborizó. No tenía ni la menor idea de cuánto tiempo había pasado.

—Sí.

La sonrisa del arcángel tenía una pizca de socarronería, de satisfacción masculina... y de la más pura y letal concentración.

—Charlemos mientras desayunamos.

Furiosa por haber dejado que su belleza física la cegara, Elena se mordió la parte interna del carrillo para reprenderse. No iba a caer en la misma trampa de nuevo. Era evidente que Rafael sabía lo impresionante que era, y también el efecto que tenía sobre las desprevenidas mortales. Y aquello lo convertía en un hijo de puta arrogante, un tipo al que podría resistirse sin problemas.

Él retiró una silla y aguardó. Elena se detuvo de pronto, muy consciente de la altura y la fuerza de aquel ser. No estaba acostumbrada a sentirse pequeña. Ni débil. El hecho de que él provocara aquellas sensaciones en ella (y sin ningún esfuerzo aparente), la cabreó lo bastante para buscar algún tipo de represalia.

—No me siento cómoda cuando hay alguien detrás de mí.

Una chispa de sorpresa se encendió en los ojos azules.

—¿No debería ser yo quien temiera acabar con una daga en la espalda? Es usted quien lleva armas ocultas.

El hecho de que supiera lo de sus armas no significaba nada. Una cazadora siempre iba armada.

—La diferencia radica en que yo moriría. Y usted no.

Tras un leve y divertido gesto de la mano, el arcángel se acercó al otro lado de la mesa. Sus alas rozaron las impolutas baldosas del suelo y dejaron un rastro de brillante oro blanco. Elena tuvo la certeza de que lo había hecho a propósito. Los ángeles no siempre derramaban polvo de ángel. Cuando lo hacían, tanto los vampiros como los humanos se apresuraban a recogerlo. El precio de una sola mota de ese polvo resplandeciente era mucho mayor que el de un diamante de talla impecable.

No obstante, si Rafael pensaba que ella iba a arrodillarse para recogerlo, estaba muy equivocado.

—No me tiene miedo —dijo.

No era tan estúpida como para mentir.

—Estoy aterrorizada. Pero supongo que no me ha hecho venir hasta aquí solo para

poder arrojarle desde la azotea.

Sus labios se curvaron, como si hubiese dicho algo gracioso.

—Siéntese, Elena. —El nombre sonaba diferente en sus labios. Como un vínculo. Al pronunciarlo, había conseguido cierto poder sobre ella—. Como muy bien ha dicho, no tengo intenciones de matarla. Hoy no.

Elena se sentó con el ascensor a la espalda, consciente de que él, en un despliegue de antigua caballeridad, aguardaba de pie a que ella ocupara su lugar en la mesa. Cuando la imitó, sus alas se apoyaron con elegancia sobre el respaldo de la silla, especialmente diseñado para ello.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Elena, que no había podido contener su curiosidad.

Él arqueó una de sus cejas perfectas.

—¿Acaso carece de instinto de supervivencia? —Parecía un comentario despreocupado, pero ella notó el tono acerado que yacía bajo la superficie.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Algunos dirían que así es..., ya que soy una cazadora de vampiros.

Algo oscuro y peligroso se movió en las profundidades de aquellos ojos que ningún humano tendría jamás.

—Una cazadora nata, no una que ha sido entrenada para ello.

—Exacto.

—¿A cuántos vampiros ha capturado o asesinado?

—Usted sabe a cuántos. Por eso estoy sentada aquí.

Otra ráfaga de viento barrió el tejado, aunque aquella fue lo bastante fuerte para hacer que las tazas tintinearan y para deshacer algunos mechones de su moño. Elena no intentó volver a sujetarlos; quería mantener toda su atención puesta en el arcángel. Él no dejaba de observarla, como un enorme depredador que contemplara el conejito que iba a comerse para cenar.

—Hábleme de sus habilidades. —Era una orden, ni más ni menos, y su tono tenía un matiz de advertencia. El arcángel ya no la encontraba graciosa.

Elena se negó a apartar la mirada, aunque se clavó las uñas en los muslos para intentar tranquilizarse.

—Puedo seguir la esencia de los vampiros, distinguir a uno del resto de la manada. Eso es todo. —Una habilidad inútil... a menos que uno trabajara como cazavampiros. Eso convertía lo de «elegir una carrera» en un oxímoron.

—¿Qué edad debe tener un vampiro para que usted sea capaz de percibir su presencia?

Era una pregunta extraña, y Elena reflexionó durante unos instantes.

—Bueno, el más joven al que he rastreado solo tenía dos meses. Y fue un caso extraño. La mayoría de los vampiros espera al menos un año antes de intentar algo raro.

—¿Así que nunca ha estado en contacto con un vampiro más joven?

Elena no tenía ni idea de adónde quería llegar el arcángel con aquel interrogatorio.

—¿En contacto? Desde luego que sí. Pero no como cazadora. Usted es un ángel: sabe a la perfección que ellos no funcionan muy bien durante el primer mes después de ser Convertidos. —Era una etapa de su desarrollo que alimentaba el mito de que los vampiros eran zombis sin vida.

Lo cierto era que los vampiros resultaban bastante espeluznantes durante las primeras semanas. Tenían los ojos abiertos, pero parecían seres sin vida; su piel estaba pálida y llena de manchas, y se movían de manera descoordinada. A la mayoría de la gente le resultaba mucho más fácil torturar y mutilar a alguien que parecía un cadáver andante que a alguien que podría ser su mejor amigo. O su cuñado, en el caso de Elena.

—Cuando son tan jóvenes no son capaces de alimentarse, y mucho menos de huir —añadió.

—De cualquier forma, haremos una prueba. —El arcángel cogió el vaso de zumo que había junto a su plato y dio un trago—. Coma.

—No tengo hambre.

Él dejó el vaso.

—Es un agravio de sangre rechazar algo de la mesa de un arcángel.

Elena jamás había oído ese término, pero si estaba relacionado con la sangre no podía ser nada bueno.

—He comido antes de venir aquí. —Una mentira descarada. No había sido capaz de retener nada que no fuera agua, e incluso aquello le había costado esfuerzo.

—En ese caso, beba. —Fue una orden tan categórica que Elena supo que el arcángel esperaba una obediencia inmediata.

Algo se rebeló en su interior.

—¿Y si no lo hago?

El viento se detuvo. Incluso las nubes parecieron paralizarse.

La muerte le susurró al oído.

Los instintos de Elena la instaban a sacar la daga que llevaba en la bota, a realizar unos cuantos cortes y a salir de allí pitando, pero se obligó a quedarse donde estaba. Estaba claro que no conseguiría dar más de un par de pasos antes de que Rafael le rompiera todos los huesos del cuerpo.

Aquello era justo lo que le había hecho a un vampiro que pensaba traicionarlo.

Aquel vampiro había sido encontrado en medio de Times Square. Todavía estaba vivo. Y aún intentaba gritar «¡No, Rafael! ¡No!», pero para entonces su voz no era más que un susurro, ya que su mandíbula se sujetaba tan solo con unos cuantos tendones visibles y le faltaban trozos de carne en varios lugares.

Elena (que había salido del país debido a una partida de caza), había visto las imágenes en un noticiero poco después. Sabía que el vampiro había agonizado durante tres horas antes de que un par de ángeles lo recogieran. Todo el mundo en Nueva York (qué coño, todo el mundo en el país) sabía que estaba allí, pero nadie se había atrevido a ayudarlo, no cuando la marca de Rafael estaba grabada en su frente. El arcángel había deseado que todo el mundo presenciara el castigo para recordarle a la gente quién y qué era. Y había funcionado. Ahora la mera mención de su nombre provocaba un temor visceral.

Sin embargo, Elena no estaba dispuesta a arrastrarse. Ante nadie. Era algo que había decidido la noche en que su padre le exigió que se arrodillara y le suplicara para que tal vez, solo tal vez, reconsiderara la idea de readmitirla en la familia.

Hacía más de diez años que no hablaba con su padre.

—Deberías tener cuidado —dijo Rafael, que rompió así el silencio sobrenatural y empezó a tutearla.

Aquello no la alivió en absoluto: el ambiente seguía cargado con la promesa de una amenaza.

—No me gustan los jueguecitos.

—Pues empieza a apreciarlos. —El arcángel se apoyó en el respaldo del asiento—. Tu vida será muy corta si esperas solo honestidad.

Al percibir que el peligro había pasado (por el momento), Elena aflojó los dedos con cierto esfuerzo. Cuando el flujo de sangre volvió a recorrerlos le causó muchísimo dolor.

—Yo no diría que espero honestidad. La gente miente. Los vampiros mienten. Incluso... —Se quedó callada.

—No irás a empezar a ser discreta ahora, ¿verdad? —La diversión había vuelto,

pero estaba atemperada con cierto matiz que acarició la piel de la cazadora como si se tratara de una hoja de afeitar.

Elena contempló aquel rostro perfecto y supo que nunca en toda su vida se había enfrentado a una criatura más letal. Si lo disgustaba, Rafael la mataría con tanta facilidad como ella aplastaba una mosca. No debería olvidarlo, por más que aquello la enfureciera.

—¿No has dicho que habría que hacer una prueba?

Sus alas se agitaron ligeramente en ese instante y captaron la atención de Elena. Eran muy, muy hermosas, y no pudo evitar mirarlas embelesada. Ser capaz de volar... era un regalo extraordinario.

Los ojos de Rafael se clavaron en algún lugar situado por encima de su hombro izquierdo.

—Más que una prueba, se trata de un experimento.

Ella no se dio la vuelta, no le hacía falta.

—Hay un vampiro detrás de mí.

—¿Estás segura? —Su expresión no había cambiado ni un ápice.

Ella luchó contra el impulso de volverse.

—Sí.

Él asintió.

—Puedes mirar.

Elena vaciló, preguntándose qué era peor: darle la espalda a un enigmático e impredecible arcángel o a un vampiro desconocido. Al final, la curiosidad ganó. El rostro de Rafael mostraba una evidente satisfacción y ella deseaba saber qué era lo que la había provocado.

Se volvió hacia un lado con todo el cuerpo para poder seguir viendo a Rafael con el rabillo del ojo. Luego contempló a las «dos»... criaturas que había tras ella.

—Madre mía...

—Podéis iros. —La voz de Rafael contenía una orden que aplacó el abyecto terror dibujado en los ojos del que todavía guardaba alguna semejanza con un humano. El otro se escabulló como el animal que era.

Elena los observó mientras atravesaban las puertas de cristal y luego tragó saliva.

—¿Qué edad tenía...? —No pudo llamar vampiro a aquella cosa. Y tampoco humano.

—Erik fue Convertido ayer.

—No sabía que pudieran caminar a esa edad. —Intentaba parecer profesional, aunque estaba muerta de miedo.

—Ha tenido un poco de ayuda. —El tono del arcángel dejaba claro que aquella era la única respuesta que iba a obtener—. Bernal era... un poco mayor.

Elena cogió el zumo que había rechazado antes y dio un buen trago para intentar librarse del hedor que había penetrado en los poros de su piel. Los vampiros antiguos carecían de aquella repugnante característica. Todos ellos (salvo aquellos similares a la peculiar recepcionista) olían a vampiro, al igual que ella olía a humana. Sin embargo, los jóvenes desprendían un leve olor similar al de la calabaza podrida o la carne en descomposición, y Elena siempre debía frotarse más de tres veces para librarse de él. Por esa razón había empezado a coleccionar geles de baño y perfumes. Después de su primer contacto con un recién Convertido, creyó que jamás se sacaría aquel olor de la nariz.

—Creí que un cazador no se alteraría tanto al ver a un recién Convertido. —Rafael tenía una peculiar expresión sombría. Fue entonces cuando Elena se fijó en que había alzado un poco las alas.

Se preguntó si aquello significaba que estaba concentrado o que estaba furioso. Dejó el vaso en la mesa.

—En realidad, no estoy alterada. —Y era cierto, ahora que la oleada inicial de repugnancia había desaparecido—. Es el olor... Es como una capa que se queda pegada a la lengua. Da lo mismo cuánto te frotes, no puedes librarte de él.

El rostro del arcángel mostró un genuino interés.

—¿Tan intensa es esa sensación?

Elena se estremeció y echó un vistazo a la mesa en busca de algo que la aplacara un poco. Cuando él le acercó un trozo de pomelo, lo aceptó de buena gana.

—Ajá. —El jugo ácido del cítrico aplacó un poco el hedor. Al menos lo suficiente para que pudiera pensar.

—Si te pidiera que rastrearas a Erik, ¿serías capaz de hacerlo?

Se echó a temblar al recordar aquellos ojos casi muertos, o no del todo vivos. No era de extrañar que la gente creyera esas historias que describían a los vampiros como muertos vivientes.

—No. Creo que es demasiado joven.

—¿Y a Bernal?

—En estos momentos está en la planta baja del edificio. —El apestoso rastro del vampiro recién Convertido era tan penetrante que había impregnado todo el edificio—. En el vestíbulo.

Las alas de puntas doradas se extendieron para dar sombra a la mesa mientras Rafael unía sus palmas en un breve aplauso.

—Bien hecho, Elena. Bien hecho.

Ella apartó la mirada del pomelo y comprendió demasiado tarde que acababa de demostrar lo buena que era, cuando lo que debería haber hecho era fallar y librarse de aquel asunto, fuera lo que fuera. Mierda. Al menos él le había dado una pista sobre el trabajo.

—¿Quieres que rastree a un desertor?

El arcángel se levantó de la silla con un movimiento súbito y elegante.

—Espera un momento.

Elena observó, petrificada, cómo se acercaba al borde del tejado. Era un ser tan majestuoso que el mero hecho de observar cómo se movía le provocó un vuelco en el corazón. Daba igual que supiera que era una ilusión óptica, que aquel tipo era tan letal como el cuchillo que ella llevaba atado al muslo. Nadie, ni siquiera ella, podía negar que Rafael, el arcángel, era un ser digno de admiración. Y de adoración.

Aquel pensamiento, de lo más inapropiado, la sacó de su aturdimiento. Echó la silla hacia atrás y contempló con dureza su espalda. ¿Le había hecho algo en la cabeza? Justo en aquel momento, él se dio la vuelta y la miró con aquellos increíbles ojos azules. Durante un segundo, Elena tuvo la sensación de que estaba respondiendo a su pregunta. Luego, el arcángel apartó la mirada... y se arrojó al vacío desde el tejado.

Elena se levantó de un salto. Solo para volver a sentarse, con las mejillas ruborizadas, cuando él remontó el vuelo para reunirse con un ángel al que ella no había visto hasta ese momento. Michaela. El equivalente femenino de Rafael, con una belleza de tal magnitud que Elena podía sentir su fuerza incluso desde lejos. Comprendió con sorpresa que estaba presenciando un encuentro en el aire entre dos arcángeles.

—Sara no se lo va a creer... —De repente olvidó el hedor del vampiro joven, ya que la reunión focalizaba toda su atención. Había visto a Michaela en fotos, pero ninguna de ellas reflejaba la realidad.

La arcángel tenía la piel de un exquisito color café con leche, y un cabello brillante que le llegaba hasta la cintura en una mata salvaje. Su cuerpo era la encarnación de la feminidad, esbelto y lleno de curvas a un tiempo, con unas alas de un delicado tono bronce que contrastaban con el rico color de su piel. Su rostro...

—Vaya...

Incluso a aquella distancia, el rostro de Michaela era la definición de la perfección. A Elena le pareció que sus ojos tenían un tono verde claro imposible, pero pensó que debía de haberlo imaginado. Los arcángeles estaban demasiado lejos.

Aunque aquello tenía poca importancia. La arcángel tenía un rostro que no solo detendría el tráfico, sino que provocaría un centenar de accidentes.

Frunció el ceño. A pesar de que apreciaba la hermosura de Michaela, no le costaba ningún trabajo pensar con claridad. Lo cual significaba que aquel bastardo arrogante de ojos azules había estado jugueteando con su mente. ¿Deseaba que ella lo adorara? Pues ya se vería si lo conseguía.

Nadie, ni siquiera un arcángel, iba a convertirla en una marioneta.

Como si la hubiera oído, Rafael dijo algo a su compañera y regresó a la azotea con un par de aletazos. Su aterrizaje fue mucho más vistoso en esta ocasión. Elena estaba segura de que el hombre quería mostrarle el diseño de la superficie interna de sus alas. Daba la impresión de que una brocha empapada en oro hubiese empezado por el extremo superior de las alas antes de descender hasta las puntas, que empezaban a ser blancas casi al final. Elena se vio obligada a dejar la furia a un lado y enfrentarse a la verdad: si aquel demonio (o arcángel) se acercara y le ofreciera sus alas, tal vez le vendería el alma.

Pero los arcángeles no Convertían a otros ángeles. Solo convertían a vampiros chupasangres. Nadie sabía de dónde procedían los ángeles. Elena suponía que nacían de padres angelicales, aunque, bien pensado, jamás había visto a un ángel bebé.

Sus pensamientos se descarrilaron de nuevo cuando vio la gracia con la que caminaba Rafael, tan seductor, tan...

Se puso en pie y envió la silla al suelo.

—¡Sal... de... mi cabeza!

Rafael se detuvo de inmediato.

—¿Pretendes utilizar esa daga? —Sus palabras eran puro hielo. El aire desprendía olor a sangre, y Elena comprendió que era la suya.

Bajó la mirada y descubrió que su mano aferraba con fuerza la hoja de la daga que había sacado por instinto de la funda del tobillo. Jamás habría cometido un error así. Rafael la estaba obligando a infligirse daño con la intención de demostrarle que no era más que un juguete para él. En lugar de luchar, Elena la apretó con más fuerza.

—Si quieres que haga un trabajo para ti, lo aceptaré. Pero no permitiré que me manipulen.

Los ojos del arcángel descendieron hasta la sangre que goteaba desde su puño. No hizo falta que dijera nada.

—Es posible que seas capaz de controlarme —dijo ella en respuesta a la burla silenciosa que había en su rostro—, pero si te hubiera bastado con eso para llevar a cabo el trabajo, jamás habrías pasado por la farsa de contratarme. Me necesitas a mí, a

Elena Deveraux, y no a uno de tus pequeños esbirros vampiro.

Su mano se aflojó con un violento espasmo que le hizo soltar la daga. El cuchillo cayó al suelo con un ruido amortiguado por el charco de sangre que se había formado sobre él. Elena no se movió, no hizo ningún intento por contener la hemorragia.

Y cuando Rafael se acercó para situarse a menos de un paso de distancia de ella, no retrocedió.

—Así que crees que estoy en una posición de desventaja, ¿no es así? —inquirió el arcángel. El cielo estaba completamente azul, pero Elena sentía los vientos de tormenta que le agitaban los mechones de cabello y le deshacían el moño.

—No. —Permitió que la esencia de Rafael (limpia, fresca, con aroma de mar) impregnara su lengua, cubriendo los restos de sabor a vampiro que tenía en la boca—. Estoy dispuesta a marcharme sin mirar atrás y a devolverte el pago que le hiciste al Gremio.

—Eso —dijo él al tiempo que cogía una servilleta y se la enrollaba alrededor de la mano— no es una opción.

Aturdida por un movimiento tan imprevisto, Elena cerró la mano para ayudar a contener el flujo de sangre.

—¿Por qué no?

—Quiero que tú hagas este trabajo —respondió, como si aquella fuera razón suficiente.

Y para un arcángel, lo era.

—¿En qué consiste ese trabajo? ¿Es una recuperación?

—Sí.

El alivio empezó a inundarla como si se tratara de aquella lluvia que sentía tan cerca. Pero no era la lluvia, sino su esencia, lo que le llevaba el frescor del agua.

—Lo único que necesito para empezar es algo que el vampiro haya llevado puesto hace poco. Si tienes una localización general, mejor aún. Si no, les diré a los genios informáticos del Gremio que investiguen los transportes públicos, los registros bancarios y todo lo demás mientras yo busco pistas sobre el terreno. —Su mente ya se había puesto a trabajar, considerando y descartando opciones.

—Me has malinterpretado, Elena. La criatura a la que quiero que encuentres no es un vampiro.

Aquello la desconcertó.

—¿Estás buscando a un humano? Bueno, puedo encontrarlo, pero en realidad no tengo ninguna ventaja sobre cualquier otro investigador privado.

—Inténtalo de nuevo.

Nada de vampiros. Nada de humanos. Eso dejaba...

—¿Un ángel? —preguntó en un susurro—. No.

—No —convino él, y una vez más, Elena sintió una fresca oleada de alivio.

Aunque solo duró hasta que él añadió—: Un arcángel.

Lo miró fijamente.

—Estás de coña.

Las mejillas de Rafael se tensaron contra la piel suave y bronceada.

—No. El Grupo de los Diez no bromea.

A Elena se le hizo un nudo en el estómago cuando oyó mencionar al Grupo... Si Rafael era un ejemplo de su mortífero poder, no quería reunirse jamás con aquel augusto grupo directivo.

—¿Por qué queréis rastrear a un arcángel?

—No es necesario que lo sepas. —Su tono era concluyente—. Lo único que necesitas saber es que si tienes éxito al encontrarlo, serás recompensada con más dinero del que puedas gastar en toda tu vida.

Elena contempló la servilleta manchada de sangre.

—¿Y si fracaso?

—No fracases, Elena. —Sus ojos parecían amables, pero su sonrisa hablaba de cosas que era mejor no pronunciar en voz alta—. Me intrigas... detestaría tener que castigarte.

La mente de Elena rememoró la imagen del vampiro de Times Square, aquel desecho sangrante que una vez había sido una persona... la definición de castigo según Rafael.

Elena se sentó en Central Park y contempló los patos que nadaban en círculos en un estanque. Había ido allí para intentar aclararse las ideas, pero al parecer no estaba funcionando. Solo podía pensar en si los patos tenían sueños.

Suponía que no. ¿Con qué soñaría un pato? Pan fresco, un vuelo tranquilo hacia el lugar adonde fueran los patos... Volar. Se quedó sin respiración cuando su mente le mostró imágenes de distintos recuerdos: unas hermosas alas con vetas doradas, unos ojos llenos de poder, el brillo del polvo de ángel. Se frotó los ojos con las palmas de las manos en un intento por borrar aquellas imágenes. Pero no sirvió de nada.

Era como si Rafael le hubiera implantado una maldita sugestión subliminal en la cabeza que no dejaba de mostrarle imágenes de cosas en las que ella no quería pensar. Lo consideraba capaz de hacerlo, pero el arcángel no había tenido tiempo de introducirse en su cabeza a tanta profundidad. Se había alejado de él un minuto después de que le dijera que no fracasara. Y, por extraño que pareciese, él había permitido que se marchara.

En aquel instante los patos se estaban peleando, graznándose los unos a los otros y empujándose con los picos. Ni siquiera los patos podían permanecer tranquilos. ¿Cómo coño iba a pensar con semejante alboroto? Soltó un suspiro, apoyó la espalda contra el respaldo del banco del parque y contempló el cielo despejado. Le recordó los ojos de Rafael.

Soltó un resoplido.

El color del cielo se parecía tanto al tono vívido e increíble de sus ojos como una circonita a un diamante. No era más que una pálida imitación. Aun así, era bonito. Quizá si lo miraba durante más tiempo podría olvidar aquellas alas que la atormentaban en todo momento. Como en aquel instante. Se extendieron sobre su campo de visión y transformaron el color del cielo en un blanco dorado.

Frunció el ceño e intentó deshacerse de la ilusión.

Unos filamentos con la punta dorada aparecieron ante sus ojos. Su corazón latía como el de un conejo asustado, pero no tuvo energías para sorprenderse.

—Me has seguido.

—Me ha parecido que necesitabas pasar un tiempo a solas.

—¿Puedes bajar el ala? —pidió con educación—. Me impides que vea el paisaje.

El ala se plegó con un suave susurro que Elena sabía que jamás asociaría con nada que no fueran aquellos apéndices emplumados. Las alas de Rafael.

—¿No vas a mirarme, Elena?

—No. —Siguió contemplando el cielo—. Cuando te miro, las cosas se vuelven confusas.

Se oyó una risa masculina, grave y ronca... que sonó en el interior de su mente.

—No servirá de nada que no me mires.

—A mí me parece que sí —replicó ella con suavidad, aunque la furia ardía como una brasa al rojo vivo en sus entrañas—. ¿Eso es lo que te excita, obligar a las mujeres a postrarse a tus pies?

Se hizo el silencio. El sonido de unas alas al extenderse y plegarse con rapidez.

—Estás poniendo en peligro tu vida.

Elena se arriesgó a mirarlo. Estaba de pie al borde del agua, pero de frente a ella. Sus ojos se habían oscurecido hasta adquirir el tono del cielo a medianoche.

—Oye, moriré de todas formas. —Pretendía parecer desdeñosa—. Tú mismo lo has dicho: puedes joderme con la mente siempre que quieras. E imagino que ese no es más que un pequeño truco de los muchos que tienes en la manga, ¿no?

Él asintió de manera majestuosa, increíblemente hermoso bajo un inoportuno rayo de sol. Como un dios oscuro. Y Elena sabía que ese pensamiento era cosa suya. Porque lo que le repugnaba de Rafael era lo mismo que le atraía: el poder. Aquel era un ser al que no podía vencer. La parte femenina más profunda de sí misma apreciaba aquel tipo de fuerza, aunque también la enfurecía.

—Y si tú eres capaz de hacer todo eso, ¿de qué será capaz ese otro tío? —Se puso a contemplar los patos para evitar la erótica seducción del rostro del arcángel—. Me hará picadillo antes de que me acerque a un centenar de pasos de él.

—Estarás protegida.

—Yo trabajo sola.

—Esta vez no. —Su tono era puro acero—. Uram siente cierta predilección por el dolor. El Marqués de Sade fue uno de sus aprendices.

Elena no estaba dispuesta a demostrarle lo mucho que la había asustado aquello.

—Así que le va el sexo perverso.

—Esa sería una forma de verlo. —De algún modo, el arcángel consiguió añadir sangre, dolor y horror con aquel único comentario. Las emociones serpentearon por la piel de Elena, atravesaron sus poros y se enroscaron alrededor de su garganta para empezar a ahogarla.

—Basta —dijo de pronto mientras lo miraba a los ojos una vez más.

—Mis disculpas. —Sus labios esbozaron una pequeña sonrisa—. Eres más sensible de lo que esperaba.

Elena no lo creyó ni por un instante.

—Cuéntame más cosas sobre ese tal Uram. —No sabía nada de aquel otro arcángel, salvo que gobernaba una región de Europa.

—Es tu presa. —El rostro de Rafael perdió toda expresión y sus ojos color medianoche se volvieron casi negros—. Eso es lo único que debes saber.

—No puedo trabajar así. —Se puso en pie, aunque mantuvo las distancias—. Soy buena porque me meto en la mente de mi objetivo para predecir dónde estará, qué hará y con quién contactará.

—Confía en tu don innato.

—Aun en el caso de que pudiera percibir la esencia de los arcángeles —algo que no podía hacer—, yo no hago magia —señaló ella, frustrada—. Necesito un punto de inicio. Si no tienes nada, tendré que empezar con su personalidad, con sus patrones de comportamiento.

Rafael se acercó para acortar la distancia que ella deseaba mantener.

—Los movimientos de Uram no son predecibles. Todavía no. Debemos esperar.

—¿Qué es lo que debemos esperar?

—Sangre.

Aquella única palabra la dejó helada.

—¿Qué ha hecho?

Rafael alzó un dedo y lo deslizó sobre la mejilla de Elena. Ella se estremeció. Pero no porque le hubiera hecho daño, sino más bien todo lo contrario. Los lugares que tocaba... parecían estar conectados directamente con la parte más femenina y sensible de su cuerpo. Una sola caricia bastaba para humedecerla, y aquello la avergonzaba. No obstante, se negó a retroceder; se negó a rendirse.

—¿Qué... —repitió—... ha hecho?

El dedo se deslizó sobre su mandíbula y empezó a recorrer la línea de su cuello, provocándole un increíble e indeseado placer.

—Nada que necesites saber. Nada que pueda ayudarte a rastrearlo.

Elena realizó un esfuerzo por levantar la mano para apartar aquel dedo, aunque solo tuvo éxito porque el arcángel se lo permitió. Y aquello la irritó.

—¿Has acabado ya con los jueguecitos sexuales? —preguntó, enfurecida.

Su sonrisa fue mucho más sutil esa vez, y sus ojos cambiantes pasaron del negro a un tono cobalto. Vivo. Eléctrico.

—No le estaba haciendo nada a tu mente, Elena. Esta vez no lo hacía.

Vaya... Mierda.

Había mentido. Era obvio que había mentido. Elena dejó escapar un suspiro de alivio y se desplomó sobre el sofá. No era tan idiota para sentirse atraída por un arcángel. Y aquello solo dejaba la puerta número dos: Rafael había jugado con su mente y lo había negado solo para fastidiarla a su retorcido modo.

Una molesta vocecita en su interior insistía que aquella clase de manipulación no encajaba con lo que ella sabía de Rafael. En la azotea no había ocultado que había indagado en su mente. Mentir parecía algo impropio de él.

—¡Ja! —exclamó ella, dirigiéndose a la vocecita—. Lo que sé de él no bastaría para llenar un dedal... Ese tipo ha manipulado a los mortales desde hace siglos. Se le da muy bien. —Muy bien no. Era todo un experto.

Y ahora ella estaba en sus manos.

A menos que el arcángel hubiera cambiado de opinión en las pocas horas que habían pasado desde que se largó del estanque de los patos. Aquello la animó un poco. Estiró el brazo para abrir el ordenador portátil sobre la mesita de café, lo encendió y utilizó la conexión inalámbrica a internet para consultar su cuenta en el Gremio. El historial de transacciones mostraba un depósito reciente.

—Demasiados ceros. —Respiró hondo. Los contó de nuevo—. Siguen siendo demasiados.

Había tantos ceros que la cifra dejaba el sustancial pago del señor Ebose a la altura del betún.

Con las manos sudorosas, Elena tragó saliva y utilizó la rueda del ratón para descender en la pantalla. El pago procedía de «la Torre del Arcángel, Manhattan». Eso lo sabía. Era obvio que lo sabía. Pero verlo escrito en blanco y negro le provocó una sacudida que recorrió su cuerpo de arriba abajo. El trato estaba hecho. Ahora trabajaba oficialmente para Rafael. Y solo para Rafael.

Su posición en el Gremio había cambiado de «Activa» a «Contratada por un período indefinido».

Cerró el portátil y clavó la vista en la Torre. No podía creer que hubiera estado en la parte superior de aquel descomunal edificio esa misma mañana; no podía creer que se hubiera atrevido a llevarle la contraria a un arcángel y, sobre todo, no podía creer que Rafael deseara que lo hiciera. Una fuerte sensación de hormigueo en el estómago empezó a provocarle náuseas, pánico y... una extraña y palpitante excitación. Aquel era uno de esos trabajos que convertían a los cazadores en leyendas. Aunque, por supuesto, para convertirse en leyenda por lo general había que estar muerto.

Sonó el teléfono, lo que puso un agradable fin a aquella línea de pensamientos.

—¿Qué pasa?

—Yo también te deseo buenos días, cielo —dijo la alegre voz de Sara.

Elena no permitió que la engañara. Su amiga no había llegado a convertirse en la directora del Gremio siendo Miss Simpatía. Tenía nervios de acero y una voluntad tan fuerte como la de un bull terrier.

—No puedo contarte nada —le espetó Elena sin más—. Así que no preguntes.

—Vamos, Ellie... Sabes muy bien que sé guardar un secreto.

—No. Si te lo cuento, estás muerta. —Rafael le había dejado aquello muy claro antes de permitir que se marchara de Central Park.

«Si se lo cuentas a alguien (ya sea hombre, mujer o niño), lo eliminaremos. Sin excepciones.»

Sara soltó un resoplido.

—No te pongas melodramática. Soy...

—Él sabía que me lo preguntarías —añadió mientras recordaba todo lo que le había dicho el arcángel de Nueva York con aquel tono engañosamente suave. Una espada envuelta en terciopelo, así era la voz de Rafael.

—¿En serio?

—Si te lo cuento, no solo acabará con Deacon y contigo; también matará a Zoe.

La furia que atravesó la línea estaba provocada por el más fuerte instinto de protección materno.

—Cabrón...

—Estoy totalmente de acuerdo contigo.

Al parecer, Sara estaba demasiado furiosa para hablar, así que tardó unos segundos en decir algo.

—El hecho de que haya proferido esa amenaza significa que esto es algo grande.

—¿Has visto el depósito?

—¡Joder, claro que lo he visto! Creí que el contable había metido la pata y había depositado todo en nuestra cuenta en lugar de meter solo el porcentaje del Gremio. —Soltó un largo silbido—. Tía, eso es dinero y lo demás es cuento.

—No lo quiero. —Sentía la necesidad de compartir su incomprensible tarea con Sara y con el idiota de Ransom, pero no podía hacerlo—. Ya me ha separado de mis mejores amigos. —Apretó la mano hasta convertirla en un puño.

—Deja que lo intente... —dijo Sara—. Así que no puedes contarme los detalles... Menuda cosa. Lo averiguaré todo muy pronto. Ya me hago una idea.

El nerviosismo atenazó la espalda de Elena.

—¿En serio?

—¿Un vampiro asesino? —Se quedó callada un momento—. Vale, no puedes responderme, pero ¿qué otra cosa podría ser?

Elena se hundió de nuevo en el sofá.

—¿Recuerdas a ese que desertó? —inquirió Sara.

—Ha habido más de uno —replicó ella, aunque se le había helado la sangre.

—Hace unos veinte años. Lo estudiamos en las clases del Gremio.

No habían pasado veinte años, pensó Elena, sino dieciocho.

—Slater Patalis. —El nombre salió de sus labios como una pesadilla, una que jamás había compartido con nadie, ni siquiera con la mejor amiga a la que le había confiado todo lo demás—. ¿A cuántos acabó matando? —se obligó a preguntar... antes de que las antenas de Sara empezaran a dar señales de aviso.

—La cifra oficial fue de cincuenta y dos muertos en un mes —fue la tétrica respuesta—. De manera extraoficial, nosotros creemos que hubo algunos más. —Se oyó un crujido, y Elena casi pudo ver cómo Sara se acomodaba en la butaca de cuero que su amiga adoraba como si fuera su segundo hijo—. Ahora que soy directora, tengo acceso a todo tipo de información supersecreta.

—¿Quieres compartirla conmigo? —Vaciló unos instantes, ignorando los ecos de un pasado que nada podría cambiar.

—Mmm... ¿Por qué no? Después de todo, eres mi número dos en todos los sentidos salvo en el nombre.

—Puaj... —Elena chasqueó la lengua—. Nada de despachos para mí, gracias.

Sara se echó a reír por lo bajo.

—Aprenderás. De cualquier forma, el informe oficial de Slater dice que el tipo padecía una enfermedad psíquica antes de que fuera Convertido, una enfermedad que consiguió ocultar de alguna manera.

—Una especie de trastorno sociópata grave. —Antes de oír el comentario de Sara, Elena había creído que conocía cada perturbador detalle sobre la vida y los crímenes del vampiro asesino más terrible de la historia reciente—. Pruebas de abusos infantiles y maltrato de animales. El perfil clásico de un asesino en serie.

—Demasiado clásico —señaló Sara—. No es más que un montón de mierda. El Gremio lo inventó bajo la presión del Grupo de los Diez.

Por un segundo, Elena tuvo la aterradora sospecha de que Slater Patalis no estaba realmente muerto, de que el Grupo lo había salvado por alguna perversa razón oculta. Sin embargo, un instante después recobró la cordura: no solo había visto el vídeo de la autopsia, sino que además se había colado en los almacenes y había cogido el tubo

de ensayo que preservaba la sangre de Slater. Sus sentidos habían reaccionado.

«Vampiro», le había susurrado la sangre, «vampiro». Y cuando le había quitado el tapón al tubo, había oído un susurro con la voz hipnótica e inconfundible de Slater: «Ven aquí, pequeña cazadora. Pruébala».

Se mordió con fuerza el labio inferior y arrancó su propia sangre para desterrar aquel recuerdo. Al menos hasta que llegaran las pesadillas.

—¿No vas a contarme la verdad? —le preguntó a Sara.

—Slater era normal cuando ingresó como Candidato —dijo su amiga—. Ya sabes lo meticulosos que son los ángeles a la hora de comprobar la lista de aspirantes seleccionados. Fue escaneado, analizado, y casi abierto en canal con todas las pruebas que le hicieron. El hombre estaba limpio y saludable, tanto de cuerpo como de mente.

—Hay rumores... —susurró Elena, que tenía los ojos abiertos como platos—, que siempre hemos considerado leyendas urbanas, pero si lo que dices es cierto...

—... significa que ser Convertido tiene un efecto secundario muy malo. A una diminuta, ínfima y casi inexistente minoría de Candidatos se les fastidia el cerebro sin remedio. Y lo que resulta de esa jodienda no siempre es humano.

Debería haberle parecido raro que alguien insinuara que los vampiros eran humanos en algún sentido, pero entendía lo que Sara pretendía decir. La humanidad, como un todo, también incluía a los vampiros. Como Elena sabía por su propia familia, los vampiros podían aparearse e incluso reproducirse con los seres humanos. La concepción era muy difícil, pero no imposible, y aunque los niños (todos mortales) a veces padecían anemia o trastornos similares, por lo demás eran normales. La primera regla de la biología: si pueden aparearse, lo más probable es que pertenezcan a la misma especie.

Aquella regla no podía aplicarse a los que eran como Rafael. Los ángeles atraían a cantidades industriales de fans: en su mayoría vampiros, aunque a veces se permitía también la presencia de algún humano imponente. Pero, a pesar de la lujuria que despertaban, Elena jamás había oído hablar de un hijo procedente de una relación entre un humano y un ángel; ni siquiera de una relación entre un vampiro y un ángel. Quizá los ángeles no puedan tener hijos, pensó. Tal vez consideren a los vampiros sus hijos.

Sangre en lugar de leche, inmortalidad en vez de amor.

Una mierda de infancia. No obstante, ¿qué sabía ella de la infancia?

—Sara... voy a necesitar pleno acceso a los ordenadores y los archivos del Gremio.

—Nadie salvo la directora tiene acceso pleno. —El tono de Sara tenía un matiz del

famoso acero Haziz—. Si me prometes que te pensarás lo del puesto como ayudante de directora, te daré acceso total.

—Eso sería mentirte —dijo Elena—. Me volvería loca detrás de un escritorio.

—Yo misma pensé eso mismo una vez, y ahora estoy feliz como una perdiz.

—¿Qué tienen que ver las perdices con todo esto? —murmuró Elena.

—No tengo ni la menor idea. Dime que te lo pensarás.

—Existe una diferencia crucial entre tú y yo, señora directora. —Dejó que su tono hablara por ella—. Elige a alguna de las cazadoras casadas. No desperdicies tu tiempo conmigo.

Se oyó un suspiro.

—El hecho de que estés soltera no significa que te quiera ahí fuera, en la línea de fuego. Eres mi mejor amiga, mi hermana... en todo salvo en la sangre.

A Elena se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo mismo digo. —Cuando su familia la repudió, fue Sara quien la ayudó a recuperarse. El vínculo que las unía era prácticamente irrompible—. Sabes tan bien como yo que la seguridad no es para mí. Nací para ser lo que soy. —Una cazadora. Una rastreadora. Una solitaria.

—¿Por qué me molesto en discutir contigo? —Elena casi pudo ver cómo sacudía la cabeza—. Te estoy dando acceso en estos mismos momentos.

Aquello era lo que a Elena le encantaba del Gremio. No había necesidad de papeleo: los cazadores elegían a su director, y confiaban en que tomara buenas decisiones. Nada de reuniones ni de juntas. Nada de gilipolleces.

—Gracias.

—Oh oh... —Ruido de tecleo rápido—. Una ligera advertencia: tengo la impresión de que alguien supervisa quién accede a los archivos de alta seguridad.

—¿Quién? —preguntó, aunque conocía la respuesta—. ¿Con qué autoridad?

—Con la misma que les permite contratar a mi gente sin decirme qué demonios pasa —replicó Sara—. Me convertí en directora para poder mantener a los cazadores a salvo. Rafael va a descubrir que...

—¡No! —gritó Elena—. Por favor, Sara, no te acerques a él. La única razón, la única, por la que sigo viva es que necesita que haga un trabajo para él. De no haber sido por eso, lo más probable es que hubieras pasado una tarde estupenda intentando identificar mi cuerpo (o lo que quedara de él) en el depósito de cadáveres.

—Maldita sea, Ellie... Juré proteger a mis cazadores, y no voy a incumplir ese juramento solo porque ese Rafael sea aterrador...

—En ese caso, hazlo por Zoe —la interrumpió Elena—. ¿Quieres que crezca sin

una madre?

—Zorra... —El tono de Sara se parecía bastante a un gruñido—. Si no te quisiera tanto, te daría una paliza. Eso es chantaje emocional, joder.

—Prométemelo, Sara. —Aferró con mucha fuerza el auricular del teléfono—. Esta caza va a ser la más difícil que haya llevado a cabo nunca... No quiero tener que preocuparme por ti también. Prométemelo.

Se hizo un silencio muy, muy largo.

—Te prometo que no me acercaré a Rafael... a menos que crea que te encuentras en peligro de muerte. Eso es todo lo que vas a conseguir de mí.

—Con eso bastará. —Solo tenía que asegurarse de que Sara no descubriera jamás que la caza era en sí misma el equivalente a una muerte casi segura. Un paso en falso y adiós Elena P. Deveraux.

Algo emitió un pitido.

—Tengo otra llamada... Lo más probable es que sea Ash —dijo Sara.

Según lo último que había oído Elena, Ashwini (también conocida como Ash o como Ashblade) estaba en la región de los pantanos cazando a un vampiro cajún de voz aterciopelada que tenía la mala costumbre de enemistarse con los ángeles... y de jugar al gato y al ratón con Ash.

—¿Todavía sigue en Luisiana?

—No. El cajún decidió «darse una vueltecita» por Europa. —Sara soltó un resoplido muy poco elegante—. ¿Sabes? Uno de estos días la va a cabrear de verdad y va a acabar empalado desnudo en un lugar público, cubierto de azúcar y con un cartel de «Muérdeme» colgado del cuello.

—Quiero entradas para verlo. —Colgó tras oír la risotada de Sara.

Se frotó la cara con las manos y decidió que ya era hora de ponerse a trabajar. Tendría que llevar a cabo aquella caza sí o sí... por tanto, más le valía intentar salir de una pieza.

Se sacó la camisa blanca de la cinturilla, se cambió los pantalones negros por unos vaqueros y se recogió el pelo en una coleta suelta antes de abrir el ordenador portátil por segunda vez. Como no le gustaba la idea de que el Grupo observara todos sus movimientos (a pesar de que eran ellos los que la habían contratado), abrió el navegador de internet y utilizó un conocido buscador en lugar de entrar en la base de datos del Gremio.

Luego tecleó en el cuadro de búsqueda: «Uram».

Rafael cerró la puerta después de entrar y se dirigió a la enorme biblioteca del sótano, oculta bajo la elegante belleza de una cabaña situada en Martha's Vineyard. El fuego que ardía en la chimenea era la única fuente de iluminación aparte de los candelabros de las paredes, que creaban más sombras que luz. El lugar irradiaba una sensación de antigüedad, de sosegada sabiduría, que indicaba que había estado allí mucho antes de que la casa actual se construyera encima.

—Está hecho —dijo mientras se sentaba en el semicírculo de sillones que había frente al fuego. Hacía demasiado calor para él, pero algunos de sus hermanos llegaban de climas más cálidos y sentían la inminencia del otoño en los huesos.

—Cuéntanos —dijo Charisemnon—. Háblanos sobre el cazador.

Tras reclinarsse en el sillón, Rafael echó un vistazo a los que estaban acomodados en la estancia. Era una sesión del Grupo de los Diez, aunque incompleta.

—Habrá que sustituir a Uram.

—Todavía no. No hasta después de... —susurró Michaela con una expresión azorada—. ¿Es realmente necesario darle caza?

Neha colocó la mano sobre el hombro de la arcángel.

—Sabes que no tenemos elección. No podemos dejar que satisfaga sus nuevos apetitos. Si los humanos llegan a descubrirlo... —Sacudió la cabeza, y sus ojos almendrados estaban cargados de oscuros conocimientos—. Nos tomarían por monstruos.

—Ya lo hacen —dijo Elijah—. Para ostentar el poder, todos debemos convertirnos en algo parecido a monstruos.

Rafael estaba de acuerdo. Elijah era uno de los más longevos. Había gobernado de un modo u otro durante milenios, y sus ojos aún no mostraban la menor señal de tedio. Quizá fuera porque Elijah tenía algo que los demás no poseían: una amante cuya lealtad era incuestionable. Elijah y Hannah llevaban juntos novecientos años.

—No obstante —observó Zhou Lijuan—, es diferente ser temido y respetado que ser totalmente aborrecido.

Rafael no tenía claro que existiera aquella diferencia, pero Lijuan era una arcángel de otra época. Gobernaba en Asia a través de una red de matriarcados que inculcaban en sus hijos el respeto hacia ella, y así había sido durante eones. Si Elijah era viejo, Lijuan era toda una anciana: se había fundido con el tejido de su patria, China, y el de las tierras que la rodeaban. Se narraban historias sobre Lijuan entre susurros, y era considerada una semidiosa. En cambio, Rafael solo había gobernado durante

quinientos años, un brevísimo lapso de tiempo. Aunque aquello podía resultar una ventaja.

A diferencia de Lijuan, Rafael no había ascendido tanto como para dejar de comprender a los mortales. Incluso antes de su transformación de ángel a arcángel, había elegido el caos de la vida y no la elegante paz de sus hermanos. Ahora vivía en una de las ciudades más ajetreadas del mundo y vigilaba a sus ciudadanos sin que estos se dieran cuenta. Igual que había vigilado a Elena Deveraux aquel mismo día.

—No es necesario que discutamos sobre la discreción —dijo, interrumpiendo los suaves sollozos de Michaela—. Nadie puede saber en qué se ha convertido Uram. Ha sido así desde que existimos.

El comentario fue seguido por una ronda de asentimientos. Incluso Michaela se enjugó las lágrimas y se apoyó en el respaldo, con los ojos despejados y las mejillas sonrojadas. Su belleza no tenía parangón. Incluso entre los ángeles, siempre había sido la más brillante de las estrellas, y nunca había carecido de amantes o de atenciones. En aquel momento, sus miradas se encontraron y en los ojos de Michaela apareció un interrogante sensual que Rafael decidió no responder. Así que era eso... No lo sentía por Uram; lo sentía por ella. Aquello encajaba mucho mejor con su personalidad.

—El cazador es una mujer —dijo ella un segundo después, con un tono algo molesto—. ¿La has elegido por eso?

—No. —Rafael se preguntó si debía avisar a Elena de aquella nueva amenaza. A Michaela no le gustaba la competencia, y había sido la amante de Uram durante casi medio siglo, un compromiso sorprendente para alguien de una naturaleza tan voluble—. La elegí porque puede detectar una esencia que nadie más puede percibir.

—Vaya, en ese caso, ¿por qué esperar? —preguntó Titus, con un tono suave que no encajaba con su musculoso cuerpo. Parecía un hombre esculpido en azabache, tan tosco como el baluarte de la montaña que él consideraba su hogar.

—Porque... —respondió Rafael—... Uram aún no ha atravesado la última frontera. Silencio.

—¿Estás seguro? —inquirió Favashi en tono afable. Era la más joven de todos, y sus ideas se parecían más a las de los mortales que la de cualquiera de ellos. Su corazón y su alma habían salido ilesos del inexorable paso del tiempo—. Si todavía no ha...

—Tienes demasiadas esperanzas —la interrumpió Astaad con su característico tono brusco—. Mató a todos sus sirvientes y criados la noche que se marchó de Europa.

—En ese caso, ¿cómo es que no ha atravesado el límite... que jamás debemos atravesar? —preguntó Favashi, que no estaba dispuesta a echarse atrás. Aquella era la razón por la que, a pesar de su juventud, gobernaba Persia. Se doblaba, pero no se rompía. Jamás—. ¿Seguro que no puede recuperarse?

—Sí, seguro —replicó Neha, que era tan fría como Favashi amable. En su hogar, en la India, las serpientes eran consideradas diosas, y a Neha la adoraban como la Reina de las Serpientes—. Les he hecho unas discretas preguntas a nuestros doctores. Es demasiado tarde. Su sangre es veneno.

—¿No pueden haberse equivocado? —preguntó Michaela, y quizá su tono mostró una leve pizca de preocupación.

—No. —Los ojos de Neha recorrieron la estancia—. También le envié una muestra a Elijah.

—Hice que Hannah le echara un vistazo —dijo Elijah—. Neha tiene razón. Es demasiado tarde para Uram.

—Es un arcángel. La cazadora no podrá matarlo, ni aun en el caso de que lo encuentre —aseguró Lijuan, y su resplandeciente pelo blanco ondeó sin el menor atisbo de brisa. La edad proporcionaba unos poderes tan extraordinarios que parecer «humano» en algún sentido rozaba lo imposible. Los ojos de Lijuan tenían un extraño color gris perla que tampoco existía en la tierra—. Uno de nosotros debe encargarse de eso.

—¡Tú solo lo quieres muerto porque puso en peligro tu poder! —exclamó Michaela.

Lijuan pasó por alto su comentario, tal como Rafael habría hecho con el de un humano. Lijuan había visto cómo los arcángeles iban y venían. Solo ella permanecía. Uram había sido uno de sus más próximos contemporáneos.

—¿Rafael?

—A la cazadora se le ha encargado el trabajo de localizar a Uram —respondió mientras recordaba el terror que había asomado a los ojos de Elena cuando le habló de su tarea—. Yo lo ejecutaré. ¿Cuento con el beneplácito del Grupo?

Uno por uno, todos dijeron: «Sí». Incluso Michaela. La arcángel valoraba su vida mucho más que la de Uram. Hasta donde ellos sabían, Uram estaba en Nueva York por Michaela. Si cruzaba la frontera final, su antigua amante se convertiría en su principal objetivo.

Así que ya estaba hecho.

Rafael se quedó en la sala mientras el resto del Grupo se marchaba. Era insólito que todos los miembros se reunieran en un mismo lugar. Sus poderes eran

inconmensurables, pero era mejor no tentar a los jóvenes. Algunos aspiraban a ocupar una vacante tras una muerte. Siempre eran los jóvenes los que albergaban semejantes ilusiones. Los mayores eran lo bastante sabios para saber que la condición para convertirse en arcángel era renunciar a una parte del alma.

Poco después, solo Elijah estaba con él en la habitación, en la parte opuesta del semicírculo.

—¿No vas a volver a casa con Hannah?

Las alas blancas de Elijah se removieron durante unos instantes cuando estiró las piernas y se apoyó en el respaldo del asiento.

—Ella está siempre conmigo, da igual adónde vaya.

Rafael no sabía si hablaba de forma literal. Se rumoreaba que algunas de las parejas angelicales más antiguas compartían un vínculo mental libre de los límites del tiempo o la distancia, pero si era cierto, ninguno hablaba sobre ello.

—En ese caso, sin duda estás bendecido.

—Así es. —Elijah se inclinó hacia delante para apoyar los codos sobre las rodillas—. ¿Cómo es posible que le haya ocurrido algo así a Uram? ¿Por qué nadie se dio cuenta?

Rafael comprendió que el otro hombre no sabía realmente nada.

—No estaba emparejado, y a Michaela no le importa nadie salvo ella misma.

—Eso es cruel. —Sin embargo, no discutió la afirmación.

—Tú tienes a Hannah, que te advierte si te acercas al límite. Uram estaba solo.

—Tenía sirvientes, ayudantes, otros ángeles...

—Uram nunca fue compasivo —dijo Rafael—. Recompensaba cualquier pequeño agravio con la tortura. Como resultado, su castillo estaba lleno de gente que lo odiaba o lo temía. Gente a la que le daba igual si él vivía o moría.

Elijah levantó la vista. Sus ojos claros parecían casi humanos.

—Harías bien en aprender esa lección, Rafael.

—Te comportas como si fueras mi hermano mayor.

Elijah se echó a reír; era el único arcángel aparte de Favashi capaz de reírse de verdad.

—No, solo veo un líder en ti. Ahora que Uram se ha marchado, es posible que el Grupo se fragmente... y ya sabes lo que ocurrió la última vez que nos separamos.

La Edad Oscura de los hombres y los ángeles, una época en que los vampiros se bañaban en sangre y los ángeles estaban demasiado ocupados peleando entre ellos como para impedirlo.

—¿Por qué yo? Soy más joven que tú, y más que Lijuan.

—Lijuan... ya no pertenece a este mundo. —Su frente se llenó de arrugas de preocupación—. Según creo, ella es la arcángel de mayor edad que existe. Está más allá de las insignificancias.

—Esto no es ninguna insignificancia. —No obstante, comprendía lo que Elijah quería decir. Lijuan ya no tenía los ojos puestos en el mundo. Su mirada estaba orientada en algún punto lejano de la distancia—. Si no es Lijuan, ¿por qué no tú? Eres el más estable de todos nosotros.

Elijah sacudió las alas mientras reflexionaba.

—Mi reino en Sudamérica jamás se ha visto amenazado. Es cierto que me encargo de los disidentes con mano de hierro, pero... —negó con la cabeza—... no siento ningún deseo de matar ni de derramar sangre. Para mantener el Grupo unido, el líder debe ser más peligroso que cualquiera de los demás.

—¿Me estás llamando déspota a la cara? —señaló Rafael con voz amable.

Elijah encogió los hombros.

—Tú inspiras miedo sin necesidad de ser tan cruel como Astaad, ni tan caprichoso como Michaela. Por esa razón chocaste con Uram: estabas demasiado cerca de apoderarte de lo que era suyo. El liderazgo ya es tuyo, lo sepas o no.

—Y ahora ha empezado la caza de Uram. —De repente, Rafael vio su futuro. Ser rastreado como un animal. Por una mujer con el cabello del color del amanecer y los ojos plateados como los de un gato—. Vuelve a casa con Hannah, Elijah. Me encargaré de hacer lo que sea necesario. —Derramar sangre, acabar con la vida de un inmortal. Aunque, por supuesto, aquel era un término equivocado. Un arcángel podía morir... aunque solo a manos de otro arcángel.

—¿Descansarás esta noche? —preguntó Elijah cuando ambos se pusieron en pie.

—No. Debo hablar con la cazadora.

Con Elena.

Elena terminó la búsqueda preliminar sobre Uram y se apoyó en el respaldo de la silla con las náuseas atascadas en la garganta. Uram había gobernado (y hasta donde el resto del mundo sabía, seguía gobernando) en las zonas del este de Europa y en las regiones vecinas de Rusia. Bueno, al igual que Estados Unidos, esos países tenían sus propios presidentes y primeros ministros, sus parlamentos y senados, pero todo el mundo sabía que el verdadero poder estaba en manos de los arcángeles. El gobierno, los negocios, el arte... no había nada que se librara de su influencia, ya fuera directa o indirecta.

Y, según parecía, Uram era un tipo muy influyente.

La primera historia relacionada con él la había encontrado en un artículo de prensa sobre el presidente de un diminuto país que en su día había formado parte de la Unión Soviética. Dicho presidente, un tal Chernoff, había cometido el error de desafiar públicamente a Uram y de incitar a los ciudadanos a boicotear los negocios draconianos del arcángel, así como los de sus «hijos vampiro», y a apoyar las empresas dirigidas por humanos. Elena no estaba de acuerdo con el presidente. Ser humanocéntrico también era una especie de prejuicio. ¿Qué pasaba con todos esos pobres vampiros que solo se dedicaban a sus familias? La mayoría de los vampiros no adquirirían poder con la transformación; eso llevaba siglos. Y algunos siempre eran débiles.

Después de leer los primeros párrafos del artículo, que resumían la política del presidente Chernoff, Elena supuso que la historia terminaría con la noticia sobre las preparaciones de su funeral. Para su sorpresa, descubrió que el presidente seguía con vida... si podía decirse así.

Poco después de sus polémicas declaraciones, el señor Chernoff había sufrido un trágico accidente de coche: su chófer había perdido el control de la dirección y se había estrellado con un camión que venía de frente. El conductor había salido del coche sin un arañazo, un hecho calificado de «milagro». El presidente no había sido tan afortunado. Tenía tantos huesos rotos que los médicos aseguraban que jamás recuperaría el uso de sus extremidades por completo. Sus cuencas oculares habían estallado «desde dentro», lo que había destruido sus ojos. Y su garganta había sufrido una lesión tan grave que sus cuerdas vocales habían quedado inservibles... pero no suficiente para matarlo.

No volvería a escribir, ni a mano ni a máquina.

No volvería a hablar.

No volvería a ver.

Nadie se había atrevido a afirmarlo, pero el mensaje era alto y claro: si alguien desafiaba a Uram, sería silenciado. El político que había ocupado el puesto de Chernoff había jurado lealtad a Uram antes incluso de tomar posesión del cargo.

Di lo que quieras sobre Rafael, pensó de pronto, pero él al menos no es un tirano.

Estaba claro que gobernaba en Estados Unidos con mano de hierro, pero no se entrometía en los intrascendentes asuntos humanos. Unos cuantos años atrás, había aparecido un candidato a alcalde que prometía no acatar las leyes de los arcángeles si salía elegido. Rafael le había permitido seguir con su campaña, y solo había respondido con una pequeña sonrisa cuando algún reportero se atrevió a acercarse a él.

Aquella sonrisa, aquel gesto que indicaba que toda la situación le parecía ridícula, había hundido las esperanzas del candidato a alcalde como si fueran el Titanic. El tipo había desaparecido del mapa sin dejar rastro. Rafael había conseguido la victoria sin derramar ni una gota de sangre. Y había conservado su poder a los ojos de la población.

—Eso no lo convierte en alguien bueno —murmuró, preocupada por la dirección que tomaban sus pensamientos. Tal vez Rafael destacaba si se lo comparaba con Uram, pero eso no era decir mucho.

Había sido Rafael quien había amenazado con hacer daño a la pequeña Zoe, él y nadie más.

—Cabrán... —susurró, repitiendo el insulto que había utilizado Sara.

Aquella amenaza lo colocaba en el mismo peldaño que ocupaba Uram. El arcángel europeo había destruido en una ocasión un colegio lleno de niños de entre cinco y diez años cuando los ciudadanos de la localidad le pidieron que su vampiro mascota no anduviera entre ellos.

Elena habría encontrado absurda aquella petición si el vampiro no hubiera estado consumiendo sangre por la fuerza. Lo cierto era que había violado a varias mujeres de la localidad y las había dejado destrozadas. Los ciudadanos habían acudido a Uram en busca de ayuda. Y él había respondido matando a sus hijos y robándoles a sus mujeres. Aquello había ocurrido unos treinta años atrás, y nadie había vuelto a ver a ninguna de aquellas mujeres. El pueblo ya no existía.

Uram era, sin lugar a duda, un ser terrible. Y ella...

Algo dio unos golpecitos en la ventana del mirador.

Tras deslizar la mano hacia abajo para coger la daga oculta bajo la mesita de café, Elena levantó la vista... y sus ojos se clavaron en los de un arcángel. Su silueta

recortada contra el brillante perfil de la ciudad de Manhattan debería dar la impresión de un ente más pequeño, pero era incluso más hermoso que a la luz del día. El hecho de que apenas tuviera que mover las alas para mantener la posición no era más que una prueba de su poder, ese poder absoluto que emanaba de su cuerpo y la abrumaba incluso a través del cristal.

Señaló hacia arriba. Elena abrió los ojos de par en par.

—El tejado no es... —empezó a decir, pero él ya se había marchado—. ¡Hay que joderse!

Furiosa con él por haberla pillado desprevenida, por provocarle aquella nefasta atracción, volvió a guardar la daga, cerró el portátil y salió de su apartamento.

Tardó varios minutos en llegar a la azotea y abrir la puerta.

—¡No pienso salir ahí fuera! —gritó. Se había asomado y no lo había visto por ningún sitio. La azotea de su edificio había sido diseñada por algún arquitecto vanguardista que pensaba en la forma más que en la funcionalidad: delante de ella solo había una serie de picos dentados e irregulares. Era imposible caminar por allí sin resbalar y caer hacia una muerte segura—. No, gracias —murmuró al sentir cómo el viento le apartaba el cabello de la cara mientras aguardaba con la puerta entreabierta—. ¡Rafael!

Tal vez, pensó, el arquitecto no fuera en absoluto vanguardista. A lo mejor solo odiaba a los ángeles. En aquel momento, le cuadraba. Quizá a ella le gustaran sus alas, pero no se hacía ilusiones en cuanto a su supuesta bondad interior.

—Bondad interior... ¡Ja! —exclamó.

Justo entonces, el arcángel aterrizó delante de ella, bloqueando con las alas su campo de visión.

Retrocedió un paso sin darse cuenta, y para el momento en que se recuperó, Rafael ya había entrado en el edificio y había cerrado la puerta. Mierda... odiaba que pudiera hacerla reaccionar como si fuera una novata a la caza de su primer vampiro. Si aquello continuaba así mucho más tiempo, perdería todo el respeto por sí misma.

—¿Qué pasa? —preguntó al tiempo que cruzaba los brazos.

—¿Así es como recibes a todos tus invitados? —Sus labios no mostraban el menor asomo de sonrisa, aunque eran la encarnación de la sensualidad, la lujuria y la seducción más absoluta.

Elena dio otro paso hacia atrás.

—Deja de hacer eso.

—¿El qué? —Un brillo de auténtica confusión apareció en sus ojos azules y perfectos.

—Da igual. —Contrólate, Elena, se dijo ella—. ¿Por qué has venido?

Rafael la miró durante varios segundos.

—Quería hablar contigo sobre la caza.

—Pues empieza.

El arcángel observó el descansillo que nadie usaba jamás. La escalera de metal estaba oxidada; no había más que una única bombilla, y estaba a punto de fundirse. Parpadeo. Parpadeo. Un apagón de dos segundos. Y luego dos nuevos parpadeos. El patrón se repetía una y otra vez, y la estaba volviendo loca. Era obvio que Rafael tampoco estaba muy impresionado.

—Aquí no, Elena. Muéstrame tus aposentos.

Ella frunció el ceño al escuchar la orden.

—No. Esto es trabajo... Iremos a las oficinas del Gremio y utilizaremos una de las salas de reuniones.

—A mí me da igual. —Se encogió de hombros, y aquel gesto concentró la atención femenina en la amplitud de aquellos hombros, en el poderoso arco de sus alas—. Llegaré allí volando en unos minutos. Pero tú tardarás al menos media hora, quizá más: se ha producido un accidente en la carretera que lleva al Gremio.

—¿Un accidente? —Su mente se llenó de los horribles detalles de lo que acababa de leer sobre el «accidente»—. ¿Estás seguro de que no ha sido cosa tuya?

El arcángel la miró con expresión divertida.

—Si lo deseara, podría obligarte a hacer todo lo que me viniera en gana. ¿Por qué iba a tomarme la molestia de organizar algo semejante?

Aquella descarada manera de establecer lo enorme que era su poder (y lo diminuto que era el de ella), hizo que Elena deseara coger una de sus dagas.

—No deberías mirarme así, Elena.

—¿Por qué? —inquirió ella, invadida por un impulso suicida que hasta ese momento desconocía—. ¿Te asusta?

Él se inclinó un poco más hacia delante.

—Mis amantes siempre han sido mujeres guerreras. La fuerza me intriga.

Elena no podía permitir que jugara con ella de aquella forma, aunque su cuerpo se opusiera. Con vehemencia.

—¿También te intrigan los cuchillos? Porque si me tocas, te haré pedazos. Me importa un bledo que después me arrojes desde el balcón más cercano.

Aquello pareció detenerlo, como si se lo estuviera pensando.

—No elegiría ese castigo para ti. Sería demasiado rápido.

Fue entonces cuando ella recordó que no se enfrentaba a un macho humano.

Aquel era Rafael, el arcángel que le había roto todos y cada uno de los huesos a un vampiro para demostrar su poder.

—No te dejaré entrar en mi casa, Rafael.

Su hogar era su guarida.

Se produjo un largo silencio cargado con la aplastante presión de una amenaza oculta. Elena se quedó muy quieta, a sabiendas de que ya lo había presionado suficiente aquella noche. Y aunque era consciente de su propia valía, también sabía que para un arcángel era, al fin y al cabo, prescindible.

Los ojos azules de Rafael estaban consumidos por las llamas, y su poder cargaba el aire de electricidad. Elena estaba a punto de arriesgarse a salir corriendo hacia los estrechos confines de la escalera cuando él habló por fin.

—En ese caso, iremos a tu Gremio.

Ella parpadeó, incrédula.

—Te seguiré en coche. —Tenía un vehículo del Gremio. Al igual que la mayoría de los cazadores, salía tanto del país que no le merecía la pena tener coche propio.

—No. —La mano de Rafael se cerró sobre su muñeca—. No deseo esperar. Iremos volando.

El corazón de Elena se detuvo de pronto. Cuando empezó a latir de nuevo, seguía sin ser capaz de hablar.

—¿Qué? —Más que una pregunta, fue un chillido indignado.

No obstante, el arcángel ya había abierto la puerta y tiraba de ella.

Elena clavó los talones en el suelo.

—¡Espera!

—Volaremos o iremos a tu casa. Elige.

La arrogancia de su voz era sobrecogedora. Al igual que su furia. Al arcángel de Nueva York no le gustaba que le dijeran que no.

—No elijo ninguna de las dos cosas.

—Inaceptable. —Volvió a tirar de ella.

Elena se resistió. Deseaba volar más que ninguna otra cosa en el mundo, pero no quería hacerlo en brazos de un arcángel que, en su actual estado de ánimo, podría dejarla caer sin problemas.

—¿A qué viene tanta prisa?

—No te dejaré caer... Esta noche no. —Su rostro era tan perfecto que podría haber pertenecido a algún dios de la antigüedad, pero carecía por completo de compasión. Aunque lo cierto era que no podía decirse que los dioses fueran compasivos—. Ya es suficiente.

Y de pronto Elena se encontró en la azotea, sin saber cómo se había alejado del descansillo. La furia la inundó como una abrupta onda expansiva semejante a un relámpago, pero él la rodeó con los brazos y se elevó con ella antes de que pudiera abrir la boca. Los instintos de supervivencia entraron en juego. Con fuerza. Le rodeó el cuello con los brazos y se agarró a él con firmeza mientras sus alas se batían con energía y el tejado se alejaba a una velocidad vertiginosa.

El cabello se sacudía con fuerza alrededor de su rostro, y el viento arrancaba lágrimas de sus ojos. Luego, cuando por fin alcanzó la altura que deseaba, Rafael cambió la posición de vuelo y la protegió del viento. Elena se preguntó si lo habría hecho a propósito, y luego se dio cuenta de que intentaba humanizarlo. Aquel ser no era humano. Ni de lejos.

No vio otra cosa que sus alas hasta que se atrevió a volver la cabeza para contemplar el paisaje. No había mucho que ver, ya que él se había elevado por encima de la capa de nubes. Le castañeteaban los dientes, pero tenía que hablar, soltar la furia que la invadía antes de que le hiciera un agujero en el alma.

—¿No te dije... —inquirió con los dientes apretados—... que no jugaras con mi mente?

Él bajó la mirada.

—¿Tienes frío?

—¡Premio para el caballero! —exclamó ella, y su aliento formó una nube de vapor—. No estoy hecha para volar.

El arcángel bajó en picado sin avisar. El estómago de Elena se encogió de pronto mientras una euforia salvaje inundaba su torrente sanguíneo. ¡Estaba volando! Tal vez no había sido elección suya, pero no iba a tirar piedras contra su propio tejado. Se agarró con fuerza y disfrutó de cada segundo de la experiencia, almacenando los recuerdos sensoriales para saborearlos más tarde. Fue entonces cuando comprendió que no tenía motivos para temer una caída accidental: los brazos de Rafael eran como cinturones de piedra a su alrededor; irrompibles, inamovibles. Se preguntó si él notaría su peso. Se suponía que los ángeles eran mucho más fuertes que los humanos o los vampiros.

—¿Mejor así? —preguntó él con los labios pegados a su oreja.

Sorprendida por el timbre cálido de su voz, Elena parpadeó y se dio cuenta de que en aquellos momentos volaban justo por encima de los rascacielos.

—Sí. —No pienso darle las gracias, se dijo con rebeldía. No le había pedido permiso para lanzarse con ella al vacío—. No me has respondido.

—En mi defensa —dijo él con tono divertido—, debo decir que no fue tanto una

pregunta como una afirmación.

Ella entrecerró los párpados.

—¿Por qué sigues metiéndote en mi cabeza?

—Es más cómodo que desperdiciar el tiempo intentando convencerte de las cosas.

—Es una especie de violación.

Un gélido silencio. Se le puso la carne de gallina de nuevo.

—Cuidado con las acusaciones.

—Es la verdad —insistió ella, aunque se le había hecho un nudo en el estómago

—. ¡Te dije que no lo hicieras! Y te ha dado igual. ¿Cómo coño llamarías tú a algo así?

—La humanidad no significa nada para nosotros —replicó—. Sois como hormigas que se aplastan sin problemas y se sustituyen con facilidad.

Elena se estremeció; aquella vez fue a causa del miedo.

—En ese caso, ¿por qué nos permitís seguir con vida?

—Porque de vez en cuando nos divertís. Resultáis de alguna utilidad.

—Como alimento para vuestros vampiros, por ejemplo —señaló ella, que se sintió asqueada por haber visto algo de humanidad en él—. Lo que... hacéis es mantener una prisión llena de «aperitivos» para vuestras mascotas, ¿no es cierto?

Rafael apretó los brazos y la dejó sin aliento.

—No es necesario. Los aperitivos se ofrecen a sí mismos en bandejas de plata. Pero tú ya lo sabes... Después de todo, tu hermana está casada con un vampiro.

La indirecta no podría haber sido más clara. Había llamado a su hermana, Beth, «zorra de vampiros». Aquel término despectivo se utilizaba para describir tanto a las mujeres como a los hombres que seguían a los vampiros a todas partes y les ofrecían sus cuerpos como alimento a cambio de cualquier efímero placer que los chupasangre se dignaran ofrecerles. Cada vampiro se alimentaba de forma diferente, hacía daño o daba placer de manera distinta. Y algunas de las zorras de vampiros parecían decididas a saborear, y a ser saboreadas, por todos y cada uno de ellos.

—Deja a mi hermana fuera de esto.

—¿Por qué?

—Ya estaba con Harrison antes de que él se convirtiera en vampiro. No es ninguna zorra.

El arcángel se rió entre dientes, pero fue el sonido más frío y peligroso que Elena hubiera oído jamás.

—Esperaba algo más de ti, Elena. ¿No es cierto que tu familia te considera una abominación? Creí que te compadecerías de aquellos que aman a los vampiros.

De haberse atrevido a apartar los brazos de su cuello, le habría clavado las uñas en la cara.

—No pienso hablar de mi familia contigo. —Ni con él, ni con nadie.

«Me das asco.» Esas habían sido prácticamente las últimas palabras que le había dicho su padre.

Jeffrey Deveraux nunca había sido capaz de entender cómo era posible que hubiera engendrado a una «criatura» como ella, una «abominación» que se negaba a seguir los dictados de su familia de sangre azul y a venderse en matrimonio a fin de extender el imperio Deveraux. Le había exigido que renunciara a la caza de vampiros, sin escucharla, sin entender que pedirle que renunciara a sus habilidades era pedirle que matara algo dentro de ella.

«Entonces lárgate, ve a revolcarte en el fango. Y no te molestes en volver.»

—Debió de producirse una situación de lo más... interesante cuando tu cuñado se decidió por el vampirismo —comentó Rafael, pasando por alto su advertencia—. Aunque tu padre no desheredó a Beth, y tampoco a Harrison.

Elena tragó saliva. Se negaba a recordar la patética esperanza que había sentido cuando Harrison volvió a ser aceptado en el seno de la familia. Había deseado creer que su padre había cambiado, que finalmente podría mirarla con el mismo amor que a Beth y a los otros dos hijos que había tenido con su segunda esposa, Gwendolyn. Su primera esposa, Marguerite, la madre de Elena y de Beth, jamás era mencionada. Era como si jamás hubiera existido.

—Mi padre no es asunto tuyo —dijo con una voz dura cargada de emociones contenidas.

Jeffrey Deveraux no había cambiado. Ni siquiera se había molestado en devolverle la llamada. Fue entonces cuando Elena comprendió que Harrison había sido aceptado de nuevo porque era el vástago de una corporación gigantesca que mantenía estrechos vínculos con la Deveraux Enterprises. A Jeffrey no le servía para nada una hija que había decidido satisfacer su «vergonzosa e inhumana» habilidad para rastrear vampiros.

—¿Y qué pasa con tu madre? —preguntó el arcángel en un siniestro susurro.

Algo se rompió en su interior. Se soltó de su cuello y lo empujó con las piernas al mismo tiempo que elevaba los brazos para destrozar aquella cara perfecta. Fue un acto suicida, pero si había un tema con el que Elena no se mostraba racional, era su madre. El hecho de que aquel arcángel, aquel inmortal al que le importaban una mierda los pormenores de la vida humana, se atreviera a utilizar la efímera existencia de Marguerite Deveraux contra ella le resultaba insoportable. Quería hacerle daño,

aunque fuera inútil.

—No te atrevas jamás a...

La dejó caer.

Elena gritó... y aterrizó con fuerza sobre su trasero y apoyó las manos sobre la superficie rugosa de unas baldosas muy caras.

—Pufff... —Tras maldecirse para sus adentros por haber proferido aquella amarga exclamación de sorpresa, se sentó en el suelo e intentó recuperar el aliento.

Rafael estaba de pie a su lado, como una visión sacada del cielo y el infierno. De ambos lugares. A la vez. En aquel momento comprendió por qué los ancestros de la humanidad habían considerado a los de su especie los guardianes de los dioses, aunque no tenía claro que ese no fuese un demonio.

—Esto no es el Gremio —consiguió decir después de un buen rato.

—Decidí que hablaríamos aquí. —Le tendió la mano.

Elena la ignoró y se puso en pie sin ayuda, aunque logró a duras penas resistir la tentación de frotarse la parte baja de la espalda, que le dolía muchísimo.

—¿Siempre sueltas a tus pasajeros de esa forma? —murmuró—. No es muy elegante.

—Eres la primera humana a la que he llevado en brazos en muchos siglos —replicó. Sus ojos azules parecían casi negros en la oscuridad—. Había olvidado lo frágiles que sois. Te sangra la cara.

—¿Qué? —Alzó la mano hasta un punto de la mejilla que le escocía. El corte era tan minúsculo que apenas lo notaba—. ¿Cómo me he cortado?

—El viento, tu cabello. —Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia el recinto acristalado—. Límpiatela, a menos que quieras ofrecerles un tentempié a los vampiros de la Torre.

Se frotó la herida con la manga y luego apretó los puños con fuerza mientras clavaba una mirada asesina a la espalda que se alejaba.

—Si crees que voy a seguirte como un perrito...

Rafael echó un vistazo por encima del hombro.

—Podría hacer que te arrastraras, Elena. —No había ni el menor rastro de humanidad en su rostro, nada salvo el brillo de un poder tan enorme que Elena deseó poder protegerse los ojos. Le costó un verdadero esfuerzo no dar un paso atrás—. ¿De verdad quieres que te obligue a postrarte ante mí?

En aquel instante, supo que Rafael estaba dispuesto a hacer justo eso. Algo de lo que había dicho o hecho había llevado al arcángel más allá de sus límites. Si quería sobrevivir con el alma intacta, tendría que tragarse el orgullo... o él se lo destrozaría. La sola idea le abrasó la garganta antes de afirmarse con la solidez de una roca en su

estómago.

—No —respondió, a sabiendas de que si alguna vez tenía la oportunidad, le clavaría un cuchillo en la garganta por haber pisado su orgullo de aquella manera.

Rafael la contempló durante varios minutos, una exploración fría que convirtió en hielo la sangre de Elena. A su alrededor brillaban millones de luces de la ciudad, pero sobre aquella azotea solo había oscuridad... a excepción del resplandor que emanaba de él. Había oído a la gente cuchichear sobre aquel fenómeno, pero jamás había llegado a presenciarlo... porque cuando un ángel brillaba, se convertía en un ser con poder absoluto, un poder que por lo general estaba destinado a matar o a destruir. Un ángel solo resplandecía cuando estaba a punto de hacerle pedazos a alguien.

Elena le devolvió la mirada, reacia a rendirse... o más bien incapaz de hacerlo. Había cedido tanto como podía. Si la cosa continuaba así, lo mismo daría arrodillarse.

Ponte de rodillas y suplica. Tal vez entonces reconsidere la idea.

No lo había hecho entonces. Y no lo haría ahora. Sin importar el precio que tuviera que pagar.

Justo en el momento en que creyó que todo había acabado, Rafael se dio la vuelta y continuó su camino hacia el ascensor. El resplandor se apagó en un abrir y cerrar de ojos. Ella lo siguió, muy consciente del sudor que corría por su espalda y del intenso sabor del miedo que le llenaba la boca. Sin embargo, por dentro hervía de furia.

Rafael, el arcángel, se había convertido en el ser al que más odiaba del universo.

Mantuvo la puerta abierta para ella. Elena pasó a su lado sin mediar palabra. Y cuando él se situó a su lado y le rozó la espalda con las alas, se puso rígida y clavó la mirada en las puertas del ascensor. El elevador llegó segundos después, y ella entró. Lo mismo hizo Rafael, cuya esencia era como papel de lija para sus sentidos innatos de cazadora.

La mano con la que manejaba los cuchillos ansiaba apretar una hoja afilada. Era una necesidad casi dolorosa. Sabía que la sensación fría del acero la centraría, pero esa sensación de seguridad sería una ilusión, una que la pondría en un peligro aún mayor.

«Podría hacer que te arrastraras, Elena.»

Apretó los dientes con tanta fuerza que su mandíbula protestó. Cuando las puertas del ascensor se abrieron de nuevo, salió con rápidas zancadas sin esperar a Rafael. Aunque se detuvo de repente. Si aquel lugar se consideraba apropiado para asuntos de negocios, estaba claro que la decoración empresarial había cambiado. La alfombra tenía un lujurioso tono negro, al igual que las lustrosas paredes. Los únicos muebles que había a lavista (un par de pequeñas mesas auxiliares) estaban fabricados también

en aquel tono rico y exótico.

Irradiaban colores ocultos, posibilidades.

Las rosas rojas como la sangre (colocadas en jarrones de cristal que estaban situados sobre las mesitas auxiliares) proporcionaban un intenso contraste. Y lo mismo podía decirse del enorme cuadro rectangular que había colgado en una de las paredes. Elena se acercó a él, embelesada. Un millar de tonos de rojo en furiosas pinceladas que parecían seguir alguna extraña lógica y que mostraban una sensualidad que hablaba de sangre y muerte.

Sintió los dedos de Rafael sobre el hombro.

—Dmitri tiene mucho talento.

—No me toques. —Las palabras brotaron de sus labios como dagas de hielo—. ¿Dónde estamos? —Se volvió para mirarlo y reprimió el impulso de sacar una de sus armas.

Las llamas azules que relampaguearon en los ojos del arcángel no eran de furia.

—En la planta de los vampiros. Ellos utilizan este lugar para... bueno, ya lo verás.

—¿Por qué tengo que verlo? Sé todo lo que hay que saber sobre los vampiros.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Rafael.

—En ese caso, no te sorprenderás. —Le ofreció su brazo, pero ella se negó a aceptarlo. Aun así, su sonrisa no vaciló ni un instante—. Cuánta rebeldía... ¿De quién la heredaste? Es evidente que no fue de tus padres.

—Una palabra más sobre mis padres y me dará igual que me conviertas en un millón de jodidos pedazos —dijo con los dientes apretados—. Te arrancaré el corazón y se lo serviré a los perros callejeros como cena.

Rafael enarcó una ceja.

—¿Estás segura de que tengo corazón? —Y tras eso, empezó a avanzar por el pasillo.

Puesto que no quería ir por detrás de él, Elena apresuró el paso para poder caminar a su lado.

—Supongo que tendrás un corazón físico —dijo—. ¿Corazón, emocionalmente hablando? Ni de coña.

—¿Qué hace falta para que te mueras de miedo? —preguntó él, y parecía sentir verdadera curiosidad.

Una vez más, Elena tuvo la sensación de que se había deslizado sobre la finísima capa de hielo que la separaba del peligro y había logrado salir con vida. Pero había estado cerca. Se preguntó si Rafael se mostraría tan compasivo con ella cuando terminara el trabajo y ya no le resultara útil. No iba a quedarse a su lado para

descubrirlo.

—Nací cazadora —dijo mientras se hacía la promesa mental de encontrar una vía de escape. Siberia sonaba bien—. No mucha gente sabe lo que eso significa, las consecuencias inevitables que tiene.

—Cuéntamelo. —Empujó una puerta de cristal y esperó a que ella pasara antes de cerrarla—. ¿Cuándo te diste cuenta de que poseías la capacidad de rastrear la esencia de los vampiros?

—No me di cuenta. —Encogió los hombros—. Siempre he podido hacerlo. No fue hasta los cinco años cuando comprendí que eso era algo diferente, anormal. —La palabra que empleaba su padre salió de su boca sin más. Elena notó un sabor amargo—. Pensaba que todo el mundo podía hacerlo.

—Igual que un ángel joven cree que todo el mundo puede volar.

La curiosidad fue más fuerte que la furia.

—Sí. —Así que había niños ángeles... Pero ¿dónde?—. Supe que nuestro vecino era un vampiro mucho antes que los demás. Percibí su esencia un día por accidente. —Aún se sentía mal por eso, aunque en aquella época no era más que una niña—. Intentaba hacerse pasar por humano.

El rostro de Rafael adquirió una expresión de disgusto.

—Lo mejor habría sido que le hubiera cedido la oportunidad a otra persona. ¿Por qué aceptar el don de la inmortalidad si deseas ser humano?

—En eso estoy de acuerdo. —Se encogió de hombros—. El señor Benson se vio obligado a mudarse después del escándalo que formaron los vecinos.

—Parece que el lugar donde pasaste tu infancia no era muy tolerante.

—No. —Y su padre estaba al frente de los intolerantes. Cuánto lo había humillado que su hija fuera también un monstruo—. Unos años más tarde, percibí a Slater Patalis mientras recorría el país asesinando a la gente. —Se le heló la sangre, alarmada por el horrible secreto que la conectaba a aquel nombre.

—Uno de nuestros escasos errores.

En realidad no fue un error, pensó ella, no si el asesino era una persona normal antes de Convertirse. Pero no podía decir aquello sin traicionar a Sara.

—Estoy acostumbrada al miedo, ¿sabes? Crecí sabiendo que el hombre del saco estaba ahí fuera.

—Me mientes, Elena. —Se detuvo frente a una sólida puerta negra—. Pero lo dejaré pasar. Pronto me dirás el verdadero motivo por el que bailas con la muerte tan alegremente.

Elena se preguntó si el arcángel tendría el nombre de Ariel y de Mirabelle en sus

archivos, si conocía la tragedia que había destruido a su madre y había convertido a su padre en un desconocido.

—Ya sabes lo que se dice sobre ser demasiado confiado...

—Exacto. —Hizo un breve asentimiento con la cabeza—. Esta noche te mostraré por qué aquellos a los que llamas «zorras» desean a los vampiros como amantes.

—Nada de lo que puedas hacer o decir me hará cambiar de opinión. —Frunció el ceño—. No se diferencian en nada de los drogadictos.

—Cuánta obstinación... —murmuró él antes de empujar la puerta.

Se oían susurros, risas, el tintineo del cristal. Sonidos que fluían como una invitación. Los ojos de Rafael la desafiaron a entrar. Y como era estúpida, aceptó el desafío y (tras sacar la daga de la funda que llevaba en el brazo) se adentró en la estancia pensando en el arcángel que iba tras ella, en la vulnerabilidad de su espalda... Hasta que se quedó boquiabierta por la impresión.

Los vampiros celebraban un cóctel.

Elena parpadeó con incredulidad mientras se fijaba en la iluminación tenue y romántica, en los mullidos sofás, en los entremeses acompañados de elegantes copas de champán. Estaba claro que la comida era para los invitados humanos, hombres y mujeres, que charlaban y flirteaban con sus anfitriones vampiros. Las chaquetas de gala encajaban a la perfección sobre hombros ágiles y musculosos; había vestidos de fiesta de todos los tipos (desde largos y ceñidos hasta cortos y sexis), y los colores predominantes eran el negro y el rojo, aunque de vez en cuando se apreciaba un atrevido despliegue de blanco.

Las conversaciones se detuvieron en el momento en que la gente la vio. No obstante, cuando posaron sus ojos en la figura que había tras ella, casi pudo oírse un suspiro colectivo de alivio: la cazadora estaba bajo la vigilancia del arcángel. Tras aplacar el impulso infantil de demostrarles que no era así, Elena volvió a guardar la daga en su funda con discreción.

Y menos mal, porque un vampiro se acercó a ella con una copa de vino en la mano. Al menos esperaba que fuera vino, ya que el líquido oscuro y rojo podría haber sido sangre.

—Hola, Elena. —Las palabras fueron pronunciadas con una voz hermosa y profunda, pero era el acento lo que resultaba verdaderamente embriagador: rico, siniestro y sensual.

—El vampiro de la puerta —susurró ella con voz ronca. Solo cuando chocó contra el cuerpo cálido de Rafael se dio cuenta de que había retrocedido ante la desgarradora belleza de aquella caricia invisible que era su voz.

—Me llamo Dmitri. —El tipo sonrió, mostrando una hilera de dientes blancos y brillantes, sin colmillos a la vista. Un vampiro viejo y experimentado—. Ven, baila conmigo.

El calor se deslizó entre sus piernas, una reacción involuntaria a la esencia de Dmitri, una esencia que contenía un atractivo muy especial (y muy erótico) para una cazadora nata.

—Para ya, o te juro que te convertiré en un eunuco.

Él bajó la mirada para contemplar la daga que se apretaba contra la cremallera de sus pantalones. Cuando alzó la cabeza de nuevo, su expresión tenía un matiz algo más que molesto.

—Si no has venido a jugar, ¿por qué estás aquí? —La esencia se había disipado, como si la hubiera encerrado en su interior—. Este es un lugar seguro, solo para divertirse. Llévate tus armas a otro sitio.

Ruborizada, Elena apartó la daga. Era obvio que había metido la pata.

—Rafael...

El arcángel apretó la mano sobre la parte superior de su brazo.

—Elena está aquí para aprender. No entiende la fascinación que causáis en los humanos.

Dmitri enarcó una ceja.

—A mí me encantaría enseñársela.

—Esta noche no, Dmitri.

—Como desees, sire. —Tras realizar una breve inclinación de cabeza, Dmitri se alejó... pero solo después de dejar una envolvente ráfaga de su esencia como mazazo de despedida.

Su lenta sonrisa demostraba que había percibido la respuesta de Elena, que sabía que le habían flaqueado las rodillas. Sin embargo, el efecto empezó a desvanecerse con cada paso que se alejaba, hasta que ella dejó de anhelar el dolor sensual de su contacto: la esencia de Dmitri era una herramienta de control mental tan efectiva como las habilidades de Rafael. No obstante, por primera vez comenzó a entender por qué algunos cazadores se sentían atraídos a nivel sexual (o incluso romántico) por las criaturas a las que perseguían.

Por supuesto, ellos no cazaban a los tipos como Dmitri.

—Es lo bastante viejo para haber pagado la deuda de cien años varias veces. —Por no mencionar su considerable poder; jamás había conocido a un vampiro con semejante magnetismo—. ¿Por qué permanece a tu lado?

La mano de Rafael era como un hierro al rojo sobre su brazo, y le abrasaba la piel

incluso con el tejido de la camisa de por medio.

—Necesita desafíos constantes. Trabajar para mí le da la oportunidad de satisfacer sus necesidades.

—En más de un sentido —murmuró ella, que observaba cómo Dmitri se acercaba a una pequeña rubia llena de curvas y le colocaba la mano sobre la cintura. La mujer alzó la vista, fascinada. No era de extrañar, ya que Dmitri poseía una belleza de ensueño: cabello sedoso y negro, ojos muy oscuros y una piel que hablaba del Mediterráneo, y no de los fríos climas eslavos.

—No soy un proxeneta. —Era evidente que a Rafael le había hecho gracia—. Los vampiros que se encuentran en esta estancia no precisan semejantes servicios. Mira a tu alrededor. ¿A quiénes ves?

Elena frunció el ceño, a punto de soltar una réplica cortante. Pero abrió los ojos de repente. Allí, en un rincón, una morena de piernas largas...

—No puede ser... —Entrecerró los párpados—. Esa es Sarita Monaghan, la supermodelo.

—Sigue mirando.

Sus ojos se posaron sobre la rubia voluptuosa de Dmitri.

—La he visto en algún sitio... ¿En algún programa de televisión?

—Sí.

Elena continuó inspeccionando la estancia, atónita. Pudo ver a un apuesto presentador de telediarios, tumbado en un sofá con una vampira pelirroja impresionante. A su izquierda estaba sentada una poderosa pareja neoyorquina, accionista mayoritaria en una de las compañías que aparecían en Fortune 500. Gente guapa. Gente inteligente.

—¿Están aquí por voluntad propia? —Conocía la respuesta. No había ninguna señal de desesperación en los ojos que le devolvían la mirada, ningún indicio de que les hubieran robado la voluntad. En lugar de eso, el coqueteo, la diversión y el sexo llenaban el ambiente. El sexo sobre todo. La lánguida calidez de la sensualidad impregnaba hasta las paredes.

—¿Lo sientes, Elena? —Rafael colocó la mano libre sobre su otro hombro, la atrajo hacia su pecho y le rozó la oreja con los labios cuando se inclinó para susurrarle —: Esta es la droga que anhelan. Esta es su adicción. El placer.

—No es lo mismo —dijo ella, que se mantuvo en sus trece—. Las zorras de vampiros no son más que fanáticas.

—Lo único que las diferencia de este grupo son la riqueza y la belleza.

A Elena le dolió darse cuenta de que él tenía razón.

—Vale, lo retiro. Los vampiros y sus fans son gente sana y agradable. —No podía creer lo que estaba viendo: el presentador de telediarios había deslizado la mano por la abertura de la falda de su compañera, ajeno a todo lo demás.

Rafael rió entre dientes.

—No, no son agradables. Pero tampoco son diabólicos.

—Yo nunca he dicho que lo fueran —replicó ella, que no dejaba de observar el increíble placer que mostraba el rostro del presentador mientras acariciaba la piel pálida de la pelirroja—. Sé que solo son personas. Lo que quiero decir es que... — Tragó saliva al oír el gemido de otra de las mujeres, que tenía la boca de su compañero vampiro a un centímetro escaso del lugar donde latía el pulso en su garganta: un cálido susurro que prometía éxtasis.

—¿Qué es lo que quieres decir? —Rafael deslizó la boca sobre su cuello.

Elena dio un respingo y se preguntó cómo demonios había acabado en los brazos de un arcángel... de una criatura a la que había planeado clavarle un cuchillo en el corazón.

—No me gusta la forma en que los vampiros utilizan sus habilidades para esclavizar a los humanos.

—Pero ¿y si los humanos desean ser esclavizados? ¿Ves a alguien que se queje?

No. Lo único que veía eran los embriagadores roces del jugueteo sensual, una erótica mezcla de hombres y mujeres, de vampiros y humanos.

—¿Me has traído a una maldita orgía?

Él rió de nuevo por lo bajo, aunque esta vez, el sonido fue cálido y líquido, como caramelo derretido sobre la piel de Elena.

—En ocasiones se pasan un poco de la raya, pero esto es lo que parece: una fiesta en la que se puede encontrar pareja.

Deslizó las manos arriba y abajo por sus brazos mientras su aliento agitaba los mechones rizados de la sien de Elena. Durante un breve instante, ella vaciló. ¿Cómo sería echarse hacia atrás y dejar que Rafael...? Joder... ¿Qué le estaba ocurriendo?

—Ya he visto suficiente. Vámonos. —Forcejeó para apartarse de él.

El arcángel la apretó con fuerza y sus alas se extendieron para impedir que viera el resto de la estancia. Elena sentía su pecho cálido y fuerte contra la espalda.

—¿Estás segura? —Sus labios se deslizaron sobre una piel tan sensibilizada que ella tuvo que luchar contra el impulso de estremecerse—. Hace eones que no tengo una amante humana, pero tu sabor me resulta... intrigante.

«Amante humana.»

Aquellas palabras la liberaron de la prisión de deleite sensorial en la que el arcángel de Nueva York la había encerrado a sangre fría. No era más que un juego para él. Después de acabar con ella, la descartaría como si fuera un juguete viejo. Aburrido. Olvidado.

—Búscate a otra con la que divertirte. Yo no estoy en el mercado. —Se apartó de él, y en esa ocasión, Rafael se lo permitió.

Recelosa, se volvió para mirarlo a la cara. Esperaba ver enfado, quizá furia, por el rechazo, pero el rostro de Rafael era una máscara inexpresiva y vigilante. Se preguntó si habría jugado con ella desde el principio. ¿Por qué narices iba a tener un arcángel una amante humana cuando podía elegir entre un harén de deslumbrantes bellezas vampíricas?

Dijeran lo que dijeran sobre los requerimientos alimenticios, estaba claro que el vampirismo mejoraba enormemente el cuerpo y la piel. Cualquier vampiro de más de cinco décadas permanecía esbelto, con una piel impecable. Y su atractivo también crecía con cada año que pasaba, si bien la intensidad de aquel atractivo dependía de cada individuo. Elena había conocido a varios vampiros viejos que seguían siendo más una presa que un depredador, pero los que eran de verdad poderosos...

Algunos, como Dmitri, ocultaban con pericia su poder, su increíble carisma, hasta que deseaban utilizarlo. Otros habían vivido tanto que irradiaban poder de forma casi constante. Pero incluso los débiles, los que jamás llegarían a ser nada parecido a lo que Dmitri era en aquellos momentos, poseían una belleza deslumbrante.

—He aprendido la lección —dijo al ver que Rafael permanecía en silencio—. Debo ser más tolerante con las prácticas sexuales de los demás.

—Una interesante forma de decirlo. —Al final, bajó las alas y las plegó con pulcritud a su espalda—. No obstante, tan solo has atisbado la punta del iceberg.

Se preguntó si, a esas alturas, los dedos del presentador televisivo habrían llegado a las bragas de la vampira.

—Ya he visto suficiente. —Se ruborizó al percibir todos los actos sensuales que se desarrollaban tras ella.

—¿Eres una mojigata, Elena? Creía que los cazadores entregaban con toda libertad sus afectos.

—Eso no es asunto tuyo, joder —murmuró ella—. Si no nos vamos, aceptaré la oferta de Dmitri.

—¿Crees que me importaría?

—Seguro que sí. —Hizo frente a su mirada y se obligó a no retroceder—. Una vez que ese vampiro me clave sus colmillos, seré incapaz de caminar, y mucho menos de trabajar.

—Nunca había oído a nadie comparar el miembro masculino con un colmillo —murmuró él—. Tendré que contarle a Dmitri que tienes sus habilidades en muy alta estima.

Elena notó que el rubor de sus mejillas se intensificaba, pero se negó a permitir que le ganara aquella disputa verbal.

—Colmillos, miembro... ¿Qué más da? Para los vampiros, todo es sexual.

—Pero no para un ángel. El mío sirve para un propósito muy específico.

La lujuria (aguda, peligrosa e inesperada) llenó el pecho de Elena con tanta intensidad que apenas podía respirar. El sonrojo se desvaneció cuando todo el calor de su cuerpo se concentró en otro lugar. Un lugar mucho más bajo y húmedo.

—Seguro que sí... —dijo con dulzura. Permaneció firme, a pesar de que su cuerpo la traicionaba—. Satisfacer a todas esas fanáticas de los vampiros debe de resultar agotador.

Los ojos del arcángel se entrecerraron.

—Esa boca puede acarrearle problemas que no serías capaz de manejar. —No obstante, contemplaba su boca con una expresión que nada tenía que ver con la censura. Miraba sus labios como si deseara que le recorrieran la piel.

—Ardería en el puñetero infierno antes que... —dijo ella con voz ronca, a pesar de que sentía la sangre cada vez más densa.

Rafael no se molestó en fingir que no había comprendido el significado de aquel comentario salido de la nada.

—En ese caso, me aseguraré de que estemos en el cielo cuando suceda. —Los ojos de color añil estaban cargados de desafío cuando se volvió para abrir la puerta.

Elena salió con cautela... después de echar un último vistazo culpable a la fiesta. Dmitri la miró fijamente mientras rozaba con los labios la piel cremosa del cuello de la rubia y deslizaba las manos muy cerca de sus pechos. Mientras la puerta se cerraba, Elena pudo ver el brillo de sus colmillos. Se le hizo un nudo en el estómago provocado por una depravada sensación de anhelo.

—¿Serías dulce en su cama? —le susurró Rafael al oído; su voz fue como una espada afilada—. ¿Gemirías y suplicarías?

Elena tragó saliva.

—No, joder... Ese tipo es como una tarta con doble capa de chocolate. Tiene buen

aspecto y querías comértela entera, pero en realidad es demasiado empalagosa. —La naturaleza sensual de Dmitri resultaba agobiante, densa, como una manta que repelía a pesar de su atractivo.

—Si él es una tarta, ¿qué soy yo? —Aquellos labios crueles y sensuales se deslizaron contra su mejilla, contra su mandíbula.

—Veneno —susurró ella—. Un veneno hermoso y seductor.

Tras ella, Rafael se quedó tan quieto que Elena recordó la calma que precede a la tormenta. No obstante, cuando la tormenta llegó, se descargó en forma de una voz sedosa que se introdujo en su interior y la dejó desnuda.

—Y aun así, preferirías ahogarte en el veneno que darte un festín con la tarta. —Apretó las manos sobre sus caderas.

Elena tenía la lujuria atascada en la garganta, exigente y brutal.

—Pero ambos sabemos que tengo una pronunciada vena autodestructiva. —Se alejó de él, apoyó la espalda contra la pared y levantó la vista para mirarlo, deseando que su cuerpo dejara de prepararse para una penetración que ella nunca permitiría—. No estoy dispuesta a convertirme en tu juguete roto.

Puede que las líneas del rostro del arcángel fueran la encarnación de la masculinidad, pero en aquel instante, sus labios eran pura tentación: suaves, turgentes, sensuales de una forma en que solo puede serlo la boca de un hombre.

—Si te tumbara sobre mi escritorio e introdujera mis dedos dentro de ti en este mismo momento, creo que descubriría algo muy diferente.

Los muslos de Elena se contrajeron en un espasmo de necesidad que recorrió todo su cuerpo. En aquel instante, lo único que podía ver era la imagen de aquellos dedos largos y fuertes entrando y saliendo de su interior mientras ella yacía indefensa. Y cerrar los ojos solo empeoró las cosas, así que los mantuvo abiertos y concentró la mirada en el brillo negro de la pared de enfrente.

—No sé qué clase de mierda lasciva flota en el ambiente de este edificio, pero no quiero formar parte de ella.

Rafael se echó a reír, y el sonido de su risa estaba cargado de oscuros y eróticos conocimientos.

—Si esto te parece lascivo, es posible que hayas llevado una vida mucho más protegida de lo que yo creía.

Era un desafío que la retaba a responder. Elena luchó por controlarse. Así que no estaba tan abierta al sexo como algunos de los demás cazadores... Bueno, ¿y qué? Le daba igual que aquella panda testosterónica le hubiese puesto el apodo de Virgen Vestal cuando rechazó a sus miembros uno tras otro. En realidad no era virgen, pero si

eso la mantenía a salvo de los juegos eróticos de Rafael, le seguiría el juego.

—Quiero seguir llevando esa vida protegida, gracias. ¿Podemos marcharnos de este lugar antes de que me quede dormida?

—Mi cama es muy cómoda.

Se habría dado de bofetadas por ponérselo tan fácil, sobre todo cuando su cerebro empezó a suplicar mostrándole imágenes de él en la cama, con las alas extendidas, los muslos desnudos y la po...

Elena apretó los dientes.

—¿Qué es lo que quieres que te diga?

Los ojos del arcángel resplandecieron, pero lo único que dijo fue:

—Ven. —Y empezó a caminar de vuelta hacia el ascensor.

Elena también empezó a caminar, pero frenó en seco al darse cuenta de que él esperaba que obedeciera sin rechistar. Como si fuese un perrito. Sin embargo, por una vez, mantuvo la boca cerrada. Quería alejarse todo lo posible de la planta de los vampiros, con su hedor a sexo, placer y adicción.

El viaje en ascensor fue corto, y esta vez al salir se encontró en una estancia con mucha clase. El blanco era el color predominante, aunque estaba adornado con elegantes toques dorados. Sin embargo, cuando Rafael la condujo a su despacho, descubrió que su escritorio era un enorme bloque negro de piedra volcánica pulida.

«Si te tumbara sobre mi escritorio e introdujera mis dedos dentro de ti en este mismo momento, creo que descubriría algo muy diferente.»

Descartó aquella idea antes de que invadiera su mente una vez más y se mantuvo al otro extremo del escritorio mientras Rafael lo rodeaba para situarse junto a la ventana. El arcángel clavó la vista en las luces de la ciudad y en la oscura corriente del Hudson, que se veía al fondo.

—Uram está en el estado de Nueva York.

—¿Qué? —Sorprendida aunque contenta por el abrupto giro de la conversación hacia el tema del trabajo, alzó las manos para arreglar el estropicio que el viento había hecho con su pelo y se lo recogió en una coleta—. Eso convierte nuestro trabajo en algo bastante sencillo. Lo único que tengo que hacer es dar la alerta en la red de los cazadores para que se inicie una búsqueda de un ángel con las alas gris oscuro.

—Has hecho los deberes.

—El diseño de sus alas es tan distintivo como el tuyo —dijo ella—. Casi igual al de la polilla gitana o *Lymantria dispar*.

—No alertarás a nadie.

Elena tensó la mandíbula. Cualquier posible vestigio residual de deseo se

desvaneció en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cómo se supone que voy a realizar mi trabajo si me impides hacer todo lo necesario para llevarlo a cabo de manera eficiente?

—Esas cosas te resultarían inútiles en esta caza.

—¡Venga ya! —le gritó a la espalda—. Es un ángel enorme con unas alas inconfundibles. La gente se habrá fijado en él. ¿Puedes mirarme cuando hablamos?

Él se dio la vuelta, con los ojos azules en llamas. El poder emanaba de él en oleadas que Elena casi podía percibir.

—A Uram no le gusta llamar la atención. Y a mí tampoco.

Ella frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?... Ay, joder... —Ya no estaba allí. Elena sabía que tenía que estar por algún sitio, pero ella ya no lo veía.

Tragó saliva, se acercó hasta la última posición que había ocupado y estiró el brazo.

Tocó una piel cálida y varonil.

Una mano fantasmagórica se cerró sobre su muñeca cuando intentó apartar el brazo. Luego, uno de sus dedos fue succionado por esa misma boca que había contemplado momentos antes, y su calor húmedo provocó una nueva y violenta palpitation entre sus muslos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que parte de su dedo se había vuelto también invisible.

—¡Para! —Apartó la mano de un tirón y retrocedió con dificultad hasta el escritorio.

Rafael apareció como un holograma antes de volverse sólido.

—Solo estaba demostrando lo que quiero decir. —Se colocó delante de ella para impedir que se moviera.

—¿Siempre le chupas el dedo a la gente para hacer una demostración? —Se le encogieron los dedos—. ¿Qué coño ha sido eso?

—Glamour —respondió mientras recorría el contorno de su boca con la mirada—. Nos permite movernos entre las multitudes sin ser vistos. Es una de las diferencias entre ángeles y arcángeles.

—¿Durante cuánto tiempo puedes permanecer invisible? —Intentó no preguntarse en qué pensaba cuando la miraba de aquella manera y trató de recordarse que había amenazado al bebé de Sara y también su propia vida. No obstante, resultaba difícil hacerlo cuando él estaba tan cerca, y era tan... palpable. Casi parecía humano. Siniestra y sexualmente humano.

—Todo el que sea necesario —susurró, y ella tuvo la certeza de que el comentario

tenía un doble sentido—. Uram tiene más edad que yo. Su poder es mayor. Lo único que tiene que hacer... —Se quedó callado tan de repente que Elena comprendió que había estado a punto de revelar demasiado—. En plenas condiciones, puede mantener el glamour durante un tiempo casi indefinido. Incluso débil, puede mantenerlo durante la mayor parte del día y dejarlo durante las horas de la noche.

—¿Vamos a dar caza al Hombre Invisible? —Se inclinó un poco más hacia atrás, hasta que estuvo casi sentada sobre el escritorio.

Las manos del arcángel estaban apoyadas sobre la superficie resplandeciente a ambos lados de sus caderas. Elena no sabía cómo había conseguido acercarse tanto.

—Por esa razón necesitamos tu sentido del olfato.

—Yo percibo la esencia de los vampiros —replicó ella, frustrada—, no la de los ángeles. No percibo la tuya.

Rafael hizo un gesto con la mano para descartar aquellos detalles, como si carecieran de importancia.

—Tendremos que esperar.

—¿Esperar qué?

—El momento oportuno. —Sus alas se alzaron e impidieron la vista de todo lo demás, sumiéndolo en la oscuridad—. Y mientras esperamos, satisfaré mi necesidad de comprobar si tu sabor es tan ácido como tus palabras.

El hechizo sensual se partió en dos. Sin avisar, Elena hizo uso de su agilidad para deslizarse hacia atrás y bajar por el otro lado del escritorio, aunque tiró al suelo varios papeles con el movimiento.

—Te lo dije —jadeó. Saber que había escapado por los pelos hacía que su corazón latiera a mil por hora—. No quiero convertirme en tu aperitivo, tu juguetito ni en tu follamiga. Encuentra a una vampira a la que clavarle tu colmillo. —Salió de la estancia a grandes zancadas y se dirigió al vestíbulo sin aguardar respuesta.

Para su asombro, él no la detuvo. Cuando llegó a la planta baja, descubrió que había un taxi esperando... para ella. Estuvo a punto de decirle al conductor que se largara, pero sintió el frío de la noche y se sentó en el asiento trasero.

—Sáqueme de este puto lugar.

—Por supuesto. —La voz del taxista era muy suave. Demasiado suave.

Elena alzó la vista para enfrentarse a su mirada en el espejo retrovisor.

—¿Ahora los vampiros conducen taxis?

El tipo sonrió, pero no tenía ni por asomo el elegante encanto de Dmitri... y tampoco la peligrosa sensualidad del arcángel que parecía decidido a convertir su «relación» en algo... ¡Ja!... sexual.

Haría mucho frío en el reino privado de Lucifer antes de que eso ocurriera. El sexo no estaba en el menú. Y tampoco Elena.

Rafael observó cómo se alejaba el taxi, sorprendido de que ella lo hubiese cogido. Elena estaba demostrando ser la más impredecible de todos cuantos se encontraban bajo su mando. Por supuesto, ella no estaría de acuerdo con aquella descripción, pensó, divertido como solo podía estarlo un inmortal poderoso y letal.

La puerta se abrió tras él.

—¿Sire?

—Dmitri, tienes que mantenerte alejado de la cazadora.

—Si eso es lo que mi sire desea... —Una pausa—. Podría hacer que suplicara. No volvería a desobedecer tus órdenes.

—No quiero que suplique. —Rafael se quedó asombrado al darse cuenta de que aquello era cierto—. Será mucho más eficiente con su espíritu intacto.

—¿Y después? —La voz de Dmitri estaba cargada de expectación sensual—. ¿Puedo tenerla después de la caza? Esa mujer... me atrae.

—No. Después de la caza, será mía. —Cualquier súplica que Elena pudiera hacer sería solo para sus oídos.

Él iba a matarla.

Elena se incorporó de pronto en su hermosa cama, que era una obra de arte. El cabecero era un diseño único fabricado en el más delicado de los metales labrados; las sábanas y el edredón, ambos de color blanco, estaban bordados con flores diminutas. A la derecha de la cama había unas puertas correderas que daban a un pequeño balcón privado que ella había convertido en un jardín en miniatura. Y más allá se veía la Torre del Arcángel.

Dentro, las paredes estaban empapeladas con un diseño en tono crema con matices azules y plateados que hacían juego con el azul oscuro de la alfombra. Las cortinas de las puertas correderas eran de gasa blanca, aunque había unas caídas de brocado más gruesas que casi siempre mantenía sujetas a los lados. Unos enormes girasoles en flor sobresalían del gran jarrón de porcelana que se encontraba en el rincón opuesto de la habitación, llevando el brillo del sol al interior de la estancia.

Aquel jarrón se lo había regalado un ángel chino agradecido cuando ella consiguió atrapar a una de sus incorregibles pupilas. La joven vampira (que apenas acababa de completar su Contrato), había decidido que ya no necesitaba la protección angelical. Elena la había encontrado acurrucada y muerta de miedo en un sex shop con una clientela de lo más extraña. Aquella caza la había llevado a las entrañas de los bajos fondos de Shanghái, pero el jarrón era una pieza de luz que no había sufrido el paso del tiempo. Toda la habitación era una guarida, y Elena había tardado meses en dejarla a su gusto.

No obstante, en aquel preciso momento podría haber estado sentada en cualquier tugurio al sur de Pekín. Tenía los ojos abiertos, pero lo único que veía era la imagen congelada de aquel vampiro de Times Square, al que ni una puta persona se había atrevido a ayudar. Sabía que ella no acabaría así, no si Rafael deseaba que nadie se enterara del asunto que se traían entre manos, pero al final acabaría muerta.

Él le había hablado del glamour.

Hasta donde ella sabía, ningún cazador, ningún humano, conocía aquella pequeña parte del poder de los arcángeles. Era algo así como ver la cara de tu secuestrador: da igual lo que el tipo diga después, porque sabes que estás acabado.

—De ninguna... puta... manera. —Cerró las manos sobre el hermoso edredón de algodón egipcio y entrecerró los párpados mientras consideraba sus opciones.

Opción número uno: Intentar dejar el trabajo.

Posible resultado: Muerte tras una dolorosa tortura.

Opción número dos: Hacer el trabajo y rezar.

Posible resultado: Muerte, aunque probablemente sin tortura (algo bueno).

Opción número tres: Conseguir que Rafael jurara no matarla.

Posible resultado: Los juramentos eran un asunto muy serio para los ángeles, así que seguiría con vida. Sin embargo, podría torturarla hasta que perdiera la cordura.

—Así que ya puedes encontrar un juramento mejor —murmuró para sí—. Nada de muerte ni de torturas, y desde luego nada de Convertirme en vampira. —Se mordió el labio inferior, preguntándose si aquel juramento podría extenderse a su familia y amigos.

Familia... Sí, claro. Su familia la odiaba a muerte. Pero ella no quería que los abrieran en canal mientras la obligaban a mirar.

Sangre que cae sobre las baldosas.

Plaf.

Plaf.

Plaf.

Una súplica sin resuello, gorgoteante.

Alzar la vista para descubrir que Mirabelle sigue con vida.

El monstruo sonriendo.

—Ven aquí, pequeña cazadora. Pruébala.

Plaf.

Plaf.

Un sonido líquido y desgarrador, intenso, obsceno, salido de una pesadilla.

Elena apartó el edredón y sacó las piernas por uno de los costados de la cama con una expresión gélida. Aquel recuerdo en particular tenía la capacidad de destruir cualquier tipo de calidez que albergara su alma. Allí sentada, con la cabeza apoyada en las manos, contempló la alfombra azul oscuro mientras intentaba despejar su mente. Era lo único que podía hacer cuando los recuerdos encontraban un agujero en sus defensas y conseguían subir a la superficie, con unas garras tan afiladas y venenosas como las de...

Algo aterrizó en el balcón.

El arma que tenía oculta bajo la almohada estaba en su mano y apuntaba hacia las puertas correderas antes incluso de que ella se diera cuenta de que se había movido. Tenía el pulso firme, y la sangre llena de adrenalina. Inspeccionó el balcón a través de las cortinas de gasa. No vio a nadie, pero solo una cazadora muy estúpida bajaría la guardia con tanta facilidad. Y Elena no era estúpida. Se puso en pie, ajena al hecho de que lo único que llevaba puesto eran una camiseta blanca de tirantes y unas braguitas

de color verde menta, con una abertura a los lados y un bonito lazo rosa, que parecían unos pantaloncitos cortos.

Sin apartar la vista de la zona exterior, utilizó la mano libre para echar a un lado las cortinas de gasa, primero una y después la otra. El balcón quedó a la vista. Allí no había ningún maldito vampiro. Aquellos cabrones no podían volar, pero una vez había visto a tres de ellos escalar un edificio como si fueran un grupo de arañas de cuatro patas. Aquellos tipos lo habían hecho en plan de broma, pero si ellos podían hacerlo, los demás también.

Inspeccionó el lugar por segunda vez.

Ningún vampiro. Ningún ángel.

Empezaba a dolerle un poco el brazo de sostener el arma en aquella posición, pero no se permitió ni un respiro. En lugar de eso, empezó a examinar los bordes de la terraza (allí tenía un montón de plantas, entre las que se incluían enredaderas que colgaban por debajo del «tejado» curvo que ella había añadido), para asegurarse bien de que nada impedía la vista de la barandilla del balcón. Si hubiera habido alguien colgado allí fuera, habría podido verle las puntas de los dedos.

Lo más importante era que cualquier intruso habría dejado un rastro en el gel con el que rociaba la terraza todas las semanas. El producto había sido creado especialmente para los cazadores y costaba un riñón, un brazo y un ojo de la cara, pero era de lo más efectivo a la hora de detectar intrusos. Cuando estaba inactivo, se mezclaba con cualquier tipo de superficie; sin embargo, cuando entraba en contacto con un vampiro, un humano o un ángel, adquiría un vívido e inconfundible tono rojo.

El gel estaba intacto, y sus sentidos no percibían a ningún vampiro.

Tras relajarse un poco, echó una mirada hacia abajo. Enarcó las cejas. Había un tubo de plástico con un mensaje cerca de sus exuberantes begonias rojas. Frunció el ceño. Los tallos de las begonias se rompían con facilidad. Si quienquiera que hubiese dejado aquello había magullado por accidente las plantas que ella había cuidado con tanto esmero para que florecieran a pesar del fresco de finales de verano, lo pagaría muy caro. Al final, convencida de que la zona era segura, bajó el arma y abrió la puerta.

La brisa le llevó el palpitante pulso vital de la ciudad, pero nada más.

Incluso entonces, tuvo mucho, mucho cuidado cuando inclinó el cuerpo hacia fuera e hizo rodar el tubo hacia ella utilizando el pie. Casi había conseguido meterlo en la habitación cuando vio la pluma que caía con suavidad sobre un helecho rizado. Dio una patada al tubo para meterlo dentro, levantó la pistola y la apuntó hacia el tejado del balcón; el tipo que lo había construido le había dicho que era una locura

bloquear aunque fuera una mínima parte de las vistas, pero estaba claro que jamás se le había ocurrido que el peligro pudiera llegar de arriba.

Era evidente que había perdido parte de la visibilidad, pero nadie podría tenderle una emboscada desde arriba sin que ella se enterara... aunque estaba claro que había confiado demasiado en aquel pequeño escudo, ya que no había visto a su indeseado invitado. No volvería a ocurrir.

—¡Esta munición atraviesa la piedra, así que imagínate lo que haría con esa imitación sobre la que estás sentado! —gritó—. ¡Baja de ahí de una vez antes de que la rompas!

Al instante se oyó la sacudida de unas alas. Un segundo después, un rostro angelical ruborizado se asomó cabeza abajo. Elena abrió los ojos de par en par. No sabía que los ángeles pudieran hacer eso.

—¿Eres el chico de los recados? Ponte derecho... me estás dando vértigo.

El ángel asintió y la obedeció. Se parecía a uno de aquellos míticos querubines que a los artistas del Renacimiento les gustaba pintar, con un rostro redondo y dulce, y el cabello lleno de rizos dorados.

—¡Lo siento! Nunca antes había conocido a un cazador. Sentía curiosidad. —Sus ojos se abrieron como platos cuando bajó la mirada. Sus alas ya habían empezado a batirse con rapidez cuando cambió de posición, pero en aquellos momentos se movían a un ritmo frenético.

—Levanta la vista o te haré un agujero en el ala.

La criatura alzó la cabeza de repente, con las mejillas sonrojadas. Se inclinó un poco hacia la izquierda antes de enderezarse por completo.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! Acabo de salir del Refugio. Yo... —Tragó saliva—. ¡Se suponía que no debía contarte eso! Por favor, no se lo digas a Rafael.

Puesto que el ángel parecía a punto de echarse a llorar, Elena asintió con la cabeza.

—Tranquilízate, chico. Y la próxima vez que entregues un mensaje, entra por la puerta principal.

El tipo se removió con incomodidad.

—Rafael me dijo que lo hiciera así.

Elena suspiró y le hizo un gesto con la mano.

—Lárgate. Yo me encargaré de Rafael.

El joven ángel pareció aterrorizado.

—No, no pasa nada. Por favor, no lo hagas. Él podría... hacerte daño. —Las dos últimas palabras fueron pronunciadas en un susurro.

—No, no lo hará. —Conseguiría que el arcángel le hiciera un juramento. Aunque

no tenía ni la menor idea de cómo...—. Ahora, vete... Dmitri se pondrá celoso.

El joven se quedó pálido y se marchó con tanta rapidez que Elena apenas pudo verlo. Bueno, las cosas se ponían interesantes. Hasta donde ella sabía, eran los ángeles quienes controlaban a los vampiros. Pero ¿y si el poder no siempre seguía aquella jerarquía? Era algo que tendría que considerar.

Más tarde.

Después de conseguir que Rafael prometiera no matarla ni torturarla.

Cerró las puertas tras examinar y regar sus preciosas begonias (la amarilla estaba floreciendo como en pleno verano a pesar de que ya había pasado un mes desde aquella fecha, y eso la hizo sonreír), y luego corrió las cortinas y volvió a colocar el arma bajo la almohada. Solo entonces cogió el tubo del mensaje y le quitó la tapa.

El teléfono empezó a sonar.

Pensó en ignorarlo. Se moría de curiosidad. Sin embargo, cuando echó un vistazo a la pantalla del identificador de llamadas, descubrió que era Sara.

—Hola, ¿qué pasa, señora directora?

—Yo iba a hacerte la misma pregunta. Ayer recibí un informe de lo más extraño.

Elena se mordió los labios.

—¿De quién?

—De Ransom.

—No me digas más... —murmuró. Aquel cazador tenía un pasatiempo de lo más peculiar, teniendo en cuenta su fascinación por las pistolas y las armas en general. El hecho de que viviera en una de las principales ciudades metropolitanas, llena de contaminación lumínica, no parecía importarle—. Estaba observando las estrellas, ¿verdad?

Sara dejó escapar un suspiro.

—Con su magnífico telescopio de super-mega-extra potencia... Y me dijo que tú estabas... bueno... ¿volando? —Pronunció la última palabra con un tono de absoluta incredulidad.

—Tengo que darle las gracias a Ransom por considerarme una estrella.

—No puedo creerlo... —susurró Sara—. Ay, Dios... ¿Estabas ahí arriba? ¿Volando?

—Sí.

—¿Con un ángel?

—Con un arcángel.

Silencio sepulcral durante varios segundos. Luego:

—Joder...

—Ajá... —Elena empezó a quitarle la tapa al tubo de nuevo.

—¿Qué estás haciendo? Te oigo respirar.

Elena esbozó una sonrisa.

—Eres una amiga de lo más cotilla.

—Eso aparece en el libro de normas sobre las mejores amigas. Desembucha mientras intento superar el shock.

—Un ángel me ha traído un mensaje hace unos minutos.

—¿De qué se trata?

—Eso intento averi... —Su voz se apagó cuando consiguió quitar la tapa. Con dedos temblorosos, contempló el contenido del tubo, un tubo que había sido protegido con varias capas de un material acolchado. Le dio la sensación de que el joven ángel debería haber dejado caer aquello con mucho más cuidado—. Vaya...

—¿Ellie? No me hagas esto.

Con el corazón en la garganta, extrajo la figura de talla exquisita con muchísimo cuidado.

—Me ha enviado una rosa.

Un resoplido desilusionado llegó desde el otro lado de la línea telefónica.

—Sé que no quedas mucho con los tíos, cielo, pero puedes conseguir cinco cajas llenas de rosas en la tienda de la esquina.

—Está hecha de cristal. —Mientras hablaba, la rosa reflejó la luz de una manera tan increíble que la dejó boquiabierta—. Madre mía...

—¿Cómo que «Madre mía»? Madre mía... ¿qué?

Atónita, Elena abrió un cajón que tenía al lado para sacar una daga de alta resistencia, capaz de cortarlo todo, que no utilizaba mucho debido a su excesivo peso. Con mucho cuidado, intentó realizar un pequeño arañazo en el tallo de cristal. No tuvo ningún éxito. Sin embargo, cuando lo intentó a la inversa, la rosa dejó un arañazo en la superficie «a prueba de ralladuras» de la daga.

—Joder...

—Ellie, te juro que te haré picadillo si no me dices lo que está pasando. ¿Qué es? ¿Una rosa mutante chupasangre?

Tras contener una carcajada, Elena contempló el increíble y precioso objeto que tenía en la mano.

—No es de cristal.

—¿Es de circonita? —preguntó Sara con sequedad—. No, espera: seguro que es de plástico.

—Es de diamante.

Silencio absoluto.

Una tos.

—¿Puedes repetir lo que has dicho, por favor?

Elena sostuvo la rosa en alto para que le diera la luz.

—Está hecha de diamante. De una pieza. Impecable.

—Eso es imposible. ¿Sabes lo grande que tendría que ser el diamante para tallar una rosa? ¿O acaso es una rosa microscópica?

—Tiene el tamaño de mi palma.

—Lo que he dicho: imposible. Los diamantes no se esculpen. En realidad, es imposible. —Pero Sara parecía un poco ahogada—. ¿Ese hombre te ha mandado una rosa de diamante?

—No es un hombre —dijo Elena, que intentaba evitar que su parte femenina reaccionara con absoluto deleite ante aquel maravilloso obsequio—. Es un arcángel. Un arcángel muy peligroso.

—O bien está encaprichado contigo o bien les da propinas muy buenas a sus empleados.

Elena se echó a reír de nuevo.

—No, solo quiere colarse en mis bragas. —Esperó a que Sara dejara de toser al otro lado antes de continuar—. Anoche le dije que no. Me parece que a los arcángeles no les gusta que les digan que no.

—Ellie, cariño, dime que me estás tomando el pelo, por favor. —El tono de Sara era de súplica—. Si el arcángel te desea, te tendrá. Y... —Se quedó callada.

—No pasa nada, Sara —dijo Elena con voz suave—. Dilo: y si me tiene, me destrozará. —Los arcángeles no eran humanos; ni siquiera se parecían a los humanos. Cuando saciaban sus necesidades, perdían el interés por sus juguetes—. Razón por la cual no me tendrá nunca.

—¿Y cómo piensas asegurarte de que no se encargue de ti más tarde?

—Voy a conseguir que me haga un juramento.

Sara emitió un ruidito dubitativo.

—Vale, dejemos las cosas claras. Los ángeles se toman los juramentos muy en serio. Con una seriedad mortal, de hecho. Pero tienes que expresarlo con mucha exactitud. Y es un toma y daca. Él querrá su libra de carne... y en tu caso, lo más probable es que sea literal.

Elena se estremeció. La idea ya no le parecía tan desagradable. Y no era por el diamante. Se debía a la sensualidad que había experimentado la noche anterior. Había sido un coqueteo sexual siniestro y con tintes de crueldad, pero también el más

intenso que había vivido nunca. ¿Qué ocurriría si él se introducía en su interior, caliente y duro... una y otra vez?

De pronto se le sonrojaron las mejillas, apretó los muslos y sintió los latidos del corazón en la garganta.

—Le devolveré la rosa. —Era una creación extraordinaria y maravillosa, pero no podía quedársela.

Sara malinterpretó su comentario.

—Eso no bastará. Tendrás que tener algo con lo que regatear.

—Déjame eso a mí. —Elena intentó parecer segura de sí misma, pero lo cierto era que no tenía ni la menor idea de cómo iba a regatear con un arcángel.

«Él querrá su libra de carne.»

Su mente empezó a funcionar sin previo aviso y las palabras de Sara se mezclaron con el recuerdo del cuerpo profanado de Mirabelle. Se le quedó el alma helada. ¿Y si el precio de Rafael era algo peor que la muerte?

Dejó el tubo de mensajería sobre el escritorio de Rafael.

—No puedo aceptar esto.

Él levantó un dedo y siguió de espaldas a ella mientras miraba por la ventana con el teléfono junto a la oreja. A Elena le resultó bastante extraño ver a un arcángel con un artilugio tan moderno, pero aquella reacción no era muy lógica: eran expertos en tecnología, aunque parecieran salidos de un cuento de hadas.

No obstante, nadie sabía cuánto de verdad había en aquellos cuentos de hadas. Aunque los ángeles habían formado parte de la historia de la humanidad desde las primeras pinturas rupestres, permanecían envueltos en el misterio. Puesto que los hombres habían odiado los misterios desde siempre, se habían tejido miles de mitos para explicar la existencia de los ángeles. Algunos los consideraban descendientes de los dioses; otros los veían sencillamente como una especie más avanzada. Solo una cosa era cierta: eran los gobernantes del mundo, y lo sabían muy bien.

En aquellos momentos, Su Alteza hablaba entre murmullos. Irritada, Elena empezó a pasearse por la estancia. Las grandes estanterías que había en una de las paredes laterales llamaron su atención. Estaban hechas de una madera que o bien era ébano, o había sido tratada para que lo pareciera, y contenían un tesoro tras otro.

Una antigua máscara japonesa de un *oni*, un demonio. Sin embargo, esta tenía un toque pícaro, ya que había sido creada para una fiesta infantil. El trabajo era meticuloso y los colores, brillantes, aunque Elena percibía su antigüedad con claridad. En el estante de al lado no había más que una pluma.

Una pluma con un color extraordinario: un azul oscuro y perfecto. Ella había oído rumores sobre un ángel de alas azules que volaba sobre la ciudad durante los dos últimos meses, pero estaba claro que aquellos rumores no podían ser ciertos... ¿O sí?

—¿Será natural o sintética? —susurró para sí.

—Oh, es totalmente natural —aseguró la voz suave de Rafael—. A Illium le preocupaba muchísimo perder sus preciadas plumas.

Elena se dio la vuelta con la frente arrugada.

—¿Por qué dañaste algo tan hermoso? ¿Por celos?

Algo brilló en los ojos del arcángel, algo caliente y letal.

—Illium no te interesaría nada. Le gustan las mujeres sumisas.

—¿Y? ¿Por qué le arrancaste las plumas?

—Había que castigarlo. —Rafael se encogió de hombros y se acercó a menos de un paso de ella—. Y lo que más le duele es que lo amarren al suelo. Recuperó sus

plumas en menos de un año.

—En un suspiro...

El nivel de peligro pareció disminuir después del comentario sarcástico.

—Para un ángel, sí.

—¿Y sus plumas nuevas son como las antiguas? —Se dijo a sí misma que debía dejar de mirarlo a los ojos, que, sin importar lo que él dijera, aquel contacto hacía que le resultase más fácil invadir su mente. Sin embargo, no pudo hacerlo; ni siquiera cuando aquellas llamas azules se transformaron en algo muy parecido a diminutos torbellinos afilados—. ¿Son como las de antes? —repitió con una voz que de pronto pareció hambrienta.

—No —respondió él mientras recorría con los dedos su oreja—. Son incluso más hermosas. Azules con un ribete plateado.

Elena se echó a reír ante el tono de reproche que detectó en su voz.

—Esos son los colores de mi dormitorio.

Una tensión indescriptible estalló entre ellos. Poderosa. Vibrante. Sin apartar los ojos de ella, Rafael deslizó el dedo por su mandíbula hasta la garganta.

—¿Seguro que no quieres invitarme a entrar?

Era tan increíblemente hermoso...

Aunque masculino. Muy masculino.

Pruébala solo una vez.

Era la oscuridad que había en ella, el pequeño núcleo concebido el día que perdió su inocencia en una cocina cubierta de sangre.

Plaf.

Plaf.

Plaf.

Ven aquí, pequeña cazadora. Pruébala.

—No. —Se apartó de él. Tenía las palmas de las manos húmedas a causa del miedo—. Solo he venido a devolverte la rosa y a pedirte cualquier tipo de información que tengas sobre el paradero de Uram.

Rafael bajó la mano. Su rostro solo mostraba una expresión pensativa, aunque ella había esperado ver furia después de su rechazo.

—Se me da bien acabar con las pesadillas.

Elena se puso rígida.

—Y crearlas. Dejaste a ese vampiro en Times Square durante horas. —Basta ya, Elena, le ordenó su mente. ¡Basta, por el amor de Dios! Tienes que conseguir que te haga un juramento... pero su boca no escuchó—. ¡Lo torturaste!

—Sí. —Su tono no tenía ni una pizca de remordimientos.

Elena esperó.

—¿Eso es todo? ¿Es lo único que tienes que decir?

—¿Esperabas que me sintiera culpable? —Su expresión se tensó, se volvió fría como el hielo—. No soy humano, Elena. Aquellos que están bajo mi gobierno no son humanos. Vuestras leyes no sirven.

Elena apretó las manos con muchísima fuerza.

—¿Te refieres a las sencillas leyes de la decencia y la conciencia?

—Di lo que quieras, pero recuerda una cosa... —Se inclinó hacia delante y habló con un gélido susurro que le atravesó la piel con la fuerza de un latigazo—: si yo caigo, si fracaso, los vampiros serán libres y Nueva York se ahogará con la sangre de los inocentes.

Plaf.

Plaf.

Plaf.

Elena se tambaleó bajo el impacto de aquellas imágenes brutales. Un recuerdo. Un posible futuro.

—Los vampiros no son tan malos. Solo un pequeño porcentaje de ellos pierde el control, igual que ocurre con los humanos.

Rafael le cubrió la mejilla con la mano.

—Pero ellos no son humanos, ¿verdad?

Elena permaneció en silencio.

Su mano estaba caliente, pero su voz era glacial.

—Respóndeme, Elena. —La arrogancia que demostraba resultaba abrumadora, pero lo peor era que tenía todo el derecho a mostrarse arrogante. Su poder... era más que asombroso.

—No —admitió al final—. Los vampiros sedientos de sangre matan con una crueldad sin parangón... y jamás se detienen. El número de víctimas podría alcanzar el millar.

—Así que ya lo ves, es necesario actuar con mano de hierro. —Se acercó aún más, hasta que sus cuerpos se tocaron. Bajó la mano hasta su cintura.

Elena ya no podía verle la cara sin echar la cabeza hacia atrás. Y en aquel momento, ese sencillo movimiento le parecía un esfuerzo titánico. Lo único que quería era derretirse. Derretirse y llevárselo con ella, para que pudiera hacerle cosas eróticas y lascivas a su necesitado cuerpo.

—Ya basta de hablar de vampiros —dijo Rafael, que tenía los labios pegados a su

oreja.

—Sí —susurró ella mientras le acariciaba los brazos con las manos—. Sí.
Rafael le besó la oreja antes de trasladarse a la mandíbula. Luego respondió:
—Sí.

El éxtasis inundó el torrente sanguíneo de Elena, un intenso placer que ya no deseaba resistir. Quería quitarle la ropa y descubrir si los arcángeles eran como los hombres. Quería lamer su piel, marcarlo con las uñas, cabalgar sobre sus caderas, poseerlo... y que él la poseyera. Todo lo demás carecía de importancia.

Los labios de Rafael tocaron los suyos y Elena no pudo contener un gemido. Las manos que se apoyaban contra sus caderas se tensaron cuando él la levantó sin el menor esfuerzo y empezó a besarla con fervor. El fuego se trasladó desde la sensualidad de su beso hasta la punta de sus pies antes de acumularse entre sus piernas.

—Calor —susurró cuando él le permitió respirar—. Demasiado calor.

El hielo relampagueó en el aire y una neblina fresca la rodeó antes de introducirse por sus poros en una caricia posesiva.

—¿Mejor? —La besó de nuevo antes de que pudiera responder.

Tenía su lengua dentro de la boca, aquel cuerpo duro y perfecto junto...
«Todo lo demás carecía de importancia.»

Aquellas palabras no eran ciertas. Era una idea equivocada.

Sara importaba.

Beth importaba.

Ella misma importaba.

Los labios de Rafael se deslizaron hacia abajo por su cuello, en dirección a la zona de piel expuesta por los botones abiertos de su camisa.

—Hermosa...

«Hace eones que no tengo una amante humana. Pero tu sabor me resulta...
intrigante.»

Era un juguete para él.

Algo que podía usar y tirar.

Rafael podía controlar su mente.

Con un grito de pura rabia, le dio una patada con todas sus fuerzas, aunque fue ella quien acabó estrellándose a causa del golpe. La oleada de dolor que sintió cuando su trasero golpeó contra el suelo desvaneció los últimos vestigios de aquel deseo tan visceral y tan adictivo que la había convertido en una estúpida.

—¡Cabrón! ¿Es que te ponen las violaciones o qué?

Durante un efímero instante, le pareció ver la sombra de la sorpresa en la expresión del arcángel, pero luego regresó su acostumbrada arrogancia.

—Merecía la pena intentarlo. —Se encogió de hombros—. No puedes decir que no lo has disfrutado.

Estaba tan cabreada que no se paró a pensar, a considerar por qué había ido allí. Dio otro grito y se abalanzó sobre él. Para su sorpresa, apenas pudo asestar unos cuantos golpes antes de que él le sujetara los brazos y la inmovilizara contra la pared.

Extendió las alas para impedirle que viera el resto de la habitación y solo cuando gritó «¡Déjanos a solas!», Elena comprendió que alguien había entrado en la estancia.

—Sí, sire.

El vampiro. Dmitri.

Estaba tan desorientada, tan cargada de aquella maldita lujuria transformada en ira, que ni siquiera lo había oído entrar.

—¡Voy a matarte! —Se sentía violada y se le llenaron los ojos de lágrimas. Debería haber esperado ese tipo de tácticas por parte de Rafael, pero no lo había hecho. Y aquello la cabreaba aún más—. ¡Suéltame!

Él bajó la vista para mirarla. Sus ojos azules se habían vuelto oscuros de repente, como si presagiaran una tormenta.

—No. En tu actual estado, me obligarías a hacerte daño.

Elena sintió un vuelco en el corazón. Se preocupaba por ella...

Gritó de nuevo.

—¡Sal de mi cabeza!

—No estoy en tu cabeza, cazadora del Gremio.

Que utilizara aquel título fue como una bofetada verbal, una que le hizo recuperar la compostura. En lugar de responder con la furia que hervía en su interior, respiró hondo unas cuantas veces e intentó retirarse a aquel lugar pacífico de su mente, el lugar al que siempre acudía cuando los recuerdos de Ariel... No, no podía volver allí. ¿Por qué ese día no podía dejar de recordar el pasado?

Respiró hondo una vez más.

El aroma del mar: fresco, tranquilo, poderoso.

Rafael.

Abrió los ojos.

—Estoy bien.

El arcángel esperó unos cuantos segundos antes de soltarla.

—Vete. Hablaremos de esto más tarde.

La mano de Elena deseaba buscar un arma, pero ella se limitó a darse la vuelta

para salir de la sala. No quería morir... no hasta después de haberle sacado los ojos a Rafael y haberlos arrojado al pozo más profundo y sucio que pudiera encontrar.

Tan pronto como oyó cerrarse las puertas del ascensor, Rafael llamó a seguridad.

—No la pierdas de vista. Asegúrate de que está a salvo.

—Sí, sire —fue la respuesta de Dmitri, aunque Rafael pudo detectar un matiz de incredulidad.

Colgó sin responder la pregunta no formulada. ¿Por qué había permitido que la cazadora siguiera con vida después de atacarlo?

«¿Es que te ponen las violaciones o qué?»

Sus labios se tensaron y sus nudillos se pusieron blancos cuando apretó las manos. A lo largo de los años, había hecho muchas cosas y lo habían acusado de otras muchas. Aun así, jamás había tomado a una mujer contra su voluntad. Jamás. Y tampoco lo había hecho aquel día.

Sin embargo, había ocurrido algo.

Por esa razón había permitido que lo atacara: Elena necesitaba descargar la furia y él se sentía tan asqueado por lo que había hecho que había recibido los golpes de buen grado. Había algunas reglas que jamás debían romperse. El hecho de haberse saltado una norma que él mismo se había impuesto siglos atrás le hizo preguntarse por su propio estado mental. Sabía que su sangre estaba limpia (se había hecho un análisis el día anterior), así que aquello no era el resultado de una toxina que le enturbiaba la mente y descontrolaba sus poderes.

Y aquello lo dejaba en terreno desconocido.

Soltó un juramento en una lengua antigua y largo tiempo olvidada. No podía preguntarle a Neha, la Reina de los Venenos. Ella lo vería como un punto débil y atacaría de inmediato. No podía confiar en ninguno de los miembros del Grupo que conocían la respuesta; en ninguno salvo en Lijuan y en Elijah. A Lijuan no le interesaban los poderes insignificantes. Había llegado demasiado lejos, se había convertido en algo que ya no pertenecía a este mundo. Rafael no las tenía todas consigo en lo referente a Elijah, pero él era el erudito entre los suyos.

El problema era que Lijuan evitaba las comodidades modernas como el teléfono. Vivía en una fortaleza montañosa escondida en las profundidades de China. Tendría que ir a verla volando o... Apretó los puños con más fuerza aún. No podía abandonar la ciudad mientras Uram merodeara por allí. Y eso solo le dejaba una opción.

Cuando se dio la vuelta para salir, se fijó en el tubo de mensajería que Elena había

dejado atrás. La Rosa del Destino era un tesoro antiguo, un tesoro que había conseguido cuando era un joven ángel al servicio de un arcángel, siglos atrás. Según la leyenda, se había creado gracias a la combinación de los poderes de los miembros del primer Grupo. Rafael no sabía si aquello era cierto, pero estaba claro que era una obra inigualable. Se lo había regalado a Elena por razones que ni él mismo entendía. Pero ella debería habérselo quedado. Ahora llevaba su nombre grabado.

Cogió el tubo antes de dirigirse al ático, a la estancia completamente negra que había en la parte central. Las brujas humanas habrían considerado maligna aquella estancia. Veían la oscuridad como algo malo. Sin embargo, en ocasiones la oscuridad no era otra cosa que una herramienta, ni buena ni mala.

Era el alma del hombre que utilizaba aquella herramienta la que cambiaba las cosas. La mano de Rafael se cerró sobre el tubo de mensajería. Por primera vez en muchos siglos, no sabía muy bien quién era. Y aquello no estaba bien. Nunca había sentido algo así.

Pero lo cierto era que nunca había sido malvado... hasta ese día.

Veneno

Eran estúpidos, todos ellos. Creían que iba a morir.

Se echó a reír a pesar del dolor que laceraba sus ojos y su cuerpo, a pesar de la agonía que amenazaba con convertir sus entrañas en agua y hacer papilla sus huesos. Rió hasta que la risa fue el único sonido en el universo, la única verdad.

No, no iba a morir. Sobreviviría a ese calvario que ellos llamaban veneno. Una mentira. Un esfuerzo por consolidar sus propios poderes. Y no solo iba a sobrevivir: resurgiría convertido en un dios. Y cuando todo acabara, el Grupo de los Diez se echaría a temblar y la tierra se cubriría de ríos de sangre.

Sangre... rica, nutritiva y sensual.

Elena atravesó la puerta de la Torre y siguió andando, sin hacer caso del taxi que la aguardaba. Una ira incandescente, más profunda y letal que cualquiera que hubiera sentido antes, ardía en sus terminaciones nerviosas; le causaba dolor, pero también la mantenía con vida, le permitía seguir adelante.

¡Ese cabrón...! ¡Ese maldito cabrón de mierda!

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se negó a derramarlas. Eso sería como admitir que había esperado algo más de Rafael, algo humano.

Percibió una esencia familiar y se dio la vuelta con la daga en la mano.

—Lárgate, vampiro. —Su voz destilaba furia.

Dmitri se inclinó en una reverencia.

—Me encantaría cumplir los deseos de mi dama, pero por desgracia... —Se enderezó y sus gafas de sol reflejaron el rostro encolerizado de Elena—... tengo otras órdenes.

—¿Siempre haces lo que te ordena tu amo?

Sus labios se apretaron.

—Permanezco junto a Rafael por lealtad.

—Sí, claro... Como un perrito faldero. —Sacó las garras. Tenía ganas de hacer sangrar a alguien—. ¿También te sientas y suplicas cuando él te lo pide?

De repente, Dmitri se encontraba frente a ella. Se había movido tan rápido que había logrado sujetar su daga antes de que ella pudiera coger aire.

—No me presiones, cazadora. Estoy al mando de las fuerzas de seguridad de Rafael. Si por mí fuera, estarías atada con cadenas, gritando mientras alguien te arranca la carne de los huesos.

El aroma sensual del vampiro hizo que la imagen resultara aún más brutal.

—¿No te dijo Rafael que dejaras a un lado el jueguecito de los aromas? —Dejó caer la daga que guardaba en la funda del brazo y la situó en la palma de su mano menos habilidosa. Pero que fuera menos habilidosa no quería decir que no lo fuera. Todos los cazadores sabían utilizar las dos manos.

—Eso fue anoche. —Se inclinó hacia delante. Los rasgos de su rostro eran exquisitos, aunque la curva de sus labios tenía un leve matiz de crueldad—. Hoy, lo más probable es que esté cabreado contigo. No le importará que te dé un discreto mordisco. —Le mostró a propósito los colmillos por un instante.

—¿Aquí mismo, en la calle? —preguntó Elena con la mirada fija en su cuello y muy consciente de la erección que se apretaba contra ella.

Él no se molestó en mirar a su alrededor.

—Estamos junto a la Torre del Arcángel. Estas calles nos pertenecen.

—Pero... —Elena esbozó una sonrisa—... ¡yo no, joder! —Movi6 la daga y dibuj6 una l6nea en su garganta.

La sangre empez6 a manar con la fuerza de los latidos arteriales, pero Elena ya se hab6a quitado de en medio. Dmitri se aferr6 el cuello y cay6 de rodillas. Sus gafas de sol resbalaron y dejaron expuestos unos ojos que desped6an fuego. Pudo ver la muerte en aquellos ojos.

—No seas cr6o —murmur6 mientras limpiaba la daga en la hierba antes de volver a guardarla en su funda—. Ambos sabemos que un vampiro de tu edad se recuperar6 en menos de diez minutos. —Una violenta r6faga de esencia de vampiro asalt6 sus sentidos—. Y aqu6i vienen tus lacayos a ayudarte. Ha sido un placer charlar contigo, Dmitri, cielito.

—Zorra... —Su voz son6 como un gorgoteo l6quido.

—Gracias.

El vampiro tuvo el valor de sonre6r; y fue una sonrisa dura, letal, totalmente aterradora.

—Me gustan las zorras. —Las palabras ya sonaban m6s claras. Era evidente que el proceso de curaci6n era mucho m6s r6pido de lo que ella hab6a pensado.

Sin embargo, fue el tono siniestro y hambriento de su voz lo que la impact6. A aquel maldito y calenturiento vampiro le hab6a gustado de verdad que lo acuchillara... Mierda. Le dio la espalda y ech6 a correr. En cuanto acabara de curarse, saldr6a tras ella. Y en aquellos momentos le preocupaba menos ser asesinada que perder la cabeza y acabar seducida.

Rafael la hab6a hechizado en un abrir y cerrar de ojos. Cre6a que hab6a aprendido a detectarlo, a captar la extra6a sensaci6n de desconexi6n entre la mente y la personalidad que hab6a acompa6ado sus anteriores intentos. Sin embargo, esa vez no hab6a sentido nada. En un momento dado estaba preocupada por los vampiros que comet6an asesinatos en serie, y al siguiente estaba aferrada a 6l, intentando tragarse su lengua. Si no lo hubiera golpeado, se habr6a tragado otras cosas tambi6n, de eso estaba segura.

Se ruboriz6.

Y no a causa de la furia, aunque tambi6n estaba all6. Sino por el deseo. Por la pasi6n. Tal vez no deseara a Dmitri cuando estaba fuera de su alcance, pero segu6a deseando al arc6ngel. Aquello la convert6a en una posible candidata al manicomio, pero no excusaba en modo alguno lo que 6l hab6a hecho.

Un instante después salió de la zona restringida de la Torre y se adentró en las atestadas calles de la ciudad, pero en lugar de aminorar el paso lo aceleró aún más. Mientras corría, buscó en su bolsillo, sacó el teléfono móvil y marcó el código de emergencia.

—Necesito un rescate —jadeó tan pronto como alguien contestó—. Enviando localización. —Presionó el botón que activaba el localizador GPS y que transmitiría su posición a los ordenadores del Gremio hasta que lo desactivara. Porque no podía detenerse en un lugar. En el momento en que lo hiciera, se acabaría el juego.

Buscó un taxi con la mirada, pero, como era de esperar, no había ninguno a la vista.

Dos minutos más tarde, unos filamentos hambrientos serpentearon a su alrededor, buscando, acariciando. Una calidez voluptuosa se asentó en la boca de su estómago. Tras golpearse con fuerza en aquella parte de su cuerpo, respiró hondo una vez más y giró de manera brusca a la izquierda. Unos grandes almacenes de lujo aparecieron ante sus ojos, y al lado, la Guarida del Zombi, el club donde los vampiros se reunían con sus zorras.

Las imágenes de las escenas eróticas que había presenciado la noche anterior llenaron su mente.

Decadentes.

Sensuales.

Seductoras.

No eran zorras, sino personas adictas. Y lo peor era que no podía culparlas. Si Rafael conseguía meterse en su cama (algo que no ocurriría jamás, ya que pensaba cortarle las pelotas en cuanto tuviera oportunidad), lo más probable era que acabara deseándolo hasta el final de sus días. Furiosa, movió con fuerza los brazos y esquivó a un chico que iba con un monopatín.

—¿Dónde está el vampiro?! —gritó el chico, que saltó de su tabla, emocionado—. Colega...

¡Joder! Echó un vistazo por encima del hombro y vio que Dmitri la estaba alcanzando. La sangre de su camisa destacaba como una flor escarlata, pero tenía el cuello intacto y su apuesto rostro estaba impoluto. Volvió a girar la cabeza y se adentró entre el tráfico. Cruzó la carretera entre el bramido de las bocinas, las maldiciones y varios gritos frenéticos. Un turista empezó a hacer fotos. Genial. Seguro que conseguiría una imagen de ella siendo mordida por un vampiro justo antes de que Dmitri la convirtiera en una imbécil suplicante a quien solo le importaba el sexo.

De repente, sintió el arma en la mano. Las dagas eran su arma favorita, pero si

quería detener a aquel hijo de puta antes de que la alcanzara, tendría que dispararle en el corazón. Había una pequeña posibilidad de que lo matara si lo hacía, y si aquello ocurría, presentarían cargos contra ella. A menos, por supuesto, que pudiera demostrar que el vampiro tenía malas intenciones. Casi podía imaginárselo.

«Se lo juro, Señoría, él pretendía follarme hasta volverme loca, quería hacer que me gustara.»

Sí, eso serviría. Con la suerte que tenía, acabaría frente algún juez carroza que pensaba como su padre: que las mujeres no eran más que peones y que abrirse de piernas era su único talento. La furia burbujeó en su interior con una nueva y violenta sacudida. Estaba a punto de volverse, con el dedo del gatillo preparado, cuando una motocicleta frenó con un chirrido delante de ella. Era completamente negra, al igual que el casco y las ropas del que la conducía. Sin embargo, había una pequeña «G» dorada sobre el depósito de la gasolina.

Cambió de dirección y saltó sobre la parte trasera del asiento antes de aferrarse al conductor como si su vida dependiera de ello.

La mano de Dmitri le rozó el hombro cuando la moto se alejó a toda prisa. Elena se dio la vuelta y descubrió que el vampiro se encontraba junto a la acera, siguiéndola con la mirada. Y el tío tuvo el valor de lanzarle un beso.

Rafael cerró la puerta de la habitación negra. Por un segundo, permaneció en medio de aquella absoluta falta de luz y consideró lo que estaba a punto de hacer.

Lijuan se había alejado por completo de la humanidad.

Lo que había ocurrido entre Elena y él era muy humano, muy real.

Apretó la mandíbula, a sabiendas de que no tenía otra opción; no tenía una madre como Caliane. Si aquello era el comienzo de algún tipo de degeneración...

Caminó por instinto hacia el centro de la estancia y concentró sus habilidades angelicales para convertirlas en un rayo brillante situado dentro de su cuerpo. Al igual que el glamour, aquello era algo que solo un arcángel podía hacer. Sin embargo, a diferencia del glamour, exigía un alto precio. Durante las doce horas siguientes, se encontraría en estado Silente, gobernado por una parte de su cerebro que jamás había conocido la compasión y que nunca lo haría.

Por esa razón casi nunca utilizaba aquella forma de comunicación. Porque después se convertía en algo mucho más cercano al monstruo que moraba en su corazón, en el corazón de todos los arcángeles. El poder era una droga, y no solo corrompía... También destruía. Había sido durante uno de esos períodos Silentes cuando había

castigado al vampiro que había acabado en Times Square.

El castigo había sido innegociable. No obstante, el Silencio de su interior lo había convertido en algo casi diabólico. Desde entonces, Rafael siempre se aseguraba de que en su agenda no hubiera nada que pudiera volverlo destructivo durante esos períodos. El problema era que, una vez que se volvía frío, veía las cosas bajo una luz diferente y podía cambiar de opinión.

Aun así, debía hacerlo.

Concentrado y dispuesto, extendió al máximo sus alas. Las puntas rozaban las paredes de la estancia y podía sentir la oscuridad de los muros en la garganta. La mayoría de los humanos y de los vampiros creían que las alas de los ángeles no tenían sensibilidad salvo en la zona que se arqueaba sobre los hombros. Se equivocaban. Una de las rarezas de la biología de su raza era que un ángel era plenamente consciente de cualquier contacto en sus alas, ya fuera en la parte central o en la misma punta.

En ese momento se empapó de la oscuridad, como si fuera un poder. Aunque no lo era. El poder procedía de su interior, pero la falta de estímulos (una especie de privación sensorial) amplificaba su conciencia de aquel poder hasta niveles increíbles. Primero fue como un murmullo en la sangre, luego se transformó en una sinfonía, y después en un atronador crescendo que llenó las venas, estiró los tendones hasta un punto insoportable y lo encendió desde dentro. Fue en aquel instante, justo antes de que el estallido interno lo dejara aturdido durante horas, cuando elevó las manos y descargó su poder sobre la pared que tenía delante.

Impactó contra el muro antes de licuarse y formar un charco de aguas agitadas que no reflejaba más que sus negras profundidades. Con rapidez, antes de que el poder se volviera incontrolable y se introdujera de nuevo en su cuerpo, lo convirtió en un patrón de búsqueda dirigido a Lijuan. Aquella habilidad para comunicarse a grandes distancias procedía de la misma raíz que sus dones mentales, pero a diferencia de estos últimos, era tan potente que precisaba un recipiente que la contuviera. Las paredes de aquella habitación proporcionaban un recipiente de lo más efectivo, pero también podía utilizar otros objetos y superficies en un momento de necesidad.

Si hubiera intentado realizar ese tipo de comunicación (con la otra parte del mundo) utilizando solo su mente, lo más probable habría sido que hubiera destrozado varias partes de su cerebro y del edificio en el proceso. Delante de él, la agitación del líquido disminuyó antes de detenerse por completo. La superficie se convirtió en un cristal negro. En su interior había un rostro familiar, y solo ese rostro. La búsqueda había sido muy específica: no le mostraría nada que no fuera Lijuan.

—Rafael... —dijo ella con abierta sorpresa—. ¿Te arriesgas a utilizar tanto poder

cuando Uram se encuentra en tu misma región?

—Era necesario. Para cuando él degenera hasta la siguiente etapa, yo ya habré recuperado por completo las fuerzas.

Ella hizo un lento asentimiento.

—Sí, todavía no ha cruzado la frontera final, ¿verdad?

—Cuando lo haga, lo sabremos. —Todo el mundo lo sabría. Todo el mundo oiría los gritos—. Necesito hacerte una pregunta.

Sus ojos eran insondables cuando lo miraron, tan claros que el iris apenas se distinguía del blanco del ojo.

—Hay un monstruo en el interior de todos nosotros, Rafael. Algunos sobrevivirán, otros se vendrán abajo. Tú aún no te has venido abajo.

—He perdido el control de mi mente —le dijo, sin cuestionar cómo sabía lo que sabía. Lijuan era más fantasma que humana, una sombra que se movía sin problemas entre mundos que ninguno de los demás había atisbado jamás.

—Es la evolución —susurró ella con una sonrisa que no era una sonrisa—. Sin cambios, nos convertiríamos en polvo.

Rafael no sabía si estaba hablando de él o de ella misma.

—Si sigo perdiendo el control, no serviré de nada como arcángel —dijo—. La toxina...

—Esto no tiene nada que ver con el Flagelo. —Hizo un gesto con la mano y Rafael pudo ver sus arrugas. Ella era el único ángel que mostraba esas pequeñas marcas de envejecimiento, y parecía deleitarse con ellas—. Lo que estás experimentando es algo completamente diferente.

—¿De qué se trata? —Se preguntó si Lijuan mentía, si alargaba la conversación con la intención de debilitarlo. No sería la primera vez que dos arcángeles se habían puesto de acuerdo para derrocar a un tercero—. ¿O acaso no sabes nada y solo juegas a ser una diosa?

Vio hielo en aquellos ojos ciegos, vestigios de una emoción tan distinta que no se parecía a ninguna de las conocidas.

—Soy una diosa. Tengo la vida y la muerte en mis manos. —Su cabello empezó a agitarse con aquel viento fantasmagórico que solo ella podía generar—. Puedo destruir miles de vidas con un mero pensamiento.

—La muerte no convierte a nadie en un dios; de lo contrario, Neha estaría a tu lado en estos momentos. —La Reina de las Serpientes, de los Venenos, dejaba un rastro de cadáveres a su paso. Nadie le llevaba la contraria a Neha. Hacerlo era estar muerto.

Lijuan se encogió de hombros, un gesto humano muy extraño en ella.

—Neha no es más que una niña estúpida. La muerte es tan solo la mitad de la ecuación. Una diosa no solo debe quitar la vida... también debe darla.

Rafael la miró, sintió la insidiosa belleza de sus palabras y supo con certeza lo que antes solo había sospechado: Lijuan había conseguido un nuevo poder, un poder del que se hablaba en susurros y nunca se consideraba real.

—¿Puedes despertar a los muertos? —Despertar, no vivir; no estarían vivos. Aunque caminarían, hablarían y no se pudrirían.

Su única respuesta fue una sonrisa.

—Estamos hablando de ti, Rafael. ¿No te preocupa que utilice tu problema para destruirte?

—Me parece que Nueva York te interesa muy poco.

Ella se echó a reír, un sonido frío que recordaba a algo siniestro y luminoso a un mismo tiempo.

—Eres inteligente. Mucho más inteligente que los otros. Te diré lo que necesitas saber: no has perdido el control.

—He obligado a una mujer a desearme. —Su tono era furioso—. Puede que a Charisemnon no le parezca gran cosa, pero a mí sí. —El otro arcángel gobernaba la mayor parte del norte de África. Si veía a una mujer que deseaba, la tomaba sin más—. ¿Qué es eso sino una total pérdida de control?

—Había dos personas en esa habitación.

Durante unos instantes, Rafael no entendió lo que quería decir. Cuando lo hizo, se le heló la sangre.

—¿Ella tiene la capacidad de influir sobre mí? —No había estado bajo el control de ninguna criatura desde que escapó de las tiernas atenciones de Isis, siglos atrás.

—¿La matarías si así fuera?

Había matado a Isis... Había sido la única forma de librarse de un ángel muy poderoso con la peligrosa inclinación a mantenerlo prisionero. También había matado a otros.

—Sí —respondió, pero una parte de él no lo tenía tan claro.

«¿Es que te ponen las violaciones o qué?»

El impacto de aquellas palabras aún reverberaba en la noche interminable que él llamaba su alma. Recorrió con la mirada el rostro de Lijuan.

—Si me estaba controlando, no era consciente de ello. —De lo contrario, no lo habría acusado de violación.

—¿Estás seguro?

La miró fijamente. No estaba de humor para jueguecitos.

Eso logró que la sonrisa de Lijuan se hiciera más amplia.

—Sí, eres inteligente. Es cierto, tu pequeña cazadora no tiene el poder de someter a un arcángel para que este cumpla sus deseos. ¿Te sorprende que supiera de quién se trataba?

—Tienes espías en mi Torre, igual que tienes espías en todas partes.

—¿Y tú tienes espías en mi hogar? —preguntó en un tono afilado como una hoja de afeitar.

Rafael levantó un escudo para protegerse de su lacerante poder.

—¿Tú qué crees?

—Creo que eres mucho más fuerte de lo que los demás piensan. —Su mirada se llenó de recelo, aunque empezó a utilizar un lenguaje mucho menos formal.

Rafael se habría dado de patadas por haber cometido aquel error, aunque sabía que aquello formaba parte del *modus operandi* de Lijuan. Si uno debía hablar con ella, tenía que hacerlo así, si no como un igual, al menos con la intensidad suficiente para poner las cosas interesantes.

—Si no fueras una mujer, diría que necesitas comprobar quién tiene el miembro más grande.

Ella se echó a reír, pero el sonido fue algo... apagado.

—Bueno, ya descubrí que el tuyo era el más grande cuando todavía me interesaban esas cosas. —Hizo un gesto de desdén con la mano—. Habrías sido un buen amante. —Sus labios adoptaron una curva sensual mientras la sombra de un recuerdo llenaba el brillo gélido de sus ojos—. ¿Alguna vez has danzado con un ángel en pleno vuelo?

Los recuerdos golpearon a Rafael como un puñetazo. Sí, había danzado. Pero no había sido placentero. Sin embargo, no dijo nada; se limitó a observar y a escuchar, a sabiendas de que en aquella obra, él era el público.

—En una ocasión tuve un amante que hacía que me sintiera humana. —Parpadeó con rapidez—. Extraordinario, ¿no te parece?

Rafael pensó en qué clase de joven habría sido Zhou Lijuan, y descubrió que no le gustaba la respuesta.

—¿Él todavía sigue contigo? —preguntó para guardar las formas.

—Hice que lo mataran. Un arcángel jamás puede ser humano. —Su rostro se transformó, se hizo cada vez menos real. Era como una caricatura de los rasgos angelicales, formada por una piel fina como el papel situada sobre unos huesos que brillaban desde el interior—. Hay algunos humanos (uno de cada quinientos mil,

quizá) que nos convierten en algo diferente a lo que somos. Las barreras caen, los fuegos se encienden y las mentes se mezclan.

Rafael permaneció en silencio.

—Debes matarla. —Sus pupilas se habían extendido hasta devorar el iris; sus ojos eran llamas negras y su rostro, una máscara esquelética ardiente—. Hasta que lo hagas, jamás sabrás con certeza cuándo volverán a caer las barreras.

—¿Y si no la mato?

—En ese caso, ella te matará a ti. Te convertirá en mortal.

Ransom detuvo la motocicleta en el interior del cuartel general del Gremio. Se quitó el casco y lo colgó en la parte derecha del manillar.

—Llevas una vida de lo más interesante, Elieanora.

Ella frotó la mejilla contra la trenza que caía sobre la espalda masculina, demasiado contenta con él para decirle que dejara de usar ese estúpido nombre. No era su nombre (vale, tal vez lo fuera en su certificado de nacimiento), y además hacía que pareciera un centenar de años mayor. Según Ransom, estaba borracha la noche que le confesó su nombre secreto. En opinión de Elena, era mucho más probable que él hubiera pirateado alguna base de datos y hubiera robado la información.

Él estiró el brazo hacia atrás y le dio unas palmaditas en el muslo.

—¿Voy a tener suerte esta noche?

—Ya te gustaría. —Con una sonrisa, le apartó la mano de un golpe y se bajó de la moto.

El increíble rostro de su amigo mostraba una sonrisa de oreja a oreja.

—Merecía la pena intentarlo.

Con pómulos altos, una piel de color cobre-dorado heredada de sus ancestros cherokee y unos ojos verdes irlandeses (procedentes de algún antepasado que pasó una breve estancia en una colonia penal australiana), era lo bastante guapo para recrearse con cada poro de su cuerpo.

Era casi una lástima que solo fueran amigos. Casi.

—La noche que me acueste contigo, te aseguro que llorarás como un bebé.

Ransom abrió los ojos de par en par mientras bajaba la cremallera de su chaqueta de cuero.

—Sé que te van los cuchillos... pero ¿también en la cama? ¿No es llevar las cosas un poco lejos?

Elena se inclinó hacia delante y le puso las manos sobre los hombros.

—En el mismo instante en que nos acostáramos, dejaríamos de ser amigos. Y llorarías, cariñín. —Era un alivio hacer algo tan normal como bromear con Ransom.

Él le rodeó la cintura con un brazo.

—No sabes lo que te pierdes.

—Sobreviviré. —Sabía muy bien que en realidad él no deseaba fastidiar su amistad. Y en el momento en el que el sexo se metiera por medio, eso sería justo lo que ocurriría. A Ransom no se le daba muy bien la intimidad. Puede que no se hubiera acostado con él, pero lo conocía muchísimo mejor que su novia—. Y da

gracias que no vaya a decirle a Nyree que me estás tirando los tejos.

Una sombra atravesó el rostro de su compañero.

—Me ha dejado.

—Mira, eso sí que es una novedad. Por lo general eres tú quien corta y sale pitando.

—Dijo que yo tenía problemas con los compromisos. —Estrechó la cintura de Elena para resaltar sus palabras—. ¿De dónde coño ha sacado algo así?

—Oye, Ransom... —Le dio unas palmaditas en la mejilla—... tu relación más larga, sin tener en cuenta la que mantienes conmigo o con Sara, ha sido la de Nyree, y ¿cuánto ha durado? ¿Ocho semanas?

Ransom frunció el ceño.

—¿Quién cojones necesita los compromisos? Lo pasamos bien. Da igual, encontraré a alguien con quien darme un revolcón. Las tías se me tiran al cuello en cuanto entro en un bar.

A pesar de sus propios problemas (un trabajo que significaba una muerte segura, un vampiro calenturiento y un arcángel superpoderoso), Elena notó que su atención se centraba en otras cosas.

—Vaya, el infierno se ha congelado sin que me dé cuenta... Esa chica te importa.

Él dejó caer el brazo.

—Le permití dejar cosas en mi casa. Mierdas de chicas.

Algo que, según asumía Elena, era para él como una especie de certificado de matrimonio.

—¿Y?

—¿Cómo que «¿Y?»?

Al ver que aquella línea de interrogatorio no la llevaría a ningún sitio, cambió de táctica.

—¿Ese es tu plan? ¿Salir por ahí y encontrar un polvo fácil?

—¿Qué pasa, ahora eres la encarnación de la moralidad?

Sus músculos protestaron cuando se encogió de hombros, amenazando con recordarle por qué tenía agujetas.

—Oye, a mí me da igual que Nyree y tú hayáis decidido buscar nuevos compañeros de cama.

La piel de Ransom se puso blanca como la leche.

—Si deja que algún cabrón le ponga la mano encima, ese tío cantará como una soprano durante el resto de su miserable vida.

—Pues quizá debas dejar que Nyree lo sepa. —Elena decidió que aquello era lo

más parecido a un consejo que podía permitirse en esos momentos. Había llegado la hora de volver a retomar su pesadilla vital—. Ahora aparta ese culito tan mono de ahí. Tenemos que hablar con Sara.

—Viene de camino —dijo él mientras se acomodaba en la moto con una elegancia que habría hecho babear a muchas mujeres—. Cuando has llamado para solicitar ayuda, me ha dicho que moviera el culo y me asegurara de mantenerte oculta hasta que ella supiera lo que ocurre.

Elena recordó que Sara había insinuado que había espías en el Gremio. Espías de Rafael. Apretó las manos hasta convertirlas en puños.

—Odio a los hombres.

Ransom se apoyó en el respaldo con una expresión imperturbable.

—¿Qué ha pasado?

Elena sabía que si se lo contaba, querría acompañarla a cazar al arcángel. Lo consideraba un «amigo ocasional» porque a veces no dejaban de pelearse, pero a la hora de la verdad, Ransom siempre estaba a su lado. No obstante, aquella era una guerra privada.

—Asuntos personales —respondió justo cuando las puertas del ascensor se abrieron y apareció Sara.

Su amiga salió a paso rápido. Era una mujer menuda, con la piel del color de la canela y unos enormes ojos castaños, enmarcados por una cabellera negra con un flequillo recto y las puntas rizadas en la nuca. Su ceñido traje borgoña y la camisa de encaje le daban el aspecto de una ejecutiva, pero tenía los pies enfundados en lo que parecían unos tacones de doce centímetros.

—Hueles como si hubieras estado corriendo una maratón —le dijo a Elena a modo de saludo—. Y tú... —Echó una mirada a Ransom—... pareces un desecho de un espectáculo de motos.

—¡Oye! —Ransom parecía ofendido—. Quiero que sepas que soy un motero diplomado.

Sara pasó por alto su comentario y clavó una mirada penetrante en Elena.

—Ellie, cielo, haz el favor de explicarme por qué la oficina se ha visto desbordada por llamadas sobre (y cito literalmente) —Dobló los dedos en el aire para reproducir unas comillas—: «Un vampiro furioso suelto, una maníaca lanzadora de cuchillos y...» (ay, esta es mi parte favorita) ¡«Una asesina con una pistola»!

—Puedo explicártelo.

Sara cruzó los brazos y empezó a dar golpecitos en el suelo con la punta del zapato.

—¿Explicarme por qué no solo mostraste en público un cuchillo sino también una pistola? Espero que en realidad no hayas utilizado ninguno de ellos sin autorización, porque si la SPV se entera de esto, estamos jodidos.

Elena se frotó la nuca.

—Era una emergencia. El tipo intentaba convertirme en su compañera de cama. Lo rechacé. Y empezó a perseguirme.

Ransom ahogó un acceso de tos que se parecía muchísimo a una risotada.

—¿Por qué no le dijiste que no? Es algo que siempre ha funcionado bastante bien.

Ella lo miró con furia antes de volver a poner los ojos en Sara.

—Sabes que de no ser por algo así, jamás habría sacado la pistola.

Sara levantó una mano.

—¿Cómo «rechazaste» su oferta exactamente?

—Le rebané la garganta.

El silencio del garaje solo se vio interrumpido por el goteo del agua en algún lugar del fondo. Sara se limitó a mirarla. Y lo mismo hizo Ransom. Aunque luego, el imbécil empezó a reírse como un histérico. Rió con tanta fuerza que se cayó de la moto y aterrizó sobre el suelo de cemento del garaje. Y ni siquiera aquello lo detuvo.

Elena le habría dado una patada, pero lo más probable era que él aprovechara aquella oportunidad para derribarla y retenerla junto a él.

—Cierra la boca si no quieres que te haga lo mismo a ti.

Ransom intentó dejar de reírse. Sin éxito.

—Maldita sea, Ellie... ¡Eres increíble!

—Lo que eres —murmuró Sara— es un imán para los problemas.

—Yo... —empezó a decir Elena para tratar de defenderse.

Sara alzó la mano de nuevo y luego empezó a contar con los dedos.

—Por tu culpa, tengo mensajes en el teléfono del gobernador y del puñetero presidente de los Estados Unidos de América. —Bajó el primer dedo—. Por tu culpa la mitad de Nueva York cree que hay un vampiro salvaje suelto. —Otro dedo—. Por tu culpa... ¡tengo tres canas más!

Elena sonrió al oír aquello último.

—Yo también te quiero.

Sara sacudió la cabeza y salvó la distancia que las separaba para darle un abrazo de oso. Después de tantos años de amistad, tenían la cuestión de la estatura resuelta. Elena se inclinaba, Sara se ponía de puntillas y asunto solucionado. Cuando se apartaron, se miraron a los ojos.

—¿Estás metida en un lío, Ellie?

Elena se mordió los labios y echó un vistazo al rostro serio de Ransom antes de volver a mirar a su amiga.

—Algo así. Rafael y yo hemos tenido un pequeño... desacuerdo. —No estaba segura de por qué no se había puesto a sus pies. Tal vez fuera porque la aterraba lo que podía hacerles a sus amigos... porque, cazadores o no, no eran rival para un arcángel. O quizá fuera por un motivo aún más peligroso—. Y, por lo visto, Dmitri piensa que eso me convierte en una presa fácil.

—¿El vampiro? —intentó aclarar Sara—. ¿El jefe de seguridad de Rafael?

—Sí. —Se pasó una mano por el pelo—. No vais a creéroslo, chicos: cuando le abrí la garganta, el tío se puso cachondo. Cree que soy lo más sexy después de un helado de sangre.

—No existen los helados de sangre. —Por supuesto, el comentario había sido de Ransom.

—¡Pues a eso voy! —exclamó Elena al tiempo que alzaba las manos—. ¡Yo no sé nada sobre las mierdas raras de los vampiros!

—Vale, esto no es tan malo como pensaba —murmuró Sara—. ¿Crees que él presentará una queja a la SPV?

Elena recordó el beso que le había lanzado.

—No. Se lo está pasando demasiado bien.

—Eso es bueno para el Gremio, pero no tanto para ti. —Sara empezó a dar golpecitos con la punta del pie una vez más—. Está bien, te encerrarás en los Sótanos hasta que puedas ponerte en contacto con Rafael y consigas que meta en cintura a Dmitri. Entretanto, Ransom se encargará del enamorado...

—No —la interrumpió Elena.

Ransom se puso en pie y se sacudió la parte trasera de los pantalones.

—¿Crees que no puedo con él? —Había un tono duro en su voz.

—No seas tan machito —replicó ella—. Tiene esa cosa de la esencia a su favor. —Y Ransom era un cazador nato. No tan fuerte como Elena, pero lo suficiente como para ser vulnerable.

Otro silencio. Sara paseó la vista entre Elena y Ransom.

—Vale, nuevo plan: haré que Hilda se encargue del Señor Vampiro si él vuelve a aparecer.

Hilda era humana. También podía levantar un coche tumbada en un banco de abdominales y era uno de los pocos individuos inmunes a todos los poderes vampíricos.

—Joder... —Ransom se dio la vuelta y les dio la espalda mientras soltaba una

retahíla de juramentos que habrían desprendido la pintura de las paredes... si hubieran estado pintadas, claro—. Ya que por lo visto aquí no sirvo de nada, me voy a emborrachar.

Elena colocó una mano sobre los músculos rígidos de su hombro.

—Claro que sirves para algo, pero eres un guaperas que está como un tren, y no tengo claro si Dmitri juega a dos bandas o no. No me castigues por querer proteger a un amigo. Tú harías lo mismo si estuvieras en mi lugar.

—No eres tú a quien tendieron una emboscada aromática y despertó desnudo y con mordiscos por todo el puto cuerpo.

Lo cierto era que Elena no había esperado que sacara a relucir aquel incidente. Jamás lo había hecho con anterioridad. Quizá la tal Nyree fuera incluso mejor para él de lo que había pensado en un principio.

—Eso es verdad —murmuró—. Sí, será mejor que no vayas a ver a Nyree estando de tan mal humor. Podrías hacerle daño. Ve a emborracharte. —Ransom soltó el aire de los pulmones con un siseo—. Además, lo más probable es que ella haya salido. —Elena le dijo a Sara «Cállate» con los labios cuando su amiga hizo ademán de intervenir—. Como está cabreada contigo, lo más seguro es que se haya tomado unos días libres en el trabajo de... ¿En qué me dijiste que trabajaba?

—Es bibliotecaria.

¿Ransom salía con una bibliotecaria?

—Apuesto a que ha aprovechado la oportunidad para ponerse algo sexy...

Ransom se movió tan deprisa que Elena apenas tuvo tiempo de esquivarlo cuando salió a toda velocidad del garaje. Dio unas palmadas para sacudirse las manos.

—Mi trabajo aquí ha terminado. —Y aquello era algo bueno, ya que no sabía hasta dónde habría podido llegar con lo de la bibliotecaria sexy.

—¿Va en serio con ella? —Sara parecía atónita—. Quiero decir... ¿la quiere para algo más que una relación sexual?

—Sí. —Elena enganchó los pulgares en las trabillas de los pantalones vaqueros y empezó a mecerse sobre los talones—. No me gustan los Sótanos.

—Qué pena... —En aquellos momentos, Sara se había convertido de nuevo en la directora del Gremio—. No pienso perder a mi mejor cazadora (y no le cuentes a Ransom que he dicho eso) a manos de un vampiro cachondo. Métete en el ascensor.

Elena entró con Sara y luego abrió el panel que ocultaba un teclado auxiliar. Tras introducir el código del escondite secreto existente en todos los edificios del Gremio, volvió a colocar el panel en su lugar.

—¿Es cierto que en Los Ángeles tienen escondrijos en el hueco del ascensor?

Sara asintió con la cabeza.

—Son cubículos pequeños... Están conectados entre sí, pero son bastante estrechos. Lo nuestro es mejor.

Las puertas se abrieron para revelar una red subterránea tan antigua que databa del primer Gremio norteamericano... y esa era en parte la razón por la que Nueva York servía de asiento permanente para el director del Gremio y, en consecuencia, como cuartel general para todo el Gremio en Estados Unidos.

—Tal vez lo nuestro sea mejor —dijo Elena mientras salía—, pero apuesto lo que quieras a que ellos no tienen que vérselas con bichos carnívoros con predilección por la carne humana. —Los pilares de sostén del edificio que tenía delante eran inmensos, pero, hasta donde se veía, por debajo solo había una capa de polvo. Incluso en el caso de que alguien no autorizado consiguiera llegar hasta allí abajo, lo más probable era que se rindiera antes de descubrir la verdad.

—Los cazadores de vampiros duros de verdad se comen a los bichos para desayunar. —Las palabras de Sara eran frívolas, pero su expresión era seria—. ¿Estás bien? Tengo que volver arriba y poner en marcha las medidas necesarias para minimizar los daños.

Elena asintió y metió la mano entre las puertas del ascensor para evitar que se cerrasen.

—¿Has dicho que tenías un mensaje del presidente? —Era un intento de aplacar la gélida neblina de miedo que había enturbiado su mente sin previo aviso, como si una parte primitiva de ella reaccionara ante algo que todavía no comprendía.

Sara asintió.

—Ha visto las noticias... Quería saber si debía preocuparse por una oleada de vampiros sedientos de sangre.

—Un tipo nervioso.

Sara respondió con un resoplido.

—¿Eres consciente de cuántos vampiros te están buscando? Quédate aquí abajo y arregla las cosas con Rafael (no me puedo creer que yo haya dicho eso) tan pronto como sea posible.

Cuando las puertas se cerraron, Elena se quedó sumida en una oscuridad total. Ni siquiera estaba segura de si quería volver a hablar con Rafael. Había pensado que... Lo cierto era que ni siquiera sabía lo que había pensado.

De manera instintiva su mano se cerró de repente cuando recordó la forma en que Rafael la había obligado a cortarse. Y apenas veinticuatro horas después de eso, había empezado a desearlo físicamente. Frunció los labios. Tal vez aquel cabrón hubiera

estado jugueteando con su mente desde el principio y la hubiera dejado creer que era libre cuando en realidad bailaba al son que él marcaba.

—Lo que lo convierte a él en un arcángel y a mí en una idiota —dijo en voz alta mientras caminaba diez pasos a la izquierda.

Después se agachó a tientas hasta la base de la columna que había allí. Unos minutos más tarde había conseguido desenterrar (literalmente) el cajón oculto de linternas impermeables. Tras asegurarse de que la que había cogido funcionaba, pasó unos minutos más volviendo a enterrar el cajón para el siguiente cazador, y luego comenzó a avanzar sobre el cemento, el metal y la jungla terrestre.

Tardó diez minutos en llegar a la entrada de los Sótanos. Venía a ser la idea que tiene un yonqui de una puerta: desvencijada, llena de grafitis y de agujeros. Pero ella sabía que aquella puerta estaba respaldada por veinte centímetros de acero macizo. Iluminó con la linterna lo que parecía un teclado viejo y estropeado, y luego introdujo el código.

«Bienvenida, Elena.»

El mensaje parpadeó en la diminuta pantalla un segundo antes de que un escáner de retina se deslizara hacia fuera desde la parte superior. Elena colocó el ojo delante y dos minutos más tarde ya estaba dentro. Pero eso solo significaba que había logrado superar el primer obstáculo. Aquel refugio estaba diseñado para resistir incluso en el caso de que un cazador se viera obligado a llevar a un enemigo al interior.

Se quedó de pie en el cubículo de acero y esperó a que Vivek le diera acceso a la segunda puerta. Fue escaneada por varios rayos láser en el momento en que atravesó el umbral. Todas sus armas fueron detectadas, y también la ausencia de cualquier tipo de arma química o biológica.

—*Barev*, Elena.

Las palabras salieron de los altavoces ocultos.

—*Barev*, Vivek. ¿Qué tiempo hace en Armenia estos días? —Al encargado de los Sótanos le gustaban los idiomas. Con el tiempo, se había convertido en un juego de acertijos descubrir el origen de los saludos que utilizaba.

—Algo nuboso, con un tres por ciento de posibilidades de lluvia.

Elena avanzó por el pasillo principal con una sonrisa.

—Bueno, ¿qué maléficos planes tienes hoy para mí, oh, Gran Conocedor de Todas las Cosas?

Vivek se echó a reír, a salvo en la pequeña sala a prueba de inundaciones, de terremotos (y probablemente a prueba del fin del mundo) que se encontraba en la parte central de los Sótanos.

—Jugaremos al Scrabble.

—Ahora que lo mencionas, todavía me debes trescientos pavos.

—Pero solo porque hiciste trampas. —Había un leve matiz mezquino en su voz, pero así era Vivek. Vivía allí abajo veinticuatro horas al día los siete días de la semana.

«Allí arriba no soy nada, solo una carga. Aquí abajo soy el rey.»

Eso no podía discutírselo. Vivek lo controlaba todo en los Sótanos.

—Dame unos minutos para ducharme. —Rafael no era un vampiro, pero su intensa esencia masculina estaba grabada a fuego en su cerebro, en su cuerpo, en todos los poros de su piel. ¡Y quería que desapareciera!

—¿Cómo la perdiste? —Rafael miró impasible a Dmitri.

—Me abrió el cuello.

El arcángel se fijó en la camisa limpia del jefe de seguridad y en su cabello húmedo.

—Debió de ocurrir poco después de que se marchara, ya que parece que te ha dado tiempo a asearte.

—Sí. No quiso que la acompañara a casa.

—¿Provocaste el ataque? —preguntó en tono calmo. La respuesta no le importaba en lo más mínimo, salvo como una prueba de la lealtad de Dmitri.

—Quería saborearla.

Rafael atacó sin previo aviso y mandó a Dmitri al suelo con la mandíbula rota.

—Te dije que estaba fuera de tu alcance. ¿Acaso desafías mi autoridad?

El vampiro se puso en pie y aguardó a que su mandíbula sanara lo bastante para poder hablar.

—Os peleasteis.

—Sí, pero no rescindí la orden.

Dmitri inclinó la cabeza.

—Mis disculpas, sire. No me di cuenta de que su sangre te pertenecía. —Sus ojos estaban cargados de decepción, pero no había ni una pizca de rebeldía en ellos—. Me sorprende que solo me hayas roto la mandíbula.

Con la asombrosa claridad que proporcionaba el estado Silente absoluto, Rafael supo con certeza que Dmitri era sincero.

—Te necesito en buenas condiciones. Tenemos trabajo que hacer.

—Puedo rastrearla.

Ese era un secreto que ningún mortal conocía. Los vampiros como Dmitri, aquellos que habían adquirido la habilidad de hechizar a los cazadores con su seductivo aroma, también podían intercambiar el papel con sus enemigos en ocasiones.

—Eso no será necesario. —Aquella era su búsqueda... Sabía adónde había ido Elena. Y si se equivocaba, sabía a quién debía preguntar. Le responderían.

—¿Qué quieres que haga? —inquirió Dmitri, con una voz ya casi normal. Era lo bastante viejo para que la mayoría de las heridas (sobre todo aquellas que no implicaban una gran pérdida de sangre) sanaran con relativa rapidez.

—Consígueme la dirección de la directora del Gremio, y también la de Ransom

Winterwolf.

Elena formó la palabra «esconder» y luego esperó mientras Vivek pensaba.

—No tardes un siglo, V.

—Paciencia. —Estaba sentado completamente inmóvil, pero no era un acto de autodisciplina. Vivek había perdido toda la sensibilidad por debajo de los hombros en un accidente que había sufrido en su infancia. De no haber sucedido habría sido un cazador nato. Con todo, aparte de sus considerables obligaciones como encargado de los Sótanos, también era los ojos y los oídos del Gremio en un mundo conectado. Su silla de ruedas de tecnología punta había sido dotada con dispositivos inalámbricos, así que V conocía a menudo lo que se decía del Gremio casi antes de que las palabras salieran de los labios.

En esos momentos murmuró algo por lo bajo junto al panel del ordenador, y las letras se dieron la vuelta para formar la palabra «casa».

—¿Y ahora qué, Ellie? —Era evidente que no se refería al juego.

Ella se dio unos golpecitos con los dedos en el muslo.

—Necesito hablar con Sara.

—Estás en régimen de aislamiento.

—En ese caso, habla tú con ella. Dile que está en peligro. Todo el mundo sabe que ella es la única persona que conoce mi localización. —Y no era Dmitri quien la preocupaba.

Vivek utilizó un comando verbal para abrir la puerta por la que ella había entrado.

—Vete. Haré la llamada y permitiré que vuelvas a entrar.

Elena no estaba de humor para niñerías.

—¡No voy a robarte tus malditos códigos!

—Sal de aquí o no llamaré.

Tras empujar la consola del ordenador, Elena salió a grandes zancadas.

—Date prisa —le dijo antes de que la puerta se cerrara de golpe tras ella.

Apoyó la espalda sobre la puerta y se deslizó hacia el suelo, pero no se paró a pensar que tal vez Ransom también estuviese en peligro. No estaba acostumbrada a pensar en él como una persona vulnerable. Tampoco se había preocupado mucho por Sara antes de que tuviese al bebé. Sara no solo sabía cuidar muy bien de sí misma, sino que su marido, Deacon, era un hijo de puta de lo más mortífero. Pero Zoe era tan pequeña...

La puerta se abrió tras ella.

—Sara quiere hablar contigo. —La voz de Vivek sonaba irritada.

Elena se adentró en la estancia y descubrió que el hombre se había encerrado en su cabina, enfurruñado, lo que significaba que Sara no quería que él escuchara lo que iba a decirle. Elena se estremeció. Cuando Vivek se enfurruñaba, la vida en los Sótanos se volvía muy incómoda: aumentos de temperatura que te cocían vivo, olores extraños en el aire, comida que sabía a serrín... En una ocasión se había visto obligada a pasar todo un espantoso mes allí abajo después de que Vivek se peleara con Sara. Hablando de rabietas estúpidas...

De cualquier forma, el malhumor de Vivek no importaba; no cuando la vida de Sara corría peligro.

Elena cogió el anticuado teléfono. Era tan viejo que estaba a prueba de piratas informáticos.

—Sara, tienes que venir aquí abajo con tu familia.

—La directora del Gremio no sale huyendo con el rabo entre las piernas. —El tono de Sara era duro, lo que demostraba el carácter de acero que le había otorgado la fuerza necesaria para mantener su puesto en una profesión inundada de testosterona.

—¡No seas imbécil! —Elena apretó las manos con tanta fuerza que las uñas dejaron marcas en forma de media luna en sus palmas—. Dmitri no es ningún bebé vampiro. ¡Es el jefe de seguridad de Rafael!

—Esa es otra de las cosas de las que debemos hablar: el «desacuerdo» que has tenido con Rafael... ¿es insalvable?

A Elena se le heló la sangre.

—¿Por qué?

—Porque cuando he regresado a la oficina tenía un nuevo mensaje esperándome... Te está buscando, Ellie.

—Yo hablaré con...

—No pienso dejar que te acerques a él —replicó Sara—. Tú no has oído ese mensaje. Si una hoja de acero pudiera hablar, lo haría exactamente igual que él.

Elena maldijo entre dientes. ¿Qué coño había pasado en el lapso de tiempo transcurrido entre el momento en que se marchó de la Torre y aquel mensaje? Rafael había permitido que se fuera sin rechistar. ¿Por qué la buscaba ahora?

—¿Estás segura de que está tan enfadado?

—«Enfadado» no es la palabra que yo utilizaría. «Letal» encaja mucho mejor. —Había verdadera preocupación en el tono de Sara—. ¿Qué has hecho para cabrear a un arcángel?

La lealtad entró en conflicto con la inexplicable necesidad de mantener en secreto lo que había ocurrido en la oficina.

—Lo golpeé.

Una inspiración larga y profunda.

—¿Golpeaste a un arcángel?

Elena recordó la sensación de peligro que había manado de él como si fuera radiación.

—Fue por su culpa, así que si lo piensa bien, se calmará.

—A los arcángeles no se les da muy bien pedir perdón. —El sarcasmo teñía cada una de las sílabas—. Da igual lo que hiciera, tendrás que ceder, o él te hará papilla.

—No pienso arrastrarme. —No lo haría por nadie—. Y tú lo sabes.

—Por supuesto que lo sé, idiota. Solo quería aclarar las cosas.

—Querías aclarar que soy mujer muerta. —Porque no pensaba disculparse con aquel cabrón. Ni para salvar su vida.

—Más o menos, sí.

—Pues eso demuestra que tengo razón.

—¿En qué?

—En que tienes que llevar a Zoe y a Deacon a un lugar seguro. Si Rafael está decidido a atraparme, irá a por ti y los tuyos para averiguar dónde estoy. —Hizo una pausa para tragarse la bilis. Poner su vida en peligro era una cosa, pero... —. No permitiré que mi orgullo ponga a tu familia en peligro. Lo llamaré y...

—Cállate. —Eran palabras en voz baja. Palabras furiosas—. Sacaré a Zoe de la ciudad. Deacon y yo podemos cuidarnos solitos.

—Sara, lo siento mucho...

—Joder, ¿de verdad crees que dejaría que vendieras tu alma tan barata? —Colgó el teléfono.

Elena se sentía fatal, pero sabía que su mejor amiga la perdonaría. Y Sara enfadada era lo mismo que Sara en acción.

Estaba a punto de colocar el auricular del teléfono en su sitio, pero vaciló. Un vistazo rápido le mostró que Vivek le había dado la espalda a propósito. Aprovechó la oportunidad, colgó el teléfono y marcó a toda velocidad un número externo.

—Date prisa... —murmuró entre dientes mientras el teléfono sonaba una y otra vez al otro lado de la línea.

—Beth Deveraux-Ling al habla.

Al oír aquella voz familiar, Elena sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Las contuvo con la despiadada facilidad que da la práctica.

—Soy Elena, Beth.

—¿Por qué sigues usando ese nombre? —inquirió su hermana, y Elena casi pudo

ver su ceño fruncido—. Sabes que papá prefiere que utilices tu nombre completo, o Nell, si quieres abreviarlo.

—Beth, no tengo tiempo para esto. ¿Está Harrison ahí?

—A Harrison no le gusta hablar contigo. —Bajó la voz—. Ni siquiera sé por qué hablo yo contigo... ¡Entregaste a mi marido a un ángel!

—Ya sabes por qué lo hice —le recordó Elena—. Si no lo hubiera hecho, el siguiente cazador habría tenido órdenes de ejecutarlo. A los ángeles no les gusta perder a sus propiedades.

—¡Él no es propiedad de nadie! —Beth parecía a punto de llorar.

Elena se frotó las sienes con los dedos.

—Por favor, Bethie, ve a buscar a Harrison. Esto es muy importante. —Su hermana era muy excitable y malcriada—. Él querrá saberlo.

Se produjo una pausa testaruda antes de que Beth cediera por fin. Elena esperó varios segundos con los ojos clavados en la espalda de Vivek. El hombre se enteraría de que había hecho una llamada al exterior en cuanto saliera de la cabina, pero tenía que hacerlo. Y no suponía un peligro para el Gremio: si alguien rastreaba la llamada, daría con una cuenta falsa.

—¿Elena?

Volvió a prestar atención.

—Escucha, Harry, necesito...

—Eres tú quien tiene que escuchar —la interrumpió él.

—Mira, no tengo tiempo para tus...

—Estoy intentando ayudarte —fue la réplica cortante—. No sé por qué... ¡Tal vez porque no quiero ser conocido como el cuñado de la cazadora a la que encontraron empalada en un poste en Times Square! No puedo creer que consiguieras ofender a alguien de la categoría de Dmitri.

Elena se quedó paralizada.

—¿Te has enterado?

—Por supuesto que me he enterado. Dmitri es el vampiro más antiguo de la zona, y debo entregarle mis informes a él directamente a menos que mi amo desee un cara a cara. —Su voz se volvió amarga—. Y debo admitir que he tenido que charlar un montón de veces cara a cara con Andreas desde que tú acabaste con mis esperanzas de escapar.

—Maldita sea, Harry, recuerda que tú firmaste un contrato. ¡Con sangre!

—No esperaba que entendieras lo que es la lealtad familiar —dijo. Una puñalada directa al corazón—. Pero supongo que al menos te importa tu vida.

—He llamado para avisarte —replicó ella, que se negaba a permitir que el gilipollas que tenía por cuñado lograra herirla—. Puede que tú seas un vampiro, pero Beth es mortal.

—No durante mucho tiempo. Hemos solicitado que sea Convertida.

A Elena se le cayó el alma a los pies.

—No voy a dejar que la arrastres a ese mundo. ¿Tiene ella una mínima idea de lo que va a firmar o le has dicho que es todo un cuento de hadas?

—Créeme, Elieanora, sabemos que no es perfecto, pero se trata de la inmortalidad. Y puede que no sepas lo que eso significa, pero yo amo a Beth... y no quiero pasar la eternidad sin ella.

Aquello detuvo a Elena, porque, dejando a un lado todos sus defectos, Harrison Ling parecía amar de verdad a su esposa.

—Mira, Harry, hablaremos de eso otro día, pero escóndete de Dmitri hasta que esto pase.

—¿Por qué debería esconderme?

—Porque intentará averiguar dónde estoy a través de ti.

—Ya me lo ha preguntado, y le he dicho que no tenía ni la menor idea —replicó Harry—. Puesto que parece saber con exactitud la íntima relación que mantienes con tu familia, me ha creído.

—Así de fácil. —Elena frunció el ceño—. ¿Nada de mano dura?

—Por supuesto que no. Somos seres civilizados.

El cerebro de Elena refutó eso con el recuerdo de la sonrisa de Dmitri mientras la sangre manaba de su cuello.

—Está bien —murmuró—. Siempre que estéis a salvo...

—¿Dónde estás?

Todos y cada uno de sus instintos se pusieron en alerta.

—No necesitas saberlo.

—Entrégate —le pidió él—. A eso me refería cuando he dicho que suponía que tu vida te importaría: si te rindes, tal vez Dmitri se muestre indulgente. Nuestra vida sería mucho más fácil si te entregaras a él. Beth está de acuerdo conmigo.

Eso era lo único que significaba para Beth y para él: una forma conveniente de conseguir favores, pensó Elena, que se negó a tener en cuenta el dolor que atravesaba su corazón.

—¿Desde cuándo te has convertido en el soplón de Dmitri, Harry?

Se oyó el siseo cortante de una inspiración forzada.

—Está bien, suicídate si quieres. ¿He mencionado que Dmitri te busca en nombre

de su amo?

—¿Qué?

—Corre el rumor de que Rafael se ha vuelto frío.

Elena no sabía lo que aquello significaba, pero el tono de Harry dejaba claro que no era algo bueno.

—Gracias por la advertencia.

—Es más de lo que tú me has dado a mí.

Vivek comenzó a girar su silla.

—Tengo que irme. —Colgó en un abrir y cerrar de ojos.

En cuanto salió de la cabina, Vivek se dirigió de inmediato hacia sus ordenadores. Elena había esperado que montara en cólera al descubrir que había hecho una llamada no autorizada, pero él se limitó a suspirar y a sacudir la cabeza antes de volverse hacia ella.

—¿Por qué te molestas, Ellie?

Aquello la estremeció, mucho más que cualquier otra cosa que pudiera haber hecho. Dobló las piernas y se dejó caer sobre una silla.

—Son mi familia.

—Te rechazaron porque no encajabas en su molde. —Tenía la boca fruncida—. Créeme, sé muy bien lo que es eso.

—Lo sé, Vivek. —Su familia lo había encerrado en una institución después del accidente—. Pero no puedo dejar a Beth en una posición vulnerable si tengo la posibilidad de protegerla.

—Sabes que ella te dejaría en la estacada si tuviera la oportunidad, ¿verdad? —Su tono era tan amargo como el más cargado de los cafés—. Está casada con un vampiro... y él es más importante.

Elena no podía refutar eso, no cuando las palabras de Harrison aún resonaban en sus oídos. Su familia deseaba que se entregara a un vampiro de alto rango. Daba igual lo que aquel vampiro (y más importante aún, su sire) quisiera hacerle.

—Ellos son así... —susurró—, pero yo no.

—¿Por qué no? —Vivek giró su silla para colocarse frente al ordenador—. ¿Por qué te molestas? No puede decirse que te hayan querido alguna vez.

Elena no tenía respuesta a eso, así que lo dejó pasar. Sin embargo, las palabras se agolparon en su cabeza y se filtraron en su cerebro. Dolorosas. Desgarradoras.

—¡Hola, Ellie!

Levantó la cabeza de golpe y descubrió que había otra cazadora junto a una de las entradas a los dormitorios. Alta, esbelta, con un cabello negro y liso y unos

impactantes ojos castaños. Ashwini era una cazadora extraordinaria. También estaba como una cabra. Y por esa razón le caía bien a Elena.

—Hola, colega —dijo, feliz por poder liberar su mente de ciertas cosas, aunque fuera solo por unos minutos—. Creí que estabas en Europa.

—Y lo estaba. Regresé hace un par de días.

—¿Ya estabas en la ciudad cuando llamaste a Sara? —¿Cómo era posible?, ¿eso había sido solo el día anterior?

Ashwini asintió.

—La caza dio un giro inesperado.

—¿En serio? —dijo al tiempo que obligaba a sus pensamientos a concentrarse en el presente.

—Ese maldito cajún...

—Vaya...

—Cuando por fin consigo tenerlo a menos de una manzana de distancia, de repente llega a un «acuerdo» con el ángel que había solicitado la búsqueda. —Entrecerró los ojos—. Uno de estos días lo convertiré en carnaza para cocodrilos.

Elena esbozó una sonrisa.

—Y entonces ¿cómo nos divertiríamos los demás?

—Que os jodan —dijo con una risotada antes de soltar un bostezo, levantar los brazos y desperezarse como un gato—. Me gusta dormir aquí abajo.

—¿Qué? ¿No me dirás que te gusta el ambiente? —Puso los ojos en blanco—. Vamos, cuéntame, ¿qué tal en Europa?

—Un asco. Estuve en la región de Uram.

A Elena se le erizó el vello de la nuca. Aquello no era una coincidencia... Ash daba un poco de miedo con eso de la presciencia.

—¿Cómo estaba la situación allí?

La otra cazadora se encogió de hombros con un movimiento ágil e inconscientemente elegante. Según los rumores que corrían por el Gremio, había sido una bailarina cualificada de una prestigiosa compañía antes de convertirse en cazadora. Ransom le había pedido una vez que hiciera una actuación. Su ojo morado había tardado dos semanas en curarse.

—Uram se ha pasado de la raya —dijo Ash en esos momentos—. La gente del lugar se asusta de su propia sombra; creen que él los espía.

Elena captó el brillo de los ojos de su compañera.

—Pero tú no lo crees, ¿verdad?

—Pasa algo raro. Nadie ha visto a su ayudante, Robert Syles, desde hace tiempo.

Y a Bobby le gustan las cámaras de televisión. —Ashwini encogió los hombros de nuevo—. Creo que están llevando a cabo una caza ellos mismos. Tal vez estén cazando ángeles. Nos enteraremos muy pronto. —Otro bostezo.

—Será mejor que vuelvas a la cama.

—No, ya estoy recuperada del todo. Pero debo darme una ducha, porque saldré de aquí de nuevo dentro de una hora. —Se dio la vuelta—. Ah, oye, El, descubrí otra cosa: parece que encontraron varios cadáveres decapitados más o menos por las mismas fechas en las que desapareció Uram. Por lo visto esos pobres imbéciles eran sus sirvientes. Debió de darle una rabieta o algo así. Es una suerte que no tengamos que dar caza a esos cabrones.

Elena asintió. Se sentía muy débil.

—Sí, una suerte.

Rafael se encontraba junto a una insulsa casita situada en un suburbio de New Jersey, aplaudiendo en silencio la inteligencia de la directora del Gremio. La mujer había cambiado su hermoso hogar por aquella pequeña casa de madera rodeada por un centenar de edificios similares. Parecía un lugar de lo más corriente, pero él sabía que era una fortaleza. También sabía que la directora y su marido, ambos cazadores muy experimentados, hacían turnos para vigilar a los vampiros con las armas siempre a mano.

Por supuesto, para disparar debían ver. Y él no estaba allí para sus sentidos: se había rodeado de glamour en el momento en que saltó de la terraza de su ático para deslizarse por el cielo de Manhattan, iluminado por las últimas luces de la tarde. Sus poderes estaban casi recuperados. La noche había llegado durante el vuelo, y ahora observaba el brillo dorado a través de las ventanas.

Luz. Calidez. Ilusión.

El patio que había frente a él, en apariencia corriente, estaba cuajado de sensores que, con toda probabilidad, estarían conectados a trampas explosivas que se activaban desde la casa. Rafael suponía que existía un sótano que conducía a una salida secreta, ya que ningún cazador permitiría jamás que su familia quedara atrapada.

De no haberse encontrado en estado Silente, tal vez se habría sentido asombrado. El sistema de seguridad era brillante y resistiría sin problemas a cualquier vampiro de alto rango... aunque tal vez no a Dmitri. A Rafael, sin embargo, no le hacía falta poner un solo pie en el interior de la casa.

Aunque deberías hacerlo, susurró la parte reptiliana y primitiva de su mente. Deberías darles una lección, dejarles claro que nadie sale como vencedor del enfrentamiento con un arcángel.

Consideró la posibilidad basándose en los fríos razonamientos de su presente estado emocional, pero la descartó. La directora del Gremio era una persona inteligente, y muy buena en su trabajo. No tenía sentido matarla. Semejante acción desataría el caos en el Gremio, y durante ese tiempo un considerable número de vampiros insatisfechos podría intentar escapar de sus amos. Puede que algunos lo lograran, ya que los cazadores estarían demasiado atolondrados por la muerte de su directora para resultar eficientes. Los humanos eran muy débiles.

Ninguno de los tuyos escapará, susurró esa voz de nuevo, una voz que solo oía durante los períodos Silentes. No se atreverían. Nadie te desobedece, no después de que convirtiéramos a Germaine en un ejemplo.

Germaine se encontraba en aquellos momentos en algún lugar de Texas, pero el vampiro no había olvidado las horas que había pasado en Times Square, y no las olvidaría jamás. Estaban grabadas a fuego en su memoria, al igual que aquel dolor al que nadie debería sobrevivir. Rafael recordaba que se había encargado de Germaine durante otro de sus períodos Silentes. También recordaba que, una vez que salió de ese estado, no se había sentido satisfecho con lo que había hecho. Al acceder a su memoria descubrió que había sentido... remordimientos. Había ido demasiado lejos.

Vaya una idea más ridícula. Vaya una emoción más ridícula. Era un arcángel. Germaine había intentado llevar a cabo un acto de traición. El castigo había sido justo. Como lo sería el de la directora del Gremio si intentaba interponerse en su camino.

Mata a su hija, murmuró aquella vocecita. Mata a su hija delante de ella. Delante de Elena.

Una alarma empezó a sonar junto a la cama de Elena, sacándola de un sueño intermitente. Puesto que estaba completamente vestida, se levantó de un salto y empezó a correr. Vivek la esperaba con la puerta abierta.

—¡Deprisa! ¡Coge el teléfono! ¡Sara!

Tras saltar por encima de la silla de ruedas que se interponía en su camino, cogió el auricular.

—¿Sara? —El miedo dejaba un sabor acre y penetrante en su lengua.

—Huye, Ellie —susurró Sara con una voz teñida de lágrimas—. ¡Huye!

Una sensación gélida entumeció sus extremidades. No se movió de donde estaba.

—¿Y Zoe?

—Está bien —sollozó Sara—. No estaba aquí. Ay, Ellie... él sabe dónde estás.

Elena no pensó ni por un momento que Sara se refiriera a Dmitri. Ningún vampiro, por poderoso que fuera, podría dejar reducida a su amiga a aquello.

—¿Cómo lo sabe? ¿Qué te ha hecho? —Apretó la empuñadura de la daga entre sus dedos, y solo entonces se dio cuenta de que la había sacado.

—¿Que cómo lo sabe? —Una risa histérica interrumpió sus palabras—. Yo se lo ha dicho.

La conmoción la dejó paralizada.

—¿Sara? —Si Sara la había traicionado, ya no le quedaba nada.

—Ay, Ellie... Ha volado hasta la ventana y me ha mirado, y luego me ha dicho que la abriera. ¡Ni lo he dudado! —Hablaban casi a gritos—. Después me ha preguntado dónde estabas y yo se lo he dicho. ¡Se lo he dicho! ¿Por qué, Ellie? ¿Por qué se lo he dicho?

Elena dejó escapar el aire que contenía. Temblando a causa del alivio, estiró una mano para apoyarse contra el panel del ordenador de Vivek.

—No pasa nada, Sara.

—¡Claro que pasa, joder! ¡He traicionado a mi mejor amiga! ¡No te atrevas a decirme que no pasa nada!

—Control mental —dijo Elena antes de que Sara siguiera adelante con su perorata—. Nos utiliza como si fuéramos juguetes. —Desde luego, con ella había jugado... con su cuerpo, con sus emociones—. No había absolutamente nada que pudieras hacer.

—Pero yo soy inmune... —dijo Sara—. Una de las razones por las que me nombraron directora del Gremio es que tengo una inmunidad natural contra los trucos de los vampiros, como Hilda.

—Él no es un vampiro —le recordó Elena a su agobiada amiga—. Es un arcángel. Elena oyó un hondo suspiro al otro lado de la línea.

—Ellie, había algo muy extraño en él esta noche.

Elena frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Ha hecho algo... malvado? —Tuvo que esforzarse para pronunciar aquella palabra. Una parte estúpida e ilusa de ella no quería creer que Rafael pudiera ser malvado.

—No... ni siquiera ha mencionado a Zoe, ni la ha amenazado en forma alguna. Aunque, tampoco necesitaba hacerlo, ¿verdad? Podía retorcer mi mente como si fuera un trapo.

—Si te sirve de consuelo —dijo Elena mientras recordaba la mirada animal de Erik y la aterradora sumisión de Bernal—, al parecer también puede hacerles eso a los vampiros.

Su amiga sorbió por la nariz.

—Bueno, al menos los chupasangre no tienen nada contra mí. Tendrás que salir de ahí cagando leches. El arcángel está de camino, y en su actual estado de ánimo es capaz de destruir el Gremio para llegar hasta ti. Tiene todos los códigos... porque yo se los he dado. —Otro pequeño grito—. Vale, ya estoy calmada. Le he dicho a Vivek que cambiara los códigos, pero no creo que eso detenga a Rafael. Te quiere a ti.

—Saldré de aquí. Y le dejaré un mensaje para asegurarme de que sabe que me he largado. Así no molestará a Vivek.

—Escóndete en el Azul.

El Azul era una furgoneta de reparto sin registrar que se mezclaría con facilidad entre el tráfico y haría desaparecer sin problemas a su conductor.

—Lo haré —mintió Elena—. Gracias.

—¿Y por qué coño me das las gracias? —exclamó Sara—. De todas formas, quiero que te quede clara una cosa: no se comportaba de manera normal. He hablado con él por teléfono, y ya sabes lo bien que se me dan las voces. Hoy la suya era diferente: monótona, inexpresiva... fría. Ni enfadada, ni nada... solo fría.

¿Por qué todo el mundo utilizaba aquella palabra? Rafael era muchas cosas, pero jamás le había parecido frío. No obstante, no tenía tiempo para pedir detalles.

—Me voy ya. Me pondré en contacto contigo en cuanto me sea posible. Y no te preocupes... pase lo que pase, no me matará. Necesita que acabe el trabajo. —Colgó el teléfono antes de que Sara se diera cuenta de que había cosas peores que la muerte.

Y algunas de ellas estaban relacionadas con gritar, gritar y gritar hasta que se rompiera la voz.

—Nuevos códigos. —Había una hoja de papel en la bandeja de la impresora—. Utilízalos para salir; los cambiaré de nuevo en cuanto entres en el ascensor.

Ella asintió.

—Gracias, Vivek.

—Espera.

El hombre acercó su silla hasta una pequeña taquilla que había en un rincón. Elena no sabía qué estaba haciendo, pero el armario se abrió de repente.

—Llévate esto.

Elena cogió una pistola pequeña y reluciente.

—No servirá de mucho contra un arcángel, pero gracias de todas formas.

—No le dispaes al cuerpo —le advirtió él—. Esa munición está diseñada para hacer pedazos las alas de un ángel.

¡¡No!! La idea de destruir la increíble belleza de aquellas alas le provocó un dolor casi físico en el corazón.

—Volverán a regenerarse. Se curarán —se obligó a decir en voz alta.

—Lleva su tiempo. Tenemos varios informes: un ángel tarda más en regenerar sus alas que ninguna otra cosa. Lo dejará incapacitado el tiempo suficiente para que puedas librarte de una situación difícil. A menos... —El miedo tiñó su voz—. He oído lo que has dicho sobre el control mental. Si puede utilizarlo a distancia, no creo que haya nada que pueda servirte de ayuda.

Elena se guardó la pistola en la parte posterior de los pantalones después de cerciorarse de que el seguro estaba en su sitio.

—Ahora no me controla, así que sus habilidades tienen cierto límite. —Al menos, eso esperaba—. No creo que baje aquí una vez que sepa que me he ido, pero tienes que ponerte a salvo. ¿Ashwini se ha marchado ya?

—Sí, y no había nadie más aquí abajo. —Sus ojos parecían aterrados, pero decididos—. Cerraré en cuanto te vayas, y luego me meteré en el búnker. —Señaló con la cabeza la entrada de la habitación secreta oculta tras una pared. Podría sobrevivir allí durante días—. Ponte a salvo, Ellie. Tenemos que acabar la partida.

Elena se inclinó para darle un abrazo impulsivo.

—Te patearé ese culo flaco que tienes en cuanto vuelva. —Había llegado el momento de proteger su propia vida... y todo lo demás. Porque había un montón de partes corporales que un cazador no necesitaba para rastrear a su presa de manera eficiente.

Rafael se quedó delante del ascensor que, según le habían dicho, lo llevaría hasta los Sótanos. Sin embargo, parecía que ya no necesitaba bajar. Su presa había huido.

Alguien había clavado el mensaje junto a las puertas del ascensor con tanta fuerza que había dejado migajas de cemento sobre el suelo.

«¿Quieres jugar, angelito? Pues juguemos. Encuéntrame.»

Era un desafío, puro y simple. Una estupidez por parte de la cazadora. Durante el período Silente, no podía enfurecerse, pero comprendía muy bien su estrategia. Quería alejarlo del Gremio y de sus amigos.

Reflexionó sobre aquello. La parte primitiva de él susurró: ¿Dejarás que te guíe como si te hubiera puesto una correa? Te ha insultado.

Arrancó la nota de la pared.

—«Angelito» —leyó en voz alta antes de arrugar el papel entre sus dedos. Sí, debía aprender un poco de respeto. Cuando la encontrara, suplicaría clemencia.

No quiero que suplique clemencia.

El eco de aquel pensamiento lo detuvo durante varios segundos. Recordó que se sentía intrigado por el fuego de la cazadora, que ella había aliviado el aburrimiento que lo había embargado durante siglos. Incluso en el estado Silente, entendió por qué había decidido no hacerle daño. Si rompía antes de tiempo aquel nuevo juguete que tantos placeres prometía, sería un estúpido. No obstante, había formas de asegurarse respeto sin destruir por completo a su presa.

El Gremio podía esperar. Primero debía enseñarle a Elena Deveraux que no se podía jugar con un arcángel.

Elena condujo el refugio Azul por las calles con un propósito implacable. No pensaba esconderse: eso solo traería más problemas a las personas a las que quería. Estaba completamente segura de que Rafael iría tras ellos, uno por uno, hasta que la encontrara. Así que hizo lo único que podía hacer para mantenerlos a todos a salvo.

Se dirigió a casa.

Y esperó, con el dedo en el gatillo.

Rafael permaneció frente al edificio de apartamentos y, a pesar del estado en que se encontraba, supo que en aquellos momentos era un ser peligroso. Si Elena se encontraba en el interior de aquellos muros, se derramaría sangre. En su mente no

había sitio para las concesiones. Aquel era un lugar en el que no aceptaría ni permitiría la presencia de la cazadora.

Tras rodearse de glamour una vez más, entró en el apartamento por la puerta principal rompiendo los cerrojos dobles sin esfuerzo.

Oyó voces en otra de las estancias. Una masculina y otra femenina.

—Vamos, nena, solo...

—¡No pienso escucharte más!

—Admito que fui un idiot...

—Sería más apropiado decir que fuiste un imbécil y un cabezota de cuidado...

—¡A la mierda con esto!

Ruidos de forcejeos y después respiraciones entrecortadas. Apasionadas, intensamente sexuales.

Rafael se adentró en el dormitorio y, antes de que el cazador pudiera decir una sola palabra, inmovilizó a Ransom contra la pared colocándole una única mano sobre la garganta. Sin embargo, el hombre reaccionó con rapidez y lo empujó con las piernas al tiempo que gritaba:

—¡Sal de aquí, Nyree! ¡Huye, nena!

¿Nyree?

Algo le golpeó en la espalda. Rafael echó un vistazo por encima del hombro y descubrió a una pequeña y voluptuosa mujer que le arrojaba todos los objetos que encontraba a mano. Cuando cogió un pesado pisapapeles, Rafael chasqueó un dedo e hizo que se durmiera. La chica se derrumbó con lentitud sobre el sofá.

El cazador se quedó inmóvil.

—Si le has hecho daño... Da igual lo que tenga que hacer: encontraré un modo de matarte.

—No puedes hacerlo —replicó, aunque lo soltó de todas maneras—. Solo está dormida, nada más. Así nos dejará mantener una breve conversación.

La daga de Ransom se movió de repente hacia las alas de Rafael. A decir verdad, llegó a rozarle las plumas antes de que el arcángel bloqueara su mente y lo obligara a soltar el cuchillo. El sudor comenzó a brotar de la frente del hombre mientras luchaba contra las órdenes mentales.

—Interesante. Eres muy fuerte. —Rafael reflexionó unos instantes. Podría matar a aquel hombre, pero entonces el Gremio perdería a uno de sus mejores cazadores—. Matarte iría contra mis propios intereses. No intentes atacarme de nuevo y vivirás.

—Que te jodan... —dijo Ransom, que trató de avanzar—. No te diré dónde está Ellie.

—Sí, lo harás. —Concentró sus habilidades sin el menor remordimiento, sin nada que lo apartara de su gélido propósito—. ¿Dónde está?

Ransom sonrió.

—No lo sé.

Rafael miró fijamente al cazador. Sabía que decía la verdad: nadie podía mentir bajo aquella coacción mental. Ciertos rumores afirmaban que existían humanos con una especie de inmunidad frente a los poderes angelicales, de la misma manera que otros eran inmunes a los trucos de los vampiros, pero Rafael jamás había conocido a ninguno... en sus más de quince siglos de existencia.

—¿Dónde se escondería si intentara proteger a sus amigos? —preguntó, cambiando de táctica.

Pudo ver cómo Ransom luchaba para no responder, pero la coacción venció.

—No se escondería.

Rafael meditó la respuesta.

—No, no lo haría, ¿verdad? —Caminó hasta la puerta principal—. Tu dama despertará en pocos minutos.

Ransom empezó a toser cuando Rafael liberó su mente.

—Te debo un puñetazo en la mandíbula. Y tal vez un ojo morado también.

—Te doy la libertad de intentarlo —dijo Rafael, que veía en aquel cazador otra posible diversión que lo alejaría del tedio de la inmortalidad—. Ni siquiera te castigaré si tienes éxito.

El cazador, que se había agachado junto a su mujer, enarcó una ceja.

—Solo me encargarías una caza, ¿verdad? Lo más probable es que Elena te esté esperando con una daga en la mano.

—Soy permisivo con mis juguetes —dijo Rafael—, pero solo hasta cierto punto.

—¿Qué cojones te ha hecho? —preguntó Ransom, y Rafael se tomó aquella pregunta como lo que era: un intento del cazador por darle a su amiga el mayor tiempo posible.

«Debes matarla.»

La voz de Lijuan era un gélido susurro en su mente, tan despiadado como el aliento del Silencio.

—Eso queda entre Elena y yo —dijo—. Harías bien en permanecer fuera de esta guerra.

El rostro de Ransom se endureció.

—No sé qué es lo que hacen los ángeles, pero aquí ayudamos a nuestros amigos. Si ella me llama, responderé.

—Y morirás —replicó Rafael—. Nunca comparto lo que es mío.

Según el reloj de Elena, llevaba sentada en el sofá mirando la Torre cerca de una hora. Tal vez el lugar que había elegido no fuera tan obvio como había pensado. Frunció el ceño y tironeó de la camiseta que se había puesto cuando llegó. Fue justo entonces cuando sonó el teléfono. Se le aceleró el pulso al reconocer el tono personalizado, pero lo cogió y se lo acercó a la oreja.

—¿Ransom? Joder, ¡ha ido a por ti!

—Cálmate —dijo su amigo—. Estoy bien.

—Tienes la voz un poco ronca.

—Es muy fuerte, ese pedazo de hijo de put... Lo siento, nena.

Elena frunció el ceño.

—¿Qué?

—Nyree —explicó él—. Cree que digo muchos tacos. Aunque claro, ella ha soltado una retahíla de cuidado cuando se ha despertado de la siesta que le obligó a tomarse tu amigo mientras conversábamos.

—¿Te ha hecho daño?

—Me ha ofendido..., pero sé apañármelas.

Elena se sintió inundada por el alivio.

—Claro, claro... ¿Y bien?

—Ese ángel grande, malo y controlador de mentes cree que eres suya. Y ha quedado bastante claro cuando he dicho algo así como «Yo no comparto a mi mujer».

Elena tragó saliva.

—Me estás tomando el pelo.

Una risotada.

—Desde luego que no, joder. Las cosas ya están bastante interesantes.

—Madre mía... —Se inclinó hacia delante y contempló la alfombra mientras intentaba pensar. Sí, lo había besado. Y sí, él había dejado caer algunas indirectas (a las que ella había reaccionado, muy a su pesar), pero todo aquello formaba parte de los jueguecitos de rigor de los ángeles y los vampiros poderosos. El sexo no era más que un juego para ellos. No significaba nada.

—Quizá pretendía decir que lo saco de sus casillas. —Eso tendría más sentido.

—De eso nada, nena. Hablaba en serio. —Su voz se volvió grave—. Ese tipo te desea... aunque no tengo claro si lo que desea es follarte o matarte.

Elena se enderezó y miró a través de la ventana que tenía delante. Se estremeció.

—Oye, Ransom... Tengo que dejarte.

Silencio. Luego:

—Te ha encontrado.

Elena siguió con la mirada el despliegue de blancos y dorados mientras Rafael flotaba sin esfuerzo en el exterior. Colgó el teléfono y lo dejó con mucho cuidado sobre la mesita que había al lado del sofá.

—No pienso dejarte entrar —susurró, aunque no era posible que él la oyera.

Puedo entrar siempre que quiera.

Se quedó helada al oír su gélido tono voz.

—Joder... ¡Te he dicho que no entres en mi cabeza!

¿Por qué?

La frialdad de aquella sencilla pregunta la atravesó de lado a lado. Sara tenía razón: había algo diferente en Rafael aquella noche. Y ese algo era malo, muy malo para ella.

—¿Qué es lo que te pasa?

Nada. Estoy en estado Silente.

—¿Qué coño significa eso? —Acercó poco a poco la mano al arma que tenía a la espalda sin apartar los ojos de su rostro, que la observaba desde el otro lado del cristal—. ¿Y por qué tus ojos están tan... fríos? —Aquella palabra otra vez.

Él extendió aún más las alas, lo que dejó al descubierto el patrón blanco y dorado de la superficie interior. Era tan hermoso que estuvo a punto de distraerla.

—Qué listo... —dijo ella, que se concentró deliberadamente en su rostro—. Intentas manipularme sin utilizar el control mental.

Tenías razón cuando dijiste que te necesitaba en plena forma. Si utilizo demasiado el control mental, podría alterar tus procesos de razonamiento de manera permanente.

—Gilipolleces —murmuró. Casi había alcanzado el arma—. Podrías retenerme un rato, pero en el momento en que dejaras de ejercer un control activo, sería libre.

¿Estás segura?

Resultaba extraño, pero aunque estaba aterrorizada, en aquel momento no se sentía tan vulnerable ante la amenaza de coacción mental como de costumbre. Cuando el arcángel se comportaba como era habitual en él, por más arrogante y letal que fuera, existía un pulso de atracción sexual entre ellos que hacía tambalearse sus defensas.

Sin embargo, aquel ser... aquel ser frío con la muerte en los ojos...

Su mano se cerró en torno a la empuñadura de la pistola.

¿Sabes una cosa? —dijo mientras luchaba por mantener la expresión calmada—. Lo único que tengo claro es que en estos instantes no lo estás utilizando.

¿Por eso tienes un arma?

La mano de Elena se congeló sobre la pistola, y las gotas de sudor de su espalda se convirtieron en hielo.

—¿Qué arma?

El cabello del arcángel se apartó de su cara como si hubiera sido atacado por una ráfaga de viento, pero él mantuvo su posición sin ningún esfuerzo aparente. Su rostro poseía una belleza tan pura que a Elena se le encogió el corazón. Parecía que hubiera sido esculpido por el más hábil de los artesanos: líneas limpias que encarnaban la masculinidad a la perfección. Sin duda, era el ser más hermoso que había visto en su vida.

Quizá solo lo sea para ti.

Elena dio un respingo, libre ya del hechizo. Aunque sabía que aquella vez él no había manipulado su mente: aquel pensamiento había sido obra de su propia estupidez.

—¿Ser qué? —preguntó, aunque solo para conseguir que él siguiera hablando.

Hermoso.

Soltó un resoplido.

—Créeme, angelito, todas las mujeres se vuelven locas al verte.

La mayoría de las mujeres ven crueldad en mi interior, demasiada para considerarme hermoso.

Atónita por aquel comentario, en apariencia sincero, Elena se descubrió mirándolo con nuevos ojos. Sí, había crueldad en él. No era mono, no era guapo, no era nada tan delicado. Era peligroso, agresivo y fuerte, el epítome de lo que atraía sus sentidos de cazadora. Durante toda su vida ella había sido demasiado fuerte, demasiado rápida, demasiado poco femenina para los hombres. Les gustaba, sí, pero después de un tiempo, la mayoría de ellos admitían que se sentían bastante intimidados a su lado.

Jamás había dejado ver lo mucho que le dolía aquello, pero le dolía. Le dolía muchísimo. Quizá no fuera una muñequita delicada como Beth, pero sin duda era una mujer. Y se sentía atraída por los ejemplares masculinos de la especie, en especial por aquel.

—Eres capaz de mostrar crueldad —admitió en voz baja—. Quizá incluso de cometer atrocidades, pero todavía no te has convertido en un ser malvado.

¿No?

La palma de la mano que sujetaba el arma estaba cubierta de sudor.

—No.

Pareces muy segura. Sin embargo, esta mañana me has acusado de violación.

La ira surgió de repente. Ignorando el grito de advertencia de su sentido común, Elena cogió el arma y la colocó a su lado, a la vista.

—Esta mañana has intentado tomar por la fuerza algo que quizá te habría entregado de buena gana si hubieras esperado.

Hubo una larga pausa cargada únicamente con el sonido de su respiración, llena de adrenalina. Se preguntó qué oía él allí fuera, en la aterciopelada oscuridad de la noche, tan por encima de las calles.

Cuánta sinceridad...

—He dicho «tal vez». Y, colega, tus posibilidades han caído en picado en el momento en que has llevado a cabo tu trquito. No permitiré que me obliguen a mantener relaciones sexuales. —Ni siquiera un dios del sexo con forma de arcángel.

Él pareció reflexionar sobre aquel asunto. Sus ojos se clavaron en los de ella a través del cristal. Encogió los hombros.

De cualquier forma, el sexo carece de importancia.

Aquello la dejó atónita. El comentario no encajaba con el ser peligroso y sensual que aquella misma mañana la había devorado como si fuera su golosina preferida.

—¿Te encuentras bien? —inquirió. Se preguntó si se encontraba bajo el efecto de algún tipo de droga angelical.

Su respuesta fue hacer explotar la ventana que había entre ellos. Ocurrió tan de repente que Elena apenas tuvo tiempo de levantar el brazo para protegerse los ojos. En un momento dado la ventana estaba en su lugar y, al siguiente, yacía sobre su alfombra hecha pedazos. Aunque no la había rozado ni una sola esquirra.

Cuando bajó el brazo, se descubrió observando un enorme cuadrado de oscuridad mientras el viento se deslizaba en el interior de su apartamento en suaves y sedosas oleadas.

Rafael había desaparecido.

Asustada, aunque no por ella misma, bajó la mirada hasta la pistola que sujetaba en la mano. Volvió a colocar el seguro con dedos temblorosos. La había disparado en un acto instintivo de autodefensa. Y no había apuntado al rostro de Rafael, sino a sus alas, tal como le había aconsejado Vivek. Un ángel sin alas...

—Maldita sea... —Caminó con cautela sobre las enormes esquirras de cristal (ocho trozos triangulares perfectos) y se acercó a la ventana para mirar hacia abajo.

Oyó un susurro a su espalda.

—Está claro que no tienes problemas de vértigo.

Podría haberse caído si él no le hubiera sujetado las caderas con las manos.

—¡Cabrón! ¡Me has dado un susto de muerte! —Se retorció en un intento por alejarse de él.

Pero Rafael le rodeó la cintura con ambos brazos y la mantuvo inmóvil.

—Compórtate, Elena.

El tono extraño de aquella voz hizo saltar las alarmas de su cerebro. No pudo evitar recordar lo que había pensado antes: que había cosas mucho peores que la muerte.

—¿Tienes pensado dejarme caer?

—Acabas de decirte a ti misma que no te mataría, que es mucho más probable que te torture.

Algo estalló en su interior.

—¡Sal... de... mi... cabeza! —Cerró los párpados con fuerza e intentó echarlo de su mente con cada átomo de la voluntad que poseía. Era una reacción humana y estúpida, pero ella era humana en todo lo que importaba.

Tras ella, Rafael inspiró profundamente. Sorprendida, Elena redobló sus esfuerzos para bloquearlo, a pesar del vacío mortal que se encontraba ante ella. No apartó la mirada del abismo: prefería enfrentarse con la muerte a que invadieran su mente, porque ¿qué era eso sino otra forma de sumisión? No obstante, no caería sin luchar. Cambió la posición de la pistola. En aquella ocasión apuntaría con toda intención hacia sus alas.

—Vaya, vaya... —dijo Rafael junto a su oreja—. Parece que la cazadora nata tiene otra habilidad.

Empezaba a dolerle la cabeza, pero mantuvo la presión del bloqueo con la esperanza de que su cerebro aprendiera a hacerlo por sí solo después de un rato. Por supuesto, aquello no sería un problema si no conseguía apartarse de Rafael. Cada segundo que pasaba veía más claro que, fuera lo que fuese lo que le ocurría, era peligrosísimo para ella.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué haces esto? ¿Es porque le corté el cuello a Dmitri?

—Él tenía órdenes de no tocarte.

Cansada de apartarse continuamente, se relajó y apoyó la cabeza contra su pecho. El arcángel sujetó su peso sin el menor esfuerzo.

—¿Qué le hiciste?

—A estas alturas, su mandíbula se habrá curado por completo.

La oscuridad de la noche estaba tan cerca y las luces de los demás edificios parecían tan brillantes que Elena tuvo la sensación de que se encontraba al borde del fin del mundo. Sin embargo, la verdadera amenaza no era el vacío que había frente a ella.

—¿Te excita la violencia?

—No.

—Herirme —insistió—, hacerme sangrar... Eso es lo que le pone a Dmitri. ¿A ti te ocurre lo mismo?

—No.

—Entonces ¿por qué coño me tienes aquí, junto al hueco de la ventana?

—Porque puedo hacerlo.

Y Elena supo que, en aquel estado, aquel ser podría destrozarla sin miramientos.

Así que le disparó. Sin avisos, sin segundas oportunidades. Sencillamente apuntó a ciegas por detrás de su espalda y disparó. En el instante en que los brazos del arcángel se aflojaron, ella se arrojó hacia un lado. Podría haber caído al vacío, pero confió en sus reflejos y no le fallaron.

Aterrizó sobre los enormes trozos de cristal. A las esquirlas no les pasó nada, pero ella acabó con un corte en la cara y varios en las manos, ya que se había aferrado al cristal para no resbalar y caer al abismo de la noche. En el momento en que recuperó el equilibrio, utilizó uno de sus movimientos más acrobáticos para dar una voltereta hacia atrás y aterrizar en cuclillas sobre la alfombra.

Se apartó el cabello de los ojos y observó a Rafael. El arcángel yacía sobre los cristales, apoyado sobre la mesa en la que ella había dejado el teléfono un rato antes... aunque parecía haber pasado una eternidad desde entonces. Rafael observaba con atención una de sus alas, y cuando Elena siguió su mirada, lo que vio le provocó ganas de vomitar.

El arma había hecho lo que Vivek había prometido. Había destruido casi por completo la mitad inferior de un ala. Lo que Vivek no le había dicho era que cuando un ángel resulta herido, sangra. Sangre de color rojo oscuro que goteaba sobre el cristal y se deslizaba sobre la superficie lisa hasta la alfombra. Estremecida, Elena se puso en pie.

—Se curará —susurró, aunque en realidad se lo decía a sí misma. Si lo había dejado lisiado...—. Eres inmortal. Tu ala se curará.

Él levantó la vista. Una atónita incompreensión llenaba sus increíbles ojos azules.

—¿Por qué me has disparado?

—Me estabas torturando con el miedo. Parecías dispuesto a arrojarme al vacío y a recogerme unas cuantas veces solo para oírme gritar.

—¿Qué? —Frunció el ceño y sacudió la cabeza, como si intentara aclararse las ideas. Luego observó el espacio vacío que antes ocupaba la ventana—. Sí, tienes razón.

Aquella no era la respuesta que ella esperaba.

—Estabas aquí conmigo... ¿Por qué me da la impresión de que no sabes muy bien lo que ha ocurrido?

Sus ojos se clavaron en los de ella una vez más.

—Durante el estado Silente estoy... cambiado.

—¿Qué es eso del estado Silente?

Él no respondió.

—¿Te ocurre a menudo?

Sus labios se tensaron.

—No.

—Entonces, ¿ahora estás normal? —Mientras formulaba la pregunta, corrió a la cocina en busca de paños. Cuando regresó, lo encontró en la misma posición—. ¿Por qué no deja de sangrar? —El volumen de su voz se había elevado bastante. Estaba claro que empezaba a entrarle el pánico.

Rafael la observó mientras ella intentaba detener sin éxito la hemorragia.

—No lo sé.

Elena contempló el arma que había dejado al otro lado de la estancia. Tal vez fuera una estupidez quedarse allí, pero aunque no sabía quién era el otro Rafael, a aquel sí lo conocía. Fuera lo que fuese aquel estado Silente, lo había convertido en una especie de monstruo. Pero ¿acaso era ella mucho mejor? La pistola, el daño que le había hecho...

Cogió el teléfono y llamó a los Sótanos, aunque tenía los dedos resbaladizos a causa de la sangre. Los ojos azules del arcángel parecieron apagarse y su cabeza cayó hacia atrás.

—Vamos... —dijo mientras le cubría la mejilla con los dedos ensangrentados—. No te duermas, arcángel. No quiero que entres en estado de shock.

—Soy un ángel —murmuró él con voz pastosa—. El shock es para los mortales.

Alguien cogió el teléfono.

—¿Vivek?

—¡Elena, estás viva!

—¡Maldita sea, Vivek, ¿qué coño había en esas balas?

—Lo que te dije.

—¿Habían sido probadas?

—Claro. Se han utilizado unas cuantas veces: te dan alrededor de veinte minutos, media hora máximo. Los ángeles empiezan a curarse en el instante en que impacta la bala.

Elena bajó la vista hasta el ala destrozada de Rafael.

—No se está curando. Se está poniendo peor con cada minuto que pasa.

—Eso es imposible.

Colgó el teléfono, ya que resultaba evidente que Vivek no sabía nada.

—¡Vamos, Rafael! ¿Qué puedo hacer?

—Llama a Dmitri.

Su piel se estaba volviendo gris... una máscara mortal que llenó de terror el corazón de Elena. La culpa y el miedo habían formado un nudo en su garganta, pero marcó el número de la Torre del Arcángel y la pasaron de inmediato con Dmitri.

—Ven a mi apartamento —le ordenó.

—Eso no es posi...

—Le he hecho algo a Rafael. Está sangrando y la hemorragia no cesa.

Un breve silencio.

—Es inmortal.

—Su sangre es roja, igual que la mía.

—Te descuartizaré en trozos diminutos si le has hecho daño. —Y tras eso, colgó.

—Dmitri viene de camino —le dijo a Rafael. El teléfono resbaló de su mano cubierta de sangre—. Creo que no tiene muy buena opinión de mí.

—Es leal. —El cabello cayó sobre su frente, dándole un aspecto absurdamente infantil.

Otro chorro de sangre, cálida y espesa, cayó sobre la pierna de Elena.

—¿Por qué coño no te estás curando?

Un momento de lucidez iluminó sus vidriosos ojos azules.

—Me has convertido en «un poco» mortal.

Aquellas fueron sus últimas palabras antes de caer en la inconsciencia, y Elena las achacó al shock.

Seguía a su lado cuando llegaron Dmitri y varios vampiros más. En lugar de llamar, se limitaron a echar la puerta abajo.

—Coged a la cazadora. —Dmitri no se dignó mirarla mientras sus lacayos la arrastraban lejos de Rafael.

Elena habría luchado, pero sabía que era inútil. Eran demasiados y no llevaba

encima ningún aparato con chip de control. Puesto que tenían números de serie únicos que podían ser rastreados tanto por el Gremio como por la SPV, los artilugios con chip solo podían utilizarse durante la caza, o cuando un cazador se encontraba en peligro real y demostrable de resultar herido por un vampiro. Según la versión oficial, con aquello se pretendía evitar que los cazadores se volvieran demasiado confiados, aunque todo el mundo sabía que en realidad era una norma creada porque a los poderosos vampiros no les gustaba la idea de ser vulnerables al ataque de cualquier cazador con un mal día.

En aquellos momentos, a Elena todo aquello le importaba un bledo.

—¡Ayúdalo!

Dmitri la asesinó con la mirada.

—Cállate. La única razón por la que no estás muerta es que Rafael disfrutará matándote él mismo. —Levantó una mano y dirigió su voz hacia una especie de transmisor que llevaba en la muñeca—. Entrad.

Dos ángeles enormes aparecieron en el hueco de la pared donde había estado la ventana; sujetaban una camilla entre ambos. Al notar el asombro que mostraron sus rostros cuando vieron a Rafael, Elena supo que la situación era peor que mala. Se estremeció, pero los ángeles se recuperaron con rapidez y se apresuraron a seguir las órdenes de Dmitri: colocaron a Rafael sobre la camilla para llevarlo enseguida hasta la Torre.

Uno de los ángeles, el pelirrojo, dijo:

—¿No sería mejor llevarlo directamente a casa?

—El sanador y los médicos están a punto de llegar a la Torre —respondió Dmitri.

El ángel asintió con la cabeza y luego alzó la parte delantera de la camilla al tiempo que su compañero cogía el otro extremo.

—Nos veremos allí.

Elena no tenía muy clara cuál era la jerarquía de poderes en aquella estancia. Se suponía que la cosa iba arcángel-ángelvampiro-humano, en ese orden. Sin embargo, estaba claro que era Dmitri quien dirigía el espectáculo allí... y, a diferencia del ángel joven que había dejado el paquete en su apartamento, aquellos eran ángeles antiguos y poderosos.

En aquellos momentos, puesto que Rafael ya no estaba allí, Dmitri concentró su atención en ella. Mientras se acercaba, Elena maldijo la estúpida política de las armas con chip. Sin ellas estaba tan indefensa como una niña.

Y Dmitri parecía dispuesto a hacerla pedazos solo con las manos.

Cuando estuvo a escasos centímetros de ella, le agarró la barbilla con las manos

ensangrentadas y la contempló con unos ojos negros llenos de fuego.

Elena ahogó una exclamación.

—Tus ojos... —Había un círculo espinoso rojo allí donde debería haber estado la pupila, una mancha escarlata con bordes como cuchillas—. ¿Qué coño les pasa?

El vampiro apretó la mano. Y luego se inclinó hacia delante. Elena se quedó paralizada. Sabía que si él intentaba tomar su sangre no sería capaz de quedarse quieta; el instinto se haría cargo de la situación e intentaría ir en busca de sus armas. Era algo que no podría evitar. Sin embargo, Dmitri la sorprendió una vez más. Sus labios le rozaron la oreja en lugar del cuello.

—Voy a observar cómo te destroza. Y luego me beberé tu sangre como postre.

El miedo, en su estado más puro y brutal, se apoderó de Elena hasta las entrañas. Sin embargo, se enfrentó a él con deliberada indiferencia.

—¿Qué tal tienes el cuello?

Los dedos del vampiro la apretaron con tanta fuerza que ella tuvo la certeza de que le saldrían cardenales.

—En mi época, las mujeres sabían cuál era su lugar.

Elena no preguntó; no pensaba morder el anzuelo.

Pero al parecer Dmitri no necesitaba su cooperación.

—Tumbadas de espaldas, con las piernas abiertas.

Ella entrecerró los párpados.

—Rafael no ha rescindido su orden de no tocarme, así que yo me andaría con mucho cuidado si estuviera en tu lugar.

Dmitri se echó a reír, y el sonido de aquella risa fue como una hoja de afeitar sobre su piel. El vampiro aflojó los dedos y le cubrió la mejilla antes de acercarse aún más para presionarla con su musculoso cuerpo. En aquel instante, lo único que pudo «ver» Elena fue a Dmitri: su furia letal, sus ojos... su esencia. Una esencia que la envolvió como la más obscena y lujuriosa de las sábanas, que la inundó con el sabor de las pieles, los diamantes y el sexo.

—Espero que te mantenga con vida durante mucho, mucho tiempo. —Dmitri acarició con la lengua el lugar donde su pulso era más evidente—. Y espero que me invite a jugar.

Una hora más tarde, Elena tironeaba de las ataduras que aseguraban sus brazos al sillón. Aunque lo único que conseguía era apretar las cuerdas que tenía alrededor de los tobillos.

De pies y manos. ¡Estaba atada de pies y manos!

Le habían puesto los brazos a la espalda y se los habían atado; la cuerda bajaba hacia abajo para rodearle un tobillo antes de cruzar al lado opuesto para asegurarle el otro. El toque final había sido volverle a subir la soga hasta las muñecas y rodearle la cintura. Estaba anclada a un enorme sillón que no tenía esperanzas de poder volcar.

—Puedo oler la sangre, Elena —rugió Dmitri cuando volvió a entrar en el cuarto—. ¿Estás intentando coquetear conmigo?

Lo fulminó con la mirada al recordar lo mucho que se había divertido el vampiro al quitarle las armas. No había sido cruel. No, había sido la sensualidad personificada. Aquella maldita esencia embriagadora se había colado en su cuerpo como el afrodisíaco más potente del planeta. Aun así, Elena había conseguido asestarle unas cuantas patadas... antes de que la ataran, desinfectaran sus cortes y la aparcaran en lo que parecía un pequeño salón de las plantas superiores de la Torre.

—¿Cómo está Rafael?

Dmitri se acercó a ella. Se había quitado la chaqueta del traje color antracita y la corbata rojo oscuro, así que mostraba una camisa blanca impecable. Los botones superiores estaban desabrochados, lo que dejaba al descubierto un delicioso triángulo de piel color bronce. No era bronceado, pensó ella. Era evidente que el vampiro procedía de algún lugar donde el sol era más cálido, algún lugar exótico y...

—¡Basta ya! —Ahora que estaba concentrada, pudo distinguir la sutil esencia con la que él estaba acariciando toda su piel.

Dmitri sonrió... Una sonrisa que prometía dolor.

—No te estaba haciendo nada.

—Embustero.

—Está bien, confieso. —Se acercó aún más y se agachó para apoyar las manos en los brazos del sillón—. Eres muy sensible a mi aroma. —Cerró los ojos e inspiró con fuerza—. Incluso así, sudorosa y ensangrentada, tienes una esencia única que me hace desear darte un enorme e insaciable mordisco.

—No en esta vida —replicó ella con voz ronca. Le estaba costando un enorme esfuerzo de voluntad resistirse a su lenta seducción.

Había juzgado mal a Dmitri, ya que él no irradiaba poder como los otros vampiros

antiguos a los que había conocido, y aquello significaba que era único en su clase... y probablemente muy capaz de librarse de los efectos de un chip de control.

Los cazadores habían muerto por proteger ese secreto, porque en ocasiones la desorientación momentánea de un vampiro, la creencia de que estaba atrapado e inmovilizado, era lo único que tenían. Durante aquel instante, los cazadores podían escapar o hacer más daño.

—¿Por qué estás tan obsesionado conmigo? —preguntó con descaro mientras apartaba de sus pensamientos el fallo fatal del chip. Por lo que ella sabía, solo los ángeles podían leer la mente (y ellos no tenían motivo alguno para sabotear la efectividad de una de las armas más poderosas de los cazadores), pero no pensaba correr ningún riesgo—. Eres tan increíblemente atractivo... —Joder, aquello era cierto —, que seguro que las mujeres se arrojan sobre ti a cada paso que das. ¿Por qué yo?

—Ya te lo dije: tú haces que las cosas resulten más interesantes. —Sus labios se curvaron en una sonrisa, pero la forma en que la miraba le recordó que en aquellos momentos no estaba muy contento con ella—. Vivirás, ¿sabes?

—¿En serio?

—Hasta que completes tu trabajo, al menos.

Elena lo observó con detenimiento. Era muy probable que Dmitri conociera cada detalle del trabajo, pero si no era así, ella no pensaba contarle nada y cavar más su tumba.

—Ni te imaginas el placer que me proporciona oír eso.

—¿Qué sabes tú del placer, cazadora? —Su tono era afilado como una espada y su piel casi resplandecía desde dentro.

A Elena se le hizo un nudo en la garganta al darse cuenta de que se había equivocado una vez más. Dmitri no solo tenía poder... Dmitri era muy, muy poderoso. Era tan viejo que, ahora que no lo ocultaba, la edad del vampiro penetraba hasta sus huesos.

—Sé que lo que tú prometes como placer llevará de manera inexorable al dolor.

Él parpadeó. Tenía unas pestañas absurdamente largas.

—Pero con un maestro en ese arte, todo dolor es placer.

Un estremecimiento subió por la espalda de Elena y rozó sus pezones.

—No, gracias.

—La decisión ya no te corresponde a ti. —Se puso de nuevo en pie—. ¿Tienes hambre?

Sorprendida ante una pregunta tan pragmática, se liberó de los efectos embriagadores de su aroma y se tomó un momento para pensar.

—Estoy hambrienta.

—En ese caso, habrá que darte algo de comer.

La cazadora frunció el ceño ante la forma en la que el vampiro había pronunciado su réplica, pero no dijo nada cuando él desapareció por la puerta. Regresó unos minutos más tarde con una bandeja cubierta. Cuando le quitó la tapa, Elena pudo ver lo que parecía un plato de pescado a la parrilla bañado en una especie de salsa blanca, acompañado con verduras rehogadas y patatas baby. Se le hizo la boca agua.

—Gracias.

—No hay de qué. —El vampiro cogió un sillón y lo colocó frente a ella sin esfuerzo, a pesar de que era idéntico al que ella ocupaba, el mismo que era incapaz de mover—. ¿Qué te gustaría tomar primero?

Elena apretó la mandíbula.

—No pienso dejar que me des de comer.

Él pinchó un trozo de zanahoria con el tenedor.

—Los hombres que me acompañaron a tu apartamento, ¿sabes quiénes eran?

Mantuvo la boca cerrada; le daba miedo que él intentara meterle la comida en la boca si bajaba la guardia.

—Miembros del equipo de los Siete —dijo Dmitri en respuesta a su propia pregunta—. Un equipo que formamos los ángeles y vampiros que protegemos a Rafael sin tener en cuenta nuestros propios intereses.

La curiosidad era como una llama en su interior... Lo bastante intensa para hacerla hablar.

—¿Por qué?

—Eso es cosa nuestra. —Se comió la zanahoria como si disfrutara con ello. Aunque los vampiros no podían alimentarse con semejante comida, Elena sabía muy bien que podían digerir cierta cantidad sin problemas. Esa era la razón por la que los vampiros de alto nivel podían hacerse pasar por humanos—. Lo único que necesitas saber es que nos libraremos de cualquier cosa, de cualquier persona, que suponga una amenaza para él, aun cuando eso signifique renunciar a nuestra propia vida.

—¿Y se supone que debe alegrarme que apuntes un tenedor en mi dirección?

El vampiro cogió un trozo de pescado y lo untó en la salsa. Tenía un aspecto delicioso.

—Hasta que Rafael despierte, tengo prohibido hacerte daño. Me dio órdenes directas de que no lo hiciera. Los demás no están obligados por dichas órdenes. Si les entregara este tenedor y saliera por esa puerta, conocerías un significado completamente nuevo de la palabra «dolor».

Elena dejó escapar un suspiro.

—Al menos, suéltame las manos. Sabes que no puedo hacerte daño sin mis armas.

—Si hiciera eso, acabarías muerta. —Llevó el tenedor hasta la boca de Elena—.

Sigues con vida porque mantengo a los demás alejados de ti. Si piensan que puedes manipularme...

Elena no se fiaba de él ni un pelo. No obstante, estaba famélica y era una cazadora: sabía que una huelga de hambre no haría otra cosa que debilitarla. Abrió la boca. El pescado estaba tan delicioso como prometía su aspecto. Sin embargo, lo mantuvo en la boca durante casi un minuto para saborearlo con meticulosidad. Solo cuando tuvo la certeza de que estaba limpio, tragó el bocado.

—No tiene narcóticos.

—No es necesario. No puede decirse que vayas a huir. —Dmitri le dio un trozo de patata—. Y Rafael querrá verte tan pronto como se despierte.

—¿Cómo están sus alas?

El vampiro enarcó una ceja.

—Eso suena como si te importara...

Elena no le encontró sentido a mentir.

—Me importa. Solo quería alejarme de él... porque se estaba comportando de un modo muy extraño. —Tragó otro bocado—. Además, es inmortal. La herida solo debería haberme proporcionado el tiempo suficiente para conseguir algo de ventaja.

—Cierto. —Le dio otro tenedor lleno, aunque lo sacó de su boca mucho más despacio de lo que era necesario. Cuando Elena entrecerró los párpados, él la miró con aquella sonrisa fría y peligrosa que no le llegaba a los ojos—. Razón por la cual has pasado de ser una simple cazadora a convertirte en la amenaza número uno para los ángeles.

—Vamos, por favor... —Hizo un gesto negativo con la cabeza cuando él le ofreció brécol. El vampiro sonrió, se lo comió y luego le ofreció guisantes en su lugar. Elena los masticó mientras pensaba—. Ese tipo de arma se ha utilizado con anterioridad. —Seguro que no era ningún secreto, no si había sido disparada contra los ángeles.

—Sí. Lo sabemos. Causa un daño temporal. —Encogió los hombros—. Al parecer los arcángeles la consideraron un arma justa, dado que los humanos tienen pocas formas de combatir a los ángeles que se vuelven demasiado agresivos.

—Tal vez le acertara en un mal ángulo —murmuró ella—. ¿Le di en una arteria principal o algo así? —Lo sabía todo sobre la biología de los vampiros, pero los ángeles eran muy distintos—. Basta —dijo cuando él le ofreció otro bocado.

Dmitri dejó el tenedor.

—Tendrás que hacerle esas preguntas a Rafael... si todavía conservas la lengua, claro está. —Se puso en pie y desapareció por segunda vez antes de regresar con una botella de agua.

Después de beber y conseguir que no se le cayera el agua por las comisuras de la boca, Elena lo miró de nuevo. El vampiro seguía teniendo un aspecto increíblemente atractivo... y parecía a punto de destrozarle el cuello.

—Gracias.

La respuesta de Dmitri fue colocar un dedo sobre el pulso que latía en su garganta.

—Tan fuerte, tan rica, dulce e intensa... Estoy ansioso por tomar mi propia cena... es una pena que no vayas a ser tú.

Y tras decir aquello, se fue.

Elena observó la puerta con absoluta concentración mientras empezaba a retorcerse en el sillón, decidida a librarse de las cuerdas. Dmitri la estaba protegiendo de los demás, pero nadie sabía hasta cuándo podría hacerlo.

El único problema era que, por lo visto, las cuerdas habían sido atadas por todo un experto.

«Pero con un maestro en ese arte, todo dolor es placer.»

Sadomasoquismo, por supuesto. Lo más probable era que a Dmitri le gustara atar a sus mujeres en todo tipo de posiciones interesantes. Elena se ruborizó. Ella no lo deseaba... al menos durante los momentos en los que él no la envolvía con aquella maldita esencia. No obstante, se derretía en cuanto el vampiro utilizaba aquel talento suyo.

Y no le gustaba derretirse en contra de su voluntad.

Ni siquiera en el caso de un arcángel.

Apretó los dientes al recordar lo que había ocurrido en la oficina de Rafael. Ahora que le había disparado, se sentía un poco mejor al recordar el incidente. Como si hubiera igualado el tanteo. Por supuesto, era muy posible que él viera las cosas de manera muy diferente. Rafael solo había intentado llevársela a la cama... y por mucho que ella tratara de convencerse de otra cosa, había disfrutado de la seducción... al menos hasta que llegó la parte del control mental. En cambio, ella lo había dejado tullido.

Le había destrozado media ala.

Abrió los ojos de par en par al darse cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar. Parpadeó con rapidez y descartó aquella indeseada emoción. Los cazadores no lloraban. Ni siquiera por un arcángel. Pero... ¿y si él no se recuperaba?

La culpa se convirtió en un pesado nudo en la boca de su estómago, un nudo que

se volvía más apretado y destructivo con cada segundo que pasaba. Tenía que llegar hasta él, ver con sus propios ojos cómo estaba.

—Es imposible —murmuró. Sabía que si hubiera estado en el lugar de Dmitri, habría hecho exactamente lo mismo: habría aislado la posible amenaza.

Le dolían los brazos y los músculos de las pantorrillas, así que renunció a intentar deshacer los nudos y se relajó en el sillón. No sería capaz de dormir, pero debía intentar descansar lo suficiente para estar preparada cuando Rafael despertara y empezara el espectáculo. Sin embargo, justo cuando sus músculos empezaban a aflojarse, recordó el agujero que había en la pared de su apartamento.

—¡Dmitri!

El vampiro apareció un minuto después y, a juzgar por la expresión de su cara, no estaba complacido en absoluto.

—¿Me has llamado, milady? —Si las palabras hubieran sido más cortantes, la habrían hecho sangrar.

Sangre.

¿Acaso intentaba suicidarse?

—He interrumpido tu... cena. Lo siento.

Él sonrió, aunque no reveló el menor indicio de los colmillos que ella sabía que estaban allí.

—¿Te estás ofreciendo a modo de compensación?

—Quiero saber en qué estado ha quedado mi casa... ¿Arreglasteis la pared?

—¿Por qué íbamos a hacerlo? —Encogió los hombros y se dio la vuelta—. No es más que una morada humana.

—Serás cab...

El vampiro se dio la vuelta de pronto, pero en aquel momento su expresión era diferente: mortífera, sobrenatural.

—Estoy hambriento, Elena. No me hagas romper la palabra que le di a Rafael.

—Nunca lo harías.

—Si me presionas demasiado, lo haré. Me castigará, pero tú ya estarás muerta. — Después de decir eso, se fue.

La dejó a solas con el pulso acelerado y un dolor lacerante en el corazón. Su hogar, su refugio, su maldita guarida estaría siendo destruida en aquellos momentos por el viento, el polvo, y también por el agua, si había empezado a llover. Aquello hizo que deseara acurrucarse y llorar a lágrima viva.

No eran las cosas de su apartamento lo que la preocupaban, sino el lugar en sí. Su casa. No había tenido casa durante mucho tiempo. Después de que su padre la echara,

se había visto obligada a dormir siempre en la academia del Gremio. El edificio no tenía nada de malo, pero no era un hogar. Luego, Sara y ella habían finalizado su entrenamiento y habían compartido un piso durante algún tiempo. Aquel piso había sido un hogar, un sitio acogedor, pero no su casa. Sin embargo, el apartamento era suyo en todos los sentidos.

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Lo siento —dijo, pensando que se dirigía a su casa arruinada. Pero lo cierto era que se dirigía a un arcángel—. Nunca quise hacerte daño.

Una ráfaga de brisa marina invadió su mente.

En ese caso, ¿por qué llevabas una pistola?

Elena se quedó completamente inmóvil, tal como imaginaba a un ratón delante de un enorme y malvado gato de dientes largos.

—¿Rafael? —suspiró, aunque conocía aquel aroma fresco, limpio y lluvioso tan bien como el suyo propio. Y aquello era algo que no tenía el menor sentido: ¿cómo era posible que Rafael hubiera metido un olor dentro de su cabeza?

Duérmete, Elena. Tus pensamientos me mantienen despierto.

Ella respiró hondo.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal la herida?

¿Estás atada?

—Sí. —Esperó la respuesta a su propia pregunta.

Bien. No querría que desaparecieras antes de que tenga la oportunidad de hablar contigo sobre tu debilidad por las armas.

Después de aquello, la sensación de tenerlo en la cabeza desapareció. Elena susurró su nombre, pero sabía que él ya no la escuchaba. La culpabilidad se transformó de pronto en furia. Ese cabrón... podría haberla liberado, pero la había dejado atada. Tenía las muñecas doloridas, sentía pinchazos en la espalda debido a la posición en aquel maldito sillón, y...

—Tiene todo el derecho del mundo a estar cabreado.

Rafael la había aterrorizado al pie del alféizar aquella noche, pero en realidad no le había hecho daño. Sin embargo, ella le había disparado. No era de extrañar que estuviese furioso. Aunque eso no significaba que a ella tuviera que gustarle.

Y aún quedaba pendiente el asunto de que hubiera intentado coaccionarla para que se acostara con él.

Por humillante que fuera, ella le había dicho la verdad aquella noche: si hubiera esperado, lo más seguro era que ella se le hubiese echado encima a la menor oportunidad.

Le ardieron las mejillas. Tendría que tatuarse la palabra «Imbécil» en la frente en cuanto saliera de allí. Se había dicho desde un principio que debía ser cautelosa, que no debía olvidar nunca que para Rafael no era otra cosa que una forma desechable de diversión. Por lo visto, a sus hormonas les daba igual.

El arcángel la ponía al rojo vivo.

Lo peor era que no podía echarle la culpa de su fascinación solo a la lujuria. Rafael era un hombre demasiado intrigante para algo tan simple. Sin embargo, aquella noche no había sido él mismo. O tal vez, susurró otra parte de sí misma, sí que lo

había sido. ¿Y si el desconocido al que había disparado era el verdadero Rafael... el arcángel de Nueva York, una criatura capaz de torturar a otra persona hasta convertirla en una monstruosa y vociferante obra de arte?

Rafael tenía los ojos cerrados, pero en realidad no estaba dormido. Se encontraba en una especie de coma semiconsciente, un estado para el que ni los humanos ni los vampiros tenían equivalente. Los ángeles lo llamaban «anshara», un estado de consciencia al que solo podían llegar aquellos que habían vivido más de medio milenio y que permitía razonar y descansar a un tiempo. En aquellos momentos, la parte consciente de su persona estaba absorta en la reconstrucción de la herida que Elena le había hecho con su pequeña pistola, y el resto de su ser dormía. Un estado de lo más útil. Aunque nunca lo habría elegido por voluntad propia.

Un ángel solo llegaba al anshara cuando había sido herido de gravedad. Aquello había ocurrido muy pocas veces en los últimos ochocientos años de existencia de Rafael. Cuando era joven e inexperto, se había herido a sí mismo (o lo habían herido) unas cuantas veces.

Vio imágenes de una danza en el cielo, poco antes de que sus alas se enredaran y cayera en picado hacia el suelo con la certeza de que su sangre dibujaría una alfombra roja sobre la tierra de la pradera.

Recuerdos antiguos. Del niño que había sido.

Brazos rotos, piernas rotas, sangre que manaba de su boca destrozada.

Y ella. De pie frente a él, arrullándolo.

«Calla, cariño. Calla.»

Un terror en estado puro inundó su torrente sanguíneo. Su corazón se encogió al saber que era incapaz de detener... a su madre, a su peor pesadilla.

Con el cabello negro y los ojos azules, aquella mujer había sido la imagen femenina a partir de la cual había sido creado. No obstante, ella ya era vieja para entonces, no de apariencia, pero sí de mente y de alma. Y, a diferencia de Lijuan, no había evolucionado. Más bien había... involucionado.

En el momento presente, podía ver cómo su ala se regeneraba filamento a filamento, pero aquello no fue suficiente para mantener los recuerdos a raya. Durante el anshara, la mente revelaba cosas largo tiempo enterradas y cubría el alma con una capa de opacidad que ningún mortal podría comprender. Aquellos eran recuerdos de un centenar de vidas mortales diferentes. Él era tan viejo, tan antiguo... pero no, no era un anciano. No todos aquellos recuerdos eran suyos. Algunos pertenecían a otros

de su raza, al almacén secreto de conocimientos angelicales enterrado en el interior de las mentes de sus descendientes.

Los recuerdos de Caliane ascendieron hasta la superficie.

Y de repente, bajó la vista hasta su ala sangrante y su cuerpo destrozado desde una posición agachada, mientras su mano (que en realidad era la mano de ella) le apartaba el pelo de la cara.

«—Ahora te duele, pero el dolor acabará pronto.

»El muchacho del suelo no podía hablar; se estaba ahogando con su propia sangre.

»—No morirás, Rafael. No puedes morir. Eres inmortal. — Se inclinó hacia delante para depositar un beso frío sobre la mejilla destrozada y llena de sangre del chico—. Eres el hijo de dos arcángeles.

»Los ojos del muchacho, que milagrosamente habían resultado ilesos, reflejaron la sensación de traición que experimentaba. Su padre estaba muerto. Los inmortales sí podían morir.

»El rostro de Caliane se llenó de tristeza.

»—Debía morir, amor mío. De no haberlo hecho, habría reinado sobre la tierra.

»Los ojos del chico se volvieron más oscuros, más acusadores. Caliane suspiró y luego esbozó una sonrisa.

»—Y también yo debo hacerlo... Por eso has venido a matarme, ¿no es así? —Una risa suave y delicada—. No puedes matarme, mi dulce Rafael. Solo otro de los miembros del Grupo de los Diez puede destruir a un arcángel. Y ellos nunca me encontrarán.»

Una desconcertante transición hasta su propia mente, hasta su propia memoria. Porque ya no tenía ningún recuerdo más de Caliane después de aquello: ella le había hecho la transferencia de imágenes mientras se encontraba tan malherido que no había sido capaz de moverse en meses. Tampoco había podido levantar la vista para ver cómo se alejaba volando. El último recuerdo que tenía de su madre era la imagen de sus pies desnudos saltando sobre la hierba verde del prado y el rastro de polvo de ángel que había dejado tras de sí.

«—Madre... —intentó decir.

»—Calla, cariño. Calla. —Luego, una ráfaga de viento le llenó los ojos de polvo.

»Cuando despertó y volvió a abrirlos, Caliane había desaparecido.

»Y en su lugar vio el rostro de un vampiro.»

Nacido a la sangre

Se alimentó.

Sus huesos deshidratados se hincharon, llenos de vida.

Pero necesitaba más.

Mucho más.

Aquel era el éxtasis que los demás habían tratado de ocultarle mientras ellos se embriagaban de poder. Ahora pagarían por ello. La sangre chorreaba desde sus colmillos cuando profirió un grito de desafío que rompió las ventanas de todos los edificios en un radio de dos kilómetros.

Había llegado el momento.

La expresión de Dmitri era de puro alivio.

—¿Sire?

—¿Qué hora es? —preguntó Rafael con voz fuerte. El anshara había hecho bien su trabajo. Sin embargo, él tendría que pagar el precio que requería muy pronto.

—Raya el alba —respondió Dmitri a la antigua usanza—. La luz acaba de alcanzar el horizonte.

Rafael salió de la cama y flexionó las alas.

—¿La cazadora?

—Atada en la otra habitación.

Su ala había vuelto a la normalidad, salvo en un aspecto. Rafael contempló el diseño interior. Los suaves trazos dorados se interrumpían en el lugar donde la bala de Elena lo había atravesado. Ahora la mitad inferior de aquella ala tenía un patrón único de dorados y blancos: una explosión desde el punto central. Sonrió. Así que llevaría la marca del estallido de violencia de Elena...

—¿Sire? —Dmitri parecía intrigado por su sonrisa.

Rafael no dejó de contemplar el ala, la marca causada por el estado Silente. Le serviría como recordatorio.

—¿Le hiciste daño, Dmitri? —Miró a su hombre de confianza por un segundo y se fijó en el pelo alborotado y la ropa arrugada.

—No. —Los labios del vampiro se curvaron en una sonrisa feroz—. Creí que querías reservarte ese placer para ti.

Rafael acarició la mente de Elena. Estaba dormida, exhausta después de pasarse la noche intentando librarse de las ataduras.

—Esta batalla es entre la cazadora y yo. Nadie más debe interferir. Encárgate de que los demás lo sepan.

Dmitri no pudo ocultar su sorpresa.

—¿No vas a castigarla? ¿Por qué?

Rafael no le debía explicaciones a nadie, pero Dmitri llevaba más tiempo con él que ningún otro.

—Porque fui yo quien disparó primero. Y ella es mortal.

La expresión incrédula del vampiro no cambió.

—Me cae bien Elena, pero si escapa de esta sin castigo, otros podrían empezar a cuestionar tu poder.

—Asegúrate de que entiendan que Elena ocupa un lugar muy especial en todo este

asunto. Cualquiera otro que se atreva a desafiarme deseará haber gozado de tanta clemencia como Germaine.

El rostro de Dmitri se puso pálido.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Rafael permaneció en silencio para indicarle que le concedía permiso.

—¿Por qué estabas tan malherido? —Dmitri sacó el arma que se había guardado en el pantalón—. Examiné la bala que utilizó: solo debería haber causado un daño mínimo, lo que le habría dado una ventaja de unos diez minutos o así.

«En ese caso, ella te matará a ti. Te convertirá en mortal.»

—Necesitaba que me hirieran —respondió, evasivo—. Era la respuesta a una pregunta.

Dmitri parecía frustrado.

—¿Puede suceder de nuevo?

—Me aseguraré de que no vuelva a ocurrir. —Se compadeció del líder de los Siete—. No te preocupes, Dmitri: no tendrás que ver cómo se estremece la ciudad bajo el gobierno de otro arcángel. Al menos, no durante otra eternidad.

—He visto lo que los demás pueden hacer. —Los ojos del vampiro se inundaron bajo las aguas de los recuerdos—. Sufrí las tiernas atenciones de Neha durante un centenar de años. ¿Por qué no me detuviste cuando me rebelé contra tu autoridad?

—Tenías doscientos años —señaló Rafael, que se dirigía hacia el baño—. Eras lo bastante mayor como para saber elegir.

Dmitri soltó un resoplido.

—Lo bastante mayor como para ser un gallito sin conocimientos reales que lo respaldaran. Un maldito cachorro con delirios de grandeza. —Hizo una pausa—. ¿Nunca te has preguntado... si soy un espía?

—Si lo fueras, estarías muerto.

Dmitri sonrió. Había lealtad en aquellos ojos que sorprendían a Rafael cada vez que este los miraba. El vampiro era increíblemente poderoso y podría haber creado una fortaleza propia; sin embargo, había elegido dedicar su vida a un arcángel.

—Ahora voy a preguntarte una cosa, Dmitri.

—¿Sire?

—¿Por qué crees que voy a perdonarle la vida a Elena?

—Necesitas que encuentre a Uram —respondió Dmitri—. Y... hay algo en ella que te fascina. No hay muchas cosas que fascinen a un inmortal.

—¿Atisbas ya el principio del tedio?

—Lo puedo ver en el horizonte, sí... ¿Cómo luchas tú contra eso?

Rafael no sabía muy bien si había luchado contra el aburrimiento en algún momento.

—Tal como has dicho, hay muy pocas cosas que fascinen a un inmortal.

—Ah. —La sonrisa de Dmitri se volvió sexual, la típica de los vampiros—. Así que hay que saborear aquello que te fascina...

Elena despertó cuando su vejiga empezó a protestar. Era un alivio que los cazadores estuvieran entrenados para saber contener sus impulsos naturales en tales circunstancias, ya que algunas búsquedas implicaban una hora tras otra de vigilancia inmóvil. Aun así, resultaba incómodo.

Enviaré a Dmitri.

Se ruborizó tanto que le dio la impresión de que tenía quemaduras de tercer grado.

—¿Siempre espías a la gente? —Sentía tentaciones, pero no intentó utilizar aquella especie de escudo que le provocaba dolor de cabeza y que al parecer había desarrollado. Era mejor reservarlo para cuando el arcángel la fastidiara de verdad.

No. La mayoría de la gente no es tan interesante.

La arrogancia de la respuesta era asombrosa... y bienvenida. Aquel era el Rafael que ella conocía.

—No pienso dejar que ese vampiro me acompañe al baño. Lo más seguro es que intente mordirme.

En ese caso, espérame.

Aquello hizo que Elena sintiera ganas de gritar.

—Haz que venga a desatarme. Tengo muy pocas posibilidades de fugarme ahora que estás bien.

No creo que Dmitri se fíe de ti si tienes las manos y los pies libres.

Estaba a punto de decirle lo que pensaba sobre aquello cuando la puerta se abrió y apareció el vampiro en cuestión. Parecía que había estado despierto toda la noche: tenía la camisa arrugada y su cabello (antes bien peinado), estaba hecho un desastre. Aunque aquello solo hacía que resultara aún más sexy.

—¿Los vampiros no duermen?

Él la miró con cierta sorpresa.

—Tú eres una cazavampiros. ¿No lo sabes?

—Sé que dormís, pero ¿lo necesitáis? —Permaneció muy quieta cuando él se situó detrás de ella—. ¿Dmitri?

Unos dedos fríos le apartaron el cabello de la nuca. Después, unos nudillos le

acariciaron la piel.

—Podemos pasar mucho más tiempo sin dormir que los humanos, pero sí, lo necesitamos.

—Deja de hacer eso —murmuró Elena al ver que seguía acariciándola con los nudillos—. No estoy de humor.

—Eso suena prometedor. —Su aliento le acarició la nuca, un lugar peligroso para un vampiro de manos frías. Porque dicha frialdad indicaba que no se había alimentado—. ¿Qué puedo hacer para que te sientas de humor?

—Desatarme y dejar que vaya al baño. —Dmitri se rió por lo bajo, pero Elena notó que tironeaba de las ataduras de sus muñecas. Los nudos desaparecieron como por arte de magia—. ¿Cómo coño has hecho eso?

—Aprendí a atar cuerdas de la mano de un verdadero experto —murmuró él, que no dejó de jugar con los mechones de su cabello mientras ella se encargaba de liberarse del resto de las cuerdas.

Le habría gritado que se detuviera, pero no le estaba haciendo daño y, ahora que Rafael estaba despierto, tenía la sensación de que Dmitri no suponía un verdadero peligro.

—¿El baño? —Se puso en pie de un salto en cuanto se quitó las cuerdas de encima, pero luego soltó un gemido—. Mis músculos... ¿Por qué demonios tuviste que atarme tan fuerte? —Le dirigió una mirada furiosa.

—Puede que quisiera igualar los tantos. —Se frotó la garganta con la mano.

—Creí que te gustaba el dolor.

Esbozó una sonrisa siniestra, llena de susurros perversos capaces de herir con delicioso placer.

—Pero tú no pensabas quedarte a jugar.

Elena olfateó el aire con recelo. No percibía ningún aroma. El vampiro se comportaba con normalidad. Y a pesar de que era increíblemente apuesto, no la volvía loca de lujuria. Tal vez estuviera un poco afectada, pero ¿qué mujer no lo estaría?

—Por última vez, ¿dónde está el...? —Siguió la dirección de la mano que el vampiro había alzado hacia una pequeña puerta—. Gracias.

Una vez dentro, frunció el ceño e intentó utilizar aquel «escudo» que podría no haber sido más que un invento de su imaginación. No quería a Rafael dentro de su cabeza en aquellos momentos. Diez minutos más tarde, había hecho uso de las instalaciones, se había lavado la cara, se había cepillado los dientes con uno de los cepillos desechables que había bajo el lavabo y se había peinado el pelo con un diminuto cepillo de usar y tirar. Encontró incluso un pequeño coiletero blanco que

utilizó para recogerse el cabello en una coleta, ya que había perdido el que llevaba quién sabía cuándo.

Al mirarse al espejo, decidió que no estaba mal. Los finos cortes de su rostro apenas se notaban, y aunque los de las palmas aún le dolían un poco, no limitarían sus movimientos. En cuanto a la ropa, la camiseta verde militar estaba bien, y los pantalones cargo negros no estaban demasiado arrugados. Era un atuendo para morir tan bueno como cualquier otro. Aunque no pensaba ponérselo fácil al arcángel. Con aquella idea en mente, desarmó una de las maquinillas de afeitar desechables con la intención de sacar la hoja.

—¡Joder!

—¿Has encontrado las maquinillas de afeitar, Elena? —dijo Dmitri desde el otro lado—. Me insultas subestimando tanto mi coeficiente de inteligencia.

Ella tiró el plástico a la basura. El vampiro había conseguido de alguna manera quitar la hoja sin destrozar la maquinilla entera.

—Muy gracioso. —Abrió la puerta y salió del cuarto de baño.

Dmitri se encontraba al otro extremo de la estancia, con la mano sobre el picaporte.

—Rafael desea verte. —Cualquier tipo de actitud amigable había desaparecido.

—Estoy preparada.

Eso pareció divertirlo.

—¿De veras?

—¿Te importaría darme al menos un cuchillo? —regateó—. ¿Para que sea una pelea justa?

Dmitri abrió la puerta.

—Si las cosas se ponen feas, no habrá lucha. No obstante, por alguna razón, creo que Rafael no tiene planes de matarte.

Aquello era lo que temía Elena.

—¿Adónde vamos?

—A la azotea.

Intentó permanecer calmada mientras caminaban hasta los ascensores y durante la subida. Sin embargo, no podía olvidar la última vez que había ido a la azotea. Apretó la mano al recordar la crueldad con la que Rafael había demostrado el control que tenía sobre ella. ¿Por qué coño se empeñaba en olvidar cómo era realmente su naturaleza?

Incluso mientras se decía aquello, mantenía su mente concentrada en pensamientos «prohibidos».

Las puertas se abrieron y dejaron al descubierto el cubículo de cristal del tejado... y una sensación de *déjà vu* la aplastó de repente. Al igual que la otra vez, había una mesa con un mantel blanco, llena de cruasanes, pomelos, zumo y café, situada en el solitario esplendor de la hermosa azotea. La única diferencia era que, en esta ocasión, Rafael permanecía de espaldas a ella en el extremo más alejado.

Elena olvidó por completo a Dmitri y salió del ascensor para encaminarse hacia la salida. Las puertas del elevador se cerraron a su espalda, pero apenas fue consciente de aquello (ni del hecho de que Dmitri se había marchado con él). Estaba absorta en las alas del arcángel a quien había visto por última vez sangrando sobre el suelo de su apartamento.

—Rafael —dijo tan pronto como salió de la cabina de cristal.

Él se volvió un poco, gesto que ella tomó como una invitación para que se acercara. Tenía que ver con sus propios ojos que el daño que le había hecho había sanado por completo. Desde lejos, sus alas parecían perfectas, y solo cuando se aproximó más descubrió un cambio asombroso.

—Es como si hubieses recreado el dibujo del disparo.

Rafael alzó el ala para que ella pudiera verla en su totalidad.

—Creí que el dibujo estaba solo en la parte interna, pero está por ambos lados.

Ella asintió, desconcertada. Era una cicatriz, pero la cicatriz más increíble que hubiera visto en su vida.

—¿Sabes que esto hace que tus alas sean aún más únicas? —Ahora poseían una belleza incluso más sobrenatural.

El ala descendió.

—¿Me estás diciendo que me disparaste para someterme a un tratamiento de belleza?

Elena no pudo averiguar nada por su tono de voz. Recelosa, se situó detrás de él... aunque a varios pasos de distancia.

Rafael habló de nuevo antes de que ella pudiera hacerlo, y la miró a los ojos.

—Estás herida.

—Son solo cortes superficiales. —Le enseñó las palmas de las manos—. Apenas me escuecen.

—Tuviste suerte.

—Sí. —El cristal era grueso, así que resultaba menos afilado que los trozos de un plato—. ¿Y bien?

Los ojos del arcángel se oscurecieron de una manera increíble, hasta volverse casi negros.

—Las cosas han cambiado. Ya no hay tiempo para jugar.

—¿Consideras que amenazarme con arrojarme al vacío era un juego?

—No te amenacé, Elena.

Ella entrecerró los ojos.

—Me sujetabas frente a un espacio vacío muy, muy negro.

El cabello del arcángel se apartó de su rostro cuando lo agitó el viento.

—Pero sobreviviste. Y yo he gastado una considerable cantidad de energía regenerándome.

—Lo siento. —Cruzó los brazos y frunció el ceño, a la defensiva—. ¿Cuál será el castigo?

—¿Lo aceptarás sin rechistar? —Las alas se extendieron tras él y se movieron para cubrir también el espacio que había por detrás de ella.

—Ni de coña —murmuró—. No he olvidado lo que desencadenó todo este asunto.

—No me excita poseer a una mujer que no está dispuesta.

Sorprendida, Elena dejó caer los brazos a los costados.

—¿Estás diciendo que no lo hiciste a propósito?

—Eso carece de importancia. Lo importante es que me causaste el daño que yo necesitaba para... recargarme.

Un escalofrío de incomodidad recorrió la espalda de Elena.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Necesitabas descansar?

—No. Necesitaba una infusión de energía.

—¿Del mismo modo que los vampiros necesitan sangre?

—Si quieres decirlo así.

La frente de Elena se llenó de arrugas.

—No sabía que los ángeles necesitaran ese tipo de cosas.

—No ocurre a menudo. —Volvió a plegar las alas antes de acercarse—. Hace falta sacar mucha agua del pozo para que se quede seco.

En aquel instante estaba justo a su lado, y Elena no sabía cómo lo había conseguido. No, en eso se mentía. Estaba tan cerca porque ella se lo había permitido.

—Anoche me asustaste.

Los ojos azul oscuro reflejaron una abierta sorpresa.

—¿Es que por lo general no te asusto?

—No de esa forma. —Sin poder evitarlo, estiró una mano para acariciarle el ala antes de que sus neuronas gritaran una advertencia y la obligaran a retirarla. Nadie tocaba las alas de un ángel sin permiso—. Lo siento.

Rafael extendió el ala «marcada».

—¿Necesitas convencerte de que es real, de que no es una ilusión?

Le daba igual que a él le resultara gracioso, así que deslizó los dedos por la parte del ala que había destrozado con el disparo. La sensación era...

—Tan suave... —murmuró, aunque notaba el enorme músculo y la fuerza que había bajo las plumas. Su cálida vitalidad era como un latido que la incitaba a seguir acariciándolo. A sabiendas de que debía hacerlo, apartó la mano a regañadientes y descubrió que las yemas de sus dedos brillaban—. Polvo de ángel...

—Pruébalo.

Ella levantó la vista, muy consciente de las alas que se cerraban a su alrededor.

—¿Que lo pruebe?

—¿Por qué crees que los humanos pagan una fortuna por eso?

—Creí que era algo relacionado con la posición social... ya sabes, algo así como «Mira mi frasco de polvo de ángel, es mucho más grande que el tuyo». —Contempló las motitas brillantes que cubrían las puntas de sus dedos—. ¿Sabe bien?

—Algunos lo consideran una droga.

Elena se quedó inmóvil con el dedo índice muy cerca de los labios.

—¿Me nublará la mente?

—No, no tiene un efecto narcótico ni de ningún otro tipo sobre el cerebro. Solo el sabor.

Elena contempló los hermosos y peligrosos ojos azules y supo que aquel hombre podría tentarla incluso a bajar a los infiernos.

—¿Es posible que esta sea tu venganza? —Sacó un poco la lengua y lo probó con cautela.

Ambrosía.

Un estremecimiento sacudió su cuerpo. Encogió los dedos de los pies y estuvo a punto de ronronear.

—Vaya... un orgasmo encapsulado. —Y un buen orgasmo, la verdad—. ¿Vas tirando esto por ahí? —Un ramalazo de celos reptó por su cuerpo. Pero lo aplastó diciéndose que tendría que tatuar la palabra «Gran» antes de la de «Imbécil» en su frente—. Supongo que es algo así como una demostración de grandeza ver cómo los mortales se arrastran para recogerlo.

Rafael sonrió.

—Bueno, esta es una mezcla especial para ti. —Le sujetó uno de los dedos que no había lamido y lo frotó contra sus labios—. Por lo general, el que dejamos caer puede compararse con el más delicioso de los chocolates o el mejor de los vinos.

Voluptuoso, rico y muy caro.

Elena se prometió que no lamería las motitas brillantes que se le habían quedado pegadas a los labios.

—¿Y esta mezcla? —El sabor estaba en su boca, aunque ella no era consciente de haberse chupado los labios. Además, Rafael estaba increíblemente cerca. Sus alas creaban un muro blanco y dorado alrededor de ellos, y sentía sus enormes manos, cálidas y fuertes, sobre la cintura—. ¿Qué la hace tan especial?

—Esta mezcla —murmuró él al tiempo que inclinaba la cabeza— está relacionada con el sexo.

Elena apoyó las manos sobre su pecho, pero no para protestar. Después de la sangre, después del miedo que había pasado, necesitaba tocarlo, comprobar que aquella gloriosa criatura existía de verdad.

—¿Otra forma de control mental?

Él sacudió la cabeza. Tenía la boca a un suspiro de la suya.

—Es solo lo justo.

—¿Lo justo? —Elena deslizó la lengua por el labio inferior del hombre que tenía delante. Y aquello hizo que él le aferrara las caderas con las manos.

—Cuando pruebe lo que tienes entre las piernas, tu sabor tendrá el mismo efecto afrodisíaco sobre mí.

Ninguna mujer en el mundo habría podido resistirse al atractivo sexual de Rafael en aquellos momentos.

—¿Esta es tu idea de una recarga? —murmuró Elena mientras mordía con suavidad su labio inferior.

El arcángel la rodeó con los brazos.

—El poder y el sexo siempre han estado relacionados. —Y a continuación, la besó.

Elena se puso de puntillas para intentar acercarse más. Los brazos de él la aplastaban contra su pecho y sus alas ocultaban el resto del mundo mientras ella se aferraba a su camisa y trataba de no ahogarse con la sobrecarga de placer. Aquel polvo de ángel, erótico y afrodisíaco, parecía haberse colado por todos y cada uno de los poros de su piel para viajar por su cuerpo y acumularse en el lugar cálido y palpitante que había entre sus muslos. Y lo poco que no se había acumulado allí, invadía su sangre como una especie de marea de calor líquido. Le dolían los pechos, y sus labios ansiaban los de él.

—¿Cómo va lo de la regeneración de los poderes? —preguntó en un jadeo cuando él le permitió coger aire.

Los ojos del ángel todavía estaban oscuros, pero unas chispas eléctricas azules brillaban en sus profundidades.

—De maravilla.

La réplica de Elena se perdió en la furia de su siguiente beso. Bajo sus manos sentía un pecho duro, escultural, cálido. Quería acariciarlo, saborearlo, mimarlo. Alzó los brazos en busca del cuello de la camisa y deslizó una mano en el interior para tocarle el hombro. Rafael reaccionó colocándole una mano bajo el trasero y alzándola para frotarle la dura silueta de su erección contra la entrepierna.

No había nada raro ni angelical en él en aquellos momentos. Era la encarnación de un hombre atractivo y extraordinario. Y fuerte, tan increíblemente fuerte que hacía que se sintiera de lo más femenina. Por primera vez en su vida, Elena no se vio obligada a contener su fuerza de cazadora. Eso era algo que nadie sabía sobre los cazadores natos: eran más fuertes que los seres humanos normales y corrientes, más aptos para sobrevivir a un encuentro con un vampiro cabreado.

—Bien —fue lo único que dijo Rafael cuando ella le rodeó la cintura con las piernas. La sostenía como si no pesara nada, y su forma de acariciarla con las manos, con fuerza y confianza, resultaba casi igual de erótica.

—Besas bastante bien para ser un tipo con alas —murmuró en la intimidad de su boca. Lo cierto era que estaba a punto de volverla loca.

—Y esa boca tuya volverá a traerte problemas. —Metió una mano bajo su camiseta y extendió aquellos dedos fuertes contra su columna, provocándole un estallido de asombroso placer—. ¿Te sientes coaccionada?

—Muchísimo. —Rafael le había dicho la verdad sobre el polvo de ángel: sabía a puro sexo, pero no parecía haber afectado a su mente... al menos, no más que la lujuria que le recorría las venas.

Él cambió de posición en aquellos momentos. Continuó sujetando su trasero con una mano, pero deslizó la otra entre sus cuerpos para cubrirle un pecho. Elena se sintió sacudida por una corriente eléctrica.

—No pierdes el tiempo, ¿eh? —dijo, interrumpiendo el beso para coger aliento.

—Los mortales no viven mucho. —Le pellizcó el pezón por encima del sujetador—. Tengo que aprovecharme de ti mientras pueda.

—Eso no tiene gracia. Oh... —Le sujetó las manos mientras se cuestionaba algunas cosas. Jamás, ni una sola vez, se había colado por un vampiro, a pesar de que tenía contacto con ellos muy a menudo. Más de un cazador lo había ello... Joder, los vampiros antiguos no solo eran hermosos, también eran inteligentes y sabían con exactitud cómo complacer a un amante. Dmitri era el ejemplo perfecto.

Aun así, Elena se había resistido porque sabía que, a pesar de su aspecto, eran seres cuasi inmortales que no la considerarían nada más que una diversión efímera. Y había luchado demasiado por su derecho a la vida para valorarla tan poco.

No obstante, allí estaba, abrazada a un arcángel.

—¿Cuánto tiempo te duran los juguetes?

Rafael le apretó el pecho con la mano.

—Tanto como me diviertan.

La respuesta debería haber apagado la pasión, pero sus ojos azules estaban cargados de sexo, de hambre, de una pasión que Elena no había conocido jamás.

—No tengo la menor intención de divertirme.

Él empezó a acariciar la sensible piel de la zona.

—Entonces esto acabará muy rápido. —Su tono decía algo muy diferente—. Ahora, abre la boca.

Ella lo hizo... aunque solo para decirle que no le diera órdenes. Sin embargo, Rafael aprovechó el momento para colarse en su interior y enturbiar sus sentidos con una oleada de apetito lasciva, con el erótico sabor del polvo de ángel. Elena le clavó los dedos en la espalda, maravillada por la fortaleza de los músculos que tocaba.

Los labios de Rafael abandonaron los suyos para dejar un reguero de besos por su cuello. La mordisqueó dejándole algunas marcas.

—Me encantaría penetrarte, Elena.

Ella tomó una profunda bocanada de aire y luego enterró la cara en su cuello, muy consciente de la mano que acariciaba su pecho.

—Qué proposición tan romántica...

Las alas del arcángel le acariciaron la espalda cuando se cerraron con más fuerza a su alrededor.

—¿Preferirías palabras galantes y alabanzas a tu belleza?

Ella se echó a reír y le lamió la piel para saborear su esencia salvaje e irresistible. La idea de Rafael cortejándola le pareció absurda.

—No, me va mucho más la sinceridad. —En especial cuando esa sinceridad estaba acompañada de puro fuego sexual, de una pasión oscura que se concentraba solo en ella.

—Bien. —Empezó a moverse.

—Para. —Elena forcejeó, y se sorprendió al ver que él le permitía alejarse. En el instante en que sus pies tocaron el suelo, le dio un empujón en el pecho... pero tuvo que apoyarse de nuevo en él para recuperar el equilibrio cuando se le doblaron las piernas.

Rafael le sujetó la cintura con una mano para estabilizarla.

—Jamás te habría tomado por una de esas que encienden la llama y luego se apartan.

—Tampoco soy una presa fácil. —Se limpió los labios con el dorso de la mano, que se quedó lleno de motitas doradas. Eso le hizo preguntarse qué aspecto tenía el resto de su cara—. Acabo de pasar la noche atada a un sillón, colega.

—¿Estás diciendo que ahora estamos empatados? —Volvió a plegar las alas.

La súbita sensación de espacio abierto hizo que Elena se diera cuenta de lo cerca que estaba del borde de la azotea. Dio unos cuantos pasos hacia el interior y asintió.

—¿No estás de acuerdo?

Aquellos ojos del color de los océanos más profundos brillaron por un instante.

—Lo esté o no, está bien que hayas detenido esto. Tenemos algo que discutir.

—¿El qué?

—Pronto llegará el momento de que te ganes el salario.

El miedo y la euforia estallaron en sus venas.

—¿Has localizado a Uram?

—Más o menos. —De pronto, los rasgos de su rostro perdieron toda expresión. La

sensualidad había desaparecido, dejando al descubierto una estructura ósea que ningún mortal había poseído jamás—. Primero comeremos. Después, hablaremos de sangre.

—No quiero comer.

—Lo harás. —Su tono era inapelable—. No quiero que me acusen de maltratar a mi cazadora.

—Nada de posesivos —dijo ella—. No soy tuya.

—¿De veras? —Sus labios se curvaron en una leve sonrisa... que no era de diversión—. Aun así, llevas mi marca grabada en la piel.

Ella se frotó las manos. Las malditas motitas doradas no desaparecieron.

—Se quitará cuando me lave.

—Tal vez.

—Será mejor que así sea... Una cazadora que brilla en la oscuridad no se mezclará con facilidad entre la gente.

Un brillo ardiente de deseo apareció en los ojos del arcángel.

—Podría quitártelo a lametazos.

Las brasas del cuerpo de Elena se incendiaron de nuevo, derritiéndola desde el interior.

—No, gracias. —«Sí, por favor», rogaba su cuerpo—. De todas formas, tengo que darme una ducha.

La expresión austera de su rostro cambió en un instante para convertirse en pura sensualidad.

—Yo te frotaré la espalda.

—¿Un arcángel se denigraría a frotarle la espalda a una cazadora? —Elena enarcó una ceja.

—Por un precio justo, por supuesto.

—Cómo no...

Rafael alzó la cabeza sin previo aviso.

—Parece que tendremos que posponer esta conversación.

Elena giró la cabeza en la misma dirección, pero no vio nada salvo un cielo demasiado brillante.

—¿Y ahora quién está ahí?

—Nadie por quien debas preocuparte. —La arrogancia había regresado en todo su esplendor. Un momento después, Rafael extendió las alas con una sacudida, y el gesto la dejó sin aliento.

Alguien tan hermoso no debería existir, pensó ella. Era imposible.

Solo soy hermoso para ti, Elena.

Esa vez no le exigió que saliera de su cabeza. Lo sacó a patadas de allí.

Rafael parpadeó a causa de la sorpresa, pero por lo demás, su rostro permaneció inexpresivo.

—Creí que había imaginado ese pequeño truco tuyo.

—Pues supongo que no es así. —El regocijo la hizo sonreír con tantas ganas que sintió la cara a punto de resquebrajarse. Joder, si de verdad podía hacer aquello... Sin embargo, en aquel momento recuperó el sentido común. Hacerlo le provocaba un enorme dolor de cabeza, así que tendría que dejar de comportarse como una estúpida y reservarlo para cuando estuviera desesperada y necesitada de verdad—. El sentido común es una mierda.

Los labios de Rafael se curvaron, aunque en aquella ocasión su sonrisa tenía un matiz cruel, un recordatorio de que el hombre al que había besado era también el arcángel de Nueva York, el mismo que la había sujetado frente a un abismo mortal y que le había susurrado palabras letales al oído.

—Come —le dijo en aquellos momentos—. Regresaré enseguida para unirme a ti.

Elena experimentó de nuevo aquella sensación de *déjà vu* cuando él saltó con facilidad desde el tejado. Aquella vez se quedó donde estaba, aunque su estómago inició una caída libre. No obstante, el arcángel volvió a aparecer al instante, moviendo las alas para ascender. El viento provocado por el aleteo llegó hasta su rostro. Era tentador seguirlo con la mirada, pero Elena se dio la vuelta, muy consciente de que caminaba sobre una finísima cuerda floja.

Rafael la deseaba, pero aquello no tenía nada que ver con sus deberes como arcángel de Nueva York, un hecho que ella haría bien en recordar: incluso si lograba sobrevivir a Uram, era muy probable que siguiera llevando la marca de la muerte. Porque sabía demasiado. Y no había conseguido ni de cerca que Rafael le hiciera una promesa.

Joder.

Caminó hacia la mesa del desayuno y titubeó. ¿Debía situarse de espaldas al ascensor o al cielo abierto?

Al final, se decidió por el ascensor. Lo más seguro era que pudiera apañárselas con cualquier cosa que saliera por aquellas puertas, pero sabía muy bien que no podría sobrevivir al ataque de un arcángel. Lo primero que hizo fue coger el cuchillo que había junto a su plato y metérselo en la bota. Solo estaba lo bastante afilado para cortar el beicon, pero serviría para hacer algo de daño si era necesario. Después, empezó a comer. La comida era el combustible que le hacía falta para recargarse por

completo, y la necesitaba si quería salir de caza.

La adrenalina recorría sus venas, mezclada con el gélido mordisco del miedo... aunque aquello solo intensificaba su excitación.

Era una cazadora nata... Había nacido para aquello.

Oyó un ruido a su espalda y sintió el estímulo de sus sentidos de cazadora.

—¿Cotilleando por ahí, Dmitri? —Había percibido su esencia en el momento en que él salió del ascensor.

—¿Dónde está Rafael?

Sorprendida por su tono cortante, lo observó mientras él se acercaba a la mesa. Cualquier rastro de aquella elegante sexualidad, todo lo que en general engalanaba la criatura que era en realidad, había desaparecido. Elena contempló aquel rostro apuesto y supo que el vampiro había visto caer a reyes y levantarse imperios. En una época, Dmitri había sujetado una espada, pensó, segura de que aquel vampiro encajaría mucho mejor en alguna época antigua, sangrienta y mortal que en la civilización que denotaba su traje gris piedra de corte perfecto.

—Está en una reunión —respondió antes de señalar el borde de la azotea con el dedo.

Dmitri no siguió con la vista la dirección en la que ella apuntaba, como habrían hecho la mayoría de los humanos; en lugar de eso, siguió mirándola fijamente, con una intensidad que habría aterrado a muchas personas, y que con toda seguridad también debería haberla asustado a ella.

—¿Qué pasa? —inquirió Elena.

—¿Qué es lo que ves, cazadora del Gremio? —Su voz era grave, un indicio de cosas que era mejor no saber, de horrores enterrados en las profundidades de la noche.

—A ti, espada en mano —admitió con sinceridad.

La expresión de Dmitri permaneció en calma, indescifrable.

—Todavía manejo bien el acero. Si quieres, puedes mirar.

Elena se quedó inmóvil, con el cruasán que acababa de coger del cesto en la mano.

—¿Rafael ha rescindido la orden de «no tocar»? —Había asumido que no era así. Menuda estúpida.

—No. —La brisa agitó su cabello, pero los mechones volvieron a caer sobre sus rasgos perfectos en cuanto la ráfaga pasó—. De cualquier forma, dado que pronto estarás muerta, quiero saborearte antes de que sea demasiado tarde.

—Gracias por el voto de confianza. —Mordió el cruasán con un gruñido. Una

cosa era pensar eso para sí y otra muy distinta oírlo de boca de otra persona—. Pero te sugiero que te quedes con tus hermosas rubitas. La sangre de un cazador es demasiado agria para tu paladar.

—Las rubitas se entregan a mí con demasiada facilidad.

—¿Utilizas tus extraños poderes de vampiro con las mujeres?

Dmitri se echó a reír, aunque el sonido fue más un eco que otra cosa, un ruido que no contenía la pasión que Elena había llegado a asociar con él. Aquella risa hablaba de miles de ayeres, de una eternidad de mañanas.

—Si la seducción es un poder, entonces sí. He tenido siglos para perfeccionar lo que un hombre mortal debe conseguir en un mísero puñado de años.

Elena recordó el éxtasis que mostraba el rostro de la rubia y el hambre sensual que se reflejaba en el de Dmitri. Sin embargo, él no había estado mirando a la rubia.

—¿Alguna vez has amado a alguien?

El aire pareció quedarse inmóvil mientras el vampiro que había junto a la mesa la miraba sin parpadear.

—Ya veo por qué intrigas a Rafael. No pareces consciente de tu condición de mortal. —Sus ojos dejaron de ser los de un humano para convertirse en un abrir y cerrar de ojos en pura obsidiana. Nada blanco, ningún iris. Tan solo un negro puro y absoluto.

Elena apenas logró contener el impulso de sacar el cuchillo de la bota. Sabía que lo más probable era que el vampiro la hubiera decapitado antes de que ella consiguiera tocar el metal.

—Bonito truco. ¿También sabes hacer malabares?

Una pausa llena de muerte. Después, Dmitri se echó a reír.

—Ay, Elena... Creo de veras que me apenará contemplar tu muerte.

Ella se relajó al sentir su cambio de humor, antes incluso de que sus ojos volvieran a la normalidad.

—Me alegra saberlo. Quizá quieras ponerle mi nombre a alguna de tus hijas.

—Ya sabes que nosotros no podemos tener hijos. —Su tono era relajado—. Tan solo los recién Convertidos pueden.

—Mi trabajo consiste sobre todo en rastrear a los que tienen menos de cien años; por lo general no me relaciono mucho con los vampiros antiguos. Al menos, no lo suficiente como para mantener conversaciones con ellos —le dijo antes de acabarse el zumo de naranja—. ¿Qué es para ti un «recién Convertido»?

—Alguien de una edad próxima a los doscientos años. —Encogió los hombros... un gesto muy humano—. No he tenido noticias de embarazos después de esa edad.

Doscientos años.

Dos vidas.

Y Dmitri hablaba de aquel tiempo como si no significara nada. ¿Cuántos años tenía? ¿Qué edad tenía el hombre al que él llamaba «sire»?

—¿Eso te entristece? ¿Te apena saber que nunca tendrás hijos?

Una sombra atravesó su rostro.

—No he dicho que nunca haya sido padre.

El regreso de Rafael evitó que Elena metiera la pata aún más. De alguna manera supo que debía levantar la vista para contemplar el maravilloso diseño de sus alas brillando bajo el sol.

—Hermoso... —susurró.

—Así que él te ha embelesado.

Se obligó a apartar la mirada de Rafael para clavarla en Dmitri.

—¿Estás celoso?

—No. No necesito las sobras de Rafael.

Ella entrecerró los ojos, pero al parecer el vampiro no había terminado aún.

—Me parece que ahora ya no estás en posición de juzgar a aquellos que prefieren a los vampiros como amantes. —Una ráfaga de esencia, con su insidiosa seducción, comenzó a envolverla—. No cuando llevas los colores de Rafael en la piel.

Había olvidado el maldito polvo. Alzó la mano para frotarse la cara. Sus dedos quedaron llenos de motitas blancas y doradas. La tentación de llevarse los dedos a la boca para lamerlos fue muy fuerte, así que tuvo que meterse las manos entre los muslos. El polvo dejó rayones dorados en el tejido negro, regueros brillantes de acusación.

Dmitri tenía razón: estaba metida hasta el cuello.

Pero aquello no significaba que fuera a ofrecerse a aquel vampiro, sin importar lo intenso que fuera el aroma a sexo y a pecado que lo envolvía.

—Para ya, o te arrancaré los colmillos mientras duermes —dijo en voz baja—. Y hablo en serio, Dmitri.

La esencia formó un remolino en torno a su cuerpo y penetró en sus venas.

—Eres tan sensible, Elena... tan exquisitamente sensible... Deben de haberte expuesto a nuestra belleza muy joven. —Había furia en su voz, como si aquella idea le resultara repugnante—. ¿Quién? —Hizo desaparecer todo rastro de aroma.

Plaf.

Plaf.

Plaf.

Ven aquí, pequeña cazadora. Pruébala.

A Elena se le revolvió el estómago. Había olvidado la esencia de «él», había enterrado el recuerdo de la vergonzosa humedad que se había acumulado entre sus muslos, la incomprensión de su mente infantil.

—Está muerto —susurró. Observó a Rafael cuando aterrizó sobre el borde de la azotea y empezó a acercarse a ella.

—¿Lo mataste tú?

—¿Me harías daño si así fuera?

—No. Quizá sea un monstruo —dijo con un tono extraño y amable—, pero no soy un monstruo que se alimenta de niños.

Ambos guardaron silencio cuando Rafael llegó hasta ellos. El terror invadió el pecho de Elena al verlo de cerca: estaba resplandeciente, bañado en un flujo incandescente de energía que prometía muerte.

Echó la silla hacia atrás y se puso en pie.

No obstante, dejó el cuchillo en la bota. No era necesario enfrentarse a él si la furia no iba dirigida contra ella.

—Rafael —dijo cuando él se situó al otro lado de la mesa.

Sus ojos eran como fuego azul cuando la miró, pero estaba concentrado en Dmitri.

—¿Dónde están los cuerpos?

—En Brooklyn. Había...

—Siete —lo interrumpió Rafael—. Michaela ha recibido sus corazones en una entrega especial esta mañana.

—¿Uram? —preguntó Elena, que intentaba no pensar en la repugnante «entrega» que Rafael acababa de describir—. ¿Él está...?

—Después —la interrumpió Rafael al tiempo que hacía un gesto tajante con la mano—. Primero iremos al lugar para ver si puedes rastrearlo.

—Es un arcángel. Yo percibo la esencia de los vampiros —señaló por lo que le pareció la millonésima vez, pero ni el arcángel ni el vampiro la escuchaban.

—Ya he arreglado la cuestión del transporte —dijo Dmitri, y a Elena le dio la sensación de que aquella frase transmitía más información de la que dejaban ver las palabras.

Rafael negó con la cabeza.

—Yo la llevaré. Cuanto más esperemos, más se disipará la esencia. —Extendió una mano—. Vamos, Elena.

Ella no discutió. Se moría de curiosidad.

—Vamos.

Y así fue como se encontró acurrucada contra el pecho de Rafael mientras él la llevaba volando hasta un almacén abandonado situado en una extraña parte de Brooklyn. Mantuvo los ojos cerrados durante la mayoría del trayecto, ya que Rafael utilizó aquella capacidad suya de hacerse invisible, y en aquella ocasión la extendió para cubrirla a ella también. Le provocaba náuseas no ser capaz de verse a sí misma.

—¿Lo sientes? —preguntó él mientras la ayudaba a ponerse en pie, momentos después de aterrizar sobre una zona polvorienta salpicada de hierba.

Elena respiró hondo y percibió una afluencia de aromas.

—Demasiados vampiros. Eso hará más difícil distinguir los aromas. —No veía ni a un solo vampiro, no veía a ningún tipo de criatura, pero sabía que estaban allí... aunque aquel era uno de esos lugares en los que nadie querría acabar.

La cerca de malla que había a ambos lados estaba llena de agujeros, los edificios se hallaban cuajados de pintadas y la hierba, muy descuidada. El lugar estaba impregnado de una sensación de abandono, aunque revestido del hedor de basura podrida... y de algo incluso más asqueroso. Elena tragó saliva para quitarse el sabor amargo de la boca.

—Está bien. Muéstramelo.

Él señaló el almacén que había frente a ella con un gesto de la cabeza.

—Dentro.

La enorme puerta del edificio se abrió, aunque Rafael había hablado en voz baja.

Elena se cuestionó si podía comunicarse con todos sus vampiros mentalmente. Sin embargo, no se lo preguntó a Rafael. No pudo hacerlo, ya que el aroma de la basura, del abandono, fue superado de repente por un repulsivo hedor.

A sangre.

A muerte.

El fétido miasma de los fluidos corporales derramados en un espacio mal ventilado.

Las náuseas se le atascaron en la garganta.

—Creí que nunca diría esto, pero desearía que Dmitri estuviera aquí. —En aquellos instantes, habría agradecido su seductora esencia. Una ráfaga de un aroma limpio, fresco y lluvioso la asaltó justo después de aquel pensamiento. Lo absorbió cuanto pudo, pero después sacudió la cabeza—. No. No puedo permitirme pasar por alto alguna pista. Aunque te lo agradezco. —Dejó de titubear y se dirigió hacia el horror.

El almacén era gigantesco, y la única luz procedía de las estrechas ventanas situadas en la parte superior de los muros. Su cerebro no logró comprender la penetrante claridad de aquella luz hasta que oyó los crujidos de los cristales bajo sus pies.

—Todas las ventanas están rotas.

Rafael no dijo nada; se limitó a moverse tras ella como si fuera una sombra.

Elena se abrió camino entre los cristales hasta una zona de cemento despejada. Se quedó en aquel lugar y se concentró. Extendió sus sentidos para iniciar la búsqueda.

Plaf.

Plaf.

Plaf.

No, pensó con los dientes apretados, no podía perder tiempo.

Plaf.

Plaf.

Plaf.

Sacudió la cabeza, pero aquel sonido (el goteo suave y húmedo de la sangre que cae sobre una superficie dura) no desapareció.

—El goteo —dijo al darse cuenta de que no estaba solo en su cabeza. El horror la dejó sin aliento, pero se obligó a avanzar a través de la penumbra hacia el extremo de aquel enorme lugar.

La pesadilla apareció ante sus ojos poco a poco.

Al principio, Elena no le encontró sentido, no logró discernir qué era lo que estaba viendo. Todo estaba en el lugar equivocado. Era como si algún escultor hubiera

mezclado las piezas y las hubiera colocado con los ojos vendados. El hueso de una pierna había atravesado el esternón de una mujer, y su torso acababa en un muñón sangriento. Y había otra que tenía unos hermosos ojos azules, pero situados en el lugar equivocado; los ojos miraban a Elena desde un agujero en el cuello.

Plaf.

Plaf.

Plaf.

Había sangre por todas partes. Bajó la vista con renovado horror, ya que la aterraba la posibilidad de pisarla. Sintió un aplastante alivio al ver que los regueros eran lentos, fáciles de esquivar. Sin embargo, los cadáveres no dejaban de sangrar, colgados de una maraña de cuerdas como el más macabro de los puzles. Ahora que había bajado la mirada, no quería volver a alzarla.

—Elena. —Oyó el susurro de las alas de Rafael.

—Un momento —murmuró con voz ronca.

—No es necesario que mires —le dijo él—. Límitate a seguir la esencia.

—Necesito una muestra de su esencia antes de empezar a hacer nada —le recordó—. Lo que le dio a Michaela...

—Michaela destruyó el paquete. Estaba histérica. Haz lo que puedas aquí. La visitaremos más tarde.

Elena asintió con la cabeza y tragó saliva.

—Diles a tus vampiros que despejen la zona que rodea el almacén... al menos un área de unos cien metros en todas las direcciones. —Había demasiada información sensorial; parecía que la masiva cantidad de sangre lo amplificara todo, incluso sus habilidades de cazadora.

—Ya está hecho.

—Si alguno de ellos es como Dmitri, tendrá que marcharse.

—Ninguno lo es. ¿Deseas oler a los que han entrado para descartar posibilidades?

Era una buena idea, pero ella sabía que si le daba la espalda a aquella locura, jamás regresaría.

—¿Alguno de ellos ha pasado mucho tiempo cerca de los cadáveres?

Una pausa.

—Illium se encargó de averiguar si alguna había sobrevivido.

—Es obvio que están muertas.

—Las que están en el suelo... su destino no quedó claro de inmediato.

Se había quedado tan horrorizada al ver los cadáveres colgados que no había prestado atención a los que se apilaban en el suelo. O quizá no había querido verlos.

En cuanto lo hizo, deseó no haberlos visto. A diferencia de la pesadilla de lo alto, los cuerpos del suelo parecían dormidos unos encima de otros.

—¿Estaban colocados así?

—Sí —dijo una voz nueva.

Elena no se volvió; supuso que sería Illium.

—¿Tienes las alas azules? —preguntó mientras ocultaba la lástima y la compasión que sentía bajo una máscara de humor negro. Las tres chicas del suelo eran muy jóvenes; sus cuerpos eran suaves, inmaculados.

—Sí —respondió Illium—. Pero el miembro no, si es eso lo que te preguntas.

Elena estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Gracias. —Aquel comentario la había sacado de la pesadilla y le había permitido pensar—. Tu esencia no afectará a mis sentidos. —Tenía un sentido del olfato diez veces mejor que el de la mayoría de los humanos, pero en lo que se refería al rastreo, era un sabueso entrenado tan solo para detectar vampiros. O eso ocurría en condiciones normales. Allí...

Oyó el sonido de pasos que se alejaban. Aguardó hasta que percibió que se cerraba la puerta.

—¿Tú le arrancas las plumas y él se queda contigo? —Recorrió los cadáveres con la mirada. Una sinfonía de miembros ilesos y enredados junto con columnas vertebrales curvadas, sin la marca helada y gris de la muerte.

—Otros le habrían arrancado las alas.

Un ángel sin alas. Aquello le hizo recordar que le había disparado.

—¿Por qué están tan limpios? —La raza era irrelevante. Piel blanca como la tiza, caoba oscuro, daba igual. Las tres chicas amontonadas estaban extrañamente pálidas... —. Un vampiro. Un vampiro se alimentó de ellas. Las dejó sin una gota de sangre. —Hizo ademán de avanzar, pero se detuvo—. El forense no ha estado aquí. No puedo tocar los cuerpos.

—Haz lo que debas. Nuestros ojos serán los únicos que vean esto.

Elena tragó saliva.

—¿Y sus familias?

—¿Tú permitirías que se quedaran con esta imagen de sufrimiento? —Cada palabra portaba el frío acero de la furia—. ¿O les dirías que han sufrido un súbito accidente aéreo o de coche que ha dejado sus cuerpos irreconocibles?

Plaf.

Plaf.

Plaf.

Abrumado por la sangre y la muerte que había por todas partes, el cerebro de Elena se esforzó por luchar contra los recuerdos de antiguos horrores, ya que no tenía tiempo que perder.

—No dejó secas a las demás. Solo a estas tres.

—Las otras solo eran para jugar.

Y de algún modo, Elena supo que la diabólica criatura que había descuartizado a las muchachas colgadas lo había hecho delante de las chicas vivas para alimentar su terror, para intensificar su miedo. Se acercó a las que casi no tenían sangre tras sortear la pesadilla goteante que colgaba de lo alto. Se agachó y apartó un largo mechón de pelo negro de un cuello esbelto.

—En los casos en los que muere un humano, por lo general percibo una esencia más intensa en el punto donde se ha tomado la sangre —dijo, aunque hablaba para ahogar el constante ruido del goteo que chocaba contra el cemento—. Maldita sea...

Rafael apareció de pronto al otro lado de los cadáveres, con las alas extendidas de una forma que a Elena le resultó extraña... hasta que comprendió que el arcángel intentaba mantenerlas alejadas de la sangre. No lo consiguió del todo. Tenía una mancha roja brillante en la punta de una de ellas. Elena apartó la vista y se obligó a concentrar la mirada en el cuello destrozado de la muchacha que de lejos le había parecido tan serena.

—Esto no ha sido para alimentarse —dijo—. Parece que el tipo le ha desgarrado el cuello. —Al recordar la «entrega especial» de Michaela, abrió los ojos de par en par. A la chica también le habían arrancado el corazón del pecho.

—Alimentarse le habría llevado demasiado tiempo —dijo Rafael, que continuaba con las alas apartadas del suelo—. A estas alturas debe de estar hambriento. Necesita un agujero mucho mayor que el que los colmillos pueden proporcionar.

Aquella descripción clínica sirvió para calmarla.

—Veamos si puedo percibir su esencia. —Tensó todos y cada uno de los músculos de su cuerpo, se inclinó hacia el cuello de la chica muerta e inspiró con fuerza.

Canela y manzanas.

Crema corporal suave y dulce.

Sangre.

Piel.

Un efluvio ácido. Penetrante. Una esencia fuerte. Llena de matices. Desagradable, aunque no pútrida.

Aquello era algo que siempre la asombraba. Cuando los vampiros se volvían malvados, su esencia no se convertía en diabólica como por arte de magia. Olían igual

que siempre. Si Dmitri se volviera malvado, conservaría su atractivo encanto, su seductor aroma a tarta de chocolate, con glaseado y sexo, cubierta con todo tipo de esencias agradables.

—Creo que la tengo. —Pero debía asegurarse.

Se puso en pie y aguardó a que Rafael se levantara antes de apretar los dientes y pasar bajo el matadero que colgaba del techo. Dio cada uno de sus pasos con lenta deliberación, a sabiendas de que saldría dando gritos de aquel almacén si rozaba aunque fuera una gota de sangre fría.

Plaf.

Una de aquellas gotas cayó junto a su pie. Cerca, demasiado cerca.

—Ya he ido lo bastante lejos —susurró antes de quedarse inmóvil y empezar a separar las esencias una vez más. Allí le resultó más difícil, mucho más difícil. El terror también tenía su aroma (sudor, orina, lágrimas y otro tipo de fluidos más oscuros), y en aquella zona lo cubría todo. Como si fuera un perfume intenso que alguien hubiera rociado con alegre abandono para cubrir cualquier otro olor más sutil.

Se agachó, pero el terror era como un grillete alrededor de su garganta, una mano que la amordazaba y le impedía percibir cualquier otra cosa.

—¿Cuánto tiempo hace que han muerto?

—Creemos que dos o tres horas, tal vez menos.

Elena alzó la cabeza de golpe.

—¿Habéis encontrado la localización tan pronto?

—Uram ha hecho un montón de ruido al final. —El tono era tan glacial que apenas consiguió distinguir a Rafael en él. No obstante, a pesar de que estaba cargada de furia, su voz no era la misma que durante el estado Silente—. Un vampiro de la vecindad ha llamado a Dmitri después de venir a investigar.

—Esta mañana me has dicho que tendría que ganarme el sueldo. ¿Esperabas esto?

—Solo sabía que Uram debía de haber alcanzado un punto crítico. —Recorrió aquella pesadilla con la mirada—. Esto... No, no me lo esperaba.

A Elena le pareció que nadie podría haberse esperado aquello... era algo que, sencillamente, no debería existir. Pero existía.

—El vampiro... ¿Qué le ocurrirá?

—Le borraré la memoria, me aseguraré de que no recuerde nada —dijo sin el menor rastro de arrepentimiento.

Elena quiso saber si era aquello lo que había planeado para ella, pero no era el momento apropiado para preguntárselo. En lugar de eso, tensó la espalda y se concentró aún más.

—Aquí hay demasiado miedo. Tendré que apañármelas con lo que he conseguido del primer cadáver. —Retrocedió con tanto cuidado como había avanzado e intentó no pensar en lo que colgaba por encima de ella.

Plaf.

Una gota de sangre se estampó sobre el brillante cuero negro de su bota. La bilis le subió hasta la garganta. Se dio la vuelta y echó a correr, sin preocuparse por demostrar debilidad. La maldita puerta se había cerrado tras ellos y en aquellos momentos se negaba a abrirse. Apartó la mano del metal caliente. Estaba a punto de echarse a gritar cuando cedió un poco. Cayó de bruces sobre la tierra yerma del patio y se hizo un ovillo.

El sol brillaba en lo alto cuando se incorporó un poco, acosada por las náuseas. Era consciente de que Rafael se había situado a su lado, de que había extendido las alas para protegerla del sol. Le hizo un gesto para que se alejara. Deseaba el calor; sentía el alma fría, tan fría como el hielo.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, doblada por la mitad, pero cuando se enderezó se dio cuenta de que alguien la observaba. ¿Serían los vampiros a los que Rafael había echado del almacén? ¿Illium? Fuera quien fuese había visto cómo la cazadora echaba las tripas.

Tenía un sabor horrible en la boca cuando utilizó el bajo de la camiseta para limpiarse los labios. No se sentía avergonzada. Ver aquello sin que la afectara... habría sido como convertirse en un monstruo similar al asesino que la había bautizado con sangre antes incluso de que tuviera edad para tener una cita.

—Dime por qué —dijo con voz ronca.

—Después. —Y le dio una orden—: Ahora, búscalos.

Él tenía razón, por supuesto. La esencia se desvanecería si no se daba prisa. Sin rechistar, le dio una patada al suelo sobre el que acababa de vomitar el desayuno y comenzó a trotar muy despacio por los alrededores del edificio en un intento por descubrir el punto de salida de Uram. La mayoría de los vampiros utilizaba las puertas, pero nunca se sabía. Además, aquel asesino tenía alas.

Se detuvo justo enfrente de una pequeña entrada lateral. Desde el exterior parecía normal, pero cuando la abrió descubrió que el interior estaba cubierto de huellas de manos ensangrentadas. Demasiado pequeñas para pertenecer a un hombre del tamaño de Uram. Siguió la dirección de la que procedían... y atisbó las sombras colgantes del almacén.

Cerró la puerta de golpe.

—Dejó que huyeran, dejó que creyeran que tenían una oportunidad de escapar.

Rafael permaneció en silencio mientras ella zigzagueaba lejos de la puerta.

—Nada —dijo Elena—. Su esencia está ahí porque una de las chicas consiguió salir y tuvo que ir a buscarla. —Se inclinó hacia delante para observar la hierba—. Sangre seca —señaló antes de tragar saliva para aliviar la zona dolorida de su garganta—. La pobre chica consiguió arrastrarse hasta aquí. —Frunció el ceño—. Hay demasiada sangre.

A su lado, Rafael se quedó muy quieto.

—Tienes razón. Hay un rastro que se aleja de la puerta.

Elena sabía que la vista del arcángel era más aguda que la suya. Al igual que las aves rapaces, los ángeles podían ver hasta los más pequeños detalles incluso durante el vuelo.

—No puede ser de Uram —murmuró—. Habría detectado su esencia. —Siguió a Rafael mientras él caminaba siguiendo el rastro; pero no pudo ver nada más después de unos cuantos pasos—. ¿Puede ser que arrastrara uno de los cuerpos hasta aquí? —Se encontraban junto a la cerca de malla. Se agachó y examinó un pequeño agujero que había en la parte inferior—. Hay sangre en el metal. —El entusiasmo la sacudió de golpe como un puñetazo.

—Tendré que saltar la valla volando.

Mientras él sobrevolaba la cerca, Elena descubrió otro agujero por el que pasar. La sangre era más evidente al otro lado, ya que no había hierba que la ocultara, tan solo tierra dura. Su entusiasmo se convirtió en una penosa esperanza.

—Alguien se arrastró a través del agujero. —Se puso en pie y observó la puerta cerrada de un pequeño cobertizo. Tenía el aspecto de haber sido en su día la caseta del guarda de la zona de estacionamiento que había por detrás.

Había sangre en la puerta.

—Espera aquí —le ordenó Rafael.

Elena se aferró a la parte de él que tenía más cerca: su ala.

—No.

El arcángel le dirigió una mirada nada amistosa.

—Elena...

—Si hay una superviviente, se aterrorará al ver a un ángel. —Le soltó el ala—. Yo miraré primero. Lo más probable es que esté muerta, pero por si acaso...

—Está viva. —Era una afirmación rotunda—. Entra. Sácala de ahí. No podemos perder tiempo.

—Una vida no es una pérdida de tiempo. —Apretó el puño con tanta fuerza que supo que le quedarían marcas en forma de media luna en las palmas.

—Uram matará a miles de personas si no lo detenemos. Y se volverá más y más depravado con cada asesinato.

La mente de Elena se llenó de efímeras visiones de los cuerpos que había en el interior del almacén.

—Me daré prisa. —Cuando llegó a la caseta del guarda, tomó una profunda bocanada de aire—. Soy una cazadora —dijo en voz alta.

Luego abrió la puerta y se puso lejos de la línea de fuego por si acaso la persona que estaba en el interior estaba armada.

Silencio absoluto.

Con muchísimo cuidado, miró a su alrededor y... descubrió el rostro de una mujer menuda con ojos rasgados y oscuros. Estaba desnuda y cubierta de sangre seca; se había rodeado las rodillas con los brazos y se mecía adelante y atrás en silencio, ajena a todo lo que no fuera el terror que invadía su mente.

—Me llamo Elena —dijo con voz suave al tiempo que se preguntaba si la mujer se había dado cuenta de que estaba allí—. Ya estás a salvo.

Ninguna respuesta.

Elena retrocedió un poco y miró a Rafael.

—Necesita atención médica.

—Illium la llevará con nuestro sanador. —Se acercó un poco, pero la mujer empezó a gimotear en cuanto atisbó las alas, y sus músculos se tensaron tanto que Elena supo que tendrían que romperle los huesos para aflojarlos.

—No. —Se puso delante para bloquearle el campo de visión—. Tendrá que llevarla uno de los vampiros. Nada de alas.

La boca de Rafael se tensó, aunque ella no supo si era a causa de la furia o de la impaciencia. Aun así, no tomó el control de la mente de la mujer.

—Le pediré a Dmitri que venga. Él se encargará de ella.

Elena sintió un vuelco en el corazón.

—¿Quieres decir que la matará?

—Tal vez eso fuera una bendición para esa mujer.

—Tú no eres Dios, no puedes tomar esa decisión.

Rafael la estudió en silencio.

—No se le hará ningún daño mientras tú no estés.

Ella leyó entre líneas.

—¿Y cuando yo regrese?

—Entonces decidiré si vive o muere. —Sus ojos eran fuego azul—. Tal vez esté infectada, Elena. Debemos hacerle análisis. Si lo está, su muerte será necesaria.

—¿Infectada? —La cazadora frunció el ceño, pero luego sacudió la cabeza—. Lo sé: después.

—Sí. El tiempo pasa. —Inclinó la cabeza hacia la izquierda—. Dmitri viene de camino, pero no puede acercarse hasta que ya no suponga un peligro para el rastro de esencia. Deja a la mujer: el líder de mis Siete siente debilidad por los inocentes que han sufrido violencia.

Elena asintió tras escuchar aquella evasiva promesa y luego se inclinó hacia delante para hablarle a la chica.

—Dmitri te ayudará. Por favor, ve con él.

La mujer no dejó de mecerse, pero ya no emitía aquellos gemidos y su cuerpo no estaba tan tenso. Tras rogar que Dmitri fuera capaz de llegar hasta ella sin hacerle

daño, Elena regresó a la cerca de malla y pasó de nuevo al otro lado.

—¿Puedes inspeccionar el tejado? ¿Ver si hay algún signo de que él huyera volando desde allí? —Cuando Rafael asintió y echó a volar, ella empezó a rodear el edificio.

Al final encontró el lugar por donde había salido Uram en el costado derecho del almacén, a unos cuantos pasos de distancia de un agujero de la valla.

Consciente de que Rafael la seguía desde lo alto, atravesó el agujero hacia la zona de hierba de un aparcamiento adyacente. Las briznas estaban manchadas de sangre, como si Uram hubiese pasado la mano por encima. Encontró una pluma: una pluma brillante de color gris plateado con resplandecientes motitas ambarinas. Su delicada belleza era un insulto, una mofa a la sangre y el sufrimiento que había presenciado en el interior del almacén. Tras reprimir el impulso de aplastarla, acercó la nariz para absorber el intenso aroma de la verdadera esencia de Uram. Un olor ácido, el olor de la sangre y algo más, algo que hablaba de... la luz del sol. Elena se estremeció, se guardó la pluma en el bolsillo y siguió adelante.

La esencia se desvanecía sin más en la parte central de la zona de estacionamiento.

—Mierda. —Puso los brazos en jarras y dejó escapar un suspiro antes de hacerle un gesto a Rafael para que descendiera.

El arcángel aterrizó con un despliegue de elegancia.

—Uram echó a volar.

—Sí —replicó ella—. Nunca he tenido ese problema con los vampiros, por eso puedo rastrearlos. ¡No puedo seguir a un ser que vuela! —Le hervía la sangre. Quería que aquel monstruo pagara por las jóvenes vidas que había robado—. ¿Y Dmitri?

—Le he dicho que se acercara. Y los ángeles no siempre vuelan —dijo Rafael—. Eres la única que tiene alguna posibilidad de encontrar su esencia en las calles. —Hizo una pausa—. Tendremos que regresar para que puedas darte un baño y recoger tus cosas. —Echó un vistazo a su ala con la repugnancia pintada en la cara—. Yo también debo lavarme la sangre.

Elena se ruborizó al darse cuenta del aspecto que debía de tener en aquellos momentos.

—¿Por qué hace falta que recoja mis cosas?

—Esta caza no será larga, pero sí intensa.

—Él continuará matando —dedujo con los puños apretados—. Dejará un rastro.

—Así es. —Rafael tenía la ira bajo control, pero era de tal intensidad que Elena casi podía sentirla sobre su piel—. Tienes que permanecer cerca de mí o de uno de mis ángeles para que podamos llevarte de inmediato al lugar en cuanto descubramos

un nuevo asesinato.

Elena se dio cuenta de que el arcángel no le daba ningún tipo de elección.

—Supongo que si me niego, me obligarás a hacerlo, ¿no es verdad?

Durante un instante, solo se oyó el susurro de la hierba y el murmullo de las alas de los ángeles que habían aterrizado a su espalda... para empezar a limpiar, supuso.

—Hay que detener a Uram. —El rostro de Rafael parecía sereno, inexpresivo... y mucho más peligroso precisamente por eso—. ¿No te parece que eso excusa cualquier tipo de medio que haya que utilizar?

—No. —Sin embargo, su mente no dejaba de mostrarle imágenes: la de una mujer con la boca llena de órganos que deberían estar en el interior de su cuerpo, la de otra a quien le habían empalado la cabeza en el brazo, la de una tercera con las cuencas de los ojos vacías—. Pero cooperaré.

—Vamos. —El arcángel extendió un brazo.

Elena se acercó.

—Siento oler tan mal... —Tenía las mejillas ruborizadas.

Rafael la rodeó con los brazos.

—Hueles a polvo de ángel. —Tras decir aquello, alzó el vuelo... y ambos se tornaron invisibles.

Elena cerró los ojos.

—Jamás me acostumbraré a esto.

—Creí que te gustaba volar.

—No me refería a volar. —Se sujetó a él con más fuerza y deseó haberse subido bien las botas. No quería abrirle la cabeza a nadie por accidente—. Sino a lo de volverme invisible.

—Se tarda un tiempo en acostumbrarse al glamour.

—¿Tú no naciste con ello? —Reprimió un estremecimiento cuando notó que subían más alto.

—No. Es un don que llega con la edad.

Elena se mordió la lengua para contener la pregunta que quería formular.

—¿Estás aprendiendo lo que es la discreción, Elena? —La ligera ironía le permitió suavizar la furia que sentía bajo la piel.

—Yo... yo... —Cuando empezaron a castañetearle los dientes, decidió mandar al cuerno la discreción y se aferró a él antes de rodearle la cintura con las piernas. Estaba deliciosamente calentito—. Intento limitar las razones por las que podrías tener que matarme.

Él cambió de posición para acomodarla mejor.

—¿Por qué iba a matarte si puedo borrarte la memoria?

—No quiero perder mis recuerdos. —Ni siquiera los malos, porque sus recuerdos eran los que la habían convertido en quien era. En aquel momento, aquel día, era diferente a la Elena que no sabía lo que era ser besada por un arcángel—. No me hagas olvidar.

—¿Perderías la vida por salvar tus recuerdos? —Fue una pregunta en voz baja.

Elena reflexionó sobre el tema.

—Sí —dijo con suavidad—. Preferiría morir como Elena que vivir como un fantasma.

—Casi hemos llegado a tu casa.

Se obligó a abrir los ojos para contemplar su apartamento. El hueco de la ventana destrozada había sido cubierto con una especie de plástico transparente, pero quienquiera que lo hubiera colocado allí no se había molestado en sujetarlo más que por encima. Uno de los lados estaba caído y se agitaba con el viento.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se dijo que aquellas lágrimas se debían a la fuerza del aire que le azotaba la cara.

Rafael voló hasta aquella esquina y dejó que tirara del plástico para soltarlo lo suficiente para poder colarse en el interior. Una vez dentro, Elena abrió un hueco mayor para que él pudiera entrar y plegar las alas. El viento silbaba en el apartamento mientras ella permanecía allí de pie, observando el destrozo con el corazón roto.

Los cristales seguían donde cayeron cuando Rafael rompió la ventana. Y también la sangre. La sangre de Rafael. No obstante, en algún momento debía de haber entrado una enorme ráfaga de viento en el salón, ya que su estantería estaba en el suelo y el jarrón que hacía juego con el que tenía en su dormitorio estaba roto. Había papeles esparcidos por la alfombra y las paredes mostraban marcas de haber soportado un chaparrón. La lluvia había destruido lo que aún no estaba roto. La alfombra estaba húmeda; el ambiente olía a moho.

Al menos la puerta estaba lo bastante bien como para poder cerrarse. Se preguntó si habría sido asegurada con tablones desde fuera, si habrían clavado puntas en la hermosa madera.

—Espera —dijo Elena mientras cogía su teléfono móvil, que por suerte aún funcionaba—. Traeré una bolsa de viaje. —Caminó con la espalda rígida sobre los cristales y la alfombra en dirección al cuarto de baño—. ¿Puedo ducharme aquí?

—Sí.

Sin darle tiempo a que cambiara de opinión, se dirigió a toda prisa al dormitorio para coger una toalla y ropa interior.

—No me gusta la combinación de colores.

Elena se detuvo con la mano sobre las sencillas braguitas de algodón.

—Te dije que esperaras fuera.

Rafael se adentró en la estancia, se acercó a las puertas correderas y las abrió.

—Te gustan las flores.

—Rafael, vete de aquí. —Había apretado la mano con tanta fuerza que le temblaba.

Él echó un vistazo por encima del hombro con una expresión mortífera en los ojos.

—¿Piensas iniciar una pelea solo por mi curiosidad?

—Esta es mi casa. No te he invitado. No te invité cuando hiciste pedazos la ventana y destruiste el salón, y hoy tampoco. —Se mantuvo firme, aunque estaba a punto de venirse abajo—. Respetarás eso, o te juro por mi vida que te dispararé de nuevo.

Él salió a la terraza.

—Te esperaré aquí. ¿Te parece aceptable?

Sorprendida por el hecho de que se hubiese molestado en preguntarlo, Elena se lo pensó.

—Está bien. Pero voy a cerrar las puertas.

El arcángel no dijo nada cuando cerró las puertas correderas y luego, para asegurarse, corrió las pesadas cortinas de brocado. Lo último que vio fue la parte trasera de un par de alas con vetas doradas. La belleza de aquel ser siempre la dejaba sin aliento, pero aquel día estaba demasiado destrozada para apreciarla. Cómo dolía... Se colocó un puño sobre el corazón y entró en el cuarto de baño para darse una ducha abrasadora.

Tenía ganas de tomarse su tiempo, de mimarse, pero aquellas chicas merecían algo mejor. Así pues, se dio toda la prisa posible. Se lavó el pelo con su champú favorito y utilizó un gel antibacterias para limpiar su cuerpo. El polvo de ángel desapareció... al menos la mayor parte. Aún mostraba unas cuantas motitas cuando salió de la ducha con una toalla en el pelo y otra alrededor del cuerpo. Se puso unas braguitas de algodón, un sujetador negro, unos pantalones cargo limpios también negros y una camiseta de color azul oscuro. Aún no hacía tanto frío como para llevar manga larga durante el día, pero se recordó que debía llevarse una cazadora.

Se puso los calcetines y las botas antes de coger un cepillo para el pelo. Tras pasárselo a toda velocidad por la cabeza, recogió la masa de cabello mojado en una coleta y pasó los minutos siguientes aprovisionándose de armas de su arsenal secreto.

Con la sensación de estar limpia y bien armada, aunque no podía deshacerse de las repulsivas imágenes del matadero, guardó algunas cosas en una bolsa de viaje y luego descorrió las cortinas. Rafael no estaba por ningún sitio.

Deslizó la mano hasta la pistola, y ya la tenía en la mano cuando abrió la puerta. El mensaje estaba escrito con descaro sobre el gel que utilizaba para proteger las paredes del balcón. «El coche espera abajo.» Y aquello significaba, comprendió, que la puerta principal no estaba sellada. Una pequeña muestra de misericordia.

Volvió a guardarse el arma bajo la camiseta, cerró las puertas y cogió la bolsa de viaje. Estaba a punto de salir cuando recordó que no había hablado con nadie después de colgar a Ransom la noche anterior. Cogió el teléfono fijo y llamó a Sara.

—Estoy viva y eso es todo lo que puedo decirte.

—¿Qué coño está pasando, Ellie? Tengo informes de ángeles volando por toda la ciudad, de chicas desaparecidas cuyos cadáveres no se han encontrado, de...

—No puedo contarte nada.

—Mierda, es cierto. Vampiro asesino.

Elena no dijo nada, ya que supuso que era mejor dejar que se extendiera aquel rumor. Jamás le había mentido a Sara, y no pensaba empezar a hacerlo en aquellos momentos. Ni siquiera si aquello implicaba ir contra la lógica.

—Cielo, ¿necesitas un rescate? Tenemos lugares que los ángeles no conocen.

Elena confiaba en el Gremio, pero no podía huir de aquello. Ahora era algo personal. Aquellas chicas...

—No. Tengo que acabar esto. —Era necesario detener a Uram.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites.

Tragó saliva para librarse del nudo que le había atenazado la garganta.

—Te llamaré cuando pueda. Tranquiliza a Ransom de mi parte, y no te preocupes.

—Soy tu mejor amiga. Mi trabajo es preocuparme. Mira bajo la almohada antes de marcharte.

Tras colgar el teléfono, Elena respiró hondo para calmarse e hizo lo que le habían ordenado. Sus labios se curvaron en una sonrisa: Sara le había dejado un regalo. Reconfortada, regresó a su salón en ruinas. Al parecer, Rafael había vuelto a poner el plástico en su lugar, pero ella sabía que no duraría mucho. Daba igual. La estancia había sufrido demasiados daños y necesitaba una restauración completa. Pero volvería a dejarla como estaba.

Sabía cómo rehacer su vida.

«No quiero dar cobijo en mi casa a una abominación.»

Sus cosas metidas en cajas en la calle, arrojadas como si fueran basura después de

aquella última y brutal discusión con su padre. Ella se había marchado. Jeffrey la había castigado por ello borrándola de su vida. Por sorprendente que resultara, había sido Beth quien la había llamado; había sido Beth quien la había ayudado a salvar lo poco que la lluvia y la nieve no habían destruido. Ninguno de los tesoros de su infancia había sobrevivido: Jeffrey los había arrojado a una hoguera en el patio y los había quemado hasta dejarlos irreconocibles.

Una lágrima escapó a su control. Se deshizo de ella antes de que llegara a la mejilla.

—Lo arreglaré. —Era una promesa que se hizo a sí misma. Y sustituiría la ventana por un muro sólido. No quería volver a ver a los ángeles.

Incluso mientras lo pensaba, sabía que no era cierto.

Tenía a Rafael en la sangre, como una droga adictiva y letal. Sin embargo, aquello no significaba que fuera a ponerle las cosas fáciles cuando llegara el momento de enterrar los secretos del Grupo.

—Primero tendrás que atraparme, angelito. —La adrenalina convirtió su sonrisa en un desafío.

El coche la esperaba en marcha junto a la acera, una lustrosa pantera negra con un vampiro apoyado contra la reluciente pintura. Otro antiguo, notó Elena de inmediato. Llevaba gafas de sol negras y un traje del mismo color; tenía el cabello chocolate oscuro cortado al estilo de un supermodelo de GQ, pero sus labios... eran peligrosos. Mordisqueables. Sensuales.

—Me han ordenado que no te haga daño. —Abrió la puerta trasera.

Elena arrojó la bolsa de viaje hacia el interior y frunció el ceño para sus adentros al notar que su esencia le resultaba familiar.

—Un comienzo prometedor.

Él se quitó las gafas de sol para desconcertarla con la imagen de sus ojos. Eran verde claro y con las pupilas verticales, como las de una serpiente.

—¡Buuu!

Elena no se asustó... porque se había quedado demasiado estupefacta.

—Es una suerte que no me asusten las lentillas.

Las pupilas se contrajeron. Madre... mía...

—Fui Convertido por Neha.

—¿La Reina de los Venenos?

—La Reina de las Serpientes. —Esbozó una sonrisa lánguida y desagradable, volvió a ponerse las gafas y se hizo a un lado para dejar que entrara en el coche.

Fueron las primeras palabras que le había dirigido las que convencieron a Elena de subirse al vehículo. Siempre y cuando Rafael le hubiera puesto la correa a aquel tipo, se llevarían bien. Sin embargo, tenía la sensación de que en el momento en que el vampiro quedara libre de aquella correa, ella tendría que utilizar todas las armas que llevaba encima.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a su «chófer» en cuanto este se subió al coche.

—Muerte, para ti.

—Muy gracioso. —Elena clavó la vista en su nuca—. ¿Por qué quieres matarme?

—Soy miembro de los Siete.

De pronto comprendió por qué reconocía su esencia: el tipo había estado en su apartamento la noche que había disparado a Rafael. Era uno de los que la habían inmovilizado con los brazos a la espalda. No era de extrañar que quisiera destriparla.

—Mira, Rafael y yo hemos arreglado las cosas... más o menos. No es asunto tuyo.

—Protegemos a Rafael de cualquier posible amenaza, incluso de las que él no ha visto aún.

—Genial. —Dejó escapar un suspiro—. Pero... ¿tú entraste en el almacén?

La temperatura bajó varios grados.

—Sí.

—La prioridad número uno no es matarme —dijo ella en voz baja, aunque ya no hablaba con él—. ¿Adónde me llevas?

—Con Rafael.

Elena observó las calles por las que pasaban y se dio cuenta de que salían de Manhattan en dirección al puente de George Washington.

—¿Cuánto tiempo llevas con Rafael?

—Haces demasiadas preguntas para ser una mujer con las horas contadas.

—¿Qué puedo decir? Prefiero morir bien informada.

Poco después de pasar el puente, el paisaje cambió tanto que bien podría haber estado en Vermont. Los árboles dominaban el horizonte y ocultaban las carísimas casas que se alineaban en aquella zona, la mayoría de las cuales poseían miradores en el tejado y ridículas extensiones de tierra. Había oído rumores de que algunos de los caminos de entrada eran más largos que muchas carreteras, y el hecho de que no pudiese ver ni un solo edificio desde el coche parecía confirmar aquella teoría.

El conductor giró frente a un par de ornamentadas puertas de metal y apretó algo en el salpicadero. Las puertas se abrieron sin emitir sonido alguno, lo que desmentía su aparente antigüedad. Aquella zona estaba marcada en los mapas como la región de Fort Lee o de Palisade, pero incluso los que no eran de Nueva York la llamaban el Enclave del Ángel. Elena no conocía a nadie que hubiera atravesado alguna de las puertas que protegían cada una de las magníficas propiedades. Los ángeles se mostraban muy reservados en lo que se refería a sus hogares.

En efecto, el camino de entrada era muy, muy largo. Solo cuando giraron pudo ver la enorme casa que había al final. Pintada de un elegante color blanco, era evidente que había sido construida para una criatura alada, ya que los balcones abiertos rodeaban tanto la segunda como la tercera planta. El tejado era inclinado, pero no tanto como para que un ángel no pudiera aterrizar.

Las descomunales ventanas ocupaban la mayoría de los muros, y aunque Elena no podía verlo con total claridad, le pareció que el costado izquierdo de la casa presentaba una asombrosa creación con vitrales. Sin embargo, aquel no era su rasgo más maravilloso: pegados a las paredes laterales de la casa había lo que parecían un centenar de rosales, todos en plena floración.

—Parece un lugar salido de un cuento de hadas. —De los cuentos siniestros y peligrosos.

El conductor estuvo a punto de ahogarse de la risa.

—¿Esperas encontrar hadas dentro? —Detuvo el coche.

—Soy una cazadora nata, vampiro. Nunca he creído en las hadas. —Salió del coche y cerró la puerta—. ¿Vas a entrar?

—No. —El tipo cruzó los brazos sobre el techo del coche. Las gafas de sol con cristales de espejo reflejaban la imagen de Elena—. Esperaré aquí... a menos que tengas planeado empezar a gritar. En ese caso, quiero un asiento de primera fila.

—Primero Dmitri y ahora tú... —Negó con la cabeza—. ¿De verdad es el dolor lo que pone tan cachondos a todos los vampiros viejos?

Otra sonrisa, aunque aquella mostró deliberadamente un colmillo.

—Ven a mi cuarto de estar, mi pequeña cazadora, y te lo demostraré.

«Ven aquí, pequeña cazadora. Pruébala.»

El frío recorrió su cuerpo y desvaneció el calor del sol. Sin responder a la provocación del vampiro, cogió su bolsa de viaje y caminó hacia la puerta principal con el murmullo del río Hudson de fondo. Se preguntó si la casa tendría vistas al río o si los árboles lo impedían. Aunque era probable que aquello le importara poco a una criatura que podía volar para conseguir una vista aventajada.

La puerta se abrió antes incluso de que llegara hasta ella. En aquella ocasión, el vampiro que apareció era normalito. Experimentado, pero no antiguo; no como el conductor o como Dmitri.

—Haga el favor de seguirme —dijo.

Elena parpadeó al oír su fuerte acento británico.

—Pareces un mayordomo.

—Soy un mayordomo, señora.

Elena no sabía qué se habría esperado, pero desde luego un mayordomo no. Lo siguió en silencio mientras él la conducía a través de una estela de colores (la luz del sol atravesaba la vidriera que ella había atisbado) hasta unas puertas de madera labrada.

—El señor la espera en la biblioteca. ¿Quiere tomar una taza de café o de té?

—Vaya... Yo también quiero un mayordomo. —Se mordió el labio inferior—. ¿Sería demasiada molestia si te pidiera un aperitivo? Estoy muerta de hambre. —Vomitara hacía estragos en el apetito de una chica.

La expresión del mayordomo no cambió ni un ápice, pero ella habría jurado que le había hecho gracia.

—Por supuesto que no, señora. —Abrió las puertas de la biblioteca—. Puedo llevarle la bolsa a su habitación si así lo desea.

—En ese caso, lo deseo. —Sin dejar de pensar en que había conocido a un mayordomo de verdad, le entregó la bolsa de viaje y se adentró en la estancia.

Rafael estaba de pie junto a una de las gigantescas ventanas que había en la parte derecha y su silueta se recortaba contra la luz del sol. Sus alas resplandecían en oro y blanco, y presentaba una visión tan arrebatadora que Elena estuvo a punto de pasar por alto a la otra persona que había en la habitación.

La mujer se encontraba junto a la repisa de la chimenea. Sus alas eran de color bronce y sus ojos eran demasiado verdes para ser los de un mortal. Su piel tenía un extraordinario tono oscuro, parecido al que se conseguiría si alguien mezclara el oro con bronce y luego lo batiera con nata. Su cabello era una masa de rizos castaños y dorados que le llegaba hasta el trasero... un trasero muy bien enmarcado por el maillot entero que envolvía su cuerpo. De un tono bronce brillante, la prenda se cerraba con una cremallera en la parte delantera y dejaba los brazos al aire. En aquellos momentos, tenía la cremallera bajada hasta el punto justo para mostrar un atisbo de sus pechos redondeados y perfectos.

—De modo que esta es la cazadora que te resulta tan fascinante... —Su voz era una mezcla de whisky suave, crema y miel: sensual y llena de veneno.

Elena se encogió de hombros.

—Yo diría más bien que me encuentra útil.

El arcángel femenino enarcó una ceja.

—¿Es que nadie te ha enseñado que no se debe interrumpir a los superiores? —El estupor teñía todas y cada una de sus palabras.

—Pues la verdad es que sí, me lo enseñaron. —Dejó que su tono dijera el resto.

La arcángel levantó una mano, y fue entonces cuando Rafael habló por primera vez.

—Michaela...

Michaela bajó la mano.

—Le das demasiada libertad a esta humana.

—Sea como sea, la cazadora del Gremio está bajo mi protección mientras dure la caza.

La sonrisa de Michaela era un veneno empalagoso.

—Es una lástima que Uram sea tan creativo; de lo contrario, me habría encantado enseñarte cuál es tu lugar.

—No es a mí a quien él corteja regalando corazones humanos.

Aquello borró la sonrisa del rostro de la arcángel. Se puso rígida y su piel empezó a brillar.

—Será un placer comerme tu corazón cuando me lo envíen.

—Ya basta. —Rafael se situó de pronto delante de Elena para protegerla de la furia de Michaela.

La cazadora no fue tan estúpida para rechazar el gesto. Se quedó detrás de él tan contenta, y utilizó aquel momento para recolocar sus armas a fin de poder sacarles el máximo provecho. Y aquello incluía la pequeña pistola que había encontrado bajo su almohada. Una pistola idéntica a la que le había dado Vivek. Sara era un ángel, pensó mientras trasladaba aquella pistola de la cartuchera del tobillo a uno de los bolsillos laterales de sus pantalones, donde podría dispararla sin tener que sacarla.

Cuando terminó se concentró en las alas de Rafael. De cerca, eran imposiblemente perfectas y brillantes. No pudo evitar deslizar el dedo por la parte que tenía más cerca. Por algunas cosas merecía la pena bailar con el peligro.

—No la necesitamos. —La voz de Michaela estaba cargada de poder.

—Sí, la necesitamos. —El tono de Rafael había cambiado. Se había convertido en fuego helado—. Cálmate, estás a punto de romper las normas de todo buen anfitrión.

Elena se preguntó qué reglas eran aquellas, pero justo en aquel instante se dio cuenta de que Rafael jamás le había hablado en aquel tono. Bueno, a veces usaba un tono bastante duro, pero no aquel. Quizá lo reservara para otros arcángeles. De ser así, que les aprovechara. Ella no sentía el menor deseo de enfrentarse a él cuando se encontraba de aquel humor.

—¿Me convertirías en tu enemiga por el bien de una humana? —La palabra «humana» podría haberse sustituido por la de «roedor».

—Uram es un arcángel atrapado en las garras de un anhelo asesino. —El tono de Rafael no había cambiado; Elena casi podía imaginarse las partículas de hielo en el aire—. No quiero contemplar cómo el mundo se hunde en otra Edad Oscura a causa de tu necesidad constante de ser el centro de atención.

—¿Nos estás comparando? —Una risotada desdeñosa—. Los reyes han peleado y muerto por mí. Ella no es nada, una mujer con ropas de hombre.

Elena empezaba a odiar de verdad a Michaela.

—En ese caso, ¿por qué desperdicias el poco tiempo que tenemos?

Hubo un breve silencio seguido por el inconfundible sonido provocado por unas alas al extenderse.

—Líbrate de tu cazadora mascota. Esperaré hasta entonces para encargarme de ella.

—Genial. —Elena se alejó de Rafael—. Pues ponte a la cola.

Michaela cruzó los brazos, ensalzando aún más sus pechos.

—Lo haré. Puede que resulte interesante ver quién consigue atraparte antes.

—Disculpa, pero entretenerme no es algo que ocupe el primer lugar en mi agenda.

—Sí, quizá se mostrara muy valiente en aquellos momentos, cuando sabía que Rafael podría necesitarla. Pero después... bueno, tenía tantos problemas que no merecía la pena apaciguar a una arcángel cabreada.

Rafael le cubrió la cadera con la mano. Los ojos de Michaela registraron aquel contacto y el tono verde se llenó de chispas de furia. Vaya, vaya... así que la señora Ángel no era de las que esperaban sentadas... Según varios de los artículos que había leído la primera noche, Michaela y Uram habían estado liados durante años. Sin embargo, su amante aún no estaba en la tumba y ella ya le había buscado un sustituto.

—Elena... —dijo Rafael, aunque ella comprendió que le estaba pidiendo que se comportara—. Tenemos que discutir ciertos aspectos de la caza.

Tras decidir que sentía demasiada curiosidad por el descenso de Uram al vampirismo como para desperdiciar el tiempo fastidiando a Michaela, echó la cremallera a sus labios y esperó.

Alguien llamó a la puerta en aquel instante y, un segundo después, «Ambrosio» entró con un resplandeciente juego de té y café mientras sus lacayos empujaban un carrito lleno de comida hasta una hermosa mesa de madera que había junto a las ventanas.

—¿Necesita algo más, sire?

—No, Montgomery. Asegúrate de que nadie nos moleste, a menos que sea uno de los Siete.

Tras asentir con la cabeza, Montgomery se marchó y cerró la puerta. Elena se acercó a la mesa y se apoderó del único sitio admisible: a la cabecera, con la estantería a la espalda. Michaela se sentó al otro extremo y Rafael permaneció de pie. Elena se preguntó si la arcángel esperaba que la sirvieran. Resopló para sus adentros ante aquella idea, se sirvió el café y, como se sentía generosa (y, bueno, quizá porque quería fastidiar a Michaela), también se lo sirvió a Rafael. Luego soltó la jarra.

—Bueno —dijo—, cuéntame lo que necesito saber para dar caza a ese hijo de puta.

Michaela emitió un auténtico siseo.

—Hablarás de él con respeto. Es un anciano, tan antiguo que tu miserable mente humana no puede siquiera imaginar lo que ha hecho o lo que han visto sus ojos.

—¿Tú viste lo que encontramos en el almacén? —Dejó el café sobre la mesa, con náuseas de repente. Aquellas imágenes se habían grabado a fuego en su cerebro. Y, al igual que las de aquel vampiro que había sido torturado por un grupo racista, jamás se

borrarían—. Tal vez sea un anciano, pero ha perdido todo vestigio de cordura. Sería mucho más apropiado decir que está seriamente jodido de la cabeza.

Michaela levantó una mano y arrojó las cosas que había sobre la mesa al suelo.

—No pienso ayudar a una humana a cazarlo como si fuera un perro rabioso.

—Estuviste de acuerdo. —La voz de Rafael era tan afilada como la hoja de un cuchillo—. ¿Te retractas ahora de tu voto?

Las lágrimas brillaron en los ojos verdes de la arcángel.

—Yo lo amaba.

Elena podría haberse tragado lo que había dicho Michaela si no hubiera visto antes aquel destello de furia. Aquella criatura no amaba a nadie que no fuera ella misma.

—¿Lo bastante para morir por él? —inquirió Rafael con crueldad—. Ahora te envía los corazones de sus víctimas. Una vez que satisfaga el primer impulso de su sed de sangre, será tu corazón el que desee.

Michaela se enjugó una lágrima y fingió serenarse. La mayoría de los hombres se habrían tragado hasta el fondo su actuación.

—Tienes razón —susurró—. Perdona mi naturaleza sensible. —Exhaló un hondo suspiro que colocó sus pechos a plena vista—. Tal vez deba regresar a Europa.

Gracias a la investigación que había hecho, Elena sabía que Michaela reinaba sobre la mayor parte de Europa central, aunque no estaba claro dónde terminaban sus dominios y empezaban los de Uram.

—No. —Aquella única palabra lo decía todo—. Es evidente que te siguió hasta aquí. Si te mueves, él también lo hará. Y es posible que no podamos localizar de nuevo su rastro hasta que sea demasiado tarde.

—Tiene razón —dijo Elena, que se preguntaba por qué Rafael no le había comentado antes a Michaela la obsesión de Uram. Supuso que por algo relacionado con los asesinatos... ¿Era posible que un cazador solo pudiera rastrear a un arcángel después de que este empezara a matar? Sin embargo, los arcángeles habían matado a mucha gente—. Ahora tenemos su esencia, y si Uram se dedica a girar en torno a ti, sabremos más o menos dónde buscarlo. Necesito conocer los límites de esa zona, los lugares donde pasas la mayor parte del tiempo.

—Yo te daré esa información —dijo Rafael—. Ahora quiero que escuches la historia de Michaela sobre el momento en que recibió su «regalo» y nos digas hasta qué punto ha involucionado Uram

Elena lo miró, aunque tuvo que entrecerrar los ojos para protegerse del brillo que irradiaba su espalda.

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa?

—Tú has cazado a vampiros que habían involucionado.

—Cierto, pero Uram no es un vampiro. —Quería saber por qué y cómo era posible que un arcángel hubiera caído tan bajo. La furia que había sentido cuando le dijeron que debía seguir a ciegas resurgió de nuevo.

—Para el propósito de esta búsqueda —replicó Rafael con un tono frío como el acero—, lo es. Michaela...

La arcángel apoyó la espalda en su silla.

—Me desperté al percibir unos golpecitos en mi ventana. Supuse que sería algún pájaro atrapado y me levanté para liberarlo.

La imagen resultaba incongruente, dada la belleza egoísta de Michaela, pero sus palabras estaban cargadas de sinceridad. Quizá para que ella considerase «humano» a alguien, aquel alguien debía tener alas.

—Sin embargo —continuó la arcángel—, cuando me acerqué a la ventana no vi ningún pájaro. Estaba a punto de darme la vuelta cuando me fijé en el césped y vi que había un bulto en la parte central. Pensé que era un animal que se había arrastrado hasta allí para morir. —Ningún estremecimiento de repugnancia; más bien, una sensación de tristeza. Y, una vez más, parecía sincera.

Era obvio que para Michaela los animales eran mucho más importantes que los humanos. Y después de ver algunas de las cosas que los humanos eran capaces de llevar a cabo, a Elena no le extrañaba.

Michaela respiró hondo.

—Abrí las puertas de la terraza y le pedí a uno de los guardias de abajo que lo examinara. Como ya sabéis, el bulto resultó ser un saco de arpillera lleno con siete corazones humanos. —Una pausa—. Mis guardias me dijeron que aún estaban calientes.

Esta vez, a Elena no se le revolvió el estómago. Se lo esperaba.

—Ese tipo de cosas (lo de llevarse trofeos, provocar a la gente o, en tu caso, entregar regalos) son típicas de un comportamiento similar al que se observa en los vampiros que se dejan llevar por la sed de sangre por primera vez. A esas alturas, son más animales que humanos.

—Eso lo sabemos, cazadora. —Michaela hizo que la última palabra sonara como un insulto, y borró de un plumazo cualquier sentimiento positivo que Elena hubiera podido albergar con respecto a la actitud de la arcángel hacia los humanos.

—En ese caso, no puedo daros nada más. —Estaba fuera de su ámbito, y no tenía sentido fingir otra cosa. Ningún cazador había rastreado jamás a un arcángel—. Aunque te diré una cosa: Uram es mucho más audaz que cualquier vampiro. Estaba allí, dando golpecitos en tu ventana. —Vio que Michaela se estremecía, y no pudo culparla por sentirse asustada—. Si sigue a este ritmo, dejará atrás la etapa animal y empezará con el razonamiento elevado en menos de una semana.

—¿Tan pronto? —inquirió Rafael.

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—La mayoría de los asesinatos de los vampiros involucionados son muy descuidados al principio, igual que estos. Pero Uram ha mantenido los suyos en secreto. Sabía que lo atraparían si no ocultaba la matanza.

Rafael asintió.

—Y los vampiros atrapados por la sed de sangre no piensan con tanta claridad. —La sed de sangre era un estado entre la lujuria y la estupefacción que dejaba a los vampiros ajenos a todo lo que los rodeaba. Elena se había tropezado una vez con uno en aquel estado: el tipo no se había movido, ni siquiera cuando le puso el collarín; tenía una sonrisa beatífica y las manos enterradas aún en el pecho de su víctima—. Tengo el presentimiento —añadió mientras descartaba ese recuerdo—, de que Uram nunca llegará a ser esclavo de la sangre. De lo contrario, los corazones no habrían estado calientes.

—Eso es... inesperado —dijo Rafael—. La esclavitud de la sangre lo habría retrasado.

—Pero ni siquiera el peor de los vampiros asesinos mata todas las noches —añadió Elena—. Tiene que haber un momento de calma. Ha saciado su sed, está rebosante de poder, de...

—Olvidas una cosa: que no es un auténtico vampiro. —La silueta de Rafael quedó

a la vista cuando cambió un poco de posición—. No se detendrá. Parece que por ahora caza de noche y a primera hora de la mañana, así que contamos con las horas del día para organizarnos. Si involuciona tan rápido como supones, empezará a cazar también durante las horas de luz.

Elena abrió los ojos de par en par.

—Estás diciendo que está en un estado de sed de sangre permanente.

—Sí.

—Joder... —Aquello convertía a Uram en un monstruo inconcebible.

Se oyó el chirrido de una silla; el ruido quedó algo amortiguado por la alfombra, pero aun así fue brusco.

Elena alzó la vista y descubrió que Michaela se había puesto en pie.

—No puedo quedarme aquí sentada oyéndote hablar de Uram de esa manera. Tú no comprendes lo que es perder a alguien a quien conoces desde hace quinientos años. —Miró a los ojos a Elena, y en aquel instante, la cazadora la creyó.

—No —dijo—. Lo siento.

Michaela rechazó su compasión.

—No necesito que una mortal se apiade de mí. Rafael, quiero hablar contigo.

—Te acompañaré afuera.

Cuando salieron de la estancia, sus alas se rozaron de manera casual, y Elena sintió un ramalazo de celos tan fuerte que sacó la pistola sin darse cuenta. El contacto frío del metal contra la piel cálida de su palma le hizo recobrar la compostura. Apretó los dientes, se dio la vuelta y atacó los sándwiches con fruición.

Para cuando regresó Rafael, ya no tenía hambre, y gracias a aquello no le clavó un tenedor en el ojo cuando vio el brillo del polvo de ángel cobre sobre su ala.

—¿Eso es el equivalente de un gato que marca su territorio?

Rafael siguió su mirada y extendió el ala afectada.

—Michaela no está acostumbrada a que le lleven la contraria. —Cogió una de las elegantes servilletas y se acercó a ella—. Límpialo.

El impulso de rebelarse contra aquella orden chocó con su necesidad de borrarle la marca que aquella zorra le había dejado en el ala. La posesividad absurda ganó la batalla.

—Date la vuelta.

Él lo hizo con un movimiento silencioso y grácil. Elena puso mucho cuidado para que el polvo no se le quedara pegado a ella, pero al parecer su cautela era innecesaria.

—Sale con mucha facilidad. No es como el que tú dejaste sobre mi piel.

—Ya te dije que el tuyo... era una mezcla especial.

Una sensación cálida se extendió por el cuerpo de Elena.

—¿Me marcaste, angelito?

—Preferiría hacer eso con mi miembro.

Aturdida por la oleada de humedad que había aparecido entre sus piernas, Elena dejó la servilleta sobre la mesa.

—Ya se ha quitado.

Rafael plegó las alas y luego se dio la vuelta.

—Eres todo un enigma. Muy audaz cuando cazas vampiros, muy puritana en tus gustos sexuales.

—No soy audaz. Estoy cagada de miedo —dijo—. Y en cuanto a lo demás... Ser un enigma está bien, ¿no? Después de todo, tú solo usas tus juguetes mientras te resulten entretenidos. —No sabía cómo había ocurrido, pero se descubrió de pronto con la espalda apoyada contra el borde de la mesa y con Rafael manteniéndola en aquella posición.

Cuando él la subió a la mesa, no protestó. Incluso separó los muslos para que pudiera acomodarse bien. Una parte de ella seguía fría. Lo que había visto en aquel almacén había sacado muchas cosas a la superficie. Aquel ruido, el goteo, era como un redoble de tambor constante en su cabeza. Quería olvidarlo. Y Rafael (el peligroso, seductor y mortífero Rafael) era mucho mejor que ninguna droga.

—Nada de polvo —murmuró cuando él deslizó las manos sobre sus muslos para aferrarle las caderas—. No tengo tiempo para limpiármelo.

Sin embargo, no la besó.

—Háblame sobre tus pesadillas, Elena.

Se quedó helada.

—¿Espiendo otra vez? —Era humana... siempre olvidaba que aquel tipo no respetaba los límites de su mente.

Los ojos de él adquirieron un tono azul metálico.

—No tengo necesidad de hacerlo. En tus ojos no hay sexo. Solo muerte.

Quiso empujarlo, pero una parte de ella (la parte fría) adoraba el calor que le proporcionaba su contacto y se sentía excitada por aquel toque de amenaza. Ningún hombre había conseguido manipularla tan bien.

Así pues, se limitó a echarse hacia atrás para apoyar las manos sobre la mesa. Menos mal que no estaban cerca de la comida, porque de lo contrario habría metido el pelo en el café.

—Entonces —dijo—, ¿eres un experto a la hora de comprender a las mujeres?

—Tengo muchos años.

Elena entrecerró los ojos.

—¿Has follado alguna vez con Su Alteza la Zorra Real?

Él le dio un apretón en las caderas.

—Ten cuidado, Elena. No siempre estaré a tu lado para protegerte.

—¿Eso es un sí? —Podía imaginarlos copulando en pleno vuelo; una imagen cegadora (y condenadamente hermosa) de tonos dorados y bronces.

—No. Jamás he aceptado los ofrecimientos de Michaela.

—¿Por qué no? Está buena: los tíos solo se fijan en las tetas y en el culo.

—Yo prefiero los labios. —Se inclinó y le mordió el labio inferior casi con demasiada fuerza antes de apartar la cabeza de nuevo—. Y los tuyos son bastante succulentos.

Los de Michaela, pensó ella con una apabullante sensación de placer, eran bonitos, pero finos. No obstante...

—No me lo trago. —Cambió de posición—. ¿A quién demonios le importan los labios?

—Si estuvieses de rodillas y tuvieras los labios alrededor de mi miembro, a mí me importarían muchísimo.

La imagen hizo que sus músculos internos se tensaran y se humedecieran.

—¿Cómo es posible que los tíos siempre se imaginen a las mujeres chupándosela? ¿Por qué no a la inversa?

Relámpagos de color cobalto, manos deslizándose hacia abajo, pulgares frotando la zona interna de sus muslos.

—Quítate los pantalones.

A Elena se le hizo un nudo en el estómago.

—Tenemos que hablar de un asesino.

—Pero tú quieres olvidar.

—No has respondido a mi pregunta. —Eran palabras jadeantes. Su cuerpo estaba hambriento.

—Decidí no acostarme con Michaela porque no me gustan las viudas negras. Es probable que sus susurros venenosos llevaran a Uram hasta esto.

Elena se incorporó y le agarró los antebrazos.

—¿A esto? ¿Qué es «esto»?

Él siguió moviendo los pulgares, rozando aquella zona exquisitamente sensible que ansiaba una caricia más fuerte e intensa.

—No necesitas saberlo.

La furia sobrepasó a la lujuria.

—No puedo trabajar a ciegas.

—Trátalo como a un vampiro, como al vampiro más peligroso del universo. —

Uno de sus pulgares le apretó el clitoris—. Ahora, quítate los pantalones.

Elena luchó por recuperar el aliento.

—De eso nada. Háblame de Uram.

Él se acercó más y le rozó las rodillas con las alas. Luego apartó una de las manos de su entrepierna... aunque solo para metérsela por debajo de la camiseta.

El corazón de Elena empezó a martillear como un loco cuando aquella mano le cubrió el pecho, pero se obligó a pronunciar las palabras que quería decir.

—¿Por qué ahora puedo captar su esencia cuando antes no podía hacerlo?

Rafael apartó la mano de su seno, la deslizó por el muslo y la detuvo en la rodilla. Luego pasó la otra por debajo del brazo de Elena para apoyar la palma sobre la mesa. En aquella postura, sus bíceps le rozaban el pecho.

—Porque... —cogió una de sus piernas y se la colocó alrededor de la cintura mientras tiraba de ella—... ha tomado su primera sangre. —Sus genitales entraron en contacto y Elena no pudo evitar soltar un gemido.

—Pero... —dijo a pesar de la neblina que enturbiaba su mente—... no pude percibir la esencia de Erik, el vampiro recién Convertido.

—Aquella vez te engañé, Elena. Tanto Bernal como Erik fueron Convertidos más o menos en el mismo momento... pero a Bernal se le permitió alimentarse, mientras que a Erik no. No hasta después de la prueba.

El hecho de que Rafael hubiera sido capaz de contener el ansia de sangre de un recién Convertido era otro ejemplo de la magnitud de su poder, pero no era de Erik de quien ella quería hablar.

—¿Por qué? ¿Por qué Uram se ha transformado en vampiro?

—Sigue siendo un arcángel. —La mecío contra su cuerpo, le levantó la camiseta, inclinó la cabeza y le mordió un pezón a través del tejido del sujetador.

Elena dio un respingo y le tiró del pelo.

—Basta. —Pero en aquellos instantes le succionaba el pezón y... Qué maravilla. Era evidente que el arcángel podía proporcionarle el mejor sexo que hubiera imaginado jamás... y, desde luego, mucho mejor que el que había practicado—. Rafael...

Él levantó la cabeza.

—Te daré a elegir.

Elena volvió a colocarse la camiseta, ya que se sentía muy vulnerable. Le dolía el pezón de una forma muy excitante.

—¿Sí?

—O bien te tumbo sobre la mesa y te meto el pene hasta el fondo, o bien...

—¿O bien? —Deseaba acurrucarse sobre él, morderle los tendones del cuello.

—O bien te tumbo sobre la mesa, te doy placer con la lengua y luego me meto dentro de ti.

—Vaya... —Le costaba mucho pensar en algo que no fueran las palpitaciones que sentía entre las piernas—. Elijo la opción «C».

Rafael la sentó sobre su erección y le rodeó la espalda con un brazo.

—No hay opción «C».

Vale, a la mierda con todo. Elena se inclinó hacia delante y acarició aquel hermoso cuello con los dientes. Una chica debía sobrevivir. Rafael tensó el brazo cuando ella empezó a lamerle el cuello, a saborearlo. Luego dijo:

—¿La opción «C» tiene algo que ver con que succiones otras partes de mi anatomía?

Joder, aquel arcángel podía ser de lo más sexy cuando no tenía un asesinato en mente. Después de darle un último y pesaroso lametón, Elena se apartó de él.

—No pienso follar contigo, no hasta que me cuentes la verdad sobre Uram.

Una sombra siniestra atravesó su rostro.

—¿Chantaje sexual, Elena?

Ella soltó un resoplido.

—Me tratas como si fuera un perrito. «Ve a buscar al malvado arcángel-vampiro-lo que coño sea, Ellie, pero no te atrevas a preguntarme por qué. Sería demasiado para tu pequeña cabecita humana.» —Dejó a un lado aquel tono almibarado de voz y lo fulminó con la mirada—. No me acuesto con los que piensan que soy una imbécil descerebrada.

La oscuridad letal se transformó de nuevo en diversión, pero Elena sabía que caminaba sobre la cuerda floja. Rafael se mostraba indulgente con ella por motivos que solo él conocía. El arcángel que la había obligado a situar la mano sobre la hoja de una daga era también Rafael, y haría bien en recordarlo... sin importar lo mucho que lo deseara físicamente.

—Cuanto más te conozco —dijo él—, más molestias me causas.

—Ya sé demasiado. —No cedió ni un ápice—. Esto no lo haces para protegerme... sino para proteger a los arcángeles.

—Confiar en un mortal es la mayor de las estupideces. Fue lo que le costó a Illium sus plumas.

Vaya, aquel tío sabía muy bien cómo ganársela.

—No soy una simple mortal. Soy Elena Deveraux, cazadora del Gremio y la mujer a la que metiste en esta mierda. Lo menos que puedes hacer es decirme por qué.

—No. —Una declaración rotunda realizada por el arcángel de Nueva York—. Y nada de lo que digas me hará cambiar de opinión. Ningún mortal puede saberlo. Ni siquiera la mortal a la que quiero llevar a la cama.

Aquella parte fría de ella que se había llenado de lujuria estaba cargada ahora de auténtica furia.

—Eso me pone en mi lugar, ¿no?

El cabrón se atrevió a besarla. Estaba tan cabreada que lo mordió con la fuerza suficiente como para hacerle sangre. Cuando Rafael se apartó, su labio ya había comenzado a hincharse.

—Ya no estamos empatados, Elena. Ahora me debes una.

—Puedes cobrártela cuando me mates de una manera lenta y dolorosa. —Apartó la pierna de su cintura—. Ha llegado el momento de hablar del asesino.

El arcángel se inclinó hacia delante y la encerró entre sus brazos.

—Tienes un cuchillo en la mano. Otra vez.

Elena apretó los dedos en torno a la empuñadura.

—Me vuelves violenta. —Volvió a guardarse la daga en la bota, cruzó los brazos e intentó no pensar en lo bien que olía aquel hombre—. ¿Qué has hecho con la superviviente?

—Dmitri la ha llevado con nuestros sanadores, nuestros doctores.

—Porque puede que esté infectada. ¿Con qué?

—Con la locura de Uram.

La sorprendió tanto obtener una respuesta directa que tardó cerca de un minuto en decir algo.

—Eso no es posible. La locura no es contagiosa.

—El tipo que padece Uram puede serlo.

Joder.

—Pero ella es humana...

Los ojos de Rafael se convirtieron en fuego de color cobalto.

—Lo era. Ahora los médicos nos dirán en qué se ha convertido. —Hizo una pausa—. Sabemos que ingirió cierta cantidad de sangre de Uram; pudo ser por accidente, pero lo más probable es que él la obligara a hacerlo.

Elena no se dejó llevar por la lástima. Aquella mujer (aquella chica, en realidad), había sobrevivido a un monstruo decidido a destruir toda su personalidad. Se merecía una puta medalla al valor, no su compasión.

—Si está infectada, ¿la matarás?

—Sí.

Elena deseó odiarlo por aquello, pero no pudo.

—Hace cuatro años —empezó a decir—, hubo una ola de asesinatos en las orillas del Mississippi. Aparecieron varios chicos jóvenes estrangulados a los que les habían arrancado los ojos.

—Un humano.

—Sí. Un cazador. —Bill James había sido amigo suyo en cierta época, y su entrenador antes de aquello—. Nosotros (Ransom, Sara y yo) tuvimos que darle caza y ejecutarlo. —Los cazadores siempre se hacían cargo de los suyos.

Se oyó el fresco susurro de la brisa cuando Rafael extendió las alas y luego volvió a plegarlas.

—Hay muchas pesadillas en tu cabeza.

—Me convierten en lo que soy.

—¿Mataste a aquel cazador?

—Sí. —Ambos se habían puesto serios—. Sara estaba muy malherida, Ransom se encontraba demasiado lejos y Bill estaba a punto de matar a un muchacho aterrado... Así que le clavé un cuchillo en el corazón. —No había tenido tiempo para sacar la pistola. Sangre por todas partes, la expresión traicionada que mostraban los ojos de Bill cuando su corazón latió por última vez... un caos de recuerdos. En aquel momento, desvió la mirada hacia Rafael—. Si esa chica va a convertirse en un monstruo, debe morir.

—¿Yo soy un monstruo, Elena?

Ella contempló el rostro perfecto y vio vestigios de crueldad, vestigios del tiempo.

—Todavía no —susurró—. Pero podrías llegar a serlo.

Rafael tensó la mandíbula.

—Es un síntoma de la edad... La crueldad, quiero decir.

A Elena le dolió saber que la humanidad de Rafael (enterrada muy al fondo, pero existente) podría dejar de existir un día. Sin embargo, al mismo tiempo no podía evitar alegrarse de su inmortalidad. Alguien tan magnífico no debía morir.

—Háblame del estado Silente.

El arcángel extendió las alas en toda su longitud.

—Deberíamos ir a casa de Michaela y ver si puedes percibir alguna esencia. Existe la posibilidad de que él haya pasado muchas horas observándola antes de hoy.

Ella dejó escapar un suspiro de frustración.

—Está bien. ¿Volamos? —Se le encogió el corazón. Se estaba acostumbrando a

que Rafael la llevara en brazos de un lado a otro, al sonido de sus alas, fuerte y poderoso.

—No —respondió él, que esbozó una sonrisa al percatarse de su entusiasmo—. La casa que Michaela tiene en Estados Unidos está justo al lado.

—De lo más conveniente... —Para colarse en la cama de Rafael.

Al final, el arcángel se apartó para que pudiera bajarse de la mesa.

—Michaela ha sido muchas cosas a lo largo de los siglos (una erudita, una cortesana, una musa...), pero jamás ha sido una guerrera.

«Mis amantes siempre han sido guerreras.»

Elena se preguntó cuántas mujeres habrían sido tan estúpidas como ella... lo bastante estúpidas para arrojarse a sus brazos a sabiendas de que, si era necesario, el arcángel pondría fin a sus vidas en un abrir y cerrar de ojos.

—Es hora de que esta guerrera se gane sus honorarios.

Sed de sangre

Se sentía perezoso, saciado. La sangre llenaba su estómago.

Había abusado... pero había sido un abuso glorioso.

Hundió los dedos en el cuenco de sangre del cadáver que había descuartizado y luego se los llevó a la boca para lamérselos.

Insulsa. Sin vida.

Decepcionado, arrojó el cuenco al suelo, dejando una enorme mancha roja sobre la alfombra blanca. No obstante, aún tenía a la belleza en lo alto. Alzó la vista mientras la pesadez de sus extremidades empezaba a convertirse en algo parecido a la expectación.

Ahora lo sabía... Sabía que la sangre tenía que ser fresca.

La próxima vez la tomaría directamente de los corazones palpitantes. Sus ojos se volvieron rojos a causa de la violencia de su hambre.

Sí, la próxima vez no mataría... Reservaría.

Elena no se sorprendió en absoluto al ver que la mansión de Michaela era un lugar hermoso y elegante. Quizá la arcángel fuera una zorra hipócrita, pero no había sido considerada una musa artística durante siglos por simple casualidad.

—Aquí fue donde encontramos el... regalo —le dijo el guardia al tiempo que señalaba una zona de césped manchada de sangre.

Allí el olor ácido era intenso, aun a pesar de la presencia de otros vampiros. O bien Uram había mezclado cierta cantidad de su propia sangre con la de los corazones, o bien había aterrizado en aquel lugar. Algo temerario... y espeluznante. A Elena se le erizó el vello de la nuca.

—¿Podrías alejarte de esta zona?

El tipo asintió con la cabeza, pero no se movió ni un milímetro.

—A mí me dieron caza una vez.

Elena miró hacia el lugar donde hablaban Rafael y Michaela, un balcón con vistas al jardín, y se preguntó si alguno de aquellos ángeles se ofendería si tumbaba al imbécil que tenía a su lado de un puñetazo: no tenía tiempo para lidiar con aquella clase de mierda.

—No habrá sido tan malo si aún sigues aquí.

—Mi ama me arrancó la piel de la espalda y se hizo un bolso con ella.

Ella se preguntó qué le parecería aquello a la gente que les atribuía un origen celestial a los ángeles.

—Y aun así, sigues a su lado. —Estaba claro que aquella zorra era muy capaz de hacer algo así.

El vampiro sonrió y mostró sus dientes.

—El bolso era muy bonito. —Y tras decir aquello, se alejó por fin.

Tendría que guardarse las espaldas cuando estuviera cerca de aquel tipo, pensó Elena. Fuera lo que fuese lo que le había hecho Michaela a lo largo de los siglos, el vampiro se había quedado sonado.

—La inmortalidad tiene muchos inconvenientes —murmuró antes de sumar a su lista mental la posibilidad de convertirse en un bolso.

Clavó la mirada en la hierba ensangrentada una vez más. Se arrodilló, confirmó la esencia y luego empezó a explorar el área en círculos cada vez mayores.

La esencia de Uram impregnaba la zona. Era evidente que el arcángel había aterrizado allí. Había permanecido en aquel lugar envuelto en el glamour, y los guardias de Michaela no se habían enterado. A Elena le habría preocupado la

posibilidad de topar con él, pero la esencia, aunque intensa, no era tan fuerte como lo habría sido si el monstruo se encontrara todavía en las inmediaciones. Aquello le hizo cuestionarse otra cosa: ¿los arcángeles eran capaces de ver a los de su especie a pesar del glamour?

Si la respuesta era negativa, no era de extrañar que Michaela estuviera asustada.

Como era de esperar, la esencia era mucho más intensa cerca del borde de la zona ajardinada. Elena levantó la mirada y descubrió que estaba frente al grupo de ventanas de la tercera planta. El dormitorio de Michaela se encontraba justo en el medio.

Si aquella hubiese sido una caza normal y corriente, en aquellos momentos habría sonreído de oreja a oreja. Con un rastro tan reciente, habría atrapado a su presa antes de que anoheciera. Pero los vampiros no volaban. Aun así, pensó con los ojos entrecerrados, ahora sabía cuál era el talón de Aquiles de Uram. Su obsesión por Michaela limitaría la amplitud de sus territorios de caza.

Volvió a alzar la vista y despejó la mente para concentrarse. Necesitaba el mapa de movimientos de Michaela que Rafael había prometido conseguir.

Rafael era consciente de que Elena se alejaba más y más mientras llevaba a cabo su metódica búsqueda. No apartó los ojos de Riker, el guardia favorito de Michaela. Riker haría cualquier cosa que Michaela le pidiera... sin tener en cuenta si Elena estaba o no bajo su protección.

No obstante, sabía que debería haberla matado él mismo en cuanto se recuperó del disparo. Porque si Lijuan tenía razón, Elena era su punto débil más letal.

La muerte era un concepto en el que no había pensado desde hacía siglos. Sin embargo, la cazadora lo había convertido en un ser «un poco» mortal. Mortal como ella. Elena moriría si Riker le cortaba la garganta. Y Michaela era lo bastante caprichosa para haberle ordenado algo así. Sabía que Rafael no iniciaría una guerra por una humana.

La Rosa del Destino.

Una imagen del antiguo tesoro apareció en su cabeza. En todos sus siglos de existencia, jamás había considerado la idea de regalarlo. No hasta que conoció a Elena. Su mortal.

Quizá sí que iniciara una guerra con Michaela, después de todo.

—¿Tienes a los escoltas en su lugar?

—Por supuesto.

Estaba claro que aquellos escoltas no eran suficientes: el Grupo sabía que Uram

iría a por ella, y aun así el monstruo la había pillado desprevenida.

—¿Necesitas más hombres? Estás lejos de tu hogar.

—No. —Una palabra teñida de orgullo que Michaela pronunció mientras se acercaba a la barandilla del balcón para mirar hacia abajo y seguir los progresos de Elena—. Si tu cazadora ha captado su esencia, significa que me ha observado el tiempo suficiente para dejar una huella apreciable.

Rafael podría habérselo preguntado a Elena para confirmarlo, pero después del incidente que le había llevado al estado Silente, intentaba mantenerse fuera de su mente. Un signo de la debilidad sobre la que Lijuan le había advertido... ¿Un ataque de escrúpulos humanos? Tal vez. Pero a Rafael nunca le había gustado en lo que se convertía durante el estado Silente. Y aquella vez... aquella vez se había acercado demasiado a la locura de Caliane.

—¿Sigues siendo como eras? —inquirió al tiempo que enterraba aquel antiguo recuerdo.

La piel de Michaela se tensó; las marcadas líneas de sus huesos estuvieron a punto de atravesar la piel.

—Soy una arcángel sin glamour, sí.

—Es una lástima.

Ella soltó una carcajada, un sonido grave diseñado para que los hombres pensaran en sexo. La primera vez que había visto a Michaela, ella tenía en la boca el pene del arcángel que gobernaba la antigua ciudad de Bizancio. La mujer lo había mirado fijamente mientras llevaba al otro arcángel al orgasmo, y Rafael había comprendido que un día sería ella quien gobernaría. Dos décadas más tarde, el Arcángel de Bizancio estaba muerto.

Vio que Elena se adentraba en la zona de árboles que separaba su propiedad de la de Michaela.

—¿Has hablado con Lijuan sobre eso? —preguntó mientras contemplaba cómo la cazadora fruncía los labios en un gesto de concentración. Tenía una boca grande, seductora. Se moría de ganas por sentir aquella boca por todo su cuerpo. Sin embargo, al igual que todas las guerreras, primero tendría que ser domesticada.

—Ella habla con acertijos —se quejó Michaela—, no puede explicar por qué me elude el glamour.

En circunstancias normales, aquella falta no habría sido motivo de preocupación: Michaela poseía otras habilidades, unas conocidas y otras no, pero nadie ponía en duda que era una arcángel. No obstante, en aquella situación, aquella era una desventaja letal, porque con el glamour también se otorgaba la inmunidad a él. Rafael

no podía ocultarse de Uram, pero el Ángel de la Sangre tampoco podía ocultarse de él.

—Ordena a Riker que vuelva.

—¿Por qué?

—Tú no puedes ver a Uram, pero Elena puede rastrear su esencia.

Las palabras que pronunció Michaela a continuación fueron de desprecio.

—Riker la está vigilando, nada más. Y si mi hombre pierde el control, encontraremos a otro cazador. —Hizo una pausa—. Es humana, Rafael. Ella no conoce los placeres que yo puedo darte.

Rafael extendió las alas a fin de prepararse para el vuelo.

—Me parece que Charisemnon los apreciaría mejor. Él fue tu amante una vez.

Los ojos verdes de Michaela se enfrentaron a los suyos mientras Rafael se acercaba al borde de aquella terraza creada para los ángeles: sin barandilla, sin nada que pudiera evitar una caída mortal.

—Pero a ti nunca te he saboreado. Sé hacer cosas que convertirán la eternidad en un sueño erótico.

—El problema es que tus amantes parecen vivir una vida muy corta. —Saltó y empezó a sobrevolar el jardín, y después la zona de árboles.

Riker se encontraba a unos cuantos pasos de distancia de Elena, con una sonrisa cargada de amenazas.

Lejos de asustarse, Elena hacía girar un cuchillo entre sus dedos con la postura de alguien entrenado para el combate cuerpo a cuerpo. Cuando la vio abrir la boca para decir algo, Rafael bajó en picado y aterrizó detrás de Riker. Colocó una mano sobre el hombro del vampiro y la otra sobre su espalda.

—Este es mi territorio —dijo—. Tu ama no es más que una invitada. —Aquella fue la única advertencia que recibió el vampiro antes de que la mano de Rafael atravesara su ropa, su piel y sus músculos para aferrar su aterrado corazón. Un segundo más tarde, aquel corazón se encontraba entre sus dedos, y Riker estaba bocabajo en el suelo.

—¿Por qué?

Levantó la vista para enfrentarse la mirada horrorizada de Elena, que contemplaba la constante palpitación del corazón de Riker.

—Existen límites. Y tanto los mortales como los inmortales harían bien en no cruzar esos límites.

Ella apretaba el cuchillo con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—¿Y por eso lo has matado?

Rafael dejó caer el corazón al suelo y se miró la mano llena de sangre mientras se

preguntaba si Uram habría arrancado el corazón de sus víctimas de la misma forma.

—No está muerto.

—Yo... —Elena tragó saliva cuando vio que él se acercaba, y luego dio un paso atrás—. Sé que pueden recuperarse después de sufrir graves daños, pero ¿también cuando les arrancan el corazón?

—Me tienes miedo otra vez. —No había visto aquella expresión en su cara desde aquel primer encuentro sobre la azotea.

—Acabas de arrancarle el corazón a un vampiro con una sola mano. —Su voz mostraba el desconcierto que sentía—. Sí, te tengo miedo.

Rafael bajó la mirada para contemplar la sangre que cubría su piel.

—Jamás te haría algo así a ti, Elena.

—¿Me estás diciendo que mi muerte será rápida y dulce?

—Puede que, en lugar de matarte —dijo—, te convierta en mi esclava.

—Espero que eso sea tu retorcida idea de una broma. —Sus palabras fueron hirientes, pero guardó la daga—. Regresemos para que puedas lavarte toda esa sangre. De cualquier forma, he perdido el rastro.

—¿Salió volando?

—Supongo que sí. —Cruzó los brazos y señaló la mansión de Michaela con un gesto de la cabeza—. ¿Has conseguido el mapa de sus movimientos?

—Me lo entregarán en menos de una hora. —Mientras caminaban, Rafael se preguntó por qué le importaba la opinión que una mortal tuviera de él—. ¿Piensas caminar por esas calles para ver si puedes detectarlo?

—Sí. —Ella empezó a avanzar a grandes zancadas—. Si está tan obsesionado como vosotros creéis (y es raro, porque, joder... ¡la está cortejando con corazones ensangrentados!), no se alejará mucho de ella.

—No, no lo hará. —Los nacidos a la sangre siempre mataban a otro ángel antes de involucionar por completo, y en la mayoría de los casos, se trataba del ángel que había estado más cerca de ellos. Era una especie de sacramento macabro, como si intentaran acabar con todo lo que habían sido una vez.

Elena asintió.

—En ese caso, tal vez seamos capaces de atraparlo en su guarida mientras aún se siente saciado por la sangre que ha tomado. A menos que eso no ocurra con los de tu raza... ¿Os pasa lo mismo o no? —Ella recorrió con la mirada su mano cubierta de sangre y su antebrazo antes de respirar hondo y apartar la vista.

—Por lo que sabemos —respondió él antes de convertir la mano en un puño—, los nacidos a la sangre...

—¿Nacidos a la sangre? —Elena frunció el ceño—. ¿Tienes un nombre para lo que le ha ocurrido a Uram, sea lo que sea? Eso significa que este no es un incidente aislado.

—Los nacidos a la sangre —continuó, pasando por alto la pregunta implícita—, se vuelven tan pasivos como los vampiros. Se sentirá perezoso, soñoliento, vulnerable.

Elena no se molestó en ocultar la furia que le provocaba su falta de respuesta, pero fuera lo que fuese lo que iba a decir, se perdió cuando sonó su teléfono móvil. Lo sacó del bolsillo, lo abrió y se lo colocó junto a la oreja.

—¿Sí? —Su mirada adquirió una expresión confundida—. ¿Qué? —Una pausa—. Yo... —Por primera vez, Rafael la vio insegura—. Sí. Allí estaré. —Colgó el teléfono—. Tengo que marcharme. Estaré de vuelta para cuando Michaela entregue por fin su mapa.

—¿Adónde vas? —inquirió él. No le gustaba la expresión de su rostro.

Era una mirada dura.

—No es asunto tuyo, joder.

Debería haberse enfadado. Una parte de él, la parte poseedora de una arrogancia acumulada a lo largo de miles de años, lo estaba. Sin embargo, el resto de su persona solo sentía curiosidad.

—¿Una dosis de mi propia medicina?

Ella se encogió de hombros y frunció los labios.

—Tu padre —añadió él.

—¿Qué pasa? ¿Ahora también oyes mis conversaciones telefónicas?

—Ni siquiera los arcángeles pueden hacer eso. —Aquello no era del todo cierto, pero sí en aquel caso, ya que había jurado no espiar su mente a escondidas—. Pero yo también he investigado.

—Me alegro por ti. —Si las palabras pudieran cortar, aquellas lo habrían dejado hecho pedazos.

Observó su puño ensangrentado y se preguntó si ella lo veía como un monstruo en aquellos momentos.

—Jeffrey Deveraux parece ser el único ser humano al que eres incapaz de manejar.

—Como ya te he dicho, no es asunto tuyo. —Apretó la mandíbula con tanta fuerza que lo más probable era que le doliera.

—¿Estás segura?

La pregunta de Rafael resonaba una y otra vez en su cabeza mientras Elena subía los escalones del edificio tan moderno en el que su padre había instalado su despacho privado. Tenía otra oficina en la parte superior de una torre de acero y cristal, pero era allí donde llevaba a cabo los trapicheos y los tratos importantes. También era un lugar al que solo se accedía con invitación.

Elena jamás había atravesado aquel umbral.

En aquel momento se detuvo frente a la puerta cerrada y posó la mirada sobre la discreta placa de metal que había a su izquierda.

DEVERAUX ENTERPRISES, EST. EN 1701

La familia Deveraux podía rastrear sus raíces tantos años atrás que a veces a Elena le daba por pensar que sus ancestros debieron de empezar a llevar registros cuando reptaron fuera del caldo de la vida. Apretó los labios. Era una lástima que la otra rama de su familia no estuviese tan bien asentada. Como huérfana inmigrante criada en varios hogares de acogida a las afueras de París, Marguerite no había tenido historia familiar de la que hablar, nada salvo el vago recuerdo de su madre, de orígenes marroquíes.

Sin embargo, había sido hermosa, con la piel dorada y el pelo casi blanco. Y sus manos... manos talentosas, manos que obraban magia.

Elena jamás había logrado entender por qué se habían casado sus padres. El único de sus progenitores que podría habérselo contado estaba muerto, y el que aún vivía parecía haber olvidado que en su día había estado casado con una mujer llamada Marguerite, una mujer que hablaba con acento y reía lo bastante alto para disipar cualquier tipo de silencio.

Se preguntó si su padre pensaba alguna vez en Ariel y en Mirabelle o si también las había borrado de su mundo.

Los ojos de Ari clavados en los suyos mientras gritaba. La sangre de Belle sobre las baldosas del suelo de la cocina. Su pie descalzo resbalando sobre el líquido, la dureza contundente del suelo cuando cayó. Una humedad tibia contra la palma de su mano.

Una mano aferrando un corazón todavía palpitante.

Sacudió la cabeza en una violenta negativa mientras intentaba deshacerse de aquel batiburrillo de imágenes nauseabundas. Lo que había hecho Rafael... había sido otro

recordatorio de que no era humano, de que no se parecía en nada a un humano. Sin embargo, el Arcángel de Nueva York no era el monstruo al que ella había tenido que enfrentarse.

Alzó la mano, apretó el timbre y levantó la vista hacia la discreta cámara de seguridad que la gran mayoría de los ejecutivos no tenía. La puerta se abrió un instante después. No era Jeffrey quien se encontraba al otro lado. Elena no había esperado que lo fuera. Su padre era un hombre demasiado importante para abrir la puerta a la mayor de sus hijas vivas. Aunque hiciera diez largos años que no la veía.

—¿Señora Deveraux? —Una sonrisa superficial de una morena bajita—. Entre, por favor.

Elena se adentró en la estancia mientras se fijaba en el contraste entre la extrema palidez de la piel de la mujer y el sereno tono azul marino de su traje a medida. Era la personificación de la ayudante ejecutiva, y los únicos toques vistosos que llevaba eran el resplandeciente anillo de diamantes que lucía en el dedo corazón de la mano derecha y el cuello estilo mao de su chaqueta. Elena tomó una honda bocanada de aire y esbozó una sonrisa.

La espalda de la mujer se puso rígida.

—Soy Geraldine, la asistente personal del señor Deveraux.

—Yo soy Elena. —Estrechó la mano de la mujer y notó la frialdad de su palma—. Le sugiero que consiga que le receten hierro.

La expresión tranquila de Geraldine vaciló unos instantes.

—Me tomaré eso como un consejo.

—Hágalo. —Elena se preguntó si su padre conocía las actividades extracurriculares de su ayudante—. ¿Dónde está mi padre?

—Sígame, por favor. —Titubeó un momento—. Él no lo sabe. —No era una súplica, sino más bien una furiosa declaración pronunciada con el típico tono remilgado de las escuelas privadas.

—Oiga, lo que haga con su tiempo libre no le interesa a nadie salvo a usted. —Elena se encogió de hombros, con la mente llena de imágenes de Dmitri inclinándose sobre el cuello de la rubia, del hambre que apareció en los ojos del vampiro cuando le rebanó la garganta—. Solo espero que merezca la pena.

La otra mujer le dedicó una pequeña sonrisa íntima antes de guiar a Elena a través del vestíbulo.

—Créame, merece la pena. Es mucho mejor de lo que se imagina.

Elena lo dudaba, ya que recordaba a la perfección la sensación de la mano de Rafael sobre su pecho... poderosa, posesiva, más que peligrosa. Era una pena que no

pudiera olvidar que aquella mano también había atravesado las costillas de un hombre para arrancarle el corazón.

Geraldine se detuvo frente a una puerta de madera cerrada. Hizo un breve gesto afirmativo con la cabeza y luego se echó atrás.

—Pase, por favor. Su padre la está esperando.

—Gracias.

Elena colocó la mano sobre el picaporte.

Jeffrey Deveraux se encontraba junto a la chimenea, con las manos metidas en los bolsillos de un traje a rayas confeccionado a medida para ajustarse a su elevada estatura. Elena había heredado la estatura de su padre. Descalzo, Jeffrey medía algo más de un metro noventa... aunque, por supuesto, su padre nunca iba descalzo.

Los ojos gris claro se enfrentaron a los suyos con la gélida expectación de un halcón o un lobo. Su rostro era un compendio de líneas y ángulos abruptos; su cabello estaba peinado hacia atrás, lo que mostraba el marcado pico de viuda de su frente. La mayoría de los hombres tenían canas a su edad. Jeffrey había pasado del tono dorado aristocrático al más puro de los blancos. Le quedaba bien, ya que suavizaba un poco sus rasgos.

—Eleanor. —Terminó de limpiar sus gafas y volvió a ponérselas. La finísima montura rectangular bien podría haber sido un muro de veinticinco centímetros de espesor.

—Jeffrey.

La boca de él se tensó.

—No seas infantil. Soy tu padre.

Ella se encogió de hombros y adoptó, sin darse cuenta, una postura agresiva.

—Querías verme. Pues aquí estoy. —Las palabras sonaron furiosas. Diez años de independencia y nada más ver a su padre había vuelto a convertirse en la adolescente que se había pasado la vida mendigando su amor y había recibido una patada en las entrañas como recompensa a sus esfuerzos.

—Me decepcionas —dijo, impasible—. Esperaba que hubieras adquirido parte de los talentos sociales que muestran las compañías que frecuentas.

Ella frunció el ceño.

—Mis compañías son las de siempre. Has visto a Sara, la directora del Gremio, en varias ocasiones, y Ransom...

—Lo que hagan tus amigos cazadores —dijo con una mueca de desagrado—, no me interesa ni lo más mínimo.

—Yo no diría eso. —¿Por qué coño había ido a aquel lugar? ¿Solo porque él se lo había ordenado? Su única excusa era que la había desconcertado—. ¿Por qué los has sacado a relucir entonces?

—Yo me refería a los ángeles.

Elena parpadeó, aunque se preguntó por qué se sorprendía. Jeffrey poseía una parte de todos los negocios importantes de la ciudad, y no todos eran estrictamente

legales. No obstante, por supuesto, la habría desollado vida si ella se hubiera atrevido a insinuar que no era el más íntegro de los hombres.

—Te sorprendería saber lo que ellos consideran aceptable. —La justicia despiadada de Rafael, la hambrienta sexualidad de Michaela, las matanzas de Uram... nada de aquello encajaría con la idea que tenía su padre sobre los ángeles.

Él descartó sus palabras con un gesto de la mano, como si carecieran de importancia.

—Necesito hablar contigo sobre tu herencia.

Elena apretó los puños.

—Te refieres al depósito que «mi madre» dejó para mí, ¿no? —Podría haber muerto de hambre en las calles y a Jeffrey le habría dado lo mismo.

La piel se tensó sobre los pómulos de su padre.

—Supongo que la genética sí que importa.

Estuvo a punto de llamarle cabrón, pero por irónico que pareciera, fue la voz de su madre lo que la contuvo. Marguerite la había educado para respetar a su padre. Elena no podía hacer aquello, pero sí podía respetar el recuerdo de su madre.

—Menos mal —dijo, y dejó que él se tomara el insulto como le viniera en gana.

Jeffrey se volvió y se acercó al escritorio situado bajo las ventanas que había al otro lado de la estancia, aunque sus pasos quedaron amortiguados por la alfombra persa de color burdeos.

—El depósito pasó a tu disposición cuando cumpliste los veinticinco años.

—Entonces vas con un poco de retraso, ¿no crees?

Jeffrey cogió un sobre.

—Los abogados te enviaron una carta.

Elena recordó que había arrojado el sobre sin abrir a la papelera. Había supuesto que se trataba de un nuevo intento por obligarla a vender las acciones de la empresa familiar que había heredado... a través de su abuelo paterno, un hombre que parecía quererla de verdad.

—Hicieron un buen trabajo de seguimiento, según parece.

—No intentes culpar a otros de tu propia pereza. —Se acercó a ella y le colocó el sobre en la mano—. El dinero se ha depositado en una cuenta con rendimiento de intereses a tu nombre. Todos los detalles están ahí.

Ella no miró el sobre.

—¿Y por qué un trato tan personal?

Los ojos gris claro se entrecerraron por detrás de las gafas.

—Por desagradable que encuentre el trabajo que has elegido...

—No lo elegí —dijo ella con frialdad—, ¿recuerdas?

El silencio le advirtió que no volviera a sacar jamás a colación aquel sangriento día.

—Como iba diciendo, por más desagradable que encuentre tu profesión, he de admitir que te pone en contacto con gente muy poderosa.

A Elena se le revolvió el estómago. ¿Qué cojones se había esperado? Sabía que no significaba nada para su padre. Y, aun así, había ido a verlo. En lugar de arremeter contra él, como habría hecho de adolescente, mantuvo la boca cerrada, ya que deseaba saber con exactitud lo que esperaba de ella.

—Te encuentras en posición de ayudar a la familia. —Le dirigió una mirada más fría que el hielo—. Algo que jamás te has molestado en hacer.

Elena aplastó el sobre entre los dedos.

—Solo soy una cazadora —dijo, restregándole sus propias palabras—. ¿Qué te hace pensar que ellos me tratan mejor que tú?

Su padre ni se inmutó.

—Me han dicho que pasas mucho tiempo con Rafael, y que es posible que él se muestre abierto a tus sugerencias.

Elena se dijo que su padre no podía estar insinuando lo que ella creía que estaba insinuando. Estremecida, se enfrentó a su mirada.

—¿Estás dispuesto a prostituir a tu propia hija?

Su expresión no se alteró en lo más mínimo.

—No. Pero si ella lo está haciendo ya por cuenta propia, no veo motivos para no sacar cierto provecho.

Elena notó que se quedaba pálida. Sin mediar palabra, se dio la vuelta, abrió la puerta y salió del despacho. Cerró con fuerza tras ella. Un segundo después, oyó que algo se rompía, el ruido discordante provocado por un objeto de cristal que se hacía pedazos contra una pared de ladrillos. Se detuvo, desconcertada ante la idea de haber provocado semejante reacción en el siempre controlado Jeffrey Deveraux.

—¿Señora Deveraux? —Geraldine dobló la esquina a la carrera—. He oído... —La voz de la mujer estaba cargada de incertidumbre.

—Le sugiero que desaparezca durante un rato —dijo Elena, que salió de su estado de aturdimiento y se encaminó hacia la puerta. Lo más probable era que Jeffrey se hubiera encolerizado porque ella, a diferencia de los miembros de su panda de aduladores, se había atrevido a desafiarlo. Su mal humor no tenía nada que ver con el hecho de haber llamado puta a su hija a la cara—. Y Gerry... —Se volvió cuando llegó a la puerta—... asegúrese de que jamás lo descubra.

La ayudante asintió brevemente con la cabeza.

A Elena nunca la había alegrado tanto estar en medio del ruido de la ciudad como aquel día. Sin mirar la puerta que tenía a la espalda, bajó los escalones de la entrada y se alejó del hombre que había contribuido a su existencia con su esperma. Apretó la mano una vez más y recordó el sobre. Tras obligarse a calmarse lo suficiente como para poder pensar, abrió el sobre y sacó la carta. Aquel era el legado que le había dejado su madre, y se negaba a permitir que Jeffrey lo ensuciara.

La suma de dinero era pequeña si se tenía en cuenta el contexto: la propiedad de Marguerite había sido dividida en partes iguales entre las dos hermanas que aún vivían y ella, y consistía en el dinero que había obtenido de la venta de sus extraordinarios edredones hechos a mano. Su madre jamás lo había necesitado, ya que Jeffrey había insistido en otorgarle una enorme asignación.

Risa de hombre. Manos fuertes arrojándola al aire.

Elena se tambaleó bajo el impacto del recuerdo, pero luego se deshizo de él: no era nada más que una vana ilusión. Su padre siempre había sido un amante de la disciplina severa que no sabía perdonar. Sin embargo, tenía que admitir que aquel hombre había sentido «algo» por su esposa parisina: algo que quedaba demostrado por aquella enorme asignación y por las joyas que le había regalado a la menor oportunidad. ¿Adónde habían ido a parar todos aquellos tesoros? ¿Los tenía Beth?

A Elena le importaba un comino su valor monetario, pero le habría gustado tener alguna de aquellas cosas que una vez habían pertenecido a su madre. Lo único que sabía era que había regresado un verano del internado y había descubierto que todo rastro de Marguerite, de Mirabelle y de Ariel había desaparecido de la casa... incluyendo el edredón que Elena había guardado como un tesoro desde el día de su quinto cumpleaños. Era como si su madre y sus hermanas mayores solo hubieran sido un producto de su imaginación.

Alguien le dio un golpe en el hombro.

—¡Oiga, señorita! ¡Apártese del puto camino! —El estudiante se volvió para mostrarle el dedo corazón en un gesto grosero.

Ella le devolvió el gesto de manera automática, contenta de que el tipo hubiera roto su parálisis. Echó un rápido vistazo al reloj y descubrió que todavía tenía algo de tiempo. Decidida a encargarse de aquel asunto de inmediato, se dirigió a la sucursal bancaria que se especificaba en la carta. Por suerte, estaba bastante cerca.

Había acabado con el papeleo y se disponía a marcharse cuando el director del banco dijo:

—¿Le gustaría ver el contenido de la caja de seguridad, señora Deveraux?

Ella contempló su rostro regordete, consecuencia, sin duda, del exceso de comida y poco ejercicio.

—¿Una caja de seguridad?

El tipo asintió y se estiró la corbata.

—Así es.

—¿No necesito una llave y... —frunció el ceño—... una tarjeta de acceso con mi firma? —Sabía aquellas cosas solo porque había tenido que aprenderlas durante una caza particularmente complicada.

—Por lo general, sí. —Se estiró la corbata por segunda vez—. Pero la suya es una situación algo inusual.

Traducción: su padre había tirado de un cierto número de cuerdas por no se sabía qué razones.

—De acuerdo.

Cinco minutos después, había registrado su firma y tenía una llave en la mano.

—Si hace el favor de seguirme hasta la cámara acorazada... Aquí utilizamos un sistema dual. Yo tengo la llave de la cámara; usted tiene la llave de la caja de seguridad. —El director del banco dobló una esquina y la condujo a través de los silenciosos confines del edificio antiguo hasta la parte trasera.

Las cajas de seguridad estaban ocultas tras varias puertas electrónicas que resultaban incongruentes en el interior de semejante edificio histórico.

Elena.

Sabía que no se había imaginado aquel oscuro susurro.

—Vete.

El hombre al que seguía le dirigió una mirada sorprendida por encima del hombro. Ella fingió estar absorta en sus uñas.

Llegas tarde.

Elena entornó los párpados, apretó los dientes y se preguntó si merecía la pena acabar con dolor de cabeza para mantener al arcángel alejado de su mente.

Habrà un coche esperándote cuando salgas del banco.

Se detuvo y clavó la vista en la parte posterior de la chaqueta del director. Podía oler su miedo.

—¿A quién ha llamado hace unos minutos?

Cuando la miró, los ojos del hombre eran como los de un conejito asustado.

—A nadie, señora Deveraux.

Elena esbozó una sonrisa que decía a las claras que la había cabreado muchísimo.

—Enséñeme la caja.

Sorprendido sin duda por el indulto, el hombre hizo lo que le había ordenado. Ella esperó hasta que hubo colocado la larga caja metálica sobre una mesa antes de despedirlo con un gesto de la mano. Aquel tipo no era nada, una hormiga en el ejército de Rafael.

Ya a solas, clavó la mirada en la pared que tenía frente a ella.

—¿Rafael?

Nada.

Apretó los labios con fuerza, abrió el cerrojo de la caja y retiró la tapadera, esperando... ni siquiera sabía qué esperaba, pero desde luego no lo que encontró. Cajas de joyas, cartas atadas con lazos, fotos, un recibo de una pequeña taquilla de seguridad... Encima de todo aquello había un cuaderno con tapas de cuero negro ribeteadas en oro. Extendió el dedo para acariciarlo, pero lo apartó de repente y cerró la caja de golpe. No podía hacer aquello. Aquel día no. Llamó al director después de cerrarla con llave de nuevo y le pidió que volviera a colocar la caja en el lugar que ocupaba en la cámara.

—¿Cuánto tiempo lleva esto aquí?

El hombre echó un vistazo al documento que tenía en la mano.

—Al parecer, la cuenta se abrió hace casi quince años.

Elena le quitó el documento de las manos antes de que él pudiera detenerla y contempló la firma que había al pie de la primera página: JEFFREY PARKER DEVERAUX.

Quince años atrás. El verano en que él había borrado a su madre y a sus hermanas mayores de la faz de la tierra. No obstante, aquella caja contaba una historia muy distinta. ¡Maldito fuera! Tras devolverle los papeles al director, recorrió a grandes pasos la adinerada opulencia del recinto del banco y se dirigió hacia las enormes puertas de cristal, que el guarda de seguridad se apresuró a abrirle.

—Gracias.

La sonrisa del hombre se convirtió en una mueca estupefacta segundos después. Elena siguió la dirección de su mirada y descubrió a un hombre extraordinariamente hermoso con alas azules apoyado con indolencia contra una farola que había al lado de la calle. El tráfico había desaparecido en esa parte de la calle, pero la otra estaba tan llena que parecía que toda la población de Nueva York hubiese decidido pasarse por allí.

Elena bajó a la acera.

—Illum.

—A tu servicio. —Señaló con la mano el Ferrari que había tras él. Era rojo

brillante. Por supuesto.

Ella enarcó una ceja.

—¿Cómo consigues meter las alas dentro?

—Por desgracia, yo solo puedo mirar. —Le arrojó las llaves.

Elena las cogió por un acto reflejo, pero luego frunció el ceño.

—¿De quién es ese coche de un millón de dólares y por qué te lo ha prestado?

—De Dmitri. Y porque sí.

La respuesta estuvo a punto de arrancarle una risotada, y eso sí que no lo habría imaginado.

—¿Y el mapa?

Los ojos del ángel (de un color dorado brillante y vívido que contrastaba con su cabello negro azulado) se clavaron en el coche.

—En la guantera.

Aunque le apetecía un montón fastidiar a Dmitri cogiendo su apreciado cochecito para darse una vuelta...

—Necesito un vehículo que no llame la atención.

—Hay un garaje subterráneo a dos manzanas al este. Entra y elige. —Se apartó de la farola y extendió las alas.

—¿Te estás exhibiendo?

—*Oui, oui.* —Una sonrisa llena de puro encanto masculino.

—¿El cabello es auténtico?

Un gesto afirmativo con la cabeza.

—Y también los ojos, por si acaso te lo preguntabas. —Otra sonrisa provocadora.

Elena se fijó en una pluma que había caído sobre la acera.

—Causarás un alboroto si no recoges eso.

Illium siguió su mirada.

—La recogeré y la dejaré caer desde lo alto. A alguna persona le parecerá mágica.

Elena soltó un resoplido, aunque la había conmovido la idea. Abrió el coche y entró. Al otro lado de la calle, las cámaras de los teléfonos móviles seguían disparándose a toda velocidad. Puso los ojos en blanco.

—Lárgate de aquí antes de que te asalten.

—Puede que parezca hermoso, Elena, pero soy bastante peligroso. —Un ligero acento británico se coló en sus palabras.

—Eso —dijo ella— nunca lo he dudado. —Puso el motor en marcha y se alejó con el coche, consciente de que Illium había alzado el vuelo. Tal vez fuera peligroso, pero no era un arcángel. ¿Y en qué coño estaba pensando Rafael cuando le envió

semejante...?

Lo sabía.

Sabía por qué la había convocado Jeffrey, por qué se había dignado por fin dirigirle la palabra a una hija a la que tenía en menos estima que a la basura de la calle.

No solo lo sabía... También había calculado con bastante precisión cuál sería su reacción.

Y le había proporcionado la mejor y más perfecta venganza posible. Empezó a sonreír. Los ángeles consideraban a la indeseable hija de Jeffrey Deveraux lo bastante importante para proporcionarle una escolta angelical de lo más rimbombante, y le sorprendería que hubiera alguien en el estado que no se hubiera enterado ya de aquello.

Su teléfono empezó a sonar.

Se encontraba parada en un semáforo, así que lo cogió.

—Sara, tienes unos oídos kilométricos.

—Y tú estás en compañía de un ángel que, según he oído, parece salido del territorio de los sueños más húmedos.

—Todos son guapísimos. —Pero eso no bastaba. No para ella.

—Pero no todos tienen alas azules con toques plateados.

—¿Lo has visto en la televisión?

—Imágenes procedentes de las cámaras de los teléfonos móviles. No es habitual ver a los ángeles paseándose por las calles. —Exhaló un suspiro—. Tenía ciertos informes que atestiguaban la presencia de este en la ciudad, pero ninguna fotografía tan cercana hasta ahora. Es bastante guapetón... Podría darle un mordisquito en ese duro...

Elena se echó a reír.

—Cálmate, chica... Eres una mujer casada, ¿lo recuerdas?

—Mmm... Hablando de darle algún mordisquito a algo. Deacon...

—¡Demasiada información! —El semáforo se había puesto en verde—. Te llamaré dentro de unos minutos.

Estaba a punto de girar hacia el garaje cuando una pluma azul cayó sobre su regazo. Sus labios se curvaron en una sonrisa, pero ya era demasiado tarde para mirar hacia arriba. Después de meter el coche en el garaje, lo detuvo al lado de la figura inmóvil del vampiro que la había llevado a casa de Rafael. Llevaba las gafas de sol, a pesar de la oscuridad que reinaba allí abajo. Supuso que si tuviera unos ojos como los suyos, también ella llevaría gafas de sol.

Salió del coche, se quitó la coleta y se colocó a toda prisa la pluma de Illium por

encima de la oreja.

—Si Campanilla no tiene cuidado —murmuró el vampiro—, volverá a perder las plumas.

En cuanto terminó de rehacerse la coleta, Elena cogió el mapa y señaló con la cabeza el sedán de modelo antiguo que había tras él.

—¿Las llaves? —Le arrojó las del Ferrari.

—Están puestas en el contacto. —El vampiro se guardó las llaves en el bolsillo y dejó de apoyarse contra la puerta del pasajero—. Rafael quiere que te pongas en contacto con él cada diez minutos.

—Dile al jefe que lo llamaré en cuanto tenga algo de lo que informar, Víbora.

El tipo se colocó las gafas sobre la cabeza para mostrarle sus espeluznantes ojos en todo su esplendor.

—Prefiero que me llamen Veneno.

Elena arqueó una ceja.

—Me tomas el pelo.

—Es mejor que un nombre afeminado como Illium. ¿Qué coño significa Illium? —Una sonrisa malévola mostró un colmillo.

Todo en él era deliberado, muy deliberado, pensó Elena. A pesar de su dicción moderna e impecable, Veneno era demasiado viejo para cometer errores.

—¿Lo eres?

—¿Si soy qué?

—Venenoso.

Mostró otra sonrisa salvaje. Rozó la punta del colmillo con la lengua y, cuando la apartó, Elena pudo ver una perla de líquido dorado.

—Ponme a prueba y lo comprobarás.

—Tal vez más tarde, si logro sobrevivir a Michaela.

El tipo se echó a reír, una risa que hizo que una mujer que salía del ascensor al otro extremo del garaje dejara caer su bolso y lo mirara boquiabierta. Veneno pareció no darse cuenta, ya que tenía la mirada clavada en Elena. Alzó el brazo y volvió a colocarse las gafas de sol.

—Nadie sobrevive a la Suma Sacerdotisa de Bizancio.

A Elena se le puso la carne de gallina al darse cuenta de la antigüedad que implicaba aquel título. Sin responder, abrió la puerta del sedán, se subió al vehículo... y bajó todas las ventanillas. Cuando se alejaba, vio que Veneno caminaba hacia la mujer del ascensor.

Llevaba conduciendo diez minutos cuando se dio cuenta de que había olvidado llamar a Sara. Vio una zona de carga desocupada, aparcó el coche y marcó el número.

Su amiga cogió el teléfono a la primera señal.

—Los rumores están que arden. Ahora dicen que el ángel azul salió volando contigo en brazos.

—Los ángeles no ensucian su buen nombre llevando a mortales. —Excepto cuando querían que dicho mortal llegase a un lugar de inmediato—. ¿Alguna otra cosa que deba saber?

—Chicas desaparecidas: quince en la pasada semana. —Su voz era ya la de la directora del Gremio—. Coge a ese cabrón, Ellie.

—Lo haré. —¿Quince? ¿Dónde demonios estaban los siete cadáveres que faltaban?—. ¿Existe alguna secuencia temporal?

—¿No tienes eso ya?

—No. —Así que o bien los ángeles no lo sabían todo, o bien la mantenían a oscuras. Apretó el teléfono entre los dedos—. Cuéntame.

—No tengo mucho que contarte. Un grupo desapareció hace dos días, al parecer la misma noche. El segundo grupo desapareció anoche, quizá cerca ya del amanecer.

—Gracias, Sara. Dale un beso a Zoe de mi parte.

—¿Estás bien? —Había preocupación en cada palabra—. Te lo juro, Ellie, una palabra tuya y encontraremos la forma de sacarte de esto.

Elena sabía que lo harían. El Gremio había sobrevivido durante siglos porque estaba basado en un esqueleto de lealtad absoluta.

—Estoy bien. Tengo que atrapar a ese tío.

—Vale. Pero si la cosa se pone demasiado peliaguda, recuerda que estamos aquí, a tu lado.

—Lo sé. —Se le hizo un nudo en la garganta. Y Sara lo supo, porque su siguiente comentario fue para hacerla reír.

—Ya sabes lo escalofriante que es Ashwini. Ha llamado hace una hora para decirme que se había hecho con un alijo secreto de lanzagranadas portátiles y que le pareció que yo querría saberlo. Mi respuesta fue: «¿De qué cojones me estás hablando?».

—Como de costumbre con Ash —dijo Elena, partida de risa.

—Pero ya sabes... —continuó Sara—, esas malditas cosas podrían sernos útiles para quién sabe qué. Recuerda, Ellie. Una palabra tuya. Es todo lo que necesitamos.

—Gracias, Sara. —Colgó antes de rendirse al impulso de decir demasiado. Luego respiró hondo, volvió a poner el coche en marcha y se dirigió hacia la Torre del Arcángel.

Como era de esperar, Michaela había pasado la mayor parte del tiempo en su casa o en los alrededores de la Torre, aunque había hecho alguna parada ocasional en ciertas tiendas de lujo.

Elena esperaba en un cruce para salir de la avenida principal con la intención de cambiar de sentido cuando lo percibió.

Un olor ácido teñido de sangre.

Frenó en seco, salió del coche ignorando las increpaciones del taxista que tenía detrás y realizó un cuidadoso giro de trescientos sesenta grados. Allí estaba. Volvió a meterse en el coche, aparcó en doble fila y salió. Ahora que tenía la esencia, sería mucho más eficiente a pie.

Intensa, oscura, achocolatada. Pecaminosa. Seductora.

Se detuvo para olisquear el aire.

—Dmitri. —O bien el vampiro había pasado por allí, o bien se encontraba en los alrededores. Si hubiera sido cualquier otro vampiro, le habría dado igual, ya que habría podido distinguir los aromas. Sin embargo, la presencia de Dmitri era demasiado fuerte, y si se unía al hecho de que el rastro de Uram era más antiguo...—. Mierda. —Sacó el teléfono y llamó a Rafael.

—Elena.

Su sangre se incendió al oír el sonido de aquella voz: sexo y hielo, placer y dolor.

—La esencia de Dmitri está interfiriendo con mi rastro.

—¿Has encontrado señales de Uram?

—Sí. ¿Puedes sacar a Dmitri de aquí?

Una pausa.

—Ya se marcha.

—Gracias. —Finalizó la llamada. Si hubiera aguantado más, aquella voz se habría colado en su alma y se habría instalado allí. Puesto que no pensaba permitirlo, Elena alejó aquellos pensamientos, se concentró y comenzó a buscar de nuevo.

La esencia de Dmitri se disipaba a toda velocidad. A menos que pudiera correr muy rápido, estaba claro que tenía un vehículo. A ella le daba lo mismo. Lo único que le importaba era que había perdido el rastro... No, allí estaba. Giró a la izquierda y empezó a correr.

Había dejado atrás cinco bloques de edificios cuando algo le hizo levantar la vista. El cielo, que poco antes había estado despejado, comenzaba a ponerse gris y estaba

lleno de nubes. No obstante, vio un relampagueo azul, una imagen que desapareció en un instante. Illium. ¿Estaba haciendo de guardaespaldas? Elena se desentendió del asunto y llegó a un punto muerto en una zona que parecía residencial en su mayor parte, aunque pudo ver una tienda de ultramarinos situada entre dos edificios de apartamentos.

El tráfico peatonal era mucho menos denso que en la zona de tiendas que había dejado atrás, pero aun así, era constante. Atrajo unas cuantas miradas nerviosas, y fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía una de sus grandes dagas arrojadizas en la mano.

—Señora... —dijo una voz temblorosa.

No se dio la vuelta.

—Estoy de caza, oficial. Mi tarjeta del Gremio está en mi bolsillo trasero izquierdo. —Los cazadores tenían permiso para llevar todo tipo de armas. Y ella jamás iba a ningún sitio sin ellas.

—Ah...

Le mostró la mano izquierda vacía.

—Voy a cogerla, ¿vale? —Percibió un olor ácido en el aire. Sangre densa y oscura. ¡Joder, joder! Tenía que seguir aquel rastro, y no perder el tiempo con un polinovato que no sabía lo suficiente sobre los cazadores para estar en la calle. ¿Qué coño les enseñaban en la Academia de Policía hoy en día?

Se oyó el grito de una mujer que había por delante de ella y luego un relampagueo azul que barrió la calle. Elena observó al policía, descubrió que él miraba hacia arriba embobado y echó a correr. Sabía que no iría tras ella. Había visto la expresión de su cara. Shock angelical. Aproximadamente un cinco por ciento de la población nacía con susceptibilidad a aquel fenómeno. Según tenía entendido, habían creado una medicación para combatir aquel efecto, pero la mayoría de la gente no quería ser «curada».

«Cuando veo un ángel, veo perfección», había declarado un hombre en un documental recientemente. «El efímero instante de tiempo en el que quedo atrapado por su magia, la vida real deja de existir y el paraíso queda a mi alcance. ¿Por qué iba a renunciar a eso?»

Por un breve y doloroso momento, Elena había envidiado a los que sufrían el shock angelical. Ella había perdido la inocencia, la fe en un protector celestial, dieciocho años atrás. Sin embargo, cuando la cámara mostró una imagen del interlocutor en fase de shock, le habían entrado ganas de vomitar. Pura adoración, éxtasis y fascinación. Una devoción que convertía a los ángeles en dioses.

No, gracias.

Diez minutos después, la esencia era un dolor en su garganta, una capa de sarro en su lengua. Miró a su alrededor y descubrió que se encontraba en una de las zonas ricas de la ciudad, al este de Central Park. Era una zona muy, muy adinerada, comprendió al ver los elegantes edificios. Allí no había ningún enorme complejo de apartamentos. Tras un instante de pausa, la encontró; descubrió la localización. Después de decidir que Rafael se encargaría de solucionar las cosas si alguien la veía, trepó por las puertas de hierro forjado de la verja y aterrizó frente a un chalet individual. Descubrió un sendero estrecho a su derecha, y lo siguió para dar un rodeo por la parte posterior.

—Un parque privado. —Asombroso. No sabía que existiera algo así en Manhattan. La zona rectangular de hierba verde estaba bordeada en cada uno de sus lados por chalets similares, todos con un vago estilo europeo. Frunció el ceño y tocó la pared del que tenía más cerca, pero no percibió nada antiguo o viejo. Imitaciones, pensó con cierta decepción. Algún promotor había adquirido una carísima zona de terreno, había creado un complejo ajardinado de estilo inglés y se había forrado.

Los ángeles tenían dinero para aburrir, pensó.

Y la esencia era muy intensa en aquel lugar... pero no era fresca.

—Estuvo aquí, pero ya se ha marchado.

—¿Estás segura?

Dio un respingo, cuchillo en mano, y descubrió que Rafael estaba a su lado.

—¿De dónde coño has sal...? ¿Glamour?

Él no respondió a su pregunta.

—¿Dónde estaba Uram?

—En la casa, creo —replicó mientras intentaba aplacar los latidos acelerados de su corazón. También tuvo que contener el impulso de clavarle el cuchillo en el corazón por haberle hecho algo así—. Creí que no te mostrabas en público.

—No me ve nadie. —Clavó la mirada en su cabello—. Todo el mundo está demasiado ocupado admirando las acrobacias de Illium.

Elena pasó por alto la expresión posesiva que había aparecido en sus ojos.

—Tenemos que entrar en la casa. —Pasó a su lado y estaba a punto de dirigirse hacia la puerta trasera cuando él le agarró el brazo.

Elena se quedó quieta, preparada para alejarlo de un empujón, pero se dio cuenta de que solo quería quitarle la pluma azul del pelo.

—Vale, muy bien... —murmuró—. ¿Ya estás contento?

Rafael aplastó la pluma entre sus dedos.

—No, Elena, no lo estoy. —Abrió la mano y un brillante polvo azulado flotó hasta

el suelo.

Ella decidió no preguntarle cómo había hecho aquello.

—¿Te importaría que hiciéramos un pequeño allanamiento de morada?

—Veneno me ha dicho que dentro no hay latidos de corazón.

A Elena se le revolvió el estómago.

—¿Muerte? ¿Detecta el olor de la muerte?

—Sí. —Le soltó el brazo y empezó a caminar por delante de ella.

Elena echó un vistazo a la parte lateral de la casa y a la calle y descubrió a Veneno, inmóvil junto a la puerta cerrada (aunque ya no con llave) de la verja. Satisfecha al saber que él impediría que alguien los interrumpiera, siguió a Rafael hasta la puerta.

—Espera —dijo cuando el arcángel puso la mano sobre el picaporte—. Podríamos hacer saltar la alarma y llamar la atención.

—Ya nos hemos encargado de eso.

Elena recordó lo rápido que podían moverse algunos vampiros.

—¿Veneno?

Un breve asentimiento de cabeza.

—Es experto en esas cosas.

—¿Por qué no me sorprende? —murmuró ella, que tuvo que reprimir una arcada al percibir la esencia que emanaba de la casa—. Ufff...

Rafael abrió la puerta de par en par.

—Vamos, Elena. —Le ofreció la mano.

Ella la miró fijamente.

—Soy una cazadora. —Sin embargo, rodeó aquellos dedos con los suyos. Algunas pesadillas eran demasiado horribles para enfrentarse sola a ellas.

Atravesaron el umbral juntos, ya que las alas de Rafael pasaron sin problemas por el vano de la puerta.

—Ha sido construida para un ángel —señaló Elena al fijarse en el amplio diseño. No había paredes divisorias en toda la planta baja. La alfombra del salón era una de aquellas imágenes de Rorschach en rojo sobre blanco.

Debería haber visto una violenta explosión de color, pero en lugar de aquello había una extraña mezcla de grises sin forma, ya que las cortinas estaban corridas y la penumbra del lugar estaba cargada de sombras que parecían amortiguar los sonidos... y amplificar todo lo demás.

Decadencia. Acidez. Sexo.

Los sabores se mezclaron en su lengua, amenazando con hacerla vomitar.

—Practicó sexo con ellas.

Rafael contempló los cuerpos colgados de las vigas con un fuego azul en los ojos.

—¿Estás segura?

—Puedo olerlo. —Aunque la esencia de los vampiros era la única que podía rastrear, su sentido del olfato era mucho mejor que el de cualquier humano. Y, según parecía, mejor que el de un arcángel.

—No hay sangre.

Elena se fijó en las manchas de la alfombra.

—¿Y cómo lo llamarías a eso? —No pensaba volver a mirar hacia arriba, se dijo; no quería añadir más imágenes horribles a la lista que se había grabado a fuego en su cerebro.

Extremidades colgadas meciéndose al compás de la corriente creada por el aire acondicionado. Rostros atrapados en un rictus de terror. Piel pálida abierta en canal. Labios azulados. Cabello utilizado como nudo corredizo.

Rafael le apretó la mano para apartarla del tentador borde del abismo.

—No tomó su sangre. Las heridas son brutales, pero no hay ninguna señal de que se alimentara.

Elena sabía que ningún forense verificaría sus descubrimientos. Si quería tener alguna posibilidad de encontrar y detener a Uram, tendría que mirar, tendría que asegurarse. Era su trabajo.

—Bájalas de ahí. —Su voz era ronca—. Necesito ver sus heridas de cerca.

Él le soltó la mano.

—Déjame tu daga.

Elena la colocó en la palma de su mano y lo siguió con la mirada mientras caminaba hacia la explosión carmesí del salón con las alas ligeramente extendidas para que no le arrastraran por el suelo. Instantes después alzó el vuelo con una poderosa sacudida de las alas y creó una corriente de aire.

Los cadáveres se balancearon.

Elena corrió hacia la puerta y salió al jardín, donde empezó a echar todo lo que había comido por segunda vez aquel día. Su estómago se contrajo dolorosamente incluso después de haberse vaciado, y cuando alguien le ofreció la boquilla de una manguera, la cogió como si se tratara de un salvavidas, se lavó la boca y se humedeció la cara antes de engullir el agua con sabor a plástico como si fuera el más delicioso de los néctares.

—Gracias. —Soltó la manguera y levantó la vista.

Veneno sonrió. Era una sonrisa lánguida y burlona.

—Una cazadora grande y fuerte que se asusta al ver un poco de sangre. —Cerró el

grifo—. Mis ilusiones se han hecho añicos.

—Pobrecito... —dijo ella mientras se pasaba una mano por la cara.

El vampiro le enseñó los dientes, blanquísimos en contraste con su exótico rostro.

—¿Te sientes mejor? —La pregunta no era sincera ni por asomo.

—Muérdeme el culo. —Le dio la espalda y se obligó a dar los pasos que la llevarían de nuevo hacia el matadero.

—Eso pienso hacer. —Se trataba de un comentario lleno de segundas intenciones—. El culo y todo lo demás.

Elena lanzó una daga en su dirección sin mirar, y tuvo la satisfacción de oír cómo soltaba un juramento cuando él la cogió por el lado equivocado y la hoja le abrió un corte en la palma de la mano. Una vez que recuperó las fuerzas, volvió a atravesar el umbral.

Rafael estaba en el salón, dejando el último de los cuerpos sobre la alfombra. Sujetaba a la mujer con delicadeza, acurrucada contra su pecho. Cuando la dejó de espaldas al final de la fila de cadáveres, Elena tragó saliva y se acercó a él.

—Lo siento. —No dio explicación alguna; no podía contarle la verdad. No en aquel tema.

Él levantó la mirada.

—No lo sientas. Es un privilegio sentir horror.

Eso la intrigó.

—¿Tú no lo sientes?

—Muy poco. —Una oscuridad arcana barrió su rostro—. He presenciado demasiada maldad, tanta que incluso la pérdida de inocencia apenas logra conmoverme.

Semejante falta de humanidad hizo que a Elena se le encogiera el corazón.

—Háblame de ello —dijo al tiempo que se arrodillaba—. Cuéntame los horrores que has visto para que yo pueda olvidarme de esto.

—No. Tú ya tienes demasiadas pesadillas en la cabeza. —Rafael se enfrentó a su mirada—. Venga, rastrea a Uram. Esto puede esperar.

A sabiendas de que él tenía razón, salió al exterior y pasó los diez minutos siguientes intentando descubrir la ruta de escape de Uram. Regresó a la casa con la frustración reconcomiéndole las entrañas.

—Salió de aquí volando.

Rafael señaló los cadáveres con un gesto de la cabeza.

—En ese caso, tendremos que examinar los cuerpos para ver si pueden decirnos algo.

Elena hizo un breve gesto afirmativo y se arrodilló junto al primer cadáver.

—A esta la abrieron desde el cuello hasta el ombligo con una hoja desafilada. — Los órganos internos de la chica ya no estaban en su cuerpo—. ¿Has encontrado lo que falta?

—Sí. Hay... una colección en el rincón que tienes a la espalda.

Elena sintió una nueva arcada, pero apretó los dientes y siguió adelante.

—No hay marcas de mordiscos, ni señales de que la abriera con algo distinto a un cuchillo. —Cuando pasó al siguiente cadáver, se dio cuenta de que no se había fijado en el rostro de la chica. Y eso era un error. Uram podría haber tomado la sangre de su boca. Una vez había visto un cuerpo al que habían dejado seco mediante un beso.

Con un espasmo doloroso en el estómago, se dispuso a examinar el rostro, pero se detuvo.

—Necesito guantes.

—Dime lo que necesitas ver. —Las alas de Rafael bloquearon su campo de visión cuando él se colocó al otro lado del cadáver.

—No seas estúpido —murmuró ella, que le apartó la mano al ver que pensaba tocar el cadáver. Había olvidado que había sido él quien lo había descolgado—. Podría estar infectada con algún virus humano, o quizá Uram la haya infectado con lo mismo que temías que tuviera la superviviente.

Los ojos azules se clavaron en los suyos.

—Soy inmortal, Elena. —Un sutil recordatorio que la aplastó con la fuerza de un martillazo. Por supuesto que era inmortal. ¿Cómo era posible que lo hubiera olvidado?

—La boca —dijo al tiempo que apartaba la mirada de aquellos rasgos que no podían pertenecer a ningún mortal, por más agraciado que este fuera—. Ábrele la boca.

Rafael hizo lo que le había pedido con meticulosa eficiencia. Por suerte, el rigor había pasado y no fue necesario que le partiera la mandíbula a la chica, aunque Elena sabía que para él habría sido un juego de niños hacerlo. Sacó una pequeña linterna de uno de los bolsillos laterales de sus pantalones e iluminó el interior de la boca de la mujer.

—No hay mordiscos.

Examinaron los demás cadáveres con precisión metódica. Todos habían sido desgarrados con un cuchillo, aunque algunos con más piedad que otros. La primera víctima estaba viva cuando le arrancaron las entrañas; la última, ya estaba muerta.

—No hay marcas de mordiscos, pero eso no significa que Uram no succionara la

sangre de las heridas. —O de las entrañas.

—Tomar la sangre con los colmillos forma parte del placer.

—En ese caso, está claro que no se alimentó. —Solo las torturó.

—Un nacido a la sangre no habría sido capaz de resistir la necesidad de alimentarse.

Las piezas encajaban.

—Primero hizo esto. Las chicas del almacén vinieron después. —El aire acondicionado había impedido que los cadáveres se pudrieran, pero en cuanto se fijó bien, descubrió varios signos que indicaban que los asesinatos habían tenido lugar al menos un día antes, probablemente dos: el color de la sangre seca de las paredes, la falta de rigor mortis, las livideces que habían aparecido en los cuerpos de las chicas cuando la sangre descendió por acción de la gravedad...

Todos los cazadores debían seguir un curso en el que aprendían los signos generales de la muerte, ya que a menudo eran los primeros en descubrir a las víctimas de un vampiro. En aquel momento, Elena apretó uno de los cardenales y vio que no había ningún cambio en la decoloración: la piel no palideció para después llenarse de sangre. Las livideces cadavéricas se habían fijado.

—Estas chicas solo fueron su grupo de prácticas.

—Pero aun así, has seguido su esencia hasta aquí.

Elena comenzó a mecerse sobre los talones mientras contemplaba la única mancha de sangre que no encajaba en la secuencia temporal: la que había en la alfombra. Estaba demasiado fresca.

—Tienes razón. ¡Ese cabrón regresó a admirar su obra!

—Pondré vigilantes en la zona. —Rafael se puso en pie a su lado. Tenía las yemas de los dedos salpicadas de sangre y la ropa manchada allí donde había rozado los cadáveres.

Aquello hizo que Elena recordara la última vez que lo había visto, con el puño ensangrentado sujetando un corazón palpitante.

Sin embargo, por algún motivo, aquello ya no le parecía tan aterrador. No después de lo que acababa de ver. Uram había jugado con sus víctimas... como un gato que jugara con un ratón sin la intención de comérselo, solo para atormentarlo. Podrían decirse muchas cosas del Arcángel de Nueva York (que era despiadado, brutal y mortífero), pero no torturaba por simple placer. Todo lo que Rafael hacía tenía un propósito. Aunque aquel propósito fuera aterrorizar a la gente para que no se atrevieran a traicionarlo.

Elena empezó a hablar cuando él se dirigió a la cocina para lavarse las manos.

—No creo que vaya a regresar: volvió después de la matanza del almacén, quizá para regodearse o para descansar, pero mira esto... —Señaló con la punta del pie un cuenco que había rodado hasta quedar bajo una mesa—. Arrojó esto al suelo... seguramente después de comprobar que la sangre que había reservado no lo satisfacía.

—Este fue su lugar de recreo, pero se dio cuenta de que prefería jugar con seres vivos.

—Sí, ahora quiere carne fresca. —Las palabras sonaron frías, pero debía mantenerse en aquel nivel. Si se permitía sentir algo...

Rafael asintió con la cabeza.

—¿Crees que volverá a alimentarse esta noche?

—Aun en el caso de que se encuentre en un estado de sed de sangre permanente... —Y aquella era una aterradora posibilidad que no quería ni plantearse—, yo diría que es improbable, dado el atracón que se dio en el almacén.

Fue entonces cuando la lluvia comenzó a caer fuera, como si alguien hubiera abierto un grifo enorme.

—¡Mierda! —Elena corrió hasta la puerta—. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Rafael se limitó a contemplar su rabieta antes de formular su pregunta.

—¿No habías dicho que Uram salió de aquí volando?

—Sí, pero todas las marcas de esencia como las que me trajeron hasta aquí van a desaparecer. ¡Será como si lo hubieran borrado de la ciudad! —Soltó un grito—. La lluvia es una de las pocas cosas capaz de arruinar un rastro de esa manera; los vampiros que saben lo que hacen huyen hacia las zonas más húmedas de la tierra. —Le entraron ganas de asesinar a los dioses de la lluvia, pero se conformó con darle una patada a la encimera—. ¡Joder! ¡Eso me ha dolido!

Rafael señaló la puerta de entrada.

—Encárgate de todo.

A Elena no le hizo falta darse la vuelta para saber que Dmitri ya había llegado. Su esencia la envolvió como un maldito abrigo.

—Deja de hacerme eso, vampiro, o te juro que te atravesaré el corazón con tu propia pierna.

—No estoy haciendo nada, Elena.

Ella le echó un vistazo por encima del hombro, vio las líneas tensas de su rostro y supo que no le estaba tomando el pelo.

—Esta sí que es buena... Tengo los cables cruzados... Demasiada adrenalina. Voy a sufrir un colapso. —Sus habilidades siempre se agudizaban antes de colapsarse—. Será mejor que lo deje y cierre los ojos durante unas horas. —No había dormido más de una hora o dos la noche anterior, y aquel maldito sillón era muy incómodo—. No podré percibir nada ahora que Uram se ha trasladado de nuevo. —Hasta que volviera a matar—. ¿Estás vigilando a Michaela? —le preguntó a Rafael—. Tal vez ella sea nuestra mejor forma de atraparlo.

—Michaela es una arcángel —le recordó Rafael—. Amplificar sus habilidades con las mías sería como decir que la considero débil.

—¿Ella se ha negado? —Elena sacudió la cabeza—. En ese caso, espero que tenga buenos escoltas y que tú tengas buenos espías. —Cabreada con la arrogancia de los ángeles, con la lluvia y con todo el maldito universo, salió a grandes pasos de aquel lugar sin mirar atrás. Veneno se encontraba junto a la puerta de la verja. Y el puñetero tenía un aspecto envidiable cuando estaba mojado—. Necesito un coche.

Para su sorpresa, el vampiro dejó caer unas llaves sobre la palma de su mano y señaló el sedán que ella había dejado aparcado en doble fila, que se encontraba ahora al otro lado de la carretera.

—Gracias.

—De nada.

Elena decidió que el vampiro estaba jugando con ella, pero no podía perder el

tiempo contraatacando. Abrió la verja y caminó hasta el coche.

Ve a mi casa, Elena. Me reuniré contigo allí.

Ella abrió la puerta del coche y se metió dentro. Se limpió la lluvia de la cara y paladeó su fresco sabor con la lengua. No, no era el frescor de la lluvia, sino el de Rafael. El arcángel esperaba una respuesta.

—¿Sabes una cosa, arcángel? Creo que esta vez voy a aceptar tu oferta.

¿Qué oferta en particular?

—La de follarme hasta hacerme olvidar todo lo demás. —Tenía que olvidar: la sangre, la muerte, las entrañas de la maldad rociadas por las paredes de aquella casa de aspecto inofensivo.

Un buen hombre no se aprovecharía de ti en tu actual estado emocional.

—Entonces es una suerte que no seas un hombre.

Sí.

Sus muslos se contrajeron al oír la sensualidad que destilaba aquella única palabra. Metió la llave en el contacto, puso el coche en marcha y se alejó del lugar. El aroma de la lluvia y del mar desapareció de su mente. Rafael se había marchado. No obstante, aún sentía su sabor en la lengua, como si le hubiera dejado alguna feromona exótica que capacitaba a su cuerpo para seguir la esencia de un ángel y no la de un vampiro.

A Elena le importaba un comino.

Los cuerpos colgados, la sombras en la pared...

No, allí no había habido sombras. Aquel día no.

Apretó las manos sobre el volante cuando se detuvo en un semáforo en rojo. La lluvia y los recuerdos enturbiaban su visión.

—Entiérralo todo de nuevo —se ordenó a sí misma—. No recuerdes.

Pero ya era demasiado tarde. Una única y aterradora sombra tomó forma en la pared de su mente y empezó a mecerse al compás de la brisa que entraba por las ventanas abiertas.

A su madre siempre le había gustado el aire fresco.

Alguien tocó el claxon y Elena se dio cuenta de que el semáforo se había puesto en verde. Tras agradecer mentalmente al otro conductor que la hubiera devuelto a la realidad, se concentró por completo en la conducción. La lluvia tendría que haber convertido las calles en un infierno, pero por extraño que pareciera, en ellas reinaba una inquietante tranquilidad. Como si la oscuridad que se acumulaba en lo alto fuera una fuerza diabólica que hubiera secuestrado a la población y la hubiera arrastrado hacia la tierra, hacia su muerte.

Y, sin darse cuenta, se encontró de nuevo frente a la enorme entrada del

«Caserón», la casa que Jeffrey había comprado después de... Después. Un Caserón para una familia de cuatro personas. Ante sus ojos se extendía un entresuelo con preciosas barandillas blancas muy firmes, de metal, no de madera. Elegante, antiguo... el hogar perfecto para un hombre que tenía planeado convertirse en alcalde.

—*¡Mamá, ya estoy en casa!*

Silencio. Demasiado silencio.

Pánico atascado en su garganta, escozor en los ojos, sangre en su boca.

Se había mordido la lengua. A causa del miedo. Del terror. Pero no, allí no había rastros de ningún vampiro.

—*¿Mamá?* —*Una pregunta pronunciada con voz trémula.*

Tras echar un vistazo al enorme pasillo, se preguntó por qué su madre había dejado uno de sus zapatos de tacón en el suelo. Quizá lo hubiera olvidado. Marguerite era una mujer diferente. Hermosa, salvaje, creativa. En ocasiones olvidaba los días de la semana, o se ponía dos zapatos diferentes, pero eso estaba bien. A Elena no le importaba.

El zapato la atrajo. La hizo adentrarse en el pasillo.

El ruido de un choque. Los recuerdos se desintegraron ante la estruendosa realidad del presente. Frenó el coche en seco y sintió náuseas al comprender que algo había rebotado contra el parabrisas.

—*Maldita sea...* —Se quitó el cinturón de seguridad, abrió la puerta y salió. ¿Había atropellado a alguien?

El viento sacudió su cabello mientras la lluvia caía con una fuerza asombrosa. La tormenta había aparecido de la nada, un momento de capricho de la naturaleza. Luchando contra el viento, se acercó a la parte delantera del coche, muy consciente de que no había nadie más en aquel tramo de carretera. Quizá la gente hubiera decidido esperar a que cesara la lluvia. Mientras parpadeaba para librarse del agua que le entraba en los ojos, Elena decidió que en aquel caso tendrían que esperar bastante.

Había una hoja sobre el cristal delantero, atascada en los limpiaparabrisas, que no habían dejado de funcionar. Encontró una rama a unos cuantos pasos por delante del coche. El alivio la inundó de pronto, pero miró debajo del vehículo y por detrás para cerciorarse. Nada. Solo una rama arrancada por el viento. Se subió al coche para librarse de la lluvia, cerró la puerta con fuerza y puso la calefacción. Se había quedado helada hasta los huesos. Congelada por dentro.

Se limpió la cara con la palma de la mano y condujo hasta el hogar de Rafael concentrada en el momento presente. Los fantasmas no dejaban de susurrarle al oído, pero se negaba a escucharlos. Si no los escuchaba, no podrían afectarla, no serían capaces de arrastrarla hacia la pesadilla.

Estaba aparcando frente a la mansión cuando sonó el teléfono móvil. Lo tenía en

el bolsillo y estaba empapado, pero pareció funcionar bien cuando apagó el motor y lo abrió para contestar. Reconoció el número que aparecía en la pantalla.

—¿Ransom?

—¿Quién iba a ser si no? —Jazz de fondo; la cantante tenía una voz grave y ronca

—. Me he enterado de muchas cosas, Ellie.

—No puedo contarte... —empezó a decir ella.

—No —la interrumpió el cazador—. Me he enterado de cosas que tienes que saber.

—Continúa. —Ransom tenía contactos que el resto no conocía, ya que había crecido en las calles. La mayoría de la gente que salía de una situación así perdía su reputación en el lugar. Pero él no: en la jerarquía callejera, ser un cazador se consideraba algo incluso mejor que ser miembro de una banda.

—Ha habido un montón de actividad angelical y vampírica en los últimos días. Están por todas partes.

—Vale. —Eso ya lo sabía. Rafael y los suyos buscaban pistas de Uram o de sus víctimas.

—Hay rumores de chicas desaparecidas.

—Ajá.

—¿Debería alertar a las prostitutas? —Su voz sonaba tensa.

Elena sabía que algunas de aquellas mujeres de la calle y prostitutas de lujo eran amigas del cazador.

—Deja que lo piense. —Reflexionó sobre todo lo que sabía de las víctimas—. Creo que por una vez están a salvo.

—¿Estás segura?

—Sí. Todas las víctimas parecían... inocentes.

—¿Vírgenes?

Elena se percató de que no había comprobado aquello. Un error que tendría que corregir tan pronto como le fuera posible.

—Sí, lo más probable. Pero aun así, no vendría mal que les dijeras a tus amigas que cuidaran unas de otras.

—Gracias. —Ransom dejó escapar un suspiro—. Aunque no te he llamado por eso. Se dice que alguien va a por ti.

Elena se quedó pasmada.

—¿Qué?

—Lo que oyes, y la cosa se pone aún mejor. —La furia consiguió viajar a través de la línea telefónica—. Según los rumores, quien te quiere muerta es un arcángel.

¿Qué coño le has hecho a ese tipo?

La frente de Elena se llenó de arrugas.

—A ese tipo no, a esa tipa...

—Ah. En ese caso, no me preocuparía... —Un resoplido estruendoso—. Según los rumores, se ha pedido tu cabeza sobre una bandeja de plata (literalmente, por cierto)...

—Vaya, gracias por aclararme ese punto.

—... pero aún no se ha dado la autorización para que comience la caza.

La zorra de Michaela había empezado con los jueguecitos psicológicos.

—Te agradezco la advertencia.

—Bueno, ¿qué piensas hacer? ¿Desaparecerás o matarás a un arcángel?

—Me encanta la confianza que depositas en mí.

—Joder, no se trata de eso... Solo sé que aparezco en tu testamento.

—En estos momentos, soy demasiado valiosa con vida.

—¿Y cuando termines el trabajo?

Alguien abrió la puerta del coche desde fuera, y unas alas aparecieron en su campo de visión.

—Reconsideraré mis opciones en ese momento. Hablaré contigo más tarde. —
Cerró el teléfono antes de que su amigo pudiera decir algo más y fijó la mirada en unos ojos tan azules que no deberían existir.

—Michaela me quiere muerta.

La expresión de Rafael permaneció impasible.

—No permito que nadie rompa mis juguetes.

Aquello debería haberla cabreado, pero le provocó una sonrisa.

—Vaya, haces que me derrita por dentro.

—¿Con quién hablabas?

—¿Un ataque de posesividad?

Rafael le cubrió la mejilla con la mano mojada en un gesto intransigente.

—Tampoco comparto mis juguetes con nadie.

—Cuidado... —murmuró ella al tiempo que se retorció en el asiento para poder poner el pie sobre la tierra empapada—. Podría decidir enfadarme. Tengo una pregunta que hacerte.

Silencio.

—¿Las chicas eran vírgenes?

—¿Cómo lo has sabido?

—La maldad es predecible. —Una mentira. Porque a veces la maldad era un ladrón traicionero que lograba escabullirse y robarte lo que más querías para dejar

solo los ecos contra una pared vacía.

Una sombra delgada que se balanceaba casi con delicadeza. Como si estuviera en un columpio.

Rafael le frotó el labio inferior con el pulgar.

—Veo pesadillas en tus ojos una vez más.

—Pues yo en los tuyos solo veo sexo.

El arcángel se enderezó, tiró de ella para sacarla del coche y la dejó atrapada con la espalda contra el hueco de la puerta. Tras él, sus alas se extendieron, brillantes a causa de las gotas de lluvia. Su boca tenía un rictus sensual; había un matiz salvaje en su manera de sonreír.

Elena se inclinó hacia delante, le rodeó el cuello con los brazos y se permitió deleitarse con la fuerza que emanaba de su cuerpo. Aquel día iba a romper todas las reglas. Nada de acostarse con un vampiro; iba a subir directamente a lo más alto y a mandarlo todo al infierno.

—Bueno, ¿cómo se lo montan los arcángeles?

Una ráfaga de viento los azotó y se llevó sus palabras. Pero Rafael las había oído. El arcángel se inclinó hacia delante para acariciarle la boca con los labios.

—Todavía no he accedido.

Ella parpadeó, sorprendida. Y frunció el ceño al ver que él se apartaba.

—¿Qué, ahora piensas hacerte el estrecho?

Rafael se dio la vuelta.

—Vamos, Elena. Te necesito sana.

Tras maldecirlo entre dientes, ella cerró la puerta del coche (el interior ya estaba empapado) y caminó hacia la casa. Rafael era una presencia serena a su lado... pero no tranquila. No, poseía la calma de un jaguar. Era un peligro letal contenido temporalmente. Elena aún fruncía el ceño cuando llegaron a la puerta.

El mayordomo la mantenía abierta.

—He preparado el baño, señor. —Al mirarla, mostró una pizca de curiosidad—. Señora.

Rafael despidió a «Ambrosio» con una simple mirada y el mayordomo desapareció tras la puerta de madera.

—El baño está en la planta de arriba.

Elena empezó a subir la escalera casi a trompicones. Desde que se habían conocido, Rafael no había dejado de excitarla hasta ponerla al rojo vivo, pero en aquel momento, aquel día, cuando necesitaba de verdad el alivio, jugaba con ella. Justo lo que se hacía con los juguetes, se dijo. Muy bien, si quería que las cosas fueran así, se

concentraría en el trabajo.

—¿Has podido confirmar si practicó sexo con las mujeres?

—Sí, pero solo en el chalet. Las víctimas del almacén estaban intactas en ese sentido... y eso es lo que nos hace creer que las demás también eran vírgenes antes de que las secuestrara. —Estaba a su espalda, siguiéndola lo bastante cerca para susurrarle al oído mientras subían—. Al final del pasillo, tercera puerta a la izquierda.

—Muchas gracias —dijo ella con sarcasmo al darse cuenta de que a la derecha solo había una barandilla y el vacío... como si el núcleo de la casa fuera un enorme espacio hueco.

—¿Eso tiene algún significado? Me refiero al contacto sexual.

—Podría ser. Pero los cuerpos no presentaban más marcas que las heridas mortales, así que tal vez esa parte fuera de mutuo acuerdo.

Los arcángeles eran seres carismáticos, atractivos e increíblemente persuasivos. Puede que Uram se hubiera convertido en un monstruo, pero lo más seguro era que su aspecto fuera tan atractivo como el del Arcángel de Nueva York. No, se dijo Elena de inmediato, Rafael era único en su especie.

—O tal vez ocurriera después de muertas —añadió él.

Estaba demasiado cansada para sentir repugnancia.

—Es posible. —Llegó a la tercera puerta y apoyó la mano sobre el picaporte—. Es posible que durante un tiempo haya utilizado el sexo para superar su necesidad de alimentarse, pero a partir de ahora solo se quedará satisfecho con la sangre. —Sus dedos se tensaron—. Van a morir más mujeres porque yo he perdido el rastro de su esencia.

—Pero menos de las que morirían si no hubieras nacido —señaló él con tono práctico—. He vivido muchos siglos, Elena. Dos o tres centenares de muertes es un bajo precio a pagar para detener a uno de los nacidos a la sangre.

¡¿Dos o tres centenares de muertes?!

—No pienso dejar que la cosa llegue tan lejos. —Abrió la puerta... y se adentró en una fantasía. Se quedó sin aliento en cuanto entró en la estancia.

Las llamas ardían en la chimenea que había a su izquierda, y su resplandor dorado quedaba acotado por bloques de piedra negra con brillantes vetas plateadas. Frente a la chimenea había una gigantesca alfombra blanca, tan mullida que Elena deseó rodar sobre ella... desnuda. Era pura decadencia.

En el lado opuesto de la habitación había una puerta que parecía dar a un cuarto de baño. Logró atisbar varios accesorios de porcelana y una encimera fabricada con el mismo tipo de mármol que la chimenea. Sabía que dentro la aguardaba un baño

caliente, un baño que sus huesos helados necesitaban con desesperación. Sin embargo, se quedó donde estaba.

Porque entre la chimenea y el tentador baño había una cama. Una cama mucho mayor que cualquiera que hubiera visto en su vida. Una cama que podría albergar a diez personas sin que se tocaran entre sí. Estaba situada a cierta altura del suelo, pero no tenía cabecero ni pie. No era más que una suave extensión de colchón cubierta por lujosas sábanas de color azul medianoche que prometían rozar su piel con exóticas y deliciosas caricias. Las almohadas estaban dispuestas en el extremo opuesto al de la puerta, pero podrían haber estado sin problemas en aquel lado.

—¿Por qué...? —Tosió para aclararse la garganta—. ¿Por qué tan grande?

Él le puso las manos en las caderas y la empujó hacia delante.

—Por las alas, Elena. —Extendió las alas al máximo con un golpe seco y luego cerró la puerta que había tras ellos.

Estaba a solas con el Arcángel de Nueva York. Frente a una cama creada para acomodar sus alas.

Su cuerpo eligió aquel momento para empezar a temblar.

La carcajada de Rafael sonó ronca, varonil, de una forma que demostraba que era consciente de que la había atrapado.

—El baño primero, creo.

—Creí que pensabas hacerte el estrecho.

Él le acarició el cuello con un dedo e hizo que se estremeciera de nuevo, aunque aquella vez por una razón muy diferente.

—Solo quiero dejar claras las reglas antes de hacer esto.

Elena obligó a sus pies a avanzar hacia el baño.

—Conozco las reglas. No debo esperar nada más que un revolcón entre las sábanas, nada de miraditas embobadas y bla, bla, bla... —Las palabras eran insolentes, pero había sentido un vuelco en el corazón. No, se dijo, horrorizada. Elena P. Deveraux nunca sería tan estúpida como para entregarle su corazón a un arcángel—. ¿Vas a hablarme de es...? ¡Joder! —Había entrado en el baño—. ¡Es más grande que el dormitorio!

No tanto, pero casi. La «bañera» tenía casi el tamaño de una piscina pequeña, y el vapor que salía de ella era una sensual tentación. Había una ducha a su derecha, pero no tenía mamparas de cristal; lo único que delimitaba su área era una extensa zona de baldosas con motas doradas. Una bombilla se apagó por encima de su cabeza.

—Alas... —susurró—. Todo está hecho para acomodar esas hermosas alas.

—Me alegro de que te gusten.

El ruido de algo húmedo que caía sobre las baldosas blancas del suelo hizo que Elena mirara hacia atrás.

La camisa de Rafael estaba en el suelo, y al ver su torso estuvo a punto de babear. Basta, se dijo a sí misma. Sin embargo, resultaba difícil no quedarse embobada al mirar el cuerpo más hermoso que hubiera visto jamás.

—¿Qué estás haciendo? —Su voz se había puesto ronca de repente.

Él enarcó una ceja.

—Voy a darme un baño.

—¿Qué pasa con las reglas? —De algún modo, sus dedos encontraron por iniciativa propia la parte inferior de su camiseta y se prepararon para sacársela por la cabeza.

Rafael se quitó las botas con los pies sin dejar de observar cómo ella retiraba la camiseta para dejar al descubierto el discreto sujetador deportivo que llevaba debajo.

—Podemos discutir las en la bañera. —Su voz contenía la promesa de sexo, y cuando Elena miró hacia abajo, descubrió por qué. La lluvia había convertido el sujetador negro en una segunda piel, y el tejido marcaba sus pezones a la perfección.

—Por mí, vale. —Incapaz de mirarlo y pensar al mismo tiempo, le dio la espalda y se deshizo de las botas y los calcetines antes de quitarse el sujetador. Ya tenía los dedos en la cinturilla de los pantalones cuando sintió el calor de otro cuerpo tras ella. Un segundo después, Rafael le quitó la goma del pelo. Por increíble que pareciera, fue cuidadoso, así que no le hizo daño. Los mechones húmedos cayeron sobre su espalda unos instantes después.

Labios sobre su cuello. Cálidos. Pecaminosos.

Elena se estremeció de nuevo y notó que se le ponía la piel de gallina.

—No hagas trampas.

Unas manos grandes y cálidas ascendieron por su torso hasta sus pechos. Dio un respingo ante aquel movimiento tan descarado y soltó un gemido.

—Ya vale. Tengo frío.

Aunque lo cierto era que Rafael estaba haciendo un buen trabajo para calentarla...

Más besos en el cuello.

Elena colocó las manos sobre las de él e inclinó la cabeza hacia un lado para proporcionarle un mejor acceso. Rafael trazó un sendero descendente con la lengua para capturar una gota de agua que se había deslizado desde su cabello. Siguió hacia la nuca y por encima del hombro antes de apartarse. Cuando se incorporó, enganchó los pulgares en la cintura de su pantalón.

—De eso nada —dijo ella al tiempo que se apartaba—. Las reglas primero.

—Sí, las reglas son muy importantes.

Esperó a que se colocara frente a ella. Pero no lo hizo. Elena esbozó una sonrisa. Y pensó que, puesto que había decidido vivir peligrosamente, podía llegar hasta el final. Se quitó los pantalones y las braguitas a un tiempo antes de apartarlos de una patada. Después echó un vistazo por encima del hombro.

Los ojos del arcángel estaban llenos de relámpagos azul cobalto. Estaban vivos. Vivos de una forma que proclamaba su inmortalidad. Elena se quedó sin aliento, pero sabía que si quería enredarse con aquella criatura en particular, tendría que ser firme. Le dirigió una sonrisa pícaro y subió los escalones que había a un lado de la bañera antes de meterse en el agua.

—Ooohhh... —Calor líquido. El paraíso. Se hundió bajo el agua y emergió con la cabeza hacia atrás para apartarse el cabello de la cara.

Rafael seguía donde lo había dejado, observándola con aquellos ojos imposibles.

Sin embargo, esta vez Elena no se quedó fascinada. No cuando tenía su maravilloso cuerpo desnudo para deleitarse. El arcángel tenía una constitución de ensueño, un pecho esculpido con los músculos de un hombre que era capaz de soportar el peso de su propio cuerpo (y más) en pleno vuelo.

La mirada de Elena acarició las líneas de su torso, de su abdomen y bajó aún más. En aquel instante respiró hondo y se obligó a volver la vista hacia arriba.

—Ven aquí.

Rafael alzó una ceja, pero luego, para el más absoluto asombro de Elena, obedeció su orden. Cuando se metió en la bañera, ella no pudo evitar comerse sus muslos con los ojos... ¿Cómo sería tener toda esa fuerza a su alrededor mientras él se hundía en su interior? Se le encogió el estómago. Jamás había deseado tanto a un hombre, jamás había sido tan consciente de su propia femineidad. Rafael podría partirla en dos como si de una ramita se tratara. Y para una mujer que había nacido cazadora, aquello no era una amenaza... sino la más oscura de las tentaciones.

Apretó la mano en un puño bajo el agua al recordar cómo la había obligado a cortarse. No lo había olvidado, no albergaba fantasías románticas de que aquel ser fuera a cambiar, de que llegara a ser más humano. No, Rafael era el Arcángel de Nueva York, y ella estaba preparada para aceptarlo en su cama tal como era. El agua le golpeó los pechos cuando él se situó en el lado opuesto, con las alas plegadas a la espalda y el cabello medio rizado a causa del vapor.

—¿Por qué tanta espera? —le preguntó después de haber comprobado la enorme evidencia de su excitación.

—Cuando uno ha vivido tanto tiempo como yo... —empezó a decir. Tenía los ojos entrecerrados, pero clavados en ella—, se aprende a apreciar las sensaciones nuevas. Son muy escasas en la vida de un inmortal.

Elena descubrió que se había acercado a él. Rafael le rodeó la cintura con un brazo y tiró de ella hasta que estuvo sentada a horcajadas sobre sus caderas, al borde del agua, con las piernas alrededor de su cintura.

La apretó con fuerza contra su cuerpo.

Tras respirar hondo, ella dijo:

—El sexo no es algo nuevo para ti. —Empezó a mover la parte más caliente de su cuerpo contra la exquisita erección del ángel. Ni siquiera sabía cómo describir lo que sentía. Cómo lo sentía a él.

—No. Pero tú sí.

—¿Nunca has estado con una cazadora? —Sonrió antes de morderle el labio inferior.

Pero él no le devolvió la sonrisa.

—Nunca he estado con Elena. —Las palabras fueron pronunciadas con voz ronca.

La miraba con tanta intensidad que Elena se sintió como un objeto de su propiedad.

Le rodeó el cuello con los brazos y se echó hacia atrás para poder mirarlo a la cara.

—Y yo nunca he estado con Rafael.

En aquel momento, algo cambió en el aire, en su alma.

Después, Rafael extendió las manos sobre la parte baja de su espalda y la sensación desapareció. No había sido nada, se dijo Elena, nada salvo el producto de una imaginación hiperactiva. Estaba agotada, frustrada... Deseaba demasiado a aquel inmortal que no intentaba ocultar el hecho de que, la deseara o no, todavía no había decidido si la mataría.

—Las reglas —dijo Rafael antes de atrapar su mirada.

Elena se apretó más contra él y siguió frotándose contra su durísima erección. Aquel día necesitaba el placer que Rafael podía proporcionarle. Y si había una pizca de crueldad sensual mezclada con el placer, la aceptaría.

—¿Sí?

El arcángel frenó sus movimientos con aquellas poderosas manos suyas.

—Hasta que esto acabe, seré tu único amante.

Los músculos de Elena se tensaron al percibir la rotunda posesividad de aquella afirmación.

—¿Hasta que acabe... el qué?

—El hambre.

El problema era que ella pensaba que aquella furia jamás acabaría, que se iría a la tumba deseando al Arcángel de Nueva York.

—Solo si tú aceptas una condición mía.

A él no le gustó aquello. La piel que cubría los huesos de su cara se puso tensa.

—Dime cuál.

—Nada de vampiras, humanas o ángeles para ti tampoco. —Le clavó las uñas en los hombros—. No pienso compartirte. —Tal vez fuera un juguete, pero era un juguete con garras.

La expresión masculina se relajó, y los ojos azul cobalto mostraron un inconfundible brillo de satisfacción.

—Trato hecho.

Elena había supuesto que tendría que discutir con él.

—Hablo en serio. Nada de amantes. Cortaré las manos de las que te tocaron y

enterraré sus cuerpos donde nadie los encuentre jamás.

A Rafael pareció hacerle gracia aquella horripilante amenaza.

—¿Y a mí? ¿Qué me harías a mí? ¿Volverías a dispararme?

—No me siento culpable por eso. —Lo dijo, pero no era cierto. Se sentía un poquitín culpable—. ¿Te duele?

Él se echó a reír, y el placer que apareció en su cara fue como una caricia.

—Ay, Elena, eres toda una contradicción. No, no me duele. Ya estoy curado.

Quería mostrarse fuerte, pero aquella sonrisa suya le hacía cosas, la derretía por dentro.

—Bueno, ¿qué es lo que le pone cachondo a un arcángel?

—Una cazadora desnuda no está mal para empezar. —La aplastó con más fuerza contra su polla y la mantuvo inmóvil cuando Elena empezó a mecerse—. Las alas —le dijo antes de besarle el cuello. Había encontrado el punto más sensible, justo por encima de la clavícula.

—¿Las alas? —Mordisqueó los tendones de su cuello y sintió una oleada de languidez que subía por su cuerpo. Creía que deseaba un polvo rápido y salvaje que la volviera lo bastante loca para acabar con la sobrecarga de adrenalina, pero ahora que se encontraba entre sus brazos, le parecía mucho mejor un lento descenso hacia el olvido sensual.

Al ver que él no respondía, decidió averiguarlo por ella misma. Estiró un brazo y pasó la mano con firmeza sobre el borde superior de su ala derecha. Rafael se tensó contra ella; era una tensión expectante, del tipo de tensión que le decía que había hecho algo muy bueno o algo muy malo. Puesto que todavía palpitaba con fuerza bajo ella, Elena decidió que había sido algo bueno y repitió el movimiento. Esta vez, el arcángel se estremeció.

—¿Son sensibles a nivel sexual? —Entornó los párpados e introdujo una mano en su cabello antes de tirar de su cuello para acercarlo—. La Reina de las Zorras frotó sus alas contra las tuyas.

Rafael permitió que lo sujetara, aunque ambos sabían muy bien que habría podido liberarse en un segundo.

—Solo en ciertas situaciones. —Uno de aquellos largos dedos comenzó a trazar círculos en torno a sus pezones.

Ella lo apartó de un manotazo.

—No me lo trago.

Rafael deslizó el dedo hasta la parte anterior del codo, haciendo que se estremeciera.

—¿Este punto es sensible en condiciones normales?

—Pufff... —Le soltó el pelo y dejó que la besara como era debido.

Cuando se detuvieron para coger aire, Rafael dijo:

—Son sensibles, sí. Pero sensibles a nivel sexual tan solo en un contexto sexual...

Algo que contigo parece ser siempre.

—Supongo que en un millar de años pueden aprenderse muchas cosas —dijo Elena contra sus labios. Unos labios perfectos. Labios que podría mordisquear durante horas—. Te excitas con cualquier cosa.

—Con una guerrera, quizá.

Elena estaba demasiado ocupada besándolo para responder de inmediato. Su cuerpo estaba concentrado en el de él, y tenía la piel tan sensible que parecía a punto de estallar.

—¿En la bañera?

Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Quiero verte en mi cama.

—Otra cazadora caída —murmuró ella—. ¿Dónde está el jabón?

Rafael extendió un brazo por encima del borde de la bañera y cogió una pastilla de jabón casi transparente. Después se enjabonó las manos y empezó a pasárselas a Elena por los hombros. Un aroma fresco que se parecía al del arcángel (agua, viento, bosque) empezó a envolverla.

—¿Han caído muchas? —quiso saber Rafael, que bajó las manos para enjabonar la parte expuesta de sus pechos.

Eso hizo que la entrepierna de Elena se tensara un poco más.

—Los vampiros son muy atractivos —bromeó—. Los ángeles, por lo general, son demasiado engreídos como para dignarse prestar atención a los humanos. Supuse que tú también eras demasiado altivo para disfrutar con las simples mortales.

Él la miró a través de unas pestañas oscurecidas por la humedad mientras sus manos descendían por debajo del nivel del agua para hacerle cosas que probablemente eran ilegales.

—En ese caso, esta noche te enseñaré algo.

Elena se movió sobre sus dedos, incitándolo a seguir.

—Sí, por favor.

El arcángel le pasó el jabón con una mano, pero mantuvo la otra donde estaba, acariciándola con una paciencia que la mayoría de los hombres no habrían tenido ni aunque hubieran vivido mil años.

—Vamos, cazadora, es tu turno de enseñarme algo.

—Lección número uno... —Una frase entrecortada—: siempre hay que darle a la cazadora lo que desea. —Lo miró a los ojos mientras él la llevaba cada vez más alto; luego se enjabonó las manos y comenzó a explorar el cuerpo de él. Músculos, tendones y fuerza. Era un ser delicioso en todos los sentidos—. ¡Aaah...! —Soltó el jabón y se aferró a sus hombros con manos resbaladizas cuando él le pellizcó el clítoris y amenazó con llevarla hasta el orgasmo—. Para... —susurró ella, y Rafael obedeció... solo para deslizar dos dedos dentro de ella.

—Déjate llevar —le dijo al tiempo que besaba la esbelta línea de su cuello—. Vamos, déjate llevar.

¿Que se dejara llevar? ¿Durante el sexo? No lo había hecho nunca, no desde la primera vez. En su inocencia, aquella vez se había aferrado con tanta fuerza a su amante que le había roto la clavícula. Sin embargo, Rafael no era humano: él no se rompería, no la llamaría «monstruo». Y en aquel instante, una descarga de placer tomó la decisión por ella. El arcángel se apoderó de su boca en un beso salvaje, en un duelo de labios y lenguas, mientras la penetraba con los dedos con embestidas rápidas y fuertes. Elena se corrió con un exquisito estallido y su cuerpo se contrajo hasta un punto rayano en el dolor.

Poco después se dio cuenta de que Rafael había terminado de enjabonarla. Cuando le dijo que se inclinara hacia atrás porque iba a lavarle el cabello, Elena lo hizo con una sonrisa maravillada. Podría acostumbrarse a aquello, se dijo, pero se negaba a pensar en el futuro. Porque lo cierto era que su vida no se parecía en nada a la de un humano normal y corriente. Para empezar, la vida de los cazadores corría un peligro constante. Y, además, ella estaba rastreando a un arcángel desquiciado.

—Levántate.

Elena se puso en pie. Rafael hizo lo mismo. Una chispa de asombro apareció en los ojos de él.

—¿Cuánto tiempo durará este estado de sumisión?

—Espera y verás. —Dejó que la condujera hasta la ducha, donde él le quitó los últimos restos de jabón antes de coger una enorme toalla de color azul celeste. Elena se la arrancó de las manos y se secó, ansiosa por ver cómo él hacía lo mismo con movimientos eficientes que le decían que el arcángel no tenía ni la menor idea del efecto que provocaba en ella. Y aquello la intrigaba.

Estaba claro que Rafael sabía muy bien lo hermoso que era, lo mucho que afectaba a las mortales. Pero al verlo así, Elena se dio cuenta de que bajo toda su arrogancia no había ni pizca de vanidad... y, bien pensado, tenía sentido. Libre de todas las capas de civilización, él era, en el fondo, un guerrero, y su apariencia no era

sino otra herramienta de su arsenal.

Sin previo aviso, el arcángel sacudió las alas y la salpicó con un millón de gotitas.

—¡Oye! —exclamó, aunque ya se había enrollado la toalla alrededor del cuerpo y había cogido otra para secarle las alas.

Rafael la observó mientras se acercaba a él.

—Se secarán sin ayuda.

—Pero no será tan divertido, ¿o sí? —Elena echó un vistazo a su erección y pasó el suave tejido de la toalla sobre sus alas con muchísimo cuidado.

—Date prisa, Elena. —La electricidad de color cobalto había regresado a sus ojos —. Ya estoy listo para embestirte hasta hacerte olvidar todo lo demás.

Ay...

Elena arrojó la toalla al suelo, lo obligó a agachar la cabeza y lo besó con frenesí. A Rafael le gustó, si su reacción podía tomarse como una muestra. Tras deshacerse de la toalla que la envolvía, la alzó para que lo rodeara con las piernas. Rompió el beso y comenzó a caminar para salir del baño.

—Mi turno, cazadora.

Rafael la dejó caer con suavidad sobre la cama.

—Qué agradable... —Elena suspiró al sentir las maravillosas sábanas contra la piel. Tenía los ojos clavados en los del arcángel. Su mirada era tan varonil, tan posesiva, que se preguntó por un breve instante si no habría cometido un error. ¿Y si él planeaba quedarse con ella?—. ¿Alguna vez has tenido una esclava? —inquirió.

Él sonrió, pero la diversión del gesto estaba atemperada por la necesidad sexual.

—Muchas. —Le sujetó los tobillos y le separó las piernas—. Todas ansiosas por servirme... de todas las maneras posibles.

Elena trató de soltarse sacudiendo las piernas, pero él tiró de ella para acercarla. Tenía una expresión hambrienta de sexo.

—Algunas de ellas habían pasado años aprendiendo a llevar a un hombre al éxtasis. Los vampiros tienen centenares de años para practicar.

—Cabrón... —Un insulto, pero tenía un nudo de anticipación en el estómago, y sentía los pechos ardiendo.

—No obstante —Rafael la alzó un poco para hundirse en ella con una poderosa embestida—, ninguna de ellas me prohibió tener otras amantes.

Elena arqueó la espalda en un intento por asimilar el impacto de la penetración. Se sentía llena por completo, cerca del éxtasis. Cuando por fin pudo respirar, abrió los ojos y lo encontró en la misma posición, como si él también luchara por contenerse.

—Me parece que tú no eres de los que comparte. —Su voz sonó ronca.

—No. Si una de ellas se iba con otro hombre... —empezó a retirarse con lenta y cuidadosa deliberación—... había docenas dispuestas a ocupar su lugar. Me daba igual.

Elena estaba a punto de perder la cabeza; todo su ser estaba concentrado en el punto donde sus cuerpos se unían. Y el poco razonamiento que le quedaba se colapsó bajo la fuerza seductora y embriagadora de sus palabras.

—Si tú te entregas a otro amante, Elena —volvió a hundirse en ella, haciéndola jadear—, lo que le haré a ese hombre será una pesadilla que quedará grabada en los anales de la humanidad. —Y después de aquello, se acabaron las palabras. Solo hubo movimientos: el deslizamiento suave de cuerpo contra cuerpo, las embestidas y retiradas de él y de ella, y la erótica y sensual explosión del éxtasis.

Lo último que Elena recordaba haber pensado era que había subestimado la potencia de la pasión combinada de ambos.

Se despertó al notar que estaba durmiendo sobre algo suave, cálido y sedoso. Extendió los dedos y descubrió que acariciaba algo...

—¡Ay! —Se incorporó de golpe, horrorizada. Un enorme brazo volvió a tumbarla.

—Tus alas... —susurró mientras deslizaba la mano por el esplendor de una de ellas.

—Son fuertes. —Un comentario de él lánguido, lleno de... algo.

Estaba a punto de darse la vuelta para mirarlo cuando vio cómo estaba su propio cuerpo.

—¡Oh, no, no puedes haberme hecho esto! —Brillaba de la cabeza a los pies. El polvo de ángel llenaba cada uno de sus poros, sus pestañas, su boca. Y era la «mezcla especial».

Rafael le acarició la cadera con la mano antes de pasar a la curva de su cintura y subir hasta su pecho.

—No fue... no fue a propósito.

¿Era vergüenza lo que detectaba en su voz? Elena frunció el ceño y lamió parte de las motitas brillantes que tenía en los labios. El polvo le provocó una cálida sensación de hormigueo por todo el cuerpo... como si ardiera de dentro afuera.

—¿No te parece que esto es como... empezar antes de tiempo?

Él le dio un apretón con el brazo con el que había rodeado su cintura.

—¿Alguna queja?

Elena esbozó una sonrisa al darse cuenta de que no se había equivocado: el arcángel había perdido el control.

—Claro que no. —Se retorció entre sus brazos para poder mirarlo a la cara. Su sonrisa se desvaneció—. Pareces... diferente. —No era nada que pudiera explicar, nada que pudiera tocar. Pero...

La expresión de Rafael se volvió sombría.

—Me has hecho un poco más humano.

Destellos de recuerdos. Rafael sangrando a causa de un disparo.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. —Su beso estaba lleno de pasión, y se había metido dentro de ella antes incluso de que Elena se diera cuenta. Fue un polvo rápido, furioso y absolutamente magnífico.

Mucho, mucho tiempo después, cuando se enfrentaron a la promesa del nuevo día, Elena intentó librarse del polvo de ángel en la ducha, pero solo tuvo un éxito parcial. Su piel seguía brillante, aunque ya no se notaba tanto. Y, por suerte, aquella

cosa no brillaba en la oscuridad.

—Si alguien probara esto... —le dijo a Rafael mientras él observaba cómo se vestía desde su lugar frente a la chimenea—... ¿querría meterse en mi cama?

—Sí. —Sus ojos brillaban—. Así que no dejes que nadie lo pruebe.

Elena se quedó quieta al percibir la amenaza implícita en aquella orden.

—No quiero que mates a nadie por mi culpa, Rafael.

—Hiciste tu elección.

Acostarse con un arcángel.

—Creo que el colocón sexual comienza a desaparecer —murmuró mientras se ponía unos pantalones limpios de color caqui y una camiseta negra. También se puso un suéter negro. Era la primera hora de la mañana, y fuera todavía estaba oscuro. La temperatura había bajado mucho con la lluvia—. Lo digo en serio, Rafael, si vas por ahí matando a gente inocente, te daré caza. —No se molestó en ocultarle sus armas (ni siquiera la pistola especial) cuando las sacó de la bolsa de viaje y empezó a esconderlas en su cuerpo.

El rostro de Rafael permaneció inexpresivo mientras la observaba. Sus alas se recortaban contra las llamas y su magnífico cuerpo desnudo no estaba cubierto más que por unos pantalones negros.

—¿Se ha acabado la luna de miel?

Elena atravesó la alfombra para contemplar una cara con la que sabía que soñaría durante el resto de su vida.

—No. —Apoyó los puños sobre su pecho desnudo y aguardó a que él agachara la cabeza para besarlo—. Un consejo: si quieres considerarme un juguete, hazlo; pero no esperes que me comporte como tal.

Una mano en su nuca, un apretón de advertencia.

—No intentes controlarme, pequeña cazadora. No soy...

El resto de sus palabras desapareció en medio de una avalancha de recuerdos.

Ven aquí, pequeña cazadora. Pruébala.

—Elena. —La voz cortante la llevó de nuevo al presente.

—Vale. —Se aclaró la garganta—. Me alegro de que hayamos aclarado eso. Ya no llueve y...

—¿Qué ves?

Ella lo miró a los ojos y sacudió la cabeza.

—Todavía no estoy preparada para contártelo. —Tal vez no lo estuviera nunca.

Rafael no amenazó con sacárselo a la fuerza.

—Todavía cae una ligera llovizna. Eso debería mantenerlo en estado de Estupor.

—Sí. —Se apartó y cruzó los brazos—. No había pensado en eso. No les gusta el frío, ¿verdad? —Era una pregunta retórica—. Sobre todo después de un exceso.

—No obstante, hay que tener en cuenta que Uram no es un vampiro.

Elena dejó escapar un suspiro de frustración.

—¿Qué coño es entonces? ¡Dímelo!

—Es un Ángel de Sangre. —Se acercó a la ventana, pero Elena sabía que él estaba viendo cosas mucho más siniestras que la oscuridad que precedía al amanecer—. Una auténtica abominación, algo que jamás debería haber existido.

La furia que emanaba de él era casi una fuerza física.

—¿Es el primero?

—Es el primer arcángel que se convierte en un nacido a la sangre, que yo recuerde. Pero Lijuan dice que ha habido otros.

La mente de Elena se llenó con las imágenes que había visto de los arcángeles más antiguos. Lijuan era la única del Grupo que mostraba los primeros signos de envejecimiento. Aquello no mermaba en absoluto su exótica belleza: su rostro, su constitución ósea, sus ojos clarísimos. Aun así, había algo muy raro en Lijuan. Como si ya no perteneciera a este mundo.

—El primer arcángel que tú recuerdes... —murmuró ella mientras reflexionaba—. ¿Y qué ocurre con los ángeles ordinarios?

—Muy bien, Elena. —No se apartó de la ventana. Estaba tan distante como aquel día en la azotea, que parecía haber ocurrido hacía una eternidad—. Aquellos otros se contaminaban con facilidad. En su mayoría fueron hombres jóvenes que carecían del intelecto que Uram pareció conservar después de su transición.

—¿Cuántos? —Clavó la vista en la parte posterior de su cabeza, como si de aquella forma pudiera obligarlo a hablar—. ¿Uno al año?

Rafael se enfrentó a su mirada en el oscuro reflejo de la ventana cuando ella se situó a su espalda.

—No.

Llena de frustración, Elena lo rodeó y apoyó la espalda sobre el cristal para poder mirarlo a la cara.

—Es evidente que se te da muy bien cubrir el rastro de los nacidos a la sangre: no existen leyendas humanas al respecto.

—En la mayoría de los casos, solo las víctimas supieron la verdad... y solo unos minutos antes de morir.

—Eso hace que me sienta muy especial. —Sin darse cuenta, empezó a recorrer con el dedo el delicado borde dorado de una pluma situada cerca del bíceps de él—.

Dime una cosa: ¿los nacidos a la sangre llegan al mundo con esa locura?

Una batida de pestañas increíblemente largas sobre una piel que ella había besado hacía poco.

—Todos nosotros tenemos el potencial de Convertirnos en nacidos a la sangre.

Atónita por el hecho de que hubiera respondido sin rodeos, Elena dejó caer la mano.

—Vaya, ¿esta vez no hay advertencias sobre lo de saber demasiado?

—Ya sabes demasiado. —Una sonrisa que denotaba antigüedad, crueldad y otras cosas que era mejor no saber—. Es bueno que hayas accedido a compartir mi cama. Nadie se atreverá a tocar a mi amante.

—Es una pena que el interés de los inmortales sea tan efímero. —El frío del cristal a su espalda empezaba a colarse en su cuerpo, pero no se movió—. Puesto que ya sé demasiado, dime por qué un ángel se convierte en vampiro.

Rafael inclinó la cabeza hacia delante.

—Todavía eres humana.

Elena apenas logró contener el impulso de darle una patada.

—También soy una cazadora que rastrea a un arcángel. Tú me has metido en esto. Dame las herramientas que necesito para luchar.

—Tu trabajo es encontrar a Uram. Es tu habilidad lo que necesitamos.

Lo que necesitamos «nosotros». El Grupo de los Diez.

—¿Cómo se supone que voy a hacer ese trabajo si insistes en ponerme trabas? —Le costaba un enorme esfuerzo mantener su temperamento bajo control—. Cuanto más sepa sobre el objetivo, ¡mejor podré predecir sus movimientos!

Rafael recorrió su mejilla con la punta de un dedo.

—¿Sabes por qué perdió Illium sus plumas?

—¿Porque tú estabas de mal humor? —Dejó escapar un suspiro de exasperación—. No intentes cambiar de tema.

—Porque... —dijo Rafael, que pasó por alto aquella orden—... le reveló nuestro más oscuro secreto a un humano. —Su forma de decirlo, de utilizar el lenguaje, hizo imposible pasar por alto su edad, su inmortalidad.

Atrapada por la curiosidad, Elena no pudo evitar preguntar:

—¿Qué le ocurrió al mortal?

—A aquella mujer le borramos la memoria. —Cubrió la mejilla de Elena con la mano—. Y a Illium se le prohibió volver a hablar con ella.

—¿Él la amaba?

—Tal vez. —Su expresión decía que aquello carecía de importancia—. La vigiló

durante el resto de sus días, a sabiendas de que ella ya no lo recordaba. ¿Eso es amor?

—¿No lo sabes?

—He oído miles de definiciones del amor a lo largo de los siglos. No es siempre lo mismo. —La miró fijamente con una expresión carente de emociones—. Si Illium amaba a aquella mortal, era un estúpido. Hace siglos que ella se convirtió en polvo.

—Qué crueldad... —susurró ella, que ya sentía el calor del sol del amanecer en la espalda. ¿Cuánto tiempo llevaban allí? La madrugada había dado paso al alba—. ¿No podrías haber permitido que pasara una vida con la mujer a la que amaba?

—No. —Había rasgos abruptos y líneas limpias en un rostro sin compasión—. Porque si un mortal lo sabe, pronto lo sabrá otro. No tenéis una idea muy clara de lo que es un secreto.

—Mis recuerdos no —le recordó—. Márame si es necesario, pero no te atrevas a robarme mis recuerdos.

—¿Preferirías morir?

—Sí.

—Que así sea.

La sangre de Elena se incendió al oír aquellas tres últimas palabras, ya que sabía que para él eran un juramento.

—Sabes que para matarme primero tendrás que atraparme, ¿verdad?

Su sonrisa mostraba la fría arrogancia de un hombre que sabía exactamente lo peligroso que era.

—Eso disipará el tedio que conlleva el paso de los siglos.

Elena resopló y echó un vistazo hacia el exterior.

—Ya no llueve. Saldré a ver si puedo percibir cualquier rastro de Uram, por si acaso no ha pasado la noche en estado de Estupor.

—Come algo primero. —Se echó hacia atrás—. No hemos dejado de trazar patrones de búsqueda: si hubiera matado de nuevo, ya me habría enterado.

Elena estaba intranquila, pero sabía que estaría mejor si se alimentaba, así que accedió.

—Comeré algo rápido.

—¿Empezarás la búsqueda en casa de Michaela?

—Puede ser. Si Uram está despierto y en pie, lo más probable es que vaya a hacerle una visita a su amada. Hay... —Sonó un timbre familiar—. Mierda, ¿dónde lo he puesto?

—Aquí. —Rafael sacó el teléfono móvil de la ropa que ella había arrojado sobre la bolsa que contenía sus cosas—. Cógelo.

—Gracias. —Un vistazo a la pantalla bastó para hacerle sentir náuseas—. Hola, Jeffrey. —Se preguntó qué diría su padre si le contaba que estaba en una habitación con un arcángel medio desnudo. Lo más probable era que le pidiera que cerrara un trato con dicho arcángel mientras todavía estaba de buen humor por el sexo.

Contempló el perfil del inteligente rostro de Rafael mientras este encendía un ordenador portátil que ella no había visto hasta aquel momento y esbozó una sonrisa.

—¿Qué pasa? —El impulso de colgar era una necesidad que hervía en su sangre, pero se habría arrancado el brazo a mordiscos antes de permitir que Jeffrey consiguiera convertirla en una cobarde llorona.

—Tienes que venir a mi oficina.

Algo en el tono de su padre penetró las complejas y turbulentas capas de su furia.

—¿Hay alguien ahí?

—Ahora, Elieanora. —Colgó el teléfono.

—Tengo que ir al despacho de mi padre.

Rafael apartó la vista del ordenador y enarcó una ceja.

—Creí que ya le habías dicho todo lo que tenías que decirle a tu padre ayer.

Elena no se molestó en preguntarle al arcángel cómo lo sabía: lo cierto era que Jeffrey y ella no se habían molestado en bajar la voz.

—Pasa algo malo. ¿El coche sigue ahí delante?

Rafael se quedó inmóvil, y Elena comprendió que lo más probable era que estuviese hablando mentalmente con los vampiros.

—Dmitri te llevará.

—Está bien. —Se dirigió hacia la puerta a grandes pasos—. Si este es uno de los jueguecitos de poder de Jeffrey... Joder, no. No pienso dejarlo todo solo porque él me lo pida. —Cogió el teléfono y lo llamó—. Estoy inmersa en una caza —dijo tan pronto como él descolgó—. No tengo tiempo para jugar a la familia feliz.

—En ese caso, quizá tengas tiempo para limpiar el desaguisado que ha dejado tu amigo.

Elena sintió un vuelco en el corazón.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy seguro de que ella todavía seguía con vida cuando ese tipo la abrió en canal y le arrancó la carne para dejar al descubierto la caja torácica desgarrada.

Rafael la llevó volando hasta el despacho de su padre y aterrizó en la calle con una elegancia que habría dejado atónita a cualquier persona que lo hubiera visto, de haber habido alguna. Sin embargo, era demasiado temprano para todos salvo para los pájaros, sobre todo en aquella zona tan exclusiva.

La esencia la asaltó en el mismo instante en que pusieron un pie en tierra. Aquel olor ácido, ya familiar, con los ricos matices de la sangre fresca.

—Uram —le dijo a Rafael cuando empezaron a subir los escalones—. Sabe que lo estoy rastreando.

Rafael examinó la calle.

—O bien se ha colado en la mente de alguien que conocía tu implicación o bien te vio durante la caza.

—El glamour... —Elena frunció los labios y empujó la puerta, ya que su padre le había dicho que la dejaría abierta—. Jeffrey está en el estudio. Dijo que el cuerpo se encuentra en el apartamento de arriba. —Un apartamento que ella siempre había considerado una extensión del despacho de su padre.

Fueron allí directamente. Justo cuando estaba a punto de abrir la puerta, Elena recordó a Geraldine. Piel pálida, traje perfecto, aroma de vampiro mezclado con el de su perfume.

—Joder... —Entró en la estancia.

No había nadie en el salón. Atravesó la alfombra después de asegurarse de que no estropearía ninguna pista que pudiera llevarlos hasta Uram y siguió la esencia hasta la entrada de lo que resultó ser un dormitorio. La mujer estaba tal como Jeffrey la había descrito. Parecía que alguien hubiera comenzado una autopsia y la hubiese dejado a medias. El torso estaba abierto y dejaba al descubierto las vísceras, parte de las cuales colgaban por el borde de las costillas.

Sin embargo, no fue aquello lo que dejó paralizada a Elena en el umbral.

No era Geraldine. Aquella mujer tenía la piel dorada típica de un clima tropical, y un cabello rubio muy, muy claro. Huesos elegantes, una estatura media tirando a baja, labios que sonreían con facilidad.

Elena apretó los puños.

—Ha sido Uram, sin duda. —Fue un comentario pronunciado con los dientes apretados—. Rastrearé su esencia.

Estaba a punto de pasar junto a Rafael cuando él le agarró el brazo.

—No quiero que corras riesgos estúpidos solo porque estás cabreada con tu padre.

—No estoy cabreada. —Sus emociones eran un hervidero caótico que todavía no lograba comprender—. Esa mujer se parece a mi madre —le espetó. Una copia mala, una pésima imitación. Pero carecía de la gélida elegancia de la nueva esposa de Jeffrey, Gwendolyn.

—Era su amante.

—¿Lo sabías? —Por supuesto que lo sabía... El Grupo de los Diez no confiaría en nadie a quien no hubiera investigado de arriba abajo—. Da igual. Mi padre no es el problema, el problema es que Uram ha empezado a perseguirnos a mí y a los míos. Quiere torturarnos.

Rafael la soltó y entró en la habitación.

—¿Te ha dicho tu padre si aún estaba caliente al tacto cuando él llegó?

Elena asintió con un movimiento brusco; sentía que todo su cuerpo estaba descoordinado.

—Por lo visto le buscó el pulso. —No se sabía por qué—. Eso significa que Uram no lleva mucho tiempo levantado. Un par de horas máximo.

—No creo que tomara la sangre de esa mujer. No hay más heridas que las que le causaron la muerte.

—Lo más seguro es que todavía esté saciado. —Elena no podía creer que su voz sonara tan normal cuando se sentía a punto de empezar a chillar. Jeffrey les había prohibido a Beth y a ella hablar de Marguerite después de su muerte, pero había conservado a su lado a aquella mujer, a aquella «sombra» de su madre. Sin embargo, aquella pobre desconocida que había sido tratada con tanta brutalidad no tenía la culpa de la hipocresía de Jeffrey: esa mujer merecía que su asesino recibiera el castigo que el Grupo imponía a los suyos—. Saciado... —repitió, obligándose a centrar sus pensamientos dispersos—, pero no estúpido. —Uram comenzaba a actuar como un ser racional—. La mayoría de los vampiros atrapados por la sed de sangre no llegan a esa etapa hasta al menos tres o cuatro meses después de caer en ella por primera vez. Por lo que yo sé, el único que sobrevivió tanto tiempo después de involucionar fue... —El nombre se le atascó en la garganta, como un trago repugnante y maligno.

—Slater Patalis —terminó Rafael en su lugar—. Veneno ha venido a encargarse de la limpieza. Sobrevolaré la zona. Le he pedido a Dmitri que permanezca lejos de aquí.

—Bien. —Elena se dio la vuelta, incapaz de mirar a la mujer que había en la cama—. ¿Qué pasa con mi padre?

—Él solo sabe que su amante fue asesinada por un vampiro renegado. Y nos conviene que se extienda ese rumor.

La esencia de Veneno envolvía la escalera cuando ellos comenzaron a bajarla.

—La mujer tenía familia —dijo el vampiro—, aunque nadie en la ciudad.

De repente, a Elena se le ocurrió una terrible idea.

—¿Tenía hijos? —¿Un hermano o una hermana de cuya existencia ella nunca se había enterado?

Fue Rafael quien respondió.

—No. De eso estoy seguro.

Ella asintió al oír su firme respuesta. Rafael se dirigió de nuevo a Veneno.

—Nadie debe encontrar su cadáver.

—Por supuesto que no. Me aseguraré de que aparezcan unos cuantos documentos que la sitúen fuera de la ciudad. —El vampiro empezó a subir—. Jason ha regresado.

Cuando llegó al pasillo, Elena luchó contra el impulso de ir al despacho de su padre, ya que sabía que aquello solo terminaría en otro enfrentamiento a gritos.

—¿Quién es Jason? —preguntó mientras se concentraba en descartar la esencia de Veneno para poder percibir la de Uram.

—Uno de los Siete.

El Ángel de Sangre había salido por la puerta trasera, pensó antes de encaminarse hacia allí.

—¿Por qué vais a deshaceros del cuerpo? Esa mujer estaba destrozada, pero parece el típico asesinato de un vampiro.

—Porque es posible que Uram haya dejado algún rastro en ella.

Elena abrió la puerta trasera, sintió algo pegajoso en la palma y bajó la mirada. Tenía una mancha de color óxido en la piel. Sangre seca.

—Nos está provocando. —Se frotó la mano contra los pantalones, lo bastante para limpiársela pero no para perder la esencia. Aquel era un aroma fresco, «limpio», vibrante en la claridad del día tras la tormenta. Aquello era una bonificación extra: puesto que todas las demás habían sido borradas, las nuevas esencias eran más ricas, más intensas.

Gotas de sangre a pocos pasos de la puerta. Elena no quería ni pensar de dónde procedían, no cuando lo de llevarse trofeos era algo típico de Uram. Y aquello le recordó que...

—¿Y Michaela?

—La he avisado.

Casi podía «ver» la esencia de Uram en aquel ambiente cargado de ozono, así que empezó a correr. Apenas fue consciente del viento que generaron las alas de Rafael cuando alzó el vuelo. Estuvo a punto de chocar con un grupo de gente que se dirigía al trabajo temprano cuando salió a toda velocidad del callejón trasero en dirección a la

calle que había al otro lado, pero nadie miró hacia arriba. El glamour, pensó. Le ponía los pelos de punta pensar que Uram podría haber estado observándola en cualquier momento desde que comenzó la búsqueda.

Otra gota de sangre, aquella enterrada en el asfalto por el peso de los pies que caminaban sobre la calle a medida que la ciudad despertaba. Elena la vio, pero siguió corriendo, esquivando a los ejecutivos bien vestidos y a los vagabundos con carritos de supermercado. Más sangre: una gota lo bastante grande para que la gente la rodeara con una mirada extrañada. Se preguntó si alguien habría llamado a la policía. Como estaban en Nueva York, supuso que no.

Rafael tendría que enviar a un grupo de limpieza allí también. Tras tomar nota mental del lugar, continuó siguiendo la esencia. La excitación inundaba su sangre como la más poderosa de las drogas. Su habilidad estaba presente en su piel, en cada elemento de su ser.

Así era ella. Una cazadora nata.

Se sentía como si estuviera nadando a través de un ácido impregnado en la luz del sol cuando de pronto llegó a un edificio que le resultaba de lo más familiar. ¿Dónde estaba? Parpadeó para salir del estado de trance en el que se había sumido y leyó el cartel.

EL NUEVO MUSEO INFANTIL, PATROCINADO POR DEVERAUX ENTERPRISES

Se le heló la sangre y el horror llenó su boca, hasta que leyó la letra pequeña y se enteró de que el museo estaba cerrado debido a unas reformas. Por fortuna. Si hubiera entrado algún niño...

¿Está Uram en el edificio?

Era tentador dejarse envolver por el aroma de la lluvia, por la esencia de Rafael, pero se resistió. En lugar de aquello, siguió los ecos del rastro de Uram.

—Si no lo está, lo hemos perdido.

Examinó la puerta, preguntándose si Uram habría entrado. Estaba cerrada. Su frente se llenó de arrugas de concentración.

—La esencia no es tan fuerte al lado de la puerta.

Dio unos cuantos pasos hacia atrás y realizó un lento círculo. ¡Allí estaba! Se dirigió hacia uno de los laterales del edificio y lo recorrió hasta la parte trasera. El

miedo, la furia y la emoción de la caza burbujearon en su sangre. La zona de aparcamiento estaba vacía, pero no era aquella zona la que le interesaba. Había una pequeña puerta abierta en la parte de atrás que se mecía con suavidad de un lado a otro al compás de la brisa.

Con el corazón en la garganta, Elena siguió la esencia y entró. No tuvo que ir muy lejos.

Geraldine se encontraba hecha un guiñapo junto a la entrada, como si se hubieran desecho de ella a toda prisa. Al percibir señales de vida, Elena se agachó a su lado y...

—¡Maldita sea! —Geraldine tenía la garganta abierta, pero estaba consciente y sus ojos estaban llenos de terror. Elena no sabía cómo demonios era posible que siguiera con vida—. Aguanta. —Cogió su móvil con manos temblorosas—. Llamaré a una ambulancia.

—No lo hagas. —La sombra de Rafael llenó el vano de la puerta e impidió el paso de la luz—. Haré que Illium la lleve con nuestro sanador. Está a punto de llegar.

Elena lo miró a los ojos, ya que sabía que no tenía tiempo para discusiones.

—Está bien. —Su tono exigía una promesa de que no se le haría daño a aquella mujer.

—Tendremos que borrarle la memoria. —Las palabras que no había pronunciado: «Si logra sobrevivir».

Geraldine empezó a toser cuando Rafael la cogió en brazos.

—Vam... Vamp...

Su voz era más un resoplido que otra cosa, ya que tenía la mano firmemente apretada contra la garganta, pero Elena lo entendió. No era una acusación, sino una petición. Antes de que pudiera decir nada, sin embargo, Rafael desapareció.

Elena examinó las esencias que la rodeaban y comprendió que Uram no se había adentrado más en el edificio. Regresó al aparcamiento y recorrió el perímetro exterior del museo en busca de otra marca. Nada. El cabrón había dejado tirada a Geraldine y había echado a volar cuando Rafael y ella se acercaron demasiado.

Cuando el arcángel regresó, Elena se encontraba al lado del museo otra vez.

—Tu equipo de limpieza tendrá que hacer horas extra hoy.

—Es necesario.

—Tengo que ir a casa de Michaela.

—Pareces muy segura de que él irá hacia allí.

—Geraldine llevaba un anillo de diamantes cuando la conocí ayer. Hoy no estaba, y por la marca blanca que tenía en la piel de su dedo, me parece que nunca se lo quitaba.

—Será más fácil si te llevo yo. —Puesto que le parecía lógico, Elena asintió y Rafael la cogió colocando un brazo bajo su espalda y el otro bajo sus rodillas. El glamour se extendió sobre su piel como si fuera agua.

—¿Lo has hecho? —preguntó mientras se elevaban. Se sujetó a él con fuerza y cerró los ojos para no ver cómo sus huesos desaparecían en el aire—. Me refiero a iniciar el proceso para convertir en vampiro a Geraldine.

—No.

—¿Por qué no? Es probable que no sobreviva de otro modo. Y a ella la haría feliz, así que todo son ventajas. —El viento, cargado con la promesa de más lluvias, le sacudía el pelo y le acariciaba las mejillas.

—Una vez más, preguntas por conocimientos prohibidos.

—Me has colocado en el camino de un monstruo... y no solo a mí, también a la gente que me rodea, incluso a la que solo tiene una relación superficial conmigo. —De pronto la asaltó el pánico—. ¡Sara! ¡Mi hermana!

—Ya hemos advertido a todas las personas cercanas a ti de la posibilidad de que se conviertan en el objetivo de un vampiro.

Ella se aferró a él con más fuerza.

—Sin embargo, eso no servirá de mucho contra un arcángel, ¿verdad?

—No. Lo único que lo detendrá es la muerte.

—¿Cómo lo matarás?

—Le arrancaré el corazón e introduciré mi energía en el agujero de su torso para desgarrarlo de dentro afuera.

Elena tragó saliva al oír una descripción tan gráfica.

—¿Él puede hacerte lo mismo a ti?

—Es un arcángel.

En otras palabras: sí. El miedo penetró en su corazón. Miedo por un ser que había vivido más de lo que ella podía imaginar.

—¿Por qué solo un arcángel puede matar a otro arcángel?

—Ganamos poderes a medida que envejecemos... y entre esos poderes está el de poner fin a la vida de un inmortal. —Y quizá, pensó Rafael al recordar las enigmáticas palabras de Lijuan, también el de otorgar la vida. Aunque no una vida parecida a la que la vida debía ser—. Es uno de los requisitos previos necesarios para convertirse en un miembro del Grupo de los Diez. Debemos ser capaces de destruirnos los unos a los otros si es necesario.

—¿Y no es esa demasiada información?

—Lo habrías deducido tú sola. —Era muy inteligente, y fuerte, testaruda e

implacable. En todos los siglos que había vivido, no había conocido a ninguna guerrera que lo desafiara como ella—. La mujer que encontramos, ¿quién es?

—Geraldine, la secretaria de mi padre.

—¿La empleada de tu padre es una amante de vampiros?

—Vaya... ¿no lo sabías? —Soltó un resoplido—. Creí que conocías hasta el más pequeño detalle de mi historia.

—Los asistentes no me interesaban mucho.

—Bueno, lo cierto es que Jeffrey no conocía sus actividades extracurriculares.

—Illium dice que la ha visto en Erotique. Baila allí. —Erotique era un club al que solo se accedía mediante invitación y en el que se atendían las necesidades de los vampiros de alto rango que querían relajarse en compañía de humanos a quienes se les había enseñado lo que era aceptable y lo que no.

—He oído decir que las bailarinas de Erotique son las geishas occidentales.

Rafael captó el matiz cortante del comentario y se preguntó a qué se debía.

—Una comparación bastante adecuada.

Elena le clavó las uñas en el cuello.

—Lo más probable es que sepan cómo complacer a los hombres que no se molestan en hacer esfuerzos.

—Erotique es un club frecuentado tanto por vampiros como por vampiras. —Hizo una pausa—. A los ángeles no les interesa tanto.

Las uñas se aflojaron un poco.

—Esas bailarinas... ¿consiguen mucho dinero?

Rafael contactó con Illium para averiguar la respuesta.

—Sí.

—En ese caso, ¿por qué había aceptado Geraldine un empleo como secretaria de Jeffrey? Supongo que tendremos que apretarle las tuercas, si logra sobrevivir.

—No es necesario. Lo más seguro es que fuera una espía de algún competidor con colmillos.

—¿Y por qué estaba allí Campanilla, si se puede saber?

—Siente fascinación por los mortales. —La debilidad de Illium había sido la caída de Illium. Era una lección que se les enseñaba a todos los ángeles jóvenes.

—¿Y si se enamora de nuevo? ¿Qué ocurrirá?

—Siempre que guarde nuestros secretos, puede amar a su mortal.

—Aunque ella moriría en unas cuantas décadas y el vivirá durante siglos.

—Sí. —Sabía que Elena ya no hablaba de Illium—. La inmortalidad tiene su precio.

Ella lo estrechó entre sus brazos.

—Demasiado alto, en mi opinión. ¿Inclinarse y arrastrarse ante un amo? Joder, no —dijo con un tono mordaz—. Tal vez sea esa la razón por la que vosotros Convertís a tantos imbéciles en vampiros. Solo la gente estúpida solicita algo así.

Rafael le dio un apretón.

—Estás insultando al Grupo de los Diez.

—Sabes quién es el señor Ebose. Y sabes a quién rastreeé para él. Vamos, en serio... ¿Qué cualidad tenía ese para convertirse en inmortal, aparte de su sumisa estupidez?

—Eso no puedes saberlo.

—Ya conozco demasiados secretos... ¿qué importancia tiene uno más?

Rafael bajó en picado siguiendo una corriente de aire, y aquello hizo que ella se sujetara con más fuerza.

—Hemos llegado.

Elena suspiró, pero le dio un beso en la mandíbula.

—Estar contigo es una fuente constante de frustraciones.

El arcángel aterrizó en el bosque que separaba su propiedad de la de Michaela. Luego retiró el glamour y se enfrentó a sus ojos plateados.

—Les he puesto escoltas a Sara, a Ransom, a tu padre, a tus parientes y a sus familias.

Una sombra atravesó el rostro de Elena y oscureció sus ojos, que adquirieron los tonos de una tormenta.

—Gracias.

—¿También piensas que Harrison es estúpido? —preguntó él, refiriéndose a su cuñado—. Después de todo, es un vampiro.

Ella entrecerró los ojos.

—Tengo una pregunta que hacerte... y necesito saber la respuesta.

—Beth —dijo Rafael mientras observaba su expresivo rostro. Para ser una cazadora, sus defensas eran bastante débiles, como las de una persona que, a pesar de todo, consiguiera ver inocencia en el mundo.

«Entonces ella te matará. Te convertirá en mortal.»

¿No merecía la pena perder un poco de inmortalidad para tener aquella extraña mezcla de inocencia y fuerza a su lado?

—Harrison sabía cuando fue Convertido que no había garantías de que aceptáramos a su esposa.

—Entonces, ¿es posible? —inquirió ella—. No sé cómo elegís a vuestros

candidatos, pero ¿es posible que Beth sea uno de ellos?

—¿Y a ti qué más te da? —replicó él—. Te tratan como si fueras basura.

Elena convirtió su mano en un puño.

—Ya, bueno... considérame masoquista. —Se encogió de hombros—. Da igual que me saque de quicio la mayor parte del tiempo. Es mi hermana.

—¿Igual que Mirabelle y Ariel?

Elena se puso rígida.

—Nunca hablo sobre eso.

Rafael conocía los hechos, pero al percibir la fragilidad de su voz comprendió que aquellos hechos no le decían nada.

—Beth no es adecuada —respondió, en vez de enfrentarse a ella.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Se había preocupado por averiguarlo... porque sabía que Elena querría saberlo.

—Menuda mierda... —Ella se frotó la cara con la mano—. Ese tío es un imbécil, pero la ama.

—Ama más la inmortalidad —dijo Rafael, con siglos de experiencia—. De lo contrario, habría esperado a saber si ella también era aceptada.

Elena lo miró con una expresión inescrutable en el rostro.

—¿Aún eres capaz de ver algo bueno en el mundo?

—Si conseguimos matar a Uram, quizá llegue a creer que la maldad no siempre gana. —Quizá. Había visto demasiada maldad para creer en los cuentos de hadas que consolaban a los humanos en sus efímeras vidas.

Elena sacudió la cabeza y empezó a caminar hacia la mansión de Michaela.

—Estoy muerta de hambre.

—Te has echado una buena carrera. —Envió un mensaje mental a Montgomery para que le preparara algo de comer a la cazadora.

—¿Qué te ocurre a ti si no comes?

Otra pregunta que a nadie se le había ocurrido preguntarle en mil años.

—Me desvanezco.

—¿Te debilitas? —Se agachó, tocó la tierra y se llevó los dedos a la nariz—. Me pareció percibir una esencia, pero no hay nada.

Rafael esperó a que se incorporara de nuevo antes de responder.

—No, me desvanezco literalmente, me convierto en un fantasma. El alimento ancla nuestra forma física.

—Entonces ¿por qué otros ángeles no ayunan? Ya sabes, para conseguir la invisibilidad y todo eso...

—Desvanecerse no nos vuelve invisibles, solo nos... «evapora». Y puesto que la falta de alimento también resta poder, desvanecerse no es algo bueno.

—De modo que si quiero hacer que un ángel sea vulnerable, tengo que matarlo de

hambre.

—Solo si planeas dejarlo sin comer durante cincuenta años. —Contempló el desconcierto y la consternación que aparecieron en el rostro de Elena—. La inanición es un concepto relativo. A diferencia de los vampiros, los ángeles no se desvanecen con facilidad.

—Los vampiros no se desvanecen, se marchitan —murmuró ella. A Rafael le dio la sensación de que estaba recordando algo—. Y cuanto más ancianos son, más se arrugan. —Se detuvo al borde de la zona de césped del hogar de Michaela y alzó la vista para observar la ventana de la arcángel—. Aunque la idea es la misma, supongo.

—Sí. —Siguió su mirada y recordó que el día anterior había contemplado la ventana desde aquel mismo lugar—. ¿Percibes su esencia?

—Sí. —Se mordió el labio inferior y volvió a inspeccionar el camino que habían seguido antes de volver a concentrar su atención en la ventana—. Aquí pasa algo raro.

—Hay demasiado silencio. ¿Dónde están los guardias? —Rafael examinó la zona en busca de las extrañas alas de Uram—. No puede haber llegado aquí mucho antes que nosotros. Los recuerdos de Geraldine confirmaban que la había dejado tirada en cuanto percibió que lo seguíamos.

Elena lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pretendía hacer? ¿Convertirla en una obra de arte que recogiera a la gente que la encontrase?

—Sí.

—Cómo no... ¿Puedes sobrevolar la zona?

Rafael extendió las alas, dio un salto y echó a volar. Era una sensación de libertad que siempre había dado por sentado... hasta que vio las ansias de volar en los ojos de una cazadora.

No hay huellas visibles.

Ahora ya podía establecer el vínculo mental sin esfuerzo.

—Voy a entrar.

Era increíble lo fácil que a Elena le resultaba hablar con él. Sabía que ella creía que solo hablaba en voz alta, que él tomaba las palabras de su mente, pero eso no era del todo cierto: la cazadora sabía de manera instintiva cómo disponer sus pensamientos para que no se perdieran en medio de la actividad mental. También podía bloquearlos cuando lo deseaba. Eso le hacía daño, pero podía hacerlo. La arrogancia de Rafael no se sentía muy complacida con aquella pequeña habilidad, pero la verdad era que le resultaba intrigante.

Atrapó una corriente de aire descendente y movió las alas para aterrizar a su lado.

—No entrarás sola. —Ningún mortal tenía posibilidad alguna frente a Uram.

Ella no discutió. La expresión de sus ojos (concentrada, típica de una cazadora nata) le decía que en aquel momento ella solo lo veía como otra herramienta. Tras realizar un breve gesto afirmativo con la cabeza, Elena atravesó la distancia que los separaba de la casa, pero en lugar de dirigirse hacia la parte delantera, forzó las puertas correderas que había en uno de los laterales.

Rafael le puso una mano sobre la espalda.

—Yo entraré primero.

—Este no es el momento de sacar a relucir toda esa mierda machista.

—Podría ser una trampa. Tú eres mortal. —Entró en la estancia y examinó el lugar. Era la biblioteca—. Pasa.

Elena entró en silencio.

—La esencia es más intensa dentro.

Rafael abrió las puertas de la biblioteca y salió al pasillo. Riker estaba empalado en la pared que tenía delante; la pata de una silla de madera sobresalía de su garganta. El vampiro seguía con vida, pero estaba inconsciente... probablemente a causa del golpe en la cabeza que hacía que la sangre se derramara por sus sienes.

—Madre mía... —susurró Elena—. Este tío lleva una semana malísima. ¿Lo dejamos ahí?

—No se curará hasta que le quiten la estaca.

—En ese caso, vámonos. Solo puedo enfrentarme a un psicópata por turno. —Hizo un gesto hacia la izquierda con la cabeza.

Rafael empezó a caminar en aquella dirección, y no se sorprendió mucho cuando encontraron a otro de los guardias empalado en una salvaje y encantadora escultura que databa de la época en que Michaela estuvo con Charisemnom. La cabeza del vampiro colgaba en un ángulo incompatible con la vida.

—Está muerto.

—¿Por rotura de cuello?

—Por decapitación —Le mostró que la cabeza estaba unida al cuerpo por unos simples tendones—, sumada a la extracción del corazón. Sin embargo, no fue algo planeado. Lo hizo tan solo para quitárselo de en medio. —Puso un pie en la escalera.

—No. —Elena señaló otra dirección—. Por ahí.

Un grito desgarró el aire.

Rafael impidió que la cazadora echara a correr.

—Eso es lo que quiere Uram. —La empujó para colocarla tras él y después se encaminó hacia el lugar del que procedía el grito. Uram era todo un maestro de la

estrategia: estaba claro que había deducido que Elena era el eje central. Si la eliminaba, podría esquivar al Grupo durante años... Había otros cazadores natos, pero no tan dotados como Elena. Si Uram no era ejecutado antes de que hubiera pasado medio siglo desde su involución, podría conseguir el poder suficiente para gobernar. Y el mundo se ahogaría en sangre.

Elena le dio un tironcito en el ala. Rafael echó un vistazo por encima del hombro con la intención de decirle que no lo distrajera. Podría resultar fatal, incluso para un inmortal. Ella señalaba hacia arriba. Rafael hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Lo sé.

La casa de Michaela tenía techos altos, como casi todos los hogares pertenecientes a los ángeles. Su salón, como el de él, era el núcleo central de la casa, y las plantas superiores se situaban en torno a él. Uram no esperaría abajo. Los aguardaría arriba.

Aquello colocaba a Rafael en una posición de desventaja. Aquella casa había sido diseñada para humanos y no para moradores angelicales. No había ventanas altas que pudiera utilizar para volar directamente hacia la zona habitable. Tendría que pasar por la puerta. Elena empezó a tirarle del ala otra vez, hasta que él acercó la oreja a sus labios.

—Déjame entrar para distraerlo. Tú entrarás justo después... no tendrá tiempo para matarme.

Si alguien le hubiera descrito aquel escenario antes de conocer a Elena, su respuesta habría sido inmediata. Sí, enviaría a la cazadora al interior para que distrajera al nacido a la sangre. La muerte de la cazadora sería un pequeño precio a pagar para ganar aquella guerra. Pero ahora que la conocía, ahora que se había acostado con ella, aquella mujer le pertenecía.

Elena entornó los párpados, como si pudiera leerle los pensamientos.

—Entra agachada —dijo, a sabiendas de que la sorprendería—. Él apuntará a la altura de la cabeza. Rueda.

Ella asintió.

—Estoy segura de que está ahí dentro. La esencia se ha colado en mi sangre, y es muy densa, muy intensa. —En aquel momento empezó a moverse hacia la entrada.

Los instantes siguientes transcurrieron a una velocidad sobrehumana. Elena rodó hacia el interior, se oyeron unos chasquidos junto a la puerta y un aullido de furia. Un segundo después, Rafael se introdujo en la sala y observó a Uram mientras este le disparaba continuas descargas de pura energía a su cazadora.

Rafael se lanzó hacia delante mientras concentraba su propia energía. Aquella era una de las razones por las que se le había encomendado que dirigiera la búsqueda. Tan

solo cuatro de los miembros del Grupo eran capaces de crear descargas de energía. Era un talento que se adquiría con la edad... pero solo si el germen estaba allí previamente. Y a diferencia de lo que ocurría en el estado Silente, aquella energía no tenía por qué proceder del interior. Mientras se elevaba, absorbió poder de las fuentes eléctricas y causó un cortocircuito en la lámpara encendida que había más abajo.

Arrojó el primer rayo a Uram antes de que este se diera cuenta de que también él estaba allí. Le acertó en medio del pecho y lo envió contra la pared. Pero Uram no era arcángel por casualidad. Consiguió detenerse antes de atravesar la pared de madera y le devolvió una bola de llamas al rojo vivo. Rafael la esquivó, a sabiendas de que si le daba en las alas, caería. El fuego de ángel era una de las pocas cosas que podía causar heridas graves a un inmortal.

El fuego de ángel y la pistola de una cazadora, se dijo.

Elena, ¿no has traído contigo esa pequeña pistola que utilizaste contra mí?

Otro intercambio azul y rojo, enormes agujeros en la pared, polvo flotando hasta el suelo con serena tranquilidad. Mientras luchaban, Rafael observaba a Uram para ver si veía al monstruo. Sin embargo, el arcángel tenía el mismo aspecto de siempre, ya que sus nuevos colmillos permanecían ocultos mientras se concentraba en repeler los ataques de Rafael y lanzar los suyos propios.

Una bola de fuego le rozó el ala. Haciendo caso omiso del grito de sus terminaciones nerviosas, Rafael le devolvió el fuego y consiguió acertar en la punta del ala izquierda de su rival. Uram enseñó los dientes, soltó un aullido... y el monstruo emergió. Fuego rojo en los ojos, colmillos que se alargaban más allá de sus labios y un torbellino de fuego en sus manos.

La sangre lo había hecho más fuerte.

Allí residía el atractivo, la tentación, la locura. Una vez que el Flagelo tomaba el control, la sangre incrementaba el poder de un ángel a la enésima potencia. Pero en aquel momento, sin importar el aspecto que tuvieran, estaban tan enajenados que daba igual. Aun así, Rafael no era ningún novato, y no pensaba dejar que lo acorralaran. Bajó en picado en el último instante y la bola de fuego angelical golpeó la pared allí donde él había estado momentos antes, arrasando todo lo que encontró a su paso hasta que salió al exterior. Justo entonces, volvió a ascender a toda prisa para arrojarle a Uram una descarga.

Algo se disparó y produjo un estruendoso crujido. Uram se inclinó hacia un lado, vacilante, y Rafael vio el desgarró que había aparecido en la parte inferior de su ala. Apuntó hacia aquel punto vulnerable y acertó, causando un daño considerable. Sin embargo, Uram ya había empezado a moverse. Esquivó el segundo ataque de Rafael y

salió volando a través del agujero que había originado su disparo.

Rafael salió tras él, ya que sabía que tendría una oportunidad de atrapar al ángel nacido a la sangre mientras estuviera herido. Acababa de salir a la luz del sol cuando chocó contra un cuerpo. Empezó a descender en espiral, pero logró aterrizar con suavidad gracias a la experiencia adquirida durante sus muchos años, y dejó el cuerpo sobre una zona más o menos despejada del suelo.

Michaela.

El corazón de la arcángel había desaparecido, y había una bola de fuego roja allí donde debería haber estado el órgano. Sin pararse a pensarlo, Rafael introdujo en su pecho una mano cubierta de fuego azul y sacó la bola roja para arrojarla contra la pared y disipar su fuerza destructiva. El corazón de Michaela empezó a regenerarse ante sus ojos.

—¡Elena!

—Estoy aquí.

Ella le tocó el brazo mientras contemplaba con horror el pecho de Michaela.

—¿Qué...?

Dejando a la arcángel donde estaba, Rafael rodeó la cintura de Elena con un brazo y echó a volar.

—Rastréalo.

Elena lo entendió a la primera, se aferró a él con fuerza y asintió con la cabeza. Cuando llegó a la abertura que Uram había utilizado para escapar, señaló con el dedo hacia Manhattan. Rafael sabía que era rápido, pero Uram le llevaba ventaja. Además, llevaba a otra persona con él y, al igual que el otro ángel, también estaba herido. Pero estaban cerca, muy cerca...

Hasta que llegaron a la zona del Hudson que pasaba sobre el túnel de Lincoln.

Las aguas del río rugían más abajo, pero Elena no pudo encontrar ni rastro de la esencia de Uram en el aire. Rafael descendió lo bastante para sentir las salpicaduras del agua en la cara, pero ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Él sabe lo del agua. —Sintió auténtica frustración—. O bien se ha sumergido, o bien ha volado tan cerca de la superficie que la humedad ha enmascarado su esencia.

Rafael luchó contra el impulso de malgastar su energía en un absurdo ataque de furia. En lugar de aquello, hizo varias barridas por la zona del río donde habían perdido el rastro.

—Nada —dijo Elena—. ¡Joder!

Tras repetir en su mente aquella misma exclamación, Rafael voló de nuevo hacia el hogar de Michaela a través de un cielo cuajado de nubes, y después envió una

orden a Dmitri para que peinara las dos orillas del río con rastreadores. Las probabilidades de que aquella búsqueda diera resultado eran muy bajas, ya que Uram solo tendría que conservar el glamour durante el corto espacio de tiempo que tardara en encontrar un escondite. Para un arcángel (incluso para uno herido) aquello era un juego de niños.

Michaela se encontraba aún donde la había dejado, pero su corazón ya había comenzado a latir en el interior de su pecho destrozado. Tenía los ojos abiertos, llenos de un horror que él no había esperado ver. Michaela era muy antigua, muy experimentada, y ya debería conocer el auténtico miedo.

—Se ha vuelto loco —dijo cuando Rafael se agachó junto a ella y tomó su mano. De su boca salían burbujas de sangre—. No queda nada en él del ángel que fue.

Rafael vio que Elena daba un paso atrás y supo que su cazadora pretendía concederles intimidad. Michaela la habría matado en cuanto hubiera hablado con ella y hubiera percibido su compasión. Elena era tan humana...

—Volverá a por ti. —Matar a un arcángel era uno de los despiadados pasos del ritual, una compulsión que los nacidos a la sangre no eran capaces de resistir. Y una vez que se obsesionaban con alguien, jamás cambiaban de objetivo.

—Me dijo... —Michaela empezó a toser. Su corazón aún era visible a través del hueco del pecho—... que yo era lo último que lo ataba a esta existencia, que una vez que estuviera muerta, él sería libre para Ascender. ¿Ascender a qué?

—A la muerte. A la muerte eterna —respondió Rafael, que aún sujetaba su mano. Michaela era una víbora, pero una víbora necesaria. Si la perdían, el Grupo de los Diez quedaría peligrosamente desequilibrado. Había alguien que tenía muchas posibilidades de ocupar el lugar de Uram, pero no encontrarían dos candidatos adecuados.

—¿Dónde te encontrabas?

—Se apoderó de mi corazón antes de ir a por mis guardias y me dejó inconsciente en el tejado. Casi me había recuperado lo suficiente para volar cuando... —otro acceso de tos, aunque ya la sangre había desaparecido—... introdujo el fuego en mi interior. No tuvo tiempo para extenderlo.

Ambos sabían que, de haberlo tenido, ella habría sufrido una muerte agonizante e inevitable.

—Vete —añadió ella al ver su ala—. Estás herido. Tienes que recuperarte antes que él.

Rafael asintió y se puso en pie, consciente de que su compañera estaría bien en unos minutos.

—Vi a uno de los guardias en el vestíbulo, a Riker, empalado junto a la biblioteca. ¿Dónde están los demás?

—Todos muertos —respondió ella antes de levantar la mano izquierda. Un diamante ensangrentado resplandeció en su dedo anular—. En la azotea.

—Conseguiré más protección para ti.

Esa vez, Michaela no se opuso.

—¿No me invitas a tu casa? —Empezaba a recuperarse y ocultaba su miedo, tal como los inmortales aprendían a hacer a muy temprana edad.

Rafael se enfrentó a su mirada.

—Debes seguir siendo un objetivo tentador.

El terror regresó a sus ojos.

—Él no regresará esta noche.

—No... su herida es demasiado grave. Haz que reparen el edificio mientras él se recupera. —Observó el enorme agujero de la pared—. Todo lo que sea posible, al menos. Te enviaré a algunos de los miembros de mi escolta de ángeles.

Michaela se sentó sin molestarse en cubrir su pecho desnudo. Su cuerpo era un arma, una que ella no vacilaba en utilizar. Sin embargo, en aquellos momentos no estaba preocupada por eso.

—¿No estropeará eso mi posición como objetivo tentador? —En aquel instante era una arcángel que sabía que Uram debía morir.

—Él es lo bastante arrogante como para no preocuparse por la presencia de otros arcángeles, y lo sabes mejor que nadie.

Michaela alzó la mirada, y en sus ojos apareció una chispa de auténtico dolor.

—Yo lo amaba. Tanto como puede amar un arcángel.

Rafael no dijo nada y se fue a buscar a Elena mientras la arcángel reflexionaba sobre las consecuencias de la inmortalidad. La cazadora lo esperaba fuera, al final de la zona ajardinada, donde empezaba el bosque. Clavó los ojos de inmediato en su ala.

—Te ha herido. —Su furia atravesó el aire como una espada.

—Yo le he causado una herida peor.

—El cabrón ha huido. —Le dio una patada a un grupo de hojas mientras caminaban—. ¿Cómo está Su Alteza la Zorra Real?

—Viva.

—Qué lástima. —Eran palabras cáusticas, pero Rafael recordaba la compasión que había mostrado.

La agarró del brazo.

—No sientas lástima por Michaela. Ella utilizará esa vulnerabilidad para destruirte.

—Aun así, le has salvado la vida.

Rafael deslizó la mano por su antebrazo antes de apartarla.

—Es necesaria. Aunque te parezca increíble, Michaela es más humana que Charisemnon y Lijuan.

Elena no dijo nada mientras atravesaban su jardín y entraban en su casa. Montgomery los esperaba. La angustia que el mayordomo sintió al ver su herida acabó con su discreción habitual.

—¿Sire? ¿Quiere que llame al sanador?

—No será necesario. —Al ver que el vampiro no dejaba de retorcerse los dedos, Rafael le puso una mano sobre el hombro—. Tranquilízate. Estaré curado cuando llegue la noche.

Montgomery se relajó.

—¿Quiere que traiga la comida? Es casi mediodía.

—Sí. —Se volvió hacia Elena mientras el mayordomo se alejaba por el pasillo—. Parece que compartiremos un segundo baño. —Tanto Geraldine como Michaela habían dejado su marca en él, por no mencionar la mancha escarlata originada por sus propias heridas.

Ella se encogió y se tocó los cortes de las mejillas... causados por los escombros que habían salido volando.

—A mí me vale con una ducha rápida. Si me pongo en remojo, se me levantará la piel. —Echó un vistazo a sus ropas y descubrió cuál había sido el resultado de que él la llevara en brazos—. Joder, creo que no metí más ropa en la bolsa de viaje.

Rafael estaba a punto de responder cuando oyó el sonido de unas alas que se aproximaban, un susurro que anunciaba la presencia de otro ángel... uno al que no le importaba ser oído. Cuando levantó la vista, descubrió que se trataba de Jason. El ángel inclinó la cabeza en una muestra de respeto. Llevaba el pelo negro recogido en una coleta.

—Sire, tenemos un problema.

Elena no pudo evitar mirar fijamente al ángel recién llegado. Su rostro... Nunca había visto nada parecido. Todo el lado izquierdo estaba cubierto por un exótico tatuaje formado por finas curvas y pequeños puntitos de tinta negra que resaltaba contra la resplandeciente piel marrón. Tanto la piel como el tatuaje tenían cierto aire de la Polinesia, pero la severidad de sus rasgos faciales indicaba también que aquel ángel tenía ancestros del mismo origen que los suyos. La vieja Europa mezclada con los vientos exóticos del Pacífico... en una combinación increíblemente atractiva.

—Jason —dijo Rafael a modo de saludo.

—Estás herido. —El ángel recién llegado se fijó en el ala de Rafael—. Esto puede esperar.

Cambió de posición, y el susurro de sus alas hizo que Elena se diera cuenta de que aún no había visto sus plumas. Frunció el ceño y entrecerró los ojos en un intento por atisbar algo en la penumbra del vestíbulo (la vidriera permanecía a oscuras sin la luz del sol), pero no consiguió ver nada más que una sombra.

Tenía que preguntar.

—¿Dónde están tus alas?

Jason la miró con expresión indescifrable antes de extender una de sus alas en silencio. Era negra como el hollín. Y no reflejaba la luz, sino que parecía absorberla. Sus límites se desvanecían en la penumbra reinante.

—Vaya... —dijo ella—. Seguro que eres un explorador nocturno de primera.

Jason apartó la mirada de ella para fijarla en Rafael.

—El informe puede esperar, pero es importante que lo escuches.

—Me reuniré contigo dentro de una hora.

—Si no te importa que sea a primera hora de la tarde, sire, me gustaría volar para inspeccionar una cosa.

—Ponte en contacto conmigo cuando regreses.

Tras una breve inclinación de cabeza, Jason se marchó. Elena no dijo nada hasta que Rafael y ella terminaron de lavarse y empezaron a comer el almuerzo que les había llevado «Ambrosio».

Lo primero era lo primero.

—Tu mayordomo me ha hecho la colada —dijo, sentada en la cama con las piernas cruzadas. Al llegar había descubierto que los pantalones y la camiseta que había llevado el día anterior estaban limpios y planchados.

Rafael alzó una ceja. También se había sentado en la cama; tenía una pierna

apoyada en el colchón y el pie de la otra en el suelo. El ala herida descansaba sobre las sábanas para que su curación fuera óptima. Para su enorme placer (y estaba demasiado dolorida y frustrada para mentirse sobre lo que sentía por él), Rafael le había pedido que le aplicara un bálsamo especial en la zona de la herida. Ella sabía a la perfección que el hecho de que él permitiera que estuviera a su lado mientras estaba herido era un indicio de lo mucho que había cambiado su relación. Aquella vez, Dmitri no la había atado a un sillón.

—Lo dudo mucho —dijo él—. Montgomery dirige la casa... Jamás se dignaría lavar la ropa con sus propias manos.

—Ya sabes lo que quiero decir, Arcángel. Es como un duendecillo doméstico... ¡solo que aún mejor!

—Por alguna razón, imaginarme a Montgomery como un duendecillo no tiene el mismo efecto en mí que el que parece tener en ti.

—Espera y verás. —Le dio un enorme mordisco a su sándwich, que llevaba de todo—. Así que Jason es tu espía. ¿O debería decir el jefe de tus espías?

—Muy bien, cazadora del Gremio. —Rafael se comió la otra mitad del sándwich en tres bocados—. Algunos dirían que su rostro hace que resalte demasiado.

—Ese tatuaje... debió de doler. —Se estremeció. A ella le daba demasiado miedo meterse tinta bajo la piel. Ransom había intentado convencerla de que se hiciera uno cuando él se tatuó una banda alrededor del brazo. Ver la sangre que rezumaba su piel no la había animado a imitarlo—. ¿Cuánto tiempo crees que llevaría terminarlo?

—Diez años exactamente —dijo Rafael, que la miró con aquellos ojos que parecían ver hasta su alma.

Ella sacudió la cabeza mientras se terminaba el sándwich.

—Hay muchos tipos de locura, supongo.

Rafael le ofreció una manzana.

—¿Quieres darle un mordisco?

—¿Me estás tentando, Arcángel?

—Siento decírtelo, pero tú ya has caído, cazadora. —Utilizó un cuchillo afilado para partir la fruta y le colocó una rodaja entre los labios antes de observar cómo la masticaba con absorto interés—. Tu boca me fascina.

El calor lánguido que la invadía, presente cuando estaba cerca de Rafael, pareció intensificarse, extenderse hasta llenar cada parte de su cuerpo como un latido vivo y exigente. Tragó el trozo de manzana y apartó la comida para arrodillarse delante de él. Cuando el arcángel situó el resto de la rodaja de fruta junto a sus labios, ella lo mordió y le sujetó la muñeca.

Se miraron a los ojos. Sentir su calidez en las yemas de los dedos era mucho más erótico que el beso de cualquier hombre. Le rozó los dedos con los labios.

Algo salvaje y varonil atravesó su rostro, una expresión que le decía dónde deseaba él que pusiera sus labios. Sin embargo, lo único que dijo fue:

—¿Quieres otra rodaja?

Elena sacudió la cabeza con pesar.

—Tienes que curarte, y yo debo empezar a seguir el rastro de nuevo. —Uram no podía haber ido muy lejos. Lo más probable era que se hubiera visto obligado a regresar a uno de sus escondites previos. Lo que significaba que había altas probabilidades de que se encontrara dentro del circuito que ya habían cartografiado.

—Esta puede ser nuestra mejor oportunidad.

Rafael dejó el cuchillo y el resto de la manzana para recorrer sus labios con los dedos.

—¿Oíste lo que dijo Michaela?

—¿Lo de que ya es un monstruo por completo? —Se encogió de hombros. La lujuria empezaba a envolverla como un perfume intenso—. No me extraña en absoluto después de lo que vimos en el almacén.

—Si me convirtiera en un nacido a la sangre, ¿me cazarías, Elena?

La cazadora sintió que el corazón se paralizaba en el interior de su pecho.

—Sí —respondió—. Pero tú nunca te convertirás en un monstruo. —No obstante, recordó el cuchillo que le había cortado la mano, y también al vampiro de Times Square.

Esbozó una sonrisa desprovista de humor.

—Eso es esperanza, no certeza. —Rafael sacudió la cabeza—. Todos somos susceptibles a la tentación del poder. La sangre lo ha hecho más fuerte, más difícil de derrotar.

Elena le cubrió la cara con las manos y observó aquellos ojos que habían visto miles de amaneceres antes de que ella fuese siquiera un pensamiento en el esquema general del universo.

—Pero tú tienes una ventaja —susurró—. Ahora eres un poquito humano.

Ángel de sangre

Creían que estaba vencido.

Aquél era su error.

La agonía se apoderó de su ala y de su pecho cuando los vestigios del fuego azul de Rafael intentaron penetrar a más profundidad. Apretando los dientes, él abandonó su escondite y voló una corta distancia hasta una zona pública de la ciudad, por lo general acogedora, que se había vuelto lúgubre a causa del clima húmedo. Estaba llena de rincones oscuros que la convertían en el lugar perfecto para cazar. El glamour lo ayudaba mucho, y ya había desgarrado la garganta a dos vagabundos antes de que ellos se percataran siquiera de que alguien los acechaba.

La sangre humana recorrió sus venas a la velocidad del rayo y obligó al fuego azul a retirarse hasta que se disipó en el aire, inofensivo. Puesto que ya no debía concentrarse en repeler un ataque, su cuerpo se dedicó a reparar los músculos y cartílagos desgarrados. Para el momento en que inclinó la cabeza sobre la quinta garganta (la piel suave y delicada de una joven, su alimento favorito), estaba listo para volar de nuevo... al menos para sacar a la cazadora mortal de la ecuación. Una vez que ella estuviera muerta, nadie sería capaz de localizarlo.

Sonrió y se limpió la sangre de la boca con un pañuelo blanco limpio. Sí, la sangre caliente era la mejor. Durante un instante se planteó la posibilidad de matar a alguien más, pero decidió que no tenía tiempo. Tenía que atacar antes de lo esperado, mientras las defensas de Rafael estaban bajas y la cazadora se creía a salvo.

Después de aquello, podría hundir los colmillos en el corazón de Michaela, beber su sangre directamente de la fuente. Y se quedaría con ella, decidió. El impulso de descuartizarla era abrumador, pero lo resistiría. ¿Por qué matar a alguien que podía proporcionar un poder tan exquisito? Los mortales eran demasiado débiles, pero una arcángel... Ah, podría beber de Michaela durante toda la eternidad. Porque ella se curaría siempre.

Se preguntó si Michaela le habría contado a Rafael que ya se había alimentado con su sangre en una ocasión. Se lamió los labios. Tenía un sabor dulce. Poderoso. Estimulante. Y ahora llevaba parte de él en su interior. Sí, una arcángel sería el más perfecto de los aperitivos. Le construiría una hermosa jaula para que ella pudiera ver cómo jugaba con el resto de sus mascotas... para que supiera que era la afortunada, la mujer a la que había elegido para alimentarse durante el resto de la eternidad.

Pero primero tenía que romperle el cuello a la cazadora.

Rafael salió al balcón de la tercera planta. Las palabras de Elena aún seguían frescas en su mente.

«Ahora eres un poquito humano.»

Lijuan le había aconsejado que matara a Elena por aquella misma razón. Su reacción al disparo (el dolor, la sangre), no había hecho más que incrementar la certeza de que aquella cazadora era peligrosa para él. Pero ¿y si con el peligro venía algo más, una inmunidad a la locura del poder, de la edad? Después de todo, se había recuperado del período Silente mucho antes de lo esperado.

Mientras esperaba a que llegara Jason, pensó en quién era cuando vio por primera vez a Elena. Había invadido la mente de la cazadora y la había aterrorizado sin el menor atisbo de remordimiento. ¿Podría hacerlo de nuevo? Sí, pensó; no se hacía ilusiones con respecto a su bondad natural. Era muy capaz de hacerlo otra vez. Pero la cuestión no era esa... la cuestión era si decidiría hacerlo de nuevo o no.

Jason entró en la terraza desde lo alto y aterrizó con la pulcritud que lo convertía en el espía perfecto.

—Esperaba ver a Illium aquí.

—Está vigilando a Elena. —Rafael habría preferido que llevara a un conductor vampiro también, pero su presencia habría entorpecido la habilidad de la cazadora para rastrear la esencia de Uram. Así que conducía ella misma mientras Illium la seguía volando. Entretanto, él estaba confinado en casa debido al ala dañada por el fuego de ángel. Lo cierto era que se estaba curando con rapidez y ya podía volar, pero hacerlo solo habría conseguido empeorar la herida, y necesitaba estar en plena forma cuando Uram apareciera de nuevo.

Elena llevaba fuera la mayor parte del día, aunque lo llamaba para informar cada vez que terminaba de examinar una zona de Manhattan. Resultaba extraño darse cuenta de que, aunque tenía muchos otros problemas, la... echaba de menos. Aquella mortal con el espíritu de una guerrera se había convertido en alguien importante para él.

—Bueno, cuéntame.

—Es lo que pensabas —dijo Jason—. Lijuan despierta a los muertos.

Rafael notó el penetrante frescor de la brisa cargada de agua que llegaba desde el río y se preguntó si Lijuan sería tal como era si no hubiera matado al humano que amenazaba con volverla «un poquito» mortal.

—¿Estás seguro?

—Vi cómo lo hacía.

—¿Y viven? —Volvió la mirada hacia el otro ángel.

Los ojos de Jason mostraban una profunda repugnancia.

—Yo no lo llamaría vida, pero existe una chispa en su interior, parte del resplandor de la persona que fueron en su día.

Aquello era peor de lo que Rafael había imaginado.

—¿No son marionetas, como creíamos?

—Lo son, pero también son algo más. Abominaciones andantes que ven y oyen pero nunca hablan. Su silencio queda acallado por los gritos de sus ojos. Saben lo que son.

Incluso el alma de un arcángel podía sentir la gélida mano del horror.

—¿Durante cuánto tiempo puede mantenerlos así?

—De los renacidos que vi, el mayor tenía un año. Empezaba a dar muestras de senilidad, y hacía mucho tiempo que había perdido su chispa. —Una pausa. Después, aquel ángel que por lo general siempre se mostraba sereno dijo—: Es una bendición que esa parte de su alma muera.

—¿Y Lijuan tiene un control absoluto sobre esos renacidos?

—Sí. Por ahora juega con ellos como un niño con un juguete nuevo. Pero llegará el momento en que los convierta en un ejército.

Aquella mano gélida apretó el corazón de Rafael. Porque si aquellos renacidos empezaban a caminar entre los vivos, la civilización se vendría abajo y el terror se apoderaría del mundo.

—Las personas a las que despierta... ¿han muerto recientemente?

—No —fue la perturbadora respuesta—. Esos son más fáciles, pero ella ha comenzado por los muertos más antiguos... incluso aquellos que ya se han... descompuesto. De algún modo, Lijuan ha logrado devolverles la carne. —Jason se quedó callado.

—¿Qué pasa?

—Se rumorea que consiguen su nueva carne consumiendo los cadáveres de aquellos que han muerto hace poco, aquellos a los que Lijuan no desea despertar, y sé que tienen que beber sangre para sobrevivir. —Jason bajó la voz aún más—. También se rumorea que ella consigue algo con estos renacimientos, que gana poder de algún modo.

Un nacido a la sangre de otro tipo, pensó Rafael, que sabía que no había nacido ningún cazador (ni humano, ni vampiro ni ángel) que pudiera destruir a Lijuan en el caso de que se demostrara que todo aquello era cierto.

—Haz que tus hombres sigan vigilándola. —Jason era el espía perfecto, pero, tal como había supuesto Elena, era un jefe de espías aún mejor—. Debemos enterarnos si empieza a realizar renacimientos a gran escala. —El Grupo de los Diez no podría hacer mucho mientras Lijuan siguiera jugando en su territorio. Más aún, la mayoría de los miembros no querían hacer nada. Cada uno tenía sus propios juegos, sus propias perversiones. Rafael no podía juzgarlos, ya que él tampoco aceptaría interferencias en sus dominios. Elena había visto un ápice de humanidad en él. Pero ¿era lo bastante humano para salvarse de ser otro Lijuan?—. Márchate. Descansa. Hablaremos más tarde.

Jason saltó de la terraza antes de ascender casi verticalmente. Sus alas no dejaron de verse hasta que se elevó por encima de la capa de nubes. Aquella era la razón de que el ángel prefiriera la noche.

Dmitri.

¿Sire?

Una respuesta cercana. El vampiro se adentró en la terraza momentos después. Acababa de dejar a los sanadores.

—Veneno ha informado de que la limpieza del despacho de Jeffrey Deveraux y los alrededores, al igual que la del museo, finalizó esta tarde a primera hora. Geraldine ha muerto.

La primera en quien pensó Rafael fue en Elena: a la cazadora le entristecería su muerte, a pesar de que aquella mujer era casi una desconocida para ella.

—¿Qué ha sido de la superviviente que encontramos en el almacén?

—Conseguí descubrir su identidad. Se llama Holly Chang, y tiene veintitrés años.

—Dmitri enlazó las manos a la espalda—. No lleva la variedad mutante de la toxina en su sangre, pero sí otra cosa.

Rafael recordó la conversación que había mantenido con Elena.

—¿Es necesario que muera?

—En esta etapa no. No es contagioso... y necesitamos averiguar qué le hizo Uram.

—¿Sigue siendo humana?

Dmitri permaneció en silencio, con el ceño fruncido.

—Nadie tiene claro lo que es... Necesita sangre, pero no tanta como un vampiro, y consigue cierta energía con los alimentos. Podría ser el resultado de un intento fallido de conversión.

—Sin los procedimientos apropiados y con la presencia de la toxina mutante en la sangre de Uram, eso debería haber sido imposible.

—Los sanadores y los médicos piensan que tal vez la chica tuviera la mala suerte

de ser uno de esos que aceptan fácilmente la Conversión... pero ahora que ha sido parcialmente transformada, un intento de conversión completa podría matarla. — Había cierto matiz cortante en la voz de Dmitri. Al igual que Holly Chang, él había sido Convertido contra su voluntad.

Y todo porque Isis había descubierto la debilidad de Rafael: su corazón. Más aún: sabía que Dmitri era el descendiente de un mortal al que Rafael había considerado su amigo. Así que había robado la mortalidad de Dmitri... y había obligado a Rafael a presenciarlo todo. Todo aquello había ocurrido hacía casi mil años. Y Rafael había creído que su corazón estaba muerto durante la mayor parte de ellos.

Pero aquello fue antes de que Elena comenzara a importarle.

—Tranquilízate, Dmitri —le dijo—. No nos extralimitaremos con ella, pero debemos vigilar sus progresos. —Si era portadora de la mancha de los nacidos a la sangre, tendría que morir.

Dmitri asintió con la cabeza.

—La mantengo vigilada las veinticuatro horas. —Otra pausa—. ¿Me permites decirte una cosa, sire?

—¿Desde cuándo me pides permiso para hablar?

La sonrisa del vampiro no llegó a sus ojos.

—Elena te ha hecho vulnerable. No sé cómo, pero lo ha hecho. —Dirigió la mirada hacia el ala herida—. Te curas más despacio.

—Quizá un inmortal necesite una vulnerabilidad —dijo Rafael, que pensaba una vez más en la «evolución» de Lijuan.

—Yo... —El teléfono empezó a sonar.

Rafael inclinó la cabeza para indicarle a Dmitri que podía responder y se preparó para marcharse. Dmitri alzó una mano para detenerlo.

—Es la directora del Gremio.

Rafael cogió el teléfono.

—Directora.

—No sé en qué coño ha metido a Ellie, pero tengo la sensación de que tiene algo que ver con las chicas que han desaparecido en la ciudad. —La antipatía que sentía por él era como un hilo tenso que vibraba de pura furia.

—Elena es afortunada por tenerla como amiga.

—Si le ocurre algo a Ellie, me da igual quién sea usted: le pegaré un tiro yo misma. —La preocupación, mezclada con la violencia de la furia, hizo que su voz sonara ronca.

Si aquella amenaza hubiera sido realizada por cualquier otra persona que no fuera

Sara, Rafael habría ordenado un castigo inmediato: una debilidad manifiesta de un arcángel podía conducir a la muerte de millones de personas. Sin embargo, nunca había sido un hipócrita. Había cometido excesos durante el período Silente, había atravesado una línea inviolable que había obligado a aquella mujer a traicionar a una de las personas a quien le era profundamente leal. La balanza estaba lejos de estar equilibrada.

—¿Tiene algo más que decirme, directora?

—Se han descubierto cinco cadáveres en Battery Park, todos sin una gota de sangre. Estaban muy bien escondidos.

Uram había actuado con rapidez para recuperar su energía.

—¿Se ha alertado a las autoridades?

—Lo siento, pero eso no he podido evitarlo —dijo Sara, demostrando que tenía muchos contactos en la ciudad—. No obstante, los cuerpos viajan en un furgón del depósito de cadáveres..., así que supongo que podrá hacerlos desaparecer. Pero no mate a los asistentes cuando lo haga.

—Eso no será necesario. —En algún momento tras su doscientos cumpleaños, Veneno había adquirido el poder de hipnotizar a los humanos, tal como hacen las cobras con sus presas... algo que a Elena la horrorizaría cuando lo descubriera, de eso estaba seguro. El vampiro utilizaba aquel poder en muy raras ocasiones, ya que a Neha no le haría ninguna gracia descubrir que había perdido a un hombre tan valioso. Sin embargo, aquel día resultaría muy útil: no podía permitir que alguien observara al microscopio a alguna de las víctimas de Uram. Tal vez Holly fuera la única superviviente, pero eso no significaba que Uram no hubiera obligado a otras a beber su sangre tóxica... o algo peor.

—Gracias por la información.

—No me dé las gracias. Límitese a proteger a Ellie del monstruo que ha dejado suelto por ahí.

Sí, Uram era un monstruo. Con una fuerza monstruosa. El corazón de Rafael empezó a latir de pronto a una velocidad mortífera, a pesar de que el aire estaba en calma y el viento, en silencio.

—Cuéntele a Dmitri los detalles. —Le devolvió el teléfono al vampiro y saltó de la terraza. Le dolía el ala, pero siguió adelante e intentó ponerse en contacto con Illium mientras volaba.

Su única respuesta fue el silencio. No era el silencio sepulcral de la muerte, pero estaba cerca. Consiguió poco más cuando intentó hablar con Elena. Dolor, náuseas y furia.

Dirigió sus pensamientos hacia Dmitri.

Olvidate de los cadáveres ahora. Encuentra a Elena.

Estoy contactando con mis hombres.

Jason.

El ángel de alas negras era un experto a la hora de coordinar a los ángeles bajo las órdenes de Rafael.

Localiza a Illium. Ha caído.

Estoy de camino. Pondré a los demás en alerta.

Rafael voló con más fuerza, maldiciendo su propia estupidez. Uram no necesitaba descansar para sanarse, no cuando podía acelerar el proceso mediante la sangre. Otra de las ventajas de los nacidos a la sangre, otra de las cosas que los hacía pensar que habían tomado la decisión correcta. A aquellas alturas, Uram creería que estaba cuerdo: había comenzado a pensar, a tomar decisiones, pero su personalidad había sido retorcida al más profundo nivel y su cerebro nadaba en la toxina.

Lo peor de todo, pensó Rafael mientras avanzaba para llegar hasta Elena, era que aquella involución no ocurría de la noche a la mañana. Seguro que los sirvientes de Uram se habían dado cuenta, pero, a diferencia de los Siete que lo protegían a él, el otro arcángel no había tenido a nadie poderoso cerca. A nadie salvo a Michaela. Rafael hizo una mueca: estaba seguro de que la mujer que en su día había sido considerada la Reina de Constantinopla había ayudado a su amante a evadir los protocolos dispuestos para prevenir aquel tipo de cosas. Quizá quisiera que Uram muriera, pero lo más probable era que ella quisiera ver lo que ocurría, comprobar si el resto del Grupo le había mentado.

Llegó a la parte de Manhattan que estaba justo delante de Castle Point, el lugar desde donde Elena lo había llamado por última vez.

—Tengo buenas vibraciones con respecto a esto —le había dicho ella—. La esencia se ha difuminado bastante en la humedad del aire, pero continuaré siguiéndola hasta que encuentre un punto en el que la concentración sea más intensa.

—Te enviaré más ángeles.

—No, no los apartes de la búsqueda todavía. Esto podría ser una trampa. Le diré a Illium que se ponga en contacto contigo en cuanto crea que he dado con él.

Era obvio que Elena se encontraba mucho más cerca del Ángel de Sangre de lo que ella creía.

Mientras sobrevolaba el área en busca del coche de la cazadora, sus ojos, agudos como los de un ave rapaz, localizaron a Illium. Las alas azules del ángel destacaban a pesar de que estaban casi sumergidas bajo un muelle. Rafael bajó en picado y pasó

por alto las miradas de la gente que había comenzado a reunirse alrededor del atracadero, así como el bote de rescate que se dirigía hacia Illium. Muchos de los humanos habían saltado al río para intentar mantener la boca de Illium fuera del agua, aunque habían sido incapaces de sacarlo, dado el peso de sus alas empapadas. Todos se dispersaron al ver llegar a Rafael.

Tras recoger al ángel inconsciente y sacarlo del agua, se elevó para alejarse del ruido de los disparos de las cámaras y de los gritos, que eran una mezcla de admiración y pesar. Illium se había convertido en alguien muy conocido desde que abandonó sus obligaciones en el Refugio y llegó a la ciudad; sus alas azules eran una insignia y su personalidad resultaba contagiosa. Todas aquellas personas lo creían muerto; habían olvidado que era inmortal.

Lo cierto era que Uram podría haberlo matado, pero por lo visto se había decidido por la opción más rápida y solo lo había inutilizado a fin de tener el camino libre para llegar a su verdadero objetivo.

Despierta, Illium.

Rafael se mantuvo por encima de la capa de nubes, con el cuerpo destrozado de Illium acunado en sus brazos. Las alas del ángel estaban retorcidas, ya que los huesos se habían roto debido a la velocidad del impacto contra el agua. Su piel mostraba cortes y moratones allí donde había chocado con algo en el río. Había perdido un ojo.

Todo se curaría. Aunque la recuperación podría ser dolorosa. Aun así, dejando su vistoso aspecto a un lado, Illium era un soldado, un guerrero. Y por eso Rafael no le permitiría descansar. Concentró sus habilidades mentales y despertó al ángel abofeteando su mente. Illium soltó una exclamación ahogada. Pero no gritó.

El ojo en buen estado se abrió.

—El cabrón estaba esperando entre las nubes —susurró, sin perder tiempo con disculpas innecesarias—. Glamour. Ellie... —Se estremeció mientras luchaba contra la necesidad de su cuerpo de sumirse en un sueño reparador—. Creo que ella me vio caer. C... Cer... Cerca. Él parecía curado... sin embargo estaba débil. —La última palabra resultó casi inaudible, ya que su cuerpo lo sumió literalmente en un estado de coma del que nadie sería capaz de despertarlo en al menos una semana.

Aunque era mucho más joven que Rafael, debía de ser lo bastante anciano como para entrar en el anshara. Aquello le permitiría curarse mucho más rápido, suavizar la agonía y reconstruir su cuerpo antes de despertar. De otro modo, cuando saliera del coma sentiría tanto dolor como cualquier otra criatura. Y con tantos huesos rotos, sería un dolor insoportable.

Rafael lo sabía de primera mano. Cuando había oído las últimas palabras que le

había dirigido su madre, se encontraba en el suelo sobre un charco de sangre, con las alas tan destrozadas que no habían podido disminuir la velocidad de la caída. Había caído sobre la tierra a una velocidad que habría hecho pedazos a cualquier mortal. Su cuerpo tampoco había sobrevivido muy bien. Había perdido algunos miembros. Aunque era joven, había tardado años en recuperar su forma. Aquellos que accedían al anshara se recuperaban a una velocidad muchísimo mayor. Pero no existían las curas mágicas.

No a menos que fueras un nacido a la sangre con la sangre llena de toxinas.

Las alas negras de Jason aparecieron entre las nubes. El ángel extendió los brazos con una expresión tensa.

—Yo me haré cargo de él.

Rafael le entregó el cuerpo de Illium.

—¿Y el resto del escuadrón?

—Les dije que buscaran a la cazadora.

—Lleva a Illium con el sanador. —Regresó al muelle, aunque aquella vez se cubrió con el glamour antes de salir de las nubes.

Illium se había esforzado para decirle algo muy importante. Si Uram no se había recuperado a todos los niveles, no podría volar muy lejos con el peso del cuerpo de Elena.

Vive, Elena, le dijo en un intento por obligarla a luchar, a romper la oscuridad que mantenía su mente en una agobiante prisión. *Vive. No te he dado permiso para morir.*

Nada. Silencio. Un silencio diferente a todos los que había experimentado en su vida.

Vive, Elena. Un guerrero no se derrumba ante el enemigo. ¡Vive!

—Cállate ya —murmuró Elena, que había abandonado la bendición del sueño por culpa de una voz arrogante que insistía en que despertara—. Quiero dormir.

—¿Te atreves a darme órdenes, mortal?

El agua, fría como el hielo, le salpicó la cara e hizo que despertara a una pesadilla.

Al principio no asimiló del todo lo que veía. Su mente se negaba a ensamblar las piezas. Y había muchísimas piezas. Piezas desgarradas, retorcidas, imposibles. Se le encogió el estómago. Sentía náuseas, tanto por la herida que le había causado Uram al aplastarle la cabeza contra el salpicadero como por el horror de la situación en la que se encontraba en aquellos momentos.

Luchó para contenerlas, ya que se negaba a dejar que aquel monstruo viera su miedo. Pero le resultó difícil. Todos se habían equivocado: Sara, Ransom, e incluso Rafael. Las víctimas de Uram no eran solo quince. Se había llevado también a otras personas, personas a las que nadie echaría de menos. Miembros descompuestos, una resplandeciente caja torácica... muchas evidencias de su perversa locura esparcidas por la habitación. Una habitación sin luz, sin aire. Una celda. Una cripta. Una...

¡Acaba con eso de una vez!

Le había hablado su sentido de cazadora, aquella cosa que la había marcado desde su nacimiento.

Elena se tragó el pánico y, en cuanto se concentró, se dio cuenta de que la habitación no estaba completamente a oscuras. Uram había tapiado las ventanas, pero algo de luz (demasiado intensa, demasiado blanca para ser natural; y eso significaba que había permanecido inconsciente el tiempo suficiente para que se hiciera de noche) se colaba por las rendijas. Fue aquella luz lo que le permitió ver la repugnante realidad de la habitación. Cuerpos desgarrados y desperdigados como si fueran basura. Aunque no todos estaban desmembrados. Contra la pared opuesta, con las muñecas encadenadas, vio el cuerpo marchito de alguien que una vez fue humano.

En aquel preciso instante, aquel cascarón reseco parpadeó y Elena comprendió que seguía con vida.

—¡Joder! —La exclamación brotó de sus labios sin que pudiera evitarlo.

El monstruo que se encontraba delante de ella, la cosa disfrazada de arcángel, siguió la dirección de su mirada.

—Veo que ya has conocido a Robert. En su día fue un hombre leal y me siguió a través de los océanos sin rechistar. ¿No es así, Bobby?

Elena observó la cruel diversión que apareció en el rostro de Uram y comprendió

que nunca había sabido lo que era la verdadera maldad hasta aquel preciso momento. Robert era un vampiro, eso estaba claro. Ningún humano tan deshidratado seguiría con vida. Parecía que el vampiro había perdido hasta la última gota de humedad de su cuerpo, salvo la de sus enormes y brillantes ojos. Unos ojos que le suplicaban que lo liberara.

Uram volvió a mirarla y sus ojos, de un hermoso verde claro, estaban cargados de diversión.

—Creyó que era especial porque lo llevé conmigo. Por desgracia, me olvidé de él durante un tiempo. —Aquella mirada cargada de poder se llenó de furia, se tiñó de rojo. El tono adquirió de repente el verde de la putrefacción.

Elena permaneció muy, muy quieta en el rincón donde él la había dejado y se preguntó si el monstruo se habría molestado en quitarle las armas. No sentía ninguna sobre su cuerpo, pero tal vez el tipo hubiera pasado por alto un par de ellas... como el picahielos que llevaba en el pelo o la hoja plana que guardaba en la suela de la bota. Flexionó los dedos del pie y notó la reconfortante dureza de sus botas. Ransom le había regalado aquellas botas medio en broma... y ella nunca había querido al idiota de su compañero tanto como en aquellos momentos.

Uram clavó sus ojos en ella.

—Sin embargo, mi leal Bobby resultó muy útil al final. —Volvió a mirar a Robert—. ¿No es así, Bobby? Se convirtió en un ávido espectador de mis jueguecitos.

Elena observó cómo se retorcían las manos del vampiro entre las cadenas, cómo se encogía su cuerpo marchito, y sintió estallar su propia furia. Uram debía de saber lo que estaba haciendo: los vampiros eran casi inmortales, pero necesitaban la sangre para sobrevivir. Al no permitir que se alimentara, lo que hacía era provocar que el cuerpo de Robert se devorara a sí mismo. El vampiro no moriría, no de hambre. Pero a aquellas alturas, cada respiración debía de provocarle un tormento. Y si aquello continuaba mucho más...

La cabeza de Elena regresó al único caso de inanición vampírica que había conocido. Había leído sobre él en un libro de texto que había tenido que estudiar durante su último año en la Academia del Gremio. El vampiro de aquel caso, un tal S. Matheson, se había visto atrapado en una contienda familiar relacionada con su amo. Alguien lo había encerrado en un ataúd de cemento y lo había enterrado en los cimientos de un edificio en construcción.

Lo habían encontrado diez años después.

Vivo.

Si aquello podía llamarse estar vivo...

El contratista que se topó por casualidad con el ataúd, pensó que encontraría un esqueleto y llamó a las autoridades. El forense estaba entusiasmado ante la posibilidad de encontrar restos momificados. Llegó al lugar con un pequeño grupo de científicos criminalistas y empezaron a hacer fotos y a tomar medidas mientras los obreros los observaban. En cierto momento, una de las criminalistas se hizo un corte en el dedo mientras giraba la cabeza del esqueleto y, antes de que se diera cuenta, había perdido el dedo: un colmillo afilado como una hoja de afeitar le había cortado el hueso por la mitad.

Llamaron al servicio de asistencia médica. El cuerpo de S. Matheson se recuperó gracias al flujo constante de transfusiones. No obstante, su cerebro había sufrido una especie de metamorfosis irreversible. S. Matheson no hablaba, no hacía nada más que sonreír como un bobo y esperar a que alguien se acercara demasiado. Tres médicos perdieron algunas partes de sus cuerpos antes de que S. Matheson desapareciera sin dejar rastro. La opinión general era que los ángeles se habían encargado de él. No era bueno para el negocio que hubiera un vampiro que se comía a la gente.

Robert no había llegado a aquella etapa todavía. Aún había algo en sus ojos, algo que sentía y comprendía la humanidad. Elena observó a Uram mientras este se acercaba al vampiro, hasta que bloqueó su campo de visión. Entonces Robert emitió un sonido horrible, y ella estuvo a punto de gritarle a Uram. Pero se contuvo y aprovechó aquella oportunidad para acercar su pie un poco. Un poco más.

Uram se volvió con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Qué te parece mi obra?

Elena se preparó, a sabiendas de que había hecho algo espantoso. Pero nada podría haberla preparado para la imagen a la que tuvo que enfrentarse. Casi ahogada por la compasión, sintió que la furia empezaba a hervir en su interior. Uram le había arrancado los ojos a Robert. En aquellos momentos, mientras la observaba, se llevó los globos oculares a la boca, como si fuera a comérselos. Elena no pestañeó.

—Eres fuerte. —El monstruo soltó una risotada y arrojó los ojos al suelo antes de aplastarlos con el tacón de la bota—. No son nada nutritivos.

Haciendo caso omiso de Robert, que parecía haber dejado de moverse, se limpió las manos con un pañuelo y se acercó a ella.

—Estás muy callada, cazadora. ¿Ningún acto heroico para salvar al pobre vampiro? —Arqueó una ceja en un gesto incongruentemente majestuoso.

—No es más que otro chupasangre —dijo, aunque tenía el estómago revuelto—. Esperaba que te distrajera el tiempo suficiente para poder escaparme.

Uram sonrió, y Elena sintió un escalofrío en la espalda similar a la sensación que

provocarían un millar de arañas. Luego, sin decir nada, el arcángel se agachó y colocó la mano sobre su tobillo. Su sonrisa se hizo más amplia. Y retorcida. El chasquido del hueso envió una oleada de dolor por todo su cuerpo, tan intensa e insoportable que la hizo gritar.

¡Rafael!

Notó que se le enturbiaba la vista cuando las reconfortantes alas de la inconsciencia se cernieron sobre ella una vez más. Pero algo atrapó su mente antes de que cayera en la oscuridad.

Dime dónde estás, Elena.

El sudor se deslizaba por los lados de su rostro y le pegaba la camiseta a la espalda. Sin embargo, Elena se aferró a aquella voz, a la voz de Rafael, y logró emerger de vuelta a la consciencia. Uram seguía agachado frente a ella, vigilándola con la expresión satisfecha de alguien que ha acorralado a su presa.

—Tienes un olor ácido —susurró—. Dentado, vibrante, único.

La poderosa expresión cambió; se llenó de una curiosidad casi infantil. Aunque era la versión más distorsionada de la curiosidad infantil que ella había visto jamás.

—¿Y Bobby? —Sonrió de nuevo, incluso mientras sus ojos volvían a ponerse rojos—. Él quiere saberlo.

Elena tragó saliva. *Agua*, dijo mentalmente con la esperanza de que Rafael la oyera. *Puedo oler el agua.*

—Bobby... —susurró—. Bobby huele a polvo, a tierra y a muerte. —*Y también escucho un ruido. Un ruido de martilleo, de corte, y tiene un ritmo constante. Me suena de algo.*

Uram le apartó un mechón de pelo de la cara. Elena temió que le partiera el cuello, pero él apartó la mano un momento después. Aunque la invadió el alivio, se dio cuenta de que él no hacía otra cosa que alimentar su terror, torturarla con la incertidumbre. El cabrón la mantenía con vida para divertirse... ¿O no era por eso?

—¿Por qué sigo viva? —le preguntó.

Cállate, Elena.

Vamos, dame un respiro. Me pongo de muy mal humor cuando estoy herida.

Uram sonrió de nuevo y le apretó el tobillo con la mano. El dolor estuvo a punto de enviarla al abismo, pero el tipo sabía muy bien cuándo debía aflojar la presión.

—Porque tú eres su debilidad. Me pareció mucho más lógico no matarte cuando llegué a esa conclusión.

Es una trampa. No te atrevas a dejar que te haga daño, le dijo ella a Rafael.

Yo me encargaré de Uram. Tu única obligación es seguir con vida.

Aquella orden casi la hizo sonreír, a pesar de la pesadilla que estaba viviendo.

—Soy un juguete para él, nada más.

—Eso sin duda. —Uram le soltó el tobillo y descartó sus palabras con un gesto de la mano.

Que Uram aceptara aquel comentario con tanta facilidad la molestó más de lo que estaba dispuesta a admitir. Pero claro, teniendo en cuenta su esperanza de vida en aquel momento, supuso que tenía derecho a amar como una imbécil.

Amar.

No, joder...

—Si soy algo tan insignificante, ¿qué valor tengo como rehén?

—Porque, cazadora —dijo sin dejar ver los colmillos, tan suave como un vampiro con tan solo cien años de edad—, Rafael es muy posesivo con sus juguetes.

El corazón de Elena se cubrió de hielo ante la certeza que destilaba su tono.

—Pareces muy seguro.

—En la época de la belleza, en la época de los reyes y las reinas, estuvimos juntos en la misma corte durante un siglo. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿No lo sabías?

—Soy solo un juguete, ¿recuerdas? —Sonrió sin despegar los labios. Dado lo que sentía en aquellos momentos, aquella sonrisa fue lo mejor que pudo conseguir—. No habla mucho conmigo.

—Rafael nunca fue muy hablador, a diferencia de Charisemnon. —Compuso una mueca de desprecio—. Ese no para de hablar, aunque nunca dice nada. He deseado miles de veces aplastarle la laringe para que se callara. Quizá ahora tenga la oportunidad de hacerlo. —Frunció el ceño antes de apartar de una patada el fémur que había junto a su pie—. Aquí huele que apesta. —La furia llenó sus ojos.

Elena decidió no comentar que la culpa era suya.

—Me estabas hablando de los juguetes de Rafael... —le dijo. Tenía la impresión de que aquel tema de conversación la mantendría viva más tiempo que la furia que despertaba en él el olor a carne en descomposición que reinaba en aquel lugar.

Uram volvió a concentrarse en ella y, por primera vez, Elena se fijó en las extrañas estriaciones que lucía su piel, delgadas líneas blancas que recorrían su rostro. Era casi como si pudiese ver sus vasos sanguíneos, aunque no eran del color adecuado... Estaban llenos de algo que no era sangre.

—Teníamos esclavas en la corte —dijo. Su voz sonaba tan seria y sincera que Elena entendió por qué tantos habían caído bajo su hechizo. Y caerían muchos más si no lograban detenerlo—. Estaban allí para darnos placer, así que las utilizábamos a voluntad.

Elena sintió que se le cerraba la garganta ante la absoluta indiferencia que mostraba su voz.

—¿Humanas?

—Las humanas eran casi siempre demasiado débiles, y no lo bastante bonitas. No, nuestras esclavas eran vampiras... Entonces, al igual que ahora, su deber era servirnos con adoración.

Aquello no era lo que ponía en el Contrato, pero Elena decidió seguirle el juego.

—Así que vuestras esclavas eran las mujeres a las que vosotros Convertíais, ¿no?

—No, eso habría sido tedioso. Se compraban. Vaya... sientes pena por ellas. —Se echó a reír, y no fue una risa horrible—. Suplicaban para meterse en nuestras camas. Había peleas en los harenes cuando elegíamos a una y no a otra.

Elena sospechaba que estaba diciendo la verdad.

—Una situación satisfactoria para ambas partes, entonces.

—Siempre había favoritas...

Elena solo lo escuchaba a medias, ya que intentaba descubrir dónde estaban. Aquel sonido cortante había cesado, pero ahora oía algo más. Coches. Estaban cerca de una carretera y del agua. El ala herida de Uram parecía estar bien, pero a juzgar por la forma en que la arrastraba por el suelo, le daba la sensación de que todavía no estaba del todo operativa. Así que debían de estar cerca del lugar donde había atacado a Illium. Joder, esperaba que el ángel de alas azules estuviera bien... La fuerza con la que chocó contra el agua habría destrozado a un ser humano.

No estoy segura, pero creo que estamos junto a la orilla del Hudson, cerca del lugar donde cayó Illium, le dijo a Rafael, con la esperanza de que él impidiera de algún modo que Uram se colase en su mente, en una habitación con las ventanas tapiadas. ¡Y el olor! Aquí huele que apesta. Busca un edificio abandonado, un almacén o un cobertizo para embarcaciones. Si estuviéramos cerca de una zona habitada, los vecinos habrían alertado a las autoridades hace tiempo.

A menos, pensó, que aquellos cadáveres fueran los de los vecinos. Pero si ese fuese el caso, alguien habría informado de la desaparición de alguno.

Estaba tan concentrada que cometió un error: desvió la mirada. Un fuerte apretón en el tobillo y, de pronto, todo su ser se convirtió en dolor, todas sus terminaciones nerviosas gritaron. Aquella vez no pudo luchar contra la oscuridad, no pudo aferrarse al mundo real.

Si mueres, cazadora del Gremio, te Convertiré en vampira.

Elena frunció el ceño para sus adentros y luchó, luchó con todas sus fuerzas.

No quiero beber sangre. Y no podrás Convertirme si estoy muerta.

Le daba la sensación de que estaba nadando en sirope, pero al final llegó a la

superficie de la conciencia... y se inclinó hacia delante para vaciar el contenido de su estómago. Cuando acabó, se limpió la boca con el dorso de la mano con deliberada lentitud y descubrió que Uram continuaba en la misma posición.

—No estabas prestando atención —dijo con un tono de lo más razonable.

Ella atisbó algo con el rabillo del ojo.

—Lo siento. Me duele mucho.

Veo un casco de protección. Las paredes no están terminadas. Busca un edificio en construcción. Y esa pila... ¡Sus armas! Las tenía casi al alcance de mano.

—Espero que Rafael llegue pronto. —La frente de Uram estaba llena de arrugas de decepción—. No aguantarás mucho tiempo más.

—¿Estás seguro de que vendrá?

—Claro que sí. ¿Recuerdas a las esclavas? Solía luchar con nosotros si le hacíamos un cardenal a la que él había reclamado como suya. —Era obvio que a Uram aquello le resultaba muy gracioso—. ¿Puedes creerlo? Aquellas mujeres le importaban.

De pronto, el límite que separaba al monstruo del arcángel quedó mucho más claro. De algún modo, Rafael había conseguido permanecer a un lado; Uram lo había atravesado.

—Eso fue hace mucho tiempo —replicó ella—. Ha cambiado.

Uram hizo una pausa, como si pensara en lo que le había dicho.

—Sí. Quizá no venga. Puede que tenga que dejarte aquí. —Sus ojos se llenaron de diversión—. Tal vez pueda atarte junto a Bobby y dejar que se alimente. ¡¿Qué te parece, Bobby?! —gritó.

La cosa arrugada que había al otro lado de la estancia pareció susurrar algo en respuesta. Elena no lo oyó, pero por lo visto, Uram sí. Se echó a reír con tantas ganas que su cuerpo se inclinó hacia atrás.

—Me alegra ver que no has perdido tu sentido del humor —dijo, aún riendo por lo bajo—. Solo por eso voy a darte lo que quieres. Te colocaré junto a los pechos de la mortal y dejaré que mames como si fueras un bebé.

Aquella horrible imagen transformó la furia de Elena en algo frío, duro y peligroso. Para ella no suponía un problema alimentar a un vampiro moribundo (joder, era un ser humano, no un monstruo sádico como aquella abominación angelical), no pensaba dejarse torturar hasta la muerte por una mente que Uram ya había destrozado. Aprovechando la momentánea distracción del arcángel, estiró el brazo en busca de la daga de su bota. Su tobillo gritó por aquel pequeño movimiento, pero no fue aquello lo que la detuvo.

Fue la esencia del viento, de la lluvia, del mar.

¿En qué parte de la habitación estás?

En el lado opuesto al de las ventanas, y Uram está delante de mí. Hay un vampiro famélico apoyado en la pared de enfrente, un poco a la izquierda, junto a la ventana. Se llama Robert.

Su muerte carece de importancia. Disfruta torturando a los niños.

En aquel momento la pared desapareció, se rompió como si la hubiera sacudido una violenta ráfaga de viento. Elena vio el borde chisporroteante de un anillo de fuego azul y oyó el grito triunfal de Uram. El arcángel se puso en pie y la miró.

—Has servido a tu propósito. Ha venido en tu busca a pesar de que está herido... y es una presa fácil. —Echó una mano hacia atrás, y Elena vio que estaba cargada de fuego rojo.

Si la tocaba, moriría en un abrir y cerrar de ojos.

Así que sonrió con desdén.

—Si tan seguro estás, mátame después. A menos que creas que ya no estarás por aquí para hacerlo, claro...

Uram le dio una patada en el tobillo roto y el dolor explotó una vez más. En aquella ocasión, su mente se desconectó sin más.

Rafael golpeó la espalda de Uram con una descarga de pura energía mientras el ángel nacido a la sangre, perdido en su locura, se disponía a darle una segunda patada a Elena. El golpe tuvo el efecto esperado. Con un alarido de furia, Uram se dio la vuelta y arrojó la primera descarga de fuego rojo hacia Rafael y una segunda hacia el techo, que quería destruir para poder echarse a volar.

Rafael sabía que Elena se encontraba bajo los escombros, podía percibir la esencia de su vida a pesar de que su mente estaba sumida en la oscuridad. Vive, le ordenó de nuevo mientras alzaba el vuelo para luchar contra una maldad que no podía dejar en libertad.

Era consciente de la gente que gritaba y corría más abajo mientras las bolas de fuego se estrellaban en los edificios cercanos y arrancaban pedazos que se estrellaban contra el suelo. Un coche frenó en seco con un chirrido, y luego otro, y otro más. Todos los conductores miraban hacia lo alto.

Rafael voló bajo para evadir una descarga, devolvió la ráfaga y tuvo la satisfacción de chamuscar a Uram. Con un corte sangrante en la cara, el otro arcángel lo atacó con una tormenta de fuego generada por la energía vital de la sangre robada, e intensificada por la toxina que se había apoderado de sus células. Una vez que un

ángel se entregaba a la sangre, no había vuelta atrás.

—Cuando te convierta en polvo —le provocó Uram al tiempo que lo bombardeaba con ráfagas de fuego—, ¡la ciudad será mía!

Rafael esquivó el ataque, pero supo que se había movido una fracción de segundo tarde justo antes de sentir en sus alas la agonía causada por el fuego angelical.

Salió disparado hacia arriba, hacia las nubes. Subió mucho más alto de lo que los ángeles deben subir, hasta que empezó a dolerle la cabeza y el fuego se apagó por falta de oxígeno. Luego bajó en picado y utilizó la inercia para arrojar una ráfaga de fuego a Uram. El Ángel de Sangre eludió todas las descargas menos una, que le dio en el muslo.

Rafael notó que sus alas se tensaban cuando las heridas (tanto las nuevas como las antiguas) empezaron a dolerle. Todavía funcionaban. Aunque no por mucho tiempo. Uram le había lanzado tanto fuego de ángel que parte de las llamas habían arraigado. Aquellas llamas continuarían abrasándole la carne hasta que salieran por el otro lado. Tenía menos de diez minutos antes de que sus alas se debilitaran hasta el punto de no poder volar.

En aquel momento sintió el chasquido de un tendón y recordó.

Era un poquito humano.

Que así fuera. Prefería morir siendo un poco humano, pensó con extraña claridad, que convertirse en un monstruo.

¡Vive, Elena!

Continuó enviándole aquella orden incluso mientras se quedaba sin fuerzas y las descargas de Uram le abrasaban la piel, las alas.

Debes vivir.

La cazadora debía sobrevivir. Su espíritu ardía con demasiada fuerza para sofocarse con tanta facilidad.

Y en aquel instante comprendió que... aquella frágil vida mortal no solo era importante para él. Era más importante incluso que su propia vida.

¡Despierta, cazadora del Gremio!

Al final consiguió acercarse lo bastante a Uram para arrojarle una descarga, pero sus reservas de poder se estaban agotando. Por debajo de él, la ciudad era una mancha oscura, ya que ambos succionaban la energía de las redes eléctricas y de cualquier otro sitio de donde pudieran hacerlo. Los coches se quedaban parados, las baterías se descargaban, las torres de transmisión se sobrecargaban. Aun así, Rafael continuó con su ataque. Continuó incluso a sabiendas de que su cuerpo se agotaría mucho antes que las fuentes de energía disponibles.

Le dio a Uram en un ala, pero no fue suficiente. El Ángel de Sangre se había saciado con los asesinatos y, a pesar de que estaba debilitado, su ala se curaba mucho más rápido que la de un ángel normal; más rápido incluso que la de un arcángel.

Uram soltó una risotada y creó otra esfera de fuego angelical. Sin embargo, la arrojó hacia el apartamento medio derruido.

¡Elena!

Rafael interceptó la descarga, que le dio en el hombro. El dolor arrasó su cuerpo cuando el fuego penetró hasta el hueso y empezó a consumirlo. Parpadeó para librarse del sudor que le caía en los ojos y siguió con la lucha, sobrevolando el edificio para que Uram no pudiera destruirlo.

—Estúpido... —se burló Uram—. ¿Has renunciado a tu inmortalidad por una simple mujer?

La respuesta de Rafael fue quedarse donde estaba y desviar el fuego de ángel de Uram con una fuerza implacable. Sintió que sus hombros se acercaban y les advirtió que se mantuvieran alejados. Solo un arcángel podía soportar el fuego de ángel más de unos segundos. En aquel instante una de las descargas de Uram le dio en el hombro herido.

El fuego ya se había abierto camino por uno de los costados y había dejado expuesto el hueso. Sus músculos sobrecargados fallaban uno después de otro. Pero siguió luchando. Hirió a Uram en varias ocasiones, apenas consciente de que Manhattan se había quedado ya sin energía y estaba totalmente a oscuras bajo sus pies. Más lejos, en Queens, en el Bronx, las luces se apagaban en una oleada lenta y oscura.

Por detrás de aquellas áreas había energía, pero su cuerpo estaba a punto de rendirse. Reunió tanto poder como pudo, hasta que el resplandor empezó a verse a través de su piel, y se preparó para un último ataque suicida. Si conseguía entrar en contacto con el cuerpo de Uram, podría abrasarlo junto con él. Era un alto precio a pagar, pero un arcángel que se había convertido en Ángel de Sangre podía arrasarlo el mundo, acabar con la civilización.

Arrojó una ráfaga de fuego de ángel lo bastante intensa para evitar que Uram se acercara, aunque no para descargarse, y esperó a que apareciera un hueco en las defensas de su oponente, a que cometiera un error. Sin embargo, su oportunidad no llegó debido a un error de Uram.

No, llegó gracias a una cazadora demasiado terca para rendirse a la maldad.

Los disparos salieron desde el costado abierto del edificio de apartamentos destrozado y desgarraron las alas del ángel nacido a la sangre.

Uram gritó y comenzó a caer en espiral, aunque no dejó de arrojar fuego de ángel mientras lo hacía. Rafael voló hacia él con las manos hacia delante. Cuando una de ellas chocó contra el pecho de Uram, se aferró al nacido a la sangre con la otra y presionó. Sus dedos atravesaron el torso del monstruo y llegaron hasta su corazón.

—Adiós, viejo amigo —dijo, aunque sabía que en aquel monstruo no quedaba ya nada del ángel al que había conocido.

Luego liberó una última e impactante descarga de fuego de ángel que se extendió por el cuerpo de Uram a toda velocidad. El arcángel moribundo se aferró a él, amenazando con arrastrarlo en su caída.

Pero Rafael tenía que vivir. Porque si no lo hacía, Elena moriría.

Consiguió librarse de Uram un instante antes de que el monstruo se convirtiera en un estallido de luz blanca que iluminó toda el área de Manhattan durante un segundo. En aquel momento todo terminó. Uram no solo estaba muerto: había sido borrado del cosmos. No quedaba ni rastro de él, ni siquiera polvo.

Rafael debería haber aterrizado, ya que no dejaba de sangrar. Sus heridas empeoraban a medida que el fuego de ángel penetraba aún más en su carne. Pero en lugar de eso, utilizó las alas, que apenas funcionaban ya, para ascender.

Una de las últimas y desesperadas descargas de Uram había caído sobre el edificio. Rafael sabía que Elena había tenido que situarse al borde de la estructura de ocho plantas cuando le disparó a Uram. Aquel borde había desaparecido, pero sentía la vida de Elena, percibía su llama moribunda.

Elena, respóndeme.

Un susurro tranquilo, sereno. Luego...

Sigues siendo un poco humano, ¿no es así, Rafael?

Una pregunta que era poco más que un murmullo. Pero fue suficiente. Siguió el rastro mental y descubrió el cuerpo destrozado de la cazadora sobre el estrecho saliente de un cartel de neón. Tenía la espalda rota y las piernas dobladas en un ángulo imposible. Sin embargo, sonrió al verlo. Y su mano aún sujetaba el arma que había salvado más vidas de las que nadie sabría jamás.

No se atrevió a tocarla por miedo a hacerla caer del saliente.

—No vas a morir.

Le contestó con un lento parpadeo.

—Mandón... —Una palabra pronunciada entre el gorgoteo de la sangre.

La voz no me funciona muy bien.

Te oigo.

Ahora me contarás el secreto, ¿no? ¿Cómo Convertís a los vampiros?

Rafael detectó su tono guasón incluso en aquel susurro apagado.

Nuestros cuerpos generan una toxina que debe purgarse a intervalos regulares. Cuanto más antiguos somos, más largos son esos intervalos.

Uram esperó demasiado, dijo ella.

Sí. Generamos inmunidad, pero solo hasta cierto punto. Una vez sobrepasado

dicho punto, la toxina comienza a fundirse con nuestras células e inicia un proceso de mutación.

Sin embargo, aquella inmunidad básica significaba que un arcángel siempre tenía cierto nivel de toxina en sangre. Lo suficiente. Tenía que ser suficiente.

La única forma de purgar el excedente antes de que se convierta en una cantidad crítica es transferírselo a un humano vivo.

La historia angelical decía que hubo un tiempo en el que se desesperaron por la pérdida de tantas vidas humanas e intentaron purgarse con animales. La carnicería resultante había sido tal que ni siquiera Lijuan hablaba de aquello.

Sabemos que conseguimos algo durante la transferencia, algo que mantiene la toxina estable, pero ni siquiera después de todos estos milenios hemos conseguido averiguar de qué se trata.

Pero... Una pausa, como si Elena reuniera fuerzas para satisfacer su curiosidad. *Las pruebas de compatibilidad... ¿En qué consisten?*

Habría respondido todas sus preguntas, le habría revelado todos sus secretos, si con ello hubiera podido retenerla allí.

Solo algunas personas nacen con la capacidad de sobrevivir a la toxina, de utilizarla como combustible para la transición de mortal a vampiro. Las demás mueren.

Y a pesar de la crueldad, de la falta de compasión engendrada por el paso del tiempo, ningún inmortal deseaba soportar la carga de aquel sacrificio. Prometer vida y entregar solo muerte era acercarse demasiado al abismo.

Antes de las pruebas, solo uno de cada diez lo conseguía.

Ah...

Después de aquello, ni siquiera un susurro.

Los colmillos de Rafael se alargaron, y notó un extraño y hermoso sabor dorado en la lengua cuando una lágrima se deslizó por su mejilla hasta su boca. Era un arcángel. No había llorado en más de mil años.

Así que ya lo sabes, por eso se Convierte a tanto imbécil.

Una risotada débil resonó en la mente de ella.

Supongo que una mujer moribunda puede ser imbécil si así lo desea. Estoy loca por ti, arcángel. A veces me das un miedo de muerte, pero quiero bailar contigo de todas formas.

El corazón de Rafael dejó de latir cuando su voz se apagó. El sabor de la belleza, de la vida, le llenaba la boca cuando se inclinó hacia delante.

—No permitiré que mueras. Hice que analizaran tu sangre. Eres compatible.

Las pestañas de Elena hicieron un esfuerzo por separarse, pero fracasaron. Sin embargo, su voz mental, aunque débil, fue firme como el acero.

No quiero Convertirme en vampiro. Lo de chupar sangre no va conmigo.

—Debes vivir. —Y en aquel momento la besó y llenó su boca de aquel sabor dorado, de aquella mezcla embriagadora.

Debes vivir.

Fue entonces cuando el cartel cedió, se desprendió del edificio y se estrelló contra el suelo con un súbito estruendo. Elena no cayó sola, ya que se encontraba en los brazos de Rafael, con la boca pegada a la suya. Cayeron juntos. Las alas del arcángel estaban casi destruidas, y su alma, mezclada con la de una humana.

Si esto es la muerte, cazadora, le dijo a su mortal mientras el fuego de ángel se abría camino desde sus huesos hasta su corazón, *te veré al otro lado*.

Sara alzó la vista, con las mejillas llenas de lágrimas. El Arcángel de Nueva York estaba cayendo y en sus brazos llevaba un cuerpo con el cabello casi blanco.

—No, Ellie... Joder, no puedes hacerme esto —susurró, tan furiosa que apenas pudo pronunciar las palabras.

Había corrido hasta allí con una ballesta en el instante en que las cosas habían empezado a empeorar, a sabiendas de que Ellie la necesitaría. Ransom había aparecido minutos después, con la pistola en la mano. Pero la lucha había tenido lugar demasiado lejos del suelo para que pudieran ayudar.

Y ahora Rafael caía y no había nada que ellos pudieran hacer.

Era como si todo ocurriera a cámara lenta: veía a su mejor amiga destrozada en brazos de un arcángel cuyas magníficas alas estaban irreparablemente dañadas. No había tiempo para preparar un aterrizaje suave, y los escombros que había bajo ellos estaban llenos de trozos afilados que los desgarrarían y los destrozarían: ladrillos rotos, cañerías retorcidas... incluso una segadora rota cuyas hojas habían quedado retorcidas por la avalancha de escombros. Hojas afiladas. Allí donde miraba, los restos eran demasiado cortantes. Demasiado letales.

Sara sollozó entre los brazos rígidos de Ransom. Lloró por ambos, porque sabía que Ransom prefería la furia al dolor de la pérdida. Se le nubló la vista, y por un instante creyó imaginar unas alas que llenaban su campo de visión. Aquellas alas rodearon a Rafael, como unas sombras suaves y oscuras en la negrura de la noche que había caído sobre Manhattan.

—¡Se están elevando! —Tiró de la chaqueta de Ransom mientras miraba con atención—. ¡Están subiendo! —Rafael y Elena se habían perdido entre la masa de alas, pero a Sara le daba igual. Lo único que le importaba era que no habían caído a tierra, que no se habían hecho pedazos mientras ella lo observaba todo, indefensa—.

Ellie está viva.

Ransom no discutió aquella afirmación, aunque ambos sabían que el cuerpo destrozado de Ellie mostraba heridas que jamás podrían ser reparadas. El cazador se limitó a abrazarla y la dejó fingir que todo estaba bien. Al menos durante unos minutos más.

Una semana después, Sara colgó con fuerza el teléfono de su oficina y clavó la vista en Ransom mientras Deacon permanecía a su lado, firme e inamovible. Su marido. Su ancla.

—Se niegan a proporcionar ningún tipo de información sobre Rafael o Ellie.

La boca de Ransom se contrajo en una mueca.

—¿Por qué?

—Los ángeles no dan razones. —Sara frunció los labios. Sentía un pesar tan profundo en su interior que no sabía cómo conseguía moverse—. Aquella noche todos aprendimos la dura lección de que los arcángeles pueden morir. Tal vez Rafael haya desaparecido y nos enfrentemos a la posibilidad de un nuevo dirigente.

—¡No tienen derecho a mantenerla alejada de nosotros! —Ransom perdió el control que había conseguido mantener hasta entonces y aplastó el puño contra el brazo de la silla—. Somos su familia. —Se quedó inmóvil de repente—. ¿No le habrán entregado a Ellie a ese cabronazo?

Sara sacudió la cabeza.

—A Jeffrey lo han dejado completamente aislado. Al menos a mí me responden las llamadas.

—¿Quién responde?

—Dmitri.

Ransom se puso en pie y empezó a pasearse de un lado a otro, incapaz de estarse quieto.

—Ese tío es un vampiro.

—No sé qué coño está pasando. —Lo cierto era que parecía que el vampiro, y no otro arcángel, era quien estaba al mando. Deacon había usado sus contactos (y conocía a gente de lo más rarita) y solo había conseguido la misma respuesta: Dmitri dirigía el espectáculo y, en efecto, gobernaba Manhattan—. Lo más probable es que esta información no sirva de nada —continuó Sara—, pero lo último que he conseguido averiguar es que uno de los arcángeles, Michaela, abandonó la ciudad poco después de que Uram fuera eliminado. —Todo el mundo sabía que había muerto

un arcángel: era la noticia más importante del milenio, aun a pesar de que los ángeles se negaban a soltar prenda al respecto.

—¿Tres arcángeles en una misma ciudad? —Ransom hizo un gesto negativo con la cabeza—. Eso no es una coincidencia. ¿Deacon? ¿Tú qué opinas?

—Tienes razón. Pero eso solo nos deja más preguntas y ninguna respuesta.

Deacon siempre iba al meollo del asunto. Y, en apariencia, sin perder la calma. No obstante, Sara percibía la furia que sentía su marido en la rigidez de sus músculos. Deacon elegía a sus amigos con mucho cuidado, y Ellie sin duda era una de ellos. Sara le acarició el muslo con suavidad cuando él le puso una mano sobre el hombro y dijo:

—Hay rumores de que la Torre del Arcángel permanece cerrada, incluso para los ángeles.

Ransom se pasó los dedos por el cabello despeinado... un cabello del que sin duda Elena se habría burlado y que ahora caía descuidado sobre sus hombros.

—Creo que tienes razón. Parece que Rafael ha muerto y que están intentando buscarle un sustituto.

Todavía junto al escritorio, Sara contempló las luces de la ciudad que aún seguía medio a oscuras. Gran parte de los dispositivos y de la red eléctrica habían quedado destruidos durante la lucha entre los arcángeles, y los trabajos de reparación durarían meses.

—Pero ¿por qué no nos entregan a Ellie? —Sara no podía entenderlo—. Es una mortal. No es de los suyos. —Ella se encargaría de su mejor amiga con todos los honores y el amor de su corazón.

Ransom se dio la vuelta para clavar en ella una mirada penetrante.

—¿Estás en forma?

Sara entendió lo que quería de inmediato.

—Lo bastante para colarme en esa maldita Torre.

—Llevaréis micros —dijo Deacon, demostrando una vez más que Sara había tenido muchísima suerte con su matrimonio—. Los dos. Si algo sale mal, os esperaré con un equipo de rescate. ¿Quién se encuentra aquí en estos momentos?

Sara pensó con rapidez.

—Kenji está en los Sótanos. Y también Rose. Acaban de cogerse unas vacaciones, así que pueden venir.

—Llámalos. Iré en busca del equipo de micros.

Una hora después, Sara estaba agachada junto a Ransom en los jardines que había alrededor de la vigilada Torre. Una vez que la noche caía sobre la ciudad, el tráfico que entraba y salía de la zona circundante no estaba tan controlado como para impedir

que alguien se acercara. Sara divisó un posible punto de entrada, se lo señaló con un gesto a Ransom y empezó a avanzar. Segundos después se encontraban en el interior del vasto espacio a oscuras de la planta baja.

—Te esperaba hace días —dijo una voz suave que procedía de algún lugar al otro extremo de la sala. Una luz suave iluminaba el vestíbulo, como si alguien hubiese pulsado un interruptor.

Sara reconoció aquella voz de inmediato.

—Dmitri.

Una breve inclinación de cabeza.

—A tu servicio. —Desvió la mirada—. Tú eres Ransom, supongo.

—¡Corta el rollo! —Ransom alzó una ballesta cargada con dardos dotados con chips de control que eran ilegales... El arma favorita de Sara en aquellos momentos.

—Yo que tú no lo haría —dijo Dmitri con tono sereno—. Mis hombres os rodearían en cuestión de segundos, y yo me pondría de muy mal humor.

Sara colocó la mano sobre el brazo de Ransom sin dejar de mirar a Dmitri a los ojos.

—No vamos a luchar contigo... solo queremos saber algo de Ellie.

El vampiro se puso en pie.

—Seguidme. Pero dejad las ballestas en el suelo. Aquí estáis a salvo.

Tal vez fueran unos estúpidos, pero decidieron confiar en él. El vampiro entró en un ascensor. Cuando ellos se disponían a hacer lo mismo, Sara se dio cuenta de que el fantasma de Ellie la atormentaría si dejaba a Zoe sin madre o a Deacon sin esposa por correr riesgos innecesarios. Sin embargo, Ellie también era su familia. Tensó la mandíbula y subió al ascensor.

El micro de su oreja (que en realidad era un transmisor de alta tecnología e iba acompañado de otros dos de apoyo situados en el reloj y en el cuello) vibró un poco. Lo suficiente para decirle que Deacon la tenía controlada, que estaba con ella. La tensión de su estómago cedió un poco.

Puedes enfadarte con nosotros si quieres, Ellie, se dijo. Pero al menos así sabremos si estás bien. Te queremos demasiado para no hacer esto.

Dmitri permaneció en silencio mientras subían a toda velocidad. También cuando salieron del ascensor y pisaron un suelo negro resplandeciente. Aún sin mediar palabra, los condujo hasta una pequeña habitación y cerró la puerta, dejándolos encerrados en una oscuridad total que solo aplacaban las luces de la ciudad que se veían fuera.

Incluso a media potencia, Manhattan brillaba como un diamante.

—Lo que voy a contaros esta noche no puede salir de esta habitación. ¿Lo habéis entendido?

Ransom se puso rígido, pero dejó que Sara contestara.

—Lo único que queremos es averiguar qué habéis hecho con Ellie. —Sara no pudo decir «con el cadáver». Hasta que viera a Ellie con sus propios ojos, no creería que estaba muerta.

—Vosotros sois su familia. —Dmitri la miró a los ojos—. Por elección suya, no por nacimiento.

—Así es. —Sara pudo ver la profunda comprensión que brillaba en los ojos del vampiro, algo que no había esperado. Los vampiros viejos (y Dmitri era muy viejo) parecían olvidar que una vez habían sido humanos, que habían tenido los mismos sueños y miedos que los humanos.

—Necesitamos verla. —Incluso entonces, parte de ella, una parte testaruda e irracional, esperaba un milagro.

—No podéis —dijo Dmitri, que levantó una mano cuando Ransom soltó un juramento—. Pero puedo deciros una cosa: está viva. Quizá no como ella habría deseado, pero viva.

Sara sintió tanto alivio que apenas oyó la última frase. Ransom fue el primero en comprender.

—Maldita sea... Ellie se va a cabrear mogollón cuando se entere de que la habéis Convertido en vampira.

Dmitri enarcó una ceja.

—¿Vosotros no nos castigaréis por haber tomado esa decisión por ella?

Sara respondió en nombre de ambos.

—Somos egoístas. La queremos viva. —Tenía un nudo en la garganta, así que tuvo que concentrarse para pronunciar la siguiente palabra—: ¿Cuándo...?

—La recuperación será lenta. Tenía la espalda rota y la mayoría de los huesos destrozados —dijo el vampiro con una abierta sinceridad que resultaba mucho más fácil de aceptar que los típicos clichés—. Hay quienes utilizarían esa vulnerabilidad para hacerle daño. Hasta que pueda defenderse por sí sola, la protegeremos.

—¿Incluso de nosotros? —preguntó Ransom. Su dolor era tan evidente que incluso Sara lo sintió—. ¿Es eso lo que quiere Ellie?

—Ella está en coma —les dijo Dmitri—. Soy yo quien ha tomado la decisión, y prefiero ser cauteloso aun en exceso antes que poner en peligro su vida.

Sara aspiró con fuerza, pero asintió.

—Yo haría lo mismo. Si lleno una maleta con sus cosas, ¿harás que se la

entreguen? Para cuando despierte. —Porque Ellie despertaría. Era demasiado testaruda como para no hacerlo.

Dmitri inclinó la cabeza en un gesto afirmativo.

—Elena tiene suerte de teneros como familia.

Tras asegurarse de que los cazadores (todos ellos) habían abandonado el territorio de la Torre, Dmitri regresó a la sala donde se habían reunido y salió a la terraza. Oyó el ruido de unas alas justo antes de que Jason emergiera de entre las sombras que lo habían ocultado hasta entonces.

—Has mentido.

—Una mentirijilla piadosa —respondió Dmitri mientras contemplaba las luces de la ciudad, aún abatida por la muerte de un arcángel—. No están preparados para la verdad.

Una ráfaga de viento barrió la terraza y les llevó los familiares aromas de una ciudad que era poco más que un puñado de edificios destartalados cuando Rafael la había reclamado como su territorio.

—Nunca he visto a un arcángel tan malherido —dijo Jason—. El fuego de ángel consumió sus huesos mucho más rápido de lo normal.

Dmitri recordó la herida que presentaba Rafael tras el disparo de la pistola de Elena.

—Ha cambiado. —Pero tendrían que esperar para saber si aquel cambio resultaría fatal o no.

—Algunos miembros del Grupo empiezan a mirar con ojos codiciosos los dominios de Rafael.

Dmitri apretó la mandíbula.

—Los protegeremos en su nombre. Hasta estar seguros.

Tres meses después, cuando Rafael ocupó su lugar en la reunión del Grupo, las exclamaciones de los demás fueron genuinas. Al parecer, incluso los inmortales lo habían dado por muerto. Se sentó y apoyó las manos sobre los brazos del sillón.

—Tengo entendido que estáis decidiendo cómo dividir mi territorio.

Neha fue la primera en recuperarse.

—No, por supuesto que no. Hablábamos del sucesor de Uram.

Él sonrió y dejó pasar la mentira.

—Por supuesto...

—Hiciste bien deteniéndolo —dijo Elijah.

Charisemnon asintió.

—Es una lástima que su final fuera tan público. Durante un tiempo, los mortales especularon sobre si él era o no el causante de las desapariciones ocurridas en tu región... ¿Cómo solucionaste las cosas?

—Tengo hombres muy buenos a mi alrededor. —Por lo visto había sido idea de Veneno acusar a Robert «Bobby» Syles. Era el candidato perfecto, y dada su repugnante predilección por los niños, nadie se sintió culpable por ensuciar su nombre. Simplemente se necesitaron unas cuantas insinuaciones a nivel judicial, algunos rumores sobre las inclinaciones depravadas de Bobby y pruebas de su entrada en Estados Unidos.

Charisemnon soltó un resoplido y Titus asintió. Fue Favashi quien habló a continuación.

—Nos alegra verte, Rafael.

Le pareció que la voz de la arcángel sonaba sincera, así que inclinó brevemente la cabeza. Ella sonrió; su rostro era tan hermoso que había provocado la caída de muchos reinos. Sin embargo, Rafael no sintió nada. Le había entregado su corazón a una mortal.

—Así que estáis hablando de sucesores, ¿no?

—Para ser más precisos —señaló Astaad—, de la carencia de ellos. Hay uno, como todos sabemos, que pronto se Convertirá en arcángel. Pero todavía no lo es.

—Y ahora el territorio de Uram necesita un gobernante. —La mirada de Michaela se clavó en la de Rafael desde el otro lado del círculo, y mostraba un malicioso regocijo que él entendía muy bien. No obstante, lo único que la arcángel dijo fue—: Yo podría encargarme de parte de su trabajo, pero ya tengo suficiente con mis propias tierras.

—Un gesto muy magnánimo por tu parte, Michaela —murmuró Neha con un elegante toque de sarcasmo—. ¿Es que tu sed de territorios no conoce fin?

La furia atravesó los ojos de Michaela.

—Y se supone que tú no tienes interés en ellos, ¿no?

Y así empezó la ronda de proposiciones y oposiciones, de alianzas y antagonismos. Solo Rafael y Lijuan, que estaba sentada a su lado, permanecieron en silencio. Lijuan tocó su brazo con aquellos dedos pálidos y delicados.

—¿Hablaste mucho con Uram antes de que muriera?

—No. Él ya no estaba en condiciones de hablar.

—Qué lástima. —Volvió a apoyar la mano sobre el brazo de su sillón—. Me habría gustado saber más sobre los efectos sutiles de una larga exposición a la toxina.

Rafael enarcó una ceja.

—No te estarás planteando hacer algo así, ¿verdad?

Su suave risotada pasó desapercibida gracias a la discusión que mantenían los demás a su alrededor.

—No, valoro mucho mi cordura.

Rafael se preguntó si Lijuan seguía cuerda a aquellas alturas. Jason había conseguido reunir más detalles de la corte de la arcángel: la mayoría de sus «cortesanos» eran renacidos, criaturas que seguían sus órdenes con inquebrantable obediencia.

—Me alegra oír eso. Acabar con la vida de un arcángel tan poderoso como Uram ya fue bastante difícil. No quiero ni imaginarme lo que ocurriría si tú te convirtieras en una nacida a la sangre.

En los ojos de Lijuan apareció un brillo malicioso, escalofriante e infantil.

—Vamos, los halagos se me subirán a la cabeza. —Se acomodó en su asiento—. Sentía curiosidad tan solo porque Uram parecía tener mucho más control sobre sus impulsos que los jóvenes que se transforman. ¿No es posible que él estuviera en lo cierto? ¿Crees que si consiguiéramos superar el período problemático emergeríamos armados con un poder inmenso?

—El «período problemático», como tú lo llamas —dijo Rafael mientras observaba la discusión entre Neha y Titus, entre el veneno almibarado y una voluntad de hierro—, nos convierte en asesinos sin parangón. Nuestras más recientes investigaciones indican que, contando a sus sirvientes, Uram mató a unas doscientas personas en menos de diez días.

—Pero era capaz de pensar.

—Solo en más muerte. —Rafael mantuvo su tono calmado gracias a un esfuerzo

de voluntad. El hecho de que Lijuan se planteara algo así, aunque solo fuera a un nivel hipotético, era una muy mala señal—. Si hubiera seguido con vida un año más, habría matado a miles de personas, y se habría saciado cada vez. Eso es lo que caracteriza a un ángel nacido a la sangre, la incapacidad de detenerse, de luchar contra la sed de sangre y de poder.

—Yo maté al último, ¿lo sabías? A ese al que los humanos llamaban «el padre de todos los vampiros». —Se echó a reír al pensarlo—. Era muy inteligente y consiguió esquivarme durante años; incluso llegó a gobernar cierta región.

—Lo que hizo fue desangrar aquella región —le recordó Rafael—. No tenía ningún control sobre el impulso de matar, era un títere de sus propios deseos. ¿Es eso lo que tú llamas poder?

Lijuan lo miró con una expresión inescrutable, una expresión cargada de cosas que él jamás había visto y que no deseaba ver.

—Eres muy inteligente, Rafael. No temas, yo no me Convertiré. Ahora eso no tiene ningún interés para mí. Como tú bien sabes.

Él no se disculpó.

—Solo la estupidez excusa la ignorancia.

Aquello hizo que Lijuan se echara a reír de nuevo.

—Ahora estás siendo cruel con todos los demás.

Rafael se cuestionó aquel comentario. Si los demás no se habían enterado de la evolución de Lijuan, se iban a llevar una sorpresa de lo más desagradable en poco tiempo.

—Creo que han llegado a un consenso.

Habían dividido el territorio de Uram de una manera satisfactoria para todos: habían reconfigurado los límites de sus propias tierras para satisfacer su ansia de expansión. Rafael les permitió hacerlo. Su dominio ya era uno de los más grandes y, lo que era más importante, uno de los más productivos y rentables. No tenía ni el más mínimo interés en conseguir unas tierras en las que Uram había impuesto la sumisión. Nunca le había interesado la debilidad.

No, le atraían los guerreros.

Michaela le sonrió de nuevo cuando la reunión terminó. La arcángel se demoró un poco más de tiempo en la sala, al igual que Elijah.

—Es una pena, ¿verdad, Rafael? —dijo en cuanto se despejó la estancia y solo quedaron ellos tres—. Me refiero a la muerte de tu cazadora.

Él no dijo una palabra. Se limitó a mirarla.

La sonrisa de la arcángel se hizo más amplia.

—En cualquier caso, había dejado de ser útil. —Hizo un gesto con la mano, descartando la vida de Elena como si fuera la de una mosca—. Me decepcionó bastante no poder darle caza, pero ya da igual... Estaré muy ocupada ahora que debo encargarme de parte de las tierras de Uram y de las mías propias.

Elijah miró a Rafael.

—¿A ti te gustaba la cazadora?

Fue Michaela quien respondió.

—Bueno, se mostraba bastante posesivo con esa mortal. Me advirtió que no le hiciera daño. —Esbozó una sonrisa perversa—. Pero ahora ella está muerta, así que debes cortejarme. Quizá te acepte.

Rafael alzó una de sus cejas.

—No eres la única ángel.

—Pero soy la más hermosa. —Tras dedicarle otra sonrisa que podría haber cortado el cristal, salió de la estancia.

Elijah la observó alejarse.

—Me alegra no haber nadado nunca en ese estanque en particular.

—Me sorprendes —dijo Rafael—. Creí que yo era el único que no lo había hecho.

—Llevaba con Hannah alrededor de un siglo cuando Michaela me encontró. —Encogió los hombros—. De todas formas, no soy su tipo, como dirían los mortales.

—Todo el mundo es su tipo... y nadie, al mismo tiempo. —La única persona que le importaba a Michaela era ella misma—. ¿Crees que habrá intentado seducir a Lijuan alguna vez?

—Cuidado, viejo amigo. Vas a provocarme un infarto.

Rafael no le siguió la broma.

—¿Qué es lo que quieres contarme, Eli?

La sonrisa del otro arcángel se desvaneció.

—Lijuan... Está despertando a los muertos.

—Todavía no sabemos si su poder es bueno o malo. —Aunque Rafael sabía muy bien cuál era su propia opinión al respecto—. Es la más antigua de todos nosotros... No tenemos ninguna base para juzgar su evolución.

—Cierto. Pero Rafael... —Elijah hizo una pausa y suspiró—, tú eres lo bastante antiguo como para saber que el poder que conseguimos con el paso del tiempo está intrínsecamente ligado a quiénes somos. El hecho de que Lijuan manifieste una habilidad relacionada con la muerte nos dice mucho sobre ella.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Rafael, que mantuvo en secreto su nueva habilidad—. ¿Qué talentos te ha dado la edad?

La sonrisa de Elijah era indescifrable.

—Esos son los secretos que guardamos. —Se puso en pie al mismo tiempo que Rafael—. Esa cazadora, ¿te importaba de verdad?

—Sí.

El otro arcángel puso la mano sobre su hombro.

—En ese caso, lo siento. —Su simpatía parecía sincera—. Los mortales... arden con mucho fuego, pero su llama se apaga demasiado rápido.

—Así es.

Illium lo aguardaba en la Torre.

—Sire. —Al igual que Dmitri y Veneno, utilizaba aquel título por respeto, no porque fuera cierto.

Elena le habría hecho preguntas al respecto si hubiera estado allí. Y se habría preocupado por su «Campanilla».

—¿Cómo va tu proceso de sanación?

Illium extendió el ala que había sufrido la mayor parte de los daños y compuso una mueca.

—Casi se ha completado. —Miró el cuerpo curado de Rafael, un cuerpo que había sido consumido por una increíble cantidad de fuego de ángel—. Esa es la diferencia entre los ángeles y los arcángeles.

—La edad y la experiencia. —Rafael se acercó a él, observó el ala... y se echó a reír por primera vez desde que cayera al vacío con Elena—. Ahora entiendo tu expresión.

Illium soltó un resoplido.

—Parezco un maldito pato. —Sus palabras no eran desacertadas. Las plumas que habían crecido alrededor de la zona herida eran suaves, blancas y muy... similares al plumón—. Espero que estas plumillas desaparezcan y sean sustituidas por las auténticas. Lo harán, ¿no? —Parecía muy preocupado.

—¿Te dificultan el vuelo? —Puesto que había hablado con los sanadores y los médicos, sabía que a Illium le habían permitido realizar vuelos cortos.

—No, pero no son tan eficientes. —Bajó la mirada y tragó saliva—. Por favor, dime que esto no es más que una etapa del proceso de curación. Jamás me había pasado algo así antes.

Rafael se preguntó qué habría hecho Elena en aquella situación. Lo más probable era que hubiese aprovechado la oportunidad para fastidiarlo. Sintió un vuelco en el

corazón.

—Desaparecerán en menos de un mes —dijo—. Perdiste gran parte del ala cuando caíste al muelle, y también varias capas de piel y músculos; por eso te estás regenerando de dentro a fuera en lugar de sustituir las plumas sin más.

El alivio brilló en los ojos de Illium mientras plegaba el ala.

—Sin el anshara aún estaría en cama, incapaz de moverme.

La mente de Rafael regresó a los meses en los que su propio cuerpo estaba destrozado. Por aquel entonces, la región se encontraba aislada y sus habilidades mentales aún estaban en pañales. Tan solo los pájaros y Caliane sabían que estaba allí.

—Sí.

—Sire... aún no me has castigado por perder a Elena ese día. —Los rasgos de Illium mostraban seriedad. Su personalidad, por lo general chispeante, estaba enterrada bajo aquellas palabras formales—. Me merezco el castigo. Soy uno de los Siete, uno de tus hombres más experimentados, y dejé que la atraparan.

Rafael sacudió la cabeza.

—No fue culpa tuya. —El error fatal lo había cometido él mismo—. Debería haberme dado cuenta de que Uram podría acelerar su recuperación a través de la sangre.

—Elena... —comenzó a decir Illium, pero se detuvo—. No, las preguntas no sirven de nada. Solo quiero que sepas que los Siete están a tu lado.

Rafael observó al ángel mientras saltaba desde la terraza y, luego, tras un momento de pausa, hizo lo mismo. Estaría en plena forma dentro de pocas semanas. Hasta entonces, los Siete se encargarían de mantener su territorio a salvo de los ojos codiciosos.

Lijuan y Michaela, al igual que Charisemnon y Astaad, jamás entenderían aquel tipo de lealtad. Quizá solo Elijah y Titus fueran capaces de comprender lo que los Siete le habían dado. Dmitri era el más antiguo; Veneno, el más joven. Pero en conjunto, los tres vampiros y los cuatro ángeles llevaban con él un buen puñado de siglos, y su lealtad había sido inquebrantable... aunque aquello no significaba que solo fueran títeres. No, sus Siete habían luchado con él muchas veces, habían cuestionado sus decisiones hasta el punto de arriesgar sus vidas.

Charisemnon le había advertido sobre Dmitri en más de una ocasión.

—Ese vampiro tiene ideas que van más allá de su posición —había dicho el arcángel—. Si no tienes cuidado, se apoderará de tu Torre.

Aun así, Dmitri había mantenido a raya a todos sus contrincantes durante los tres meses que Rafael había permanecido en estado de coma, curándose. Durante el primer

mes, el coma había sido tan profundo que había descendido por debajo del estado de anshara. Si Dmitri o cualquiera de los otros seis hubieran deseado poner fin a su vida inmortal, podrían haber hecho un pacto con otro arcángel y haber revelado su lugar de descanso. En lugar de eso, lo habían protegido; más que eso: habían protegido su corazón.

Los niños que jugaban en el parque de New Jersey alzaron la vista y lo miraron boquiabiertos cuando pasó volando sobre ellos. Su asombro se transformó en gritos de deleite cuando aterrizó sobre el césped que rodeaba la zona de columpios. Rafael se fijó en cómo sus madres, y algunos padres, intentaban contener el entusiasmo de sus hijos por miedo a que ofendieran a un arcángel. El miedo teñía sus miradas, y Rafael supo que siempre sería así. Para gobernar no podía parecer débil.

Unas manitas tiraron de su ala. Bajó la vista y vio a un niño diminuto con un cabello negro lleno de rizos apretados y una piel que hablaba de tierras distantes, soleadas y cálidas. Cuando se inclinó para coger al niño en brazos, oyó el grito de pánico de una mujer. Sin embargo, el niño lo miraba con ojos inocentes.

—Ángel —dijo.

—Sí. —Rafael sintió el cálido latido de la humanidad del chico, el solaz que ese latido le proporcionaba—. ¿Dónde está tu madre?

El pequeño señaló a una mujer joven de expresión aterrorizada. Rafael se acercó a ella para entregarle al niño.

—Tu hijo tiene coraje. Crecerá y se convertirá en un hombre fuerte.

El pánico de la mujer desapareció bajo una oleada de orgullo.

Mientras caminaba entre los niños, otros cuantos se atrevieron a tocarle las alas. Y cuando vieron que sus suaves y diminutas manitas se habían quedado llenas de polvo de ángel, se echaron a reír con inocente alegría. Sara enarcó una ceja cuando se acercó a ella.

—¿Te estás pavoneando, arcángel? —Tenía las manos apretadas sobre las empuñaduras del carrito en el que dormía su pequeñina, ajena a los monstruos y a la sangre.

—Uram jamás caminó entre los humanos —dijo en lugar de responder.

Ella empezó a empujar el carrito por un estrecho sendero salpicado de nieve, la primera caricia del invierno. Nadie los interrumpió, aunque cuatro niños intrépidos se atrevieron a seguirlos a unos cuantos pasos de distancia... hasta que sus padres les ordenaron que regresaran. Desde el carrito que Sara empujaba, su hija levantó los puños, como si librara batallas en sueños. Tenía sentido, pensó él. Después de todo, Zoe Elena tenía el nombre de una guerrera.

—¿Nos mintió Dmitri? —preguntó Sara después de varios minutos de silencio—. ¿Ellie está muerta?

—No —respondió él—. Elena está viva.

Las manos de Sara se apretaron sobre las manillas del carrito con tanta fuerza que el color blanco de sus huesos se hizo patente a través de la piel suave y oscura.

—La transición de humano a vampiro no tarda tanto tiempo. Una vez que hacéis lo que quiera que hagáis, la mayoría de los vampiros están recuperados (o al menos andando) en menos de dos meses.

Rafael eligió sus palabras con mucho cuidado.

—La mayoría de los vampiros no empiezan con la espalda rota.

Sara realizó un breve asentimiento con la cabeza.

—Sí, en eso tienes razón. Lo que pasa es que... ¡La echo de menos, joder!

Zoe se despertó al percibir la angustia de su madre, y su frente se llenó de arrugas de furia.

—Duerme, pequeña —dijo Rafael—. Duerme.

La niña sonrió y bajó las pestañas, que formaron medias lunas sobre sus regordetas mejillas.

—¿Qué es lo que has hecho? —preguntó Sara, que lo miraba con una expresión recelosa.

Rafael sacudió la cabeza.

—No he hecho nada. A los niños siempre les ha encantado mi voz. —En una ocasión, en los comienzos de su existencia, había protegido la guardería, había protegido sus más preciados tesoros. Los nacimientos angelicales eran muy, muy escasos. Era lógico, según decían sus sanadores y sus entendidos. Una raza de inmortales no necesitaba un ritmo de reposición muy alto. Sin embargo, ser inmortal no impedía que uno tuviera la necesidad de engendrar un hijo.

El rostro de Sara se suavizó.

—Eso es evidente. Cuando le has hablado a Zoe... tu voz ha sonado distinta, diferente a como es normalmente.

Rafael se encogió de hombros. Notaba que el mundo empezaba a suspirar con la llegada de la noche.

—Sara, Elena no querría que te preocuparas.

—En ese caso, ¿por qué coño no me llama por teléfono? —inquirió ella—. ¡Todos sabemos que pasa algo malo! Mira, si está paralizada... —tragó saliva—, ¡a nosotros nos da igual! Dile que deje de comportarse como una zorra orgullosa y que me llame. —Tenía los sollozos atascados en la garganta, pero se negaba a dejar que salieran. Otra

guerrera. Muy parecida a la suya.

—No puede hablar contigo —le dijo—. Está dormida.

Los ojos de Sara estaban cargados de dolor cuando lo miró.

—¿Sigue en coma?

—En cierto sentido. —Se detuvo y la miró a los ojos—. Yo cuidaré de ella. Confía en mí.

—Tú eres un arcángel —dijo ella, como si eso lo explicara todo—. No te atrevas a mantener viva a Ellie con máquinas. Ella odiaría que se hiciera algo así.

—¿Crees que no lo sé? —Retrocedió un paso y extendió las alas—. Confía en mí.

La directora del Gremio sacudió la cabeza.

—No hasta que vea a Elena con mis propios ojos.

—Lo siento, Sara, pero no puedo permitirlo.

—Soy su mejor amiga, su hermana en todos los sentidos salvo en el biológico. —Estiró la mano para colocar la mantita de Zoe antes de girar la cabeza—. ¿Qué te da derecho a mantenerla alejada de mí?

—Ella también es mía. —Sus músculos se tensaron, listos para el vuelo—. Cuida de ti y de aquellos a los que consideras tuyos, directora. Elena no será feliz si se despierta y descubre que te has convertido en la sombra de lo que eras.

Luego echó a volar. El silencio se volvió tan estruendoso que empezó a agobiarlo.

Despierta, Elena.

Pero ella siguió dormida.

D*espuesta, Elena.*

Elena frunció el ceño, molesta por el ruido. Cada vez que intentaba dormir, él le exigía que despertara. ¿No se daba cuenta de que necesitaba descansar?

Elena, Sara ha ordenado a sus cazadores que me busquen.

Como si aquello fuera motivo de preocupación... Ni siquiera el más fuerte de los cazadores tenía alguna posibilidad contra él.

Amenaza con contarles a los medios informativos que estoy haciendo cosas antinaturales con tu cuerpo.

Una sonrisa en su mente, en su alma. El arcángel tenía sentido del humor. ¿Quién lo habría imaginado?

¿Ellie?

Nunca la había llamado Ellie, pensó al tiempo que bostezaba. Lo primero que vio cuando abrió los ojos fue algo azul. Un azul eterno, insondable y brillante. Los ojos de Rafael. Y de inmediato, lo recordó todo. Recordó la sangre, el dolor, los huesos destrozados.

—Joder, Rafael... Como tenga que beber sangre, voy a dejar tu maravilloso cuerpo seco. —Su voz sonaba ronca. Su furia era absoluta.

El arcángel esbozó una sonrisa tan llena de alegría que Elena deseó abrazarlo y no soltarlo nunca.

—Tienes permiso para chupar cualquier parte de mi cuerpo que desees.

Ella no quería reírse, no quería rendirse al hambre que veía en aquellos ojos inmortales.

—Te dije que no quería Convertirme en vampira.

Rafael le dio unos trocitos de hielo para que aplacara la sequedad de su garganta.

—¿No te alegras de estar viva, aunque solo sea un poquito?

Se alegraba mucho. Estar con Rafael... Bueno, vale... la sangre no podía saber tan mal, ¿no? Pero...

—No pienso hacer ninguna de las tareas serviles de los vampiros.

—Está bien.

—Y solo beberé tu sangre.

Eso hizo que su sonrisa se hiciera aún más amplia.

—Está bien.

—Eso significa que estás atado a mí. —Alzó la barbilla—. Si me dejas por alguna niñita tonta, veremos quién es el inmortal.

—Está bien.

—Espero... —Fue entonces cuando sintió unos extraños bultos en la espalda—. No sé quién ha hecho esta cama, pero la ha hecho fatal. Está toda llena de bultos.

Ojos azules, azulísimos, que se reían de ella.

—¿En serio?

—Oye, no tiene gracia... —Sus palabras acabaron en una exclamación ahogada cuando giró la cabeza y vio sobre qué estaba tendida. Alas. Unas hermosísimas alas. Alas de un color negro, sugerente e intenso, que se extendía hacia fuera con sutiles incrementos de un azul oscuro, casi añil, hasta las plumas principales, las cuales mostraban un resplandeciente tono dorado. Unas alas increíbles. Y ella las estaba aplastando.

—¡Maldita sea! Estoy aplastando a un ángel. ¡Ayúdame a levantarme!

Rafael la ayudó a incorporarse cuando ella le ofreció la mano. El tubo que salía de su brazo le impidió moverse como quería.

—¿Qué es esto?

—Lo que te ha mantenido con vida.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó ella, que se volvió para echar un vistazo por encima del hombro. Las palabras de Rafael se perdieron entre el aluvión de interferencias que llenaron su cerebro. Porque no estaba aplastando a nadie... salvo a ella misma—. Tengo alas.

—Las alas de una guerrera. —Rafael deslizó los dedos sobre una de ellas y le provocó un escalofrío que recorrió todo su cuerpo—. Alas como hojas de acero.

—Vaya... —dijo Elena en cuanto recuperó el habla—. Entonces, supongo que estoy muerta. —Aquello tenía sentido. Siempre había querido tener alas, y ahora las tenía. Por tanto, estaba muerta y había ido al cielo. Se dio la vuelta—. Tú eres igual que Rafael. —Olía a mar, a limpio, a fresco... aquel aroma que hacía que todo su cuerpo cantara.

El arcángel la besó.

Y su sabor era demasiado real, demasiado terrenal como para ser cosa de su imaginación. Cuando él se apartó, Elena se quedó atónita al ver la emoción que brillaba en sus ojos. Fue lo bastante impactante para hacerle olvidar la magia de las alas que tenía en la espalda.

—¿Rafael?

Los ojos azules adquirieron un brillo febril y la piel de su rostro se tensó sobre los pómulos.

—Estoy furioso contigo, Elena.

—Menuda novedad... —replicó ella, aunque no pudo evitar acariciar el arco de

una de sus alas.

—Soy inmortal, pero aun así pusiste tu vida en peligro para intentar salvar la mía.

—Soy una estúpida, ¿eh? —Se inclinó hacia delante para acariciar la nariz de Rafael con la suya. Mimos, pensó como una estúpida; las pequeñas cosas que los amantes hacían para aferrarse el uno al otro, las cosas que formaban su lenguaje secreto, se llamaban mimos. El lenguaje secreto que compartían Rafael y ella acababa de empezar a formarse, pero encerraba una promesa tan intensa y rica que se le encogía el corazón en el pecho a causa de la emoción—. No podía permitir que te hicieran daño. Me perteneces. —Era muy arrogante decirle algo así a un arcángel.

Él cerró los ojos y apoyó la frente contra la de ella.

—Serás mi muerte, Elena.

Ella sonrió.

—Necesitas un poco de diversión en tu larga y tediosa vida.

Rafael abrió los ojos y la cegó con la intensidad de su mirada.

—Sí. Así que no morirás. Me he asegurado de ello.

Estaba casi segura de que había imaginado las alas, pero los hermosos apéndices del color de la medianoche seguían allí cuando echó un vistazo con el rabillo del ojo.

—¿Cómo demonios has conseguido implantarme unas alas prostéticas en la espalda en menos de...? —Se quedó callada un momento—. Vale, no me duelen las heridas, así que, ¿cuánto tiempo ha pasado? ¿Una semana? No, tiene que ser más tiempo. —Frunció el ceño mientras intentaba encajar las piezas sueltas de sus recuerdos—. Tenía bastantes huesos rotos... y la espalda, ¿no?

El arcángel sonrió de nuevo. Aún tenía la frente apoyada sobre la suya, y sus alas formaban un dosel que los cobijaba en un mundo privado.

—Las alas no son prótesis, y has permanecido dormida durante un año.

Elena tragó saliva. Parpadeó. Intentó respirar.

—Los ángeles Convierten a los mortales en vampiros, no Convierten a otros ángeles.

—Hay un... ¿Cómo lo llamarías tú?... Un agujerillo en las normas.

—¿Un agujerillo? Es más bien una caverna enorme, ya que tengo alas. —Se aferró a él, la única cosa sólida en todo aquel universo cambiante.

—No, no es más que un diminuto agujero, casi un mero pinchazo. Eres el primer ángel que ha sido Convertido en todos mis largos años de existencia.

—Qué suerte la mía... —susurró ella, que le acarició la nuca con los dedos y se deleitó con su suspiro de placer. En aquel instante, el tiempo se congeló. Allí no era más que una mujer, y él tan solo un hombre. No obstante, al igual que todos los

momentos, pasaría—. ¿Cuáles son las condiciones?

—Ninguna que nosotros podamos cambiar, aunque los ángeles han intentado hacerlo durante milenios. —Aquellos ojos sobrenaturales e increíbles la mantenían prisionera—. La única vez que un arcángel puede Convertir a un ángel es cuando su cuerpo produce una sustancia conocida como ambrosía.

Un recuerdo instantáneo: la pasión dorada y embriagadora de su beso, una delicada dulzura, una sensualidad desenfrenada... Aquel sabor que era una sensación erótica y una caricia susurrada al mismo tiempo.

—¿El mítico alimento de los dioses?

—Todos los mitos tienen su parte de verdad.

Elena lo besó de nuevo. No pudo evitarlo. Y el sabor de Rafael recorrió su cuerpo en una tumultuosa oleada. Fue él quien rompió el beso.

Estabas muy malherida, Elena.

Los dolores que ella sentía en su interior eran una prueba de que decía la verdad. Aun así, aquello no le hizo ninguna gracia.

—En ese caso, háblame sobre la ambrosía. —Fue una orden malhumorada.

—La ambrosía —dijo él contra sus labios— se produce instintivamente en cierto momento de la vida de un arcángel.

Imágenes de sus alas destrozadas, de las llamas del fuego de ángel.

—¿Cuando está a punto de morir? —Lo tocó para examinarlo, para convencerse a sí misma de que estaba vivo.

—Todos hemos estado a punto de morir más de una vez. —Sacudió la cabeza—. Nadie ha sido capaz nunca de averiguar cuál es el desencadenante.

—¿Pero...?

—Pero la leyenda dice que la ambrosía solo se produce cuando...

Elena contuvo el aliento.

—...un arcángel ama de verdad.

El mundo se detuvo. Las partículas del aire se paralizaron sobre ella; las moléculas quedaron suspendidas mientras contemplaba al magnífico ángel que la abrazaba.

—Puede que yo fuera biológicamente compatible y ya está. —El comentario fue un susurro entrecortado.

—Tal vez. —Unos labios posesivos le rozaron el cuello—. Tenemos toda la eternidad para descubrir la verdad. Y durante toda esa eternidad, tú serás mía.

Elena enterró los dedos en el cabello de Rafael y sintió que la pasión se extendía por su cuerpo en una marea sobrecogedora. Sin embargo, no estaba dispuesta a rendirse. No hasta haber aclarado aquel asunto.

—Vale... siempre y cuando no creas que eso te da derecho a dirigir mi vida.

Rafael se inclinó hacia delante cuando ella se tumbó sobre la cama.

—¿Por qué no?

Elena parpadeó al percibir la arrogancia de la pregunta y se dio cuenta de que su vida se había vuelto mucho más interesante. Lo de rastrear a un arcángel era una insignificancia: estaba a punto de descubrir cómo bailar con uno sin perder su personalidad en el proceso. La euforia inundó su torrente sanguíneo.

—Esto va a ser todo un desafío, arcángel.

Epílogo

Elena se había imaginado volando a través de la ventana de Sara y dándole un susto de muerte a su mejor amiga, pero aquello fue antes de comprender que, aunque ya estaba despierta, lo de moverse era una historia muy diferente. Por aquella razón aún estaba en la cama cuando Sara entró en su habitación del Refugio con los ojos vendados.

Rafael la había trasladado a la fortaleza angelical poco después de recuperarse, pero había conseguido mantenerla oculta. No obstante, ni siquiera había intentado discutir con ella cuando le dijo que quería ver a Sara.

Su amiga se cruzó de brazos y apretó la mandíbula mientras Dmitri la guiaba sobre la alfombra. El vampiro parecía obtener un perverso placer abrumando a Elena con su esencia ahora que estaba demasiado débil para defenderse. Para sorpresa de todos, había superado la transformación manteniendo intactas tanto sus habilidades de cazadora como sus «debilidades».

Rafael y ella no habían dejado de «discutir» sobre su trabajo como cazadora del Gremio.

Sintió una lujuriosa caricia de satén líquido sobre la piel, tentadora y sensual. Elena se frotó los brazos y miró a Dmitri con el ceño fruncido. Estaba a punto de decirle algo cuando Sara dejó escapar un suspiro.

—No sé qué cree tu jefe que va a conseguir secuestrándome. No vamos a poner fin a la huelga.

¿Huelga? Aquello explicaba por qué Rafael se había alegrado tanto aquella mañana al ver que por fin despertaba. Si los cazadores se negaban a hacer su trabajo, los vampiros debían de estar retractándose de sus Contratos a diestro y siniestro.

—Ahora sí que me has dejado la cabeza como un bombo.

Sara se quedó paralizada unos segundos; luego se quitó la venda con dedos temblorosos mientras Dmitri abandonaba la habitación en silencio y cerraba la puerta tras él... aunque no antes de envolver a Elena con otra ráfaga de su esencia. Aún estaba recuperando el aliento cuando Sara consiguió retirar la venda y la arrojó al suelo.

Su amiga abrió los ojos de par en par. Y a continuación, su exótica y hermosa piel se quedó pálida.

—¡Maldita sea, Sara, no te desmayes! —gritó Elena, que estiró los brazos como si fuera a recogerla.

Sara se apoyó en un sillón.

—Estoy alucinando. O a lo mejor el pescado que me dieron en el avión estaba aliñado con LSD.

—Sara, como no vengas a abrazarme, te pegaré un tiro. —La pistola que Sara había colocado bajo su almohada no solo había salvado su vida, sino también la de Rafael—. ¡Soy yo, idiota!

Sara tragó saliva y luego se acercó a su cama a toda prisa. Se abrazaron con tanta fuerza que respirar se convirtió en algo secundario. A Elena no le importó. Empezaron a balbucear al mismo tiempo, riendo y llorando a la vez.

—Creí que estabas...

—.. Rafael dijo...

—Y yo le dije que de ninguna manera...

—...inmediatamente...

—...y Ransom estaba decidido a venir...

—...me desperté ¡y tenía alas!

Ambas dejaron de hablar, se miraron la una a la otra, soltaron una carcajada y se apartaron un poco.

—Madre mía... ¡Tienes alas! —Sara cogió la taza de café que había sobre la mesilla de Elena y resopló con fuerza—. ¿Es eso lo que creo que es?

La Rosa del Destino brilló desde el lugar que ocupaba en la mesilla.

—Rafael es muy testarudo.

Medio ahogada, Sara dejó la taza vacía a un lado y se golpeó el pecho unas cuantas veces con el puño antes de decir:

—Vale, ahora explícame por qué tienes alas.

—No sé si puedo hacerlo. Aún estoy descubriendo cosas... pero ¿qué coño es eso de la huelga?

Sara esbozó una sonrisa.

—Me han traído hasta aquí, ¿verdad? —Tenía una expresión de lo más satisfecha—. Nos han mantenido alejados de ti, Ellie; nos decían que estabas viva, pero nada más. Creímos que estabas paralizada... —Se quedó sin aliento y, de pronto, su angustia se convirtió casi en un ser vivo—. ¿No podrías haberme llamado, Ellie? ¿No confiabas en mí?

Elena apretó las manos de su amiga.

—Desperté hace exactamente veinticuatro horas. Y la primera persona a la que quise ver fue a ti. Pero no se lo digas a Ransom o se pondrá celoso.

—¿Has estado en coma durante un año? —Sara se quedó boquiabierta—. ¿Cómo es posible que puedas moverte? Porque puedes hacerlo, ¿no? ¿Tus músculos...?

—Sí —dijo antes de que de Sara empezara a preocuparse de nuevo—. No lo sé. Dijeron algo sobre sanadores y ejercicios, pero estoy pegada a las alas.

Sara sacudió la cabeza y estiró la mano para tocarlas... pero la retiró antes de hacerlo.

—A los ángeles no les gusta que les toquen las al...

Elena agarró la mano de su amiga y la colocó sobre las plumas que ahora le pertenecían.

—Sigo siendo yo.

Sara deslizó la mano sobre su ala. La sensación no se pareció en nada a la que le provocaba Rafael cuando lo hacía, pero fue bastante íntima... aunque del tipo de intimidad existente entre amigas.

—¿Ransom sigue con Nyree?

Sara asintió con una mirada divertida mientras apartaba la mano de su ala para volver a dejarla sobre las sábanas.

—Me parece que ni él mismo puede creérselo. Así que tienes alas...

—Sí.

—Los ángeles no Crean a otros ángeles.

—¿Qué soy yo, entonces? ¿Picadillo de hígado? —De pronto, una perturbadora idea se abrió paso en su cabeza. Le había dicho a Sara que seguía siendo la misma, pero ¿lo era en realidad? ¿Podía compartirlo todo con su amiga ahora que hacerlo suponía revelar los secretos de toda una raza? Más tarde, se dijo, pensaría en aquello más tarde—. Bueno, ¿te gustan mis alas? ¿No son las alas más hermosas que hayas visto en tu vida?

Sara se echó a reír.

—Vanidad, tu nombre es Elena.

—Muchas gracias —replicó ella con un gesto decidido. No estaba dispuesta a perder la amistad de Sara. Y si para ello debía enfrentarse a un arcángel, que así fuera—. Ahora cuéntame todos los cotilleos.

Fuera, sobre el abrupto camino de rocas que protegía el Refugio, Rafael se encontraba hombro con hombro con Dmitri.

—Una humana en el Refugio —dijo mientras el viento agitaba su cabello—. Eso rompe una de nuestras más importantes prohibiciones.

Dmitri asintió con la cabeza, y cuando habló, su voz sonó serena.

—Elena nos cambiará.

—Ya lo ha hecho. —Igual de salvaje e implacable que los feroces vientos de aquella montaña, su cazadora jamás aceptaría las cosas porque sí. Y, para una raza de inmortales, aquello podría suponer el más arduo de los despertares. La expectación hervía en su sangre.

—Jason ya ha regresado —dijo Dmitri. El comentario lo devolvió al presente.

—¿Cuándo?

—Hace dos días. Algunos de los renacidos de Lijuan consiguieron herirlo, pero estará recuperado en menos de una semana.

Rafael asintió. Sabía que había más cambios en marcha que la Conversión de un ángel.

—Pues comencemos.